



**¿POSTDICTADURA?
APUNTES SOBRE DEMOCRACIA,
CONSENSO Y MEMORIA EN
CHILE ACTUAL**

**Tesis que para obtener el grado de
Licenciada en Estudios Latinoamericanos**

presenta

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA

Director: JAIME ORTEGA REYNA



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

¿POSTDICTADURA? APUNTES SOBRE DEMOCRACIA, CONSENSO Y MEMORIA EN CHILE ACTUAL

Mariana Rodríguez Aguilera

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria

2013



DEDICATORIA

A mis padres, por su extraordinaria entrega a la vida. Por su valor, apoyo y confianza inconmensurable.

A Herman Carrasco, Luís Alberto Alarcón, Víctor Maturana, Humberto Núñez y Miguel Suazo, por compartirme sus sueños, dolencias, rencores y anhelos. Por enseñarme la valentía, la honra y la humildad.

A Lilia Vázquez, en donde esté, por quererme tanto. Por su espíritu inmortal; por su risa y su ternura.

A mis amigos, por todo.

A la Facultad de Filosofía y Letras, por darme las herramientas para defenderme e imaginarme un futuro distinto.

A la UNAM, por ser un oasis en medio de este torbellino. El eterno refugio de mis ideales; el vientre de mi responsabilidad.

A Salvador Allende, por ser historia.



CAMINO AL REVÉS

**De vez en cuando
camino al revés:
es mi modo de recordar.
Si caminara sólo hacia adelante,
te podría contar
cómo es el olvido.**

Humberto Ak'abal

AGRADECIMIENTOS

A Herman Carrasco, Luís Alberto Alarcón, Víctor Maturana, Humberto Núñez y Miguel Suazo, de aquél “pequeño país frío”, gracias. Por lo entregado y por lo que viene. Por los lazos entrañables y el conocimiento compartido.

A Jaime Ortega, lector crítico y compañero de esta complicada senda. Gracias por creer y por luchar.

A mis sinodales, José María Calderón, Eugenia Allier, César Valdez y Verónica López Nájera, gracias por los insumos brindados, por su dedicación, su confianza y el último impulso.

Al equipo de Ideas Sustentables, por su cobijo, paciencia y solidaridad. Por los sueños contruidos.

A las personas de Chile que me abrieron las puertas de sus hogares, que me pasearon por Santiago y develaron sus historias empolvadas, mi más sincero aprecio.

A los profesores, colegas y amigos de la Universidad Nacional Autónoma de México; pensadores de aportaciones clave para este proyecto. Va mi reconocimiento, admiración y aplauso siempre. Gracias por el camino compartido. Gracias porque, con cada una de sus acciones, alimento a diario mi esperanza de un mundo mejor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	... 4
UNO. DIAGNOSIS GENERAL DE CHILE ACTUAL	... 14
1.1 LA POSTDICTADURA	... 16
1.1.1 Referentes Históricos y/en Postdictadura	... 17
1.1.2 Transición, Democracia y Postdictadura	... 24
1.2 HERENCIAS Y PROBLEMAS DE LA POSTDICTADURA	... 26
1.2.1 La Constitución de 1980	... 27
1.2.2 Educación y Desafecto	... 32
1.2.3 Medios de Comunicación: Poder y Desinformación	... 40
1.3 TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA: IDENTIDAD Y POLÍTICA EN CHILE	... 44
1.3.1 La impronta militar	... 45
1.3.2 Despolitización y debilidad de la sociedad civil	... 46
1.3.3 El Tradicionalismo	... 50
1.3.4 Fatalismo y exclusión	... 51
1.4 CONCLUSIONES	... 52
DOS. GUERRA CIVIL Y RECONCILIACIÓN	... 57
2.1 GUERRA CIVIL: BALANCE DE LOS RESIDUOS	... 58
2.1.1 Referentes Generales: El Once / La Guerra	... 58
2.1.2 Salvar las Brechas	... 61
2.2 RECONCILIACIÓN Y DERECHOS HUMANOS	... 64
2.2.1 Los proyectos de la Concertación	... 66
2.3 RECONCILIACIÓN NACIONAL: RITOS DE ESTADO	... 69
2.3.1 Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación	... 70
2.3.2 El Día de la Unidad Nacional	... 74
2.3.3 La “Ley Aylwin”	... 77
2.4 RECONCILIACIÓN Y PERDÓN	... 80
2.4.1 El Perdón	... 80
2.5 PASADO Y PRESENTE: CONVULSIONES Y RECONCILIACIÓN	... 84
2.5.1 Pinochet: “La transición bajo arresto”	... 84
2.6 CONCLUSIONES	... 89

TRES. MÁRGENES Y POLÍTICAS DE LA MEMORIA	... 94
3.1 LA MEMORIA: ESTUDIOS Y DERIVADOS	... 95
3.2 MEMORIA Y/EN CHILE	... 99
3.3 OLVIDO, MEMORIA Y REPRESENTACIÓN	... 103
3.3.1 El Olvido	... 104
3.3.2 Memoria y Ciudadanía	... 107
3.4 MEMORIA Y MEMORIALIZACIÓN	... 110
3.4.1 Memorialización en Chile	... 113
3.4.1.1 Villa Grimaldi	... 115
3.4.1.2 Puente Bulnes	... 118
3.4.1.3 Museo de la Memoria y los Derechos Humanos	... 120
3.4.1.4 Londres 38	... 122
3.4.2 Los Mercados de la Memoria	... 124
3.5 CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL SENTIDO DE LA MEMORIA	... 126
3.5.1 Memoria: Testimonio y exclusión	... 126
3.5.2 “Crítica desde los márgenes”: Memoria y Exilio	... 130
3.6 CONCLUSIONES	... 134
CONCLUSIONES GENERALES	... 139
ANEXOS	
INTRODUCCIÓN AL MATERIAL ANEXO	... 149
ENTREVISTAS TRANSCRITAS	
Entrevista a Luís Alberto Alarcón	... 151
Entrevista a Herman Carrasco, Parte 1	... 167
Conversación con Macarena Silva y María Fernanda Rojas	... 184
Entrevista a Víctor Maturana y Herman Carrasco, Parte 2	... 196
Conversación con Gloria Elgueta	... 227
BIBLIOGRAFÍA REFERIDA	... 246

INTRODUCCIÓN

Al escribir las primeras líneas de esta investigación, aún no habían ocurrido varios de los sucesos que, a la postre, devinieron fundamentales para el desarrollo y comprensión de las ideas plasmadas aquí. El terremoto del 27 de febrero de 2010, que devastó el sur de Chile y del cual el país no se ha recuperado; la salida de Michelle Bachelet y la elección de Sebastián Piñera a la presidencia (o el fin de los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia), el 11 de marzo; y el rescate de los 33 mineros atrapados en la mina de San José, cerca de Copiapó, el 13 de octubre; todos fueron reflejo de algo siniestro, no inscrito en el gran discurso del consenso y progreso neoliberal de Chile actual.

El año 2010 se cargó de resonancias fuertes que pusieron en duda el orden y la eficacia de un país armónico: la derrota electoral del bloque de la Concertación, que abandonó el gobierno después de veinte años y traspasó el poder a la alianza de derecha liderada por Piñera; el “doble sobresalto (político y geográfico) de un estado de normalidad”¹; la militarización de ciudades importantes; la vuelta a paisajes de miedo, inestabilidad y desorientación en el ámbito de lo social²... Este año fue testigo de un “desplazamiento y extravío de lo común y lo familiar, [...] del resquebrajamiento de las certezas”³ y la vuelta de síntomas de precariedad, conmoción y vulnerabilidad de muchos sentidos a la escala colectiva.

Los relatos, las memorias y los discursos sobre Chile actual, sobre la identidad chilena y la historia del país, cayeron consecuentemente en procesos de resignificación; cuestionaron los viejos mitos y nos permitieron un acercamiento frontal a la aún efervescente problemática de “Chile reconciliado”, “Chile post-dictatorial”, “Chile democrático”.

A más de treinta y cinco años del derrocamiento del presidente Salvador Allende, cuando por fin se hubo establecido una narrativa institucional, “consensual” y pactada sobre los daños causados por el golpe militar de septiembre de 1973, la dictadura y las violaciones a los Derechos Humanos ocurridas en ese marco, el doble

¹ Nelly Richard, *Crítica de la Memoria (1990-2010)*, Universidad Diego Portales, Chile, 2010, p. 9.

² “Diálogos por Chile: el exilio como mirada crítica”, mesa redonda en el marco del seminario permanente *Ética y Política: el hemisferio sur y otros contextos culturales*, FFyL/FCPyS, Ciudad Universitaria, 22 de abril de 2010.

³ Nelly Richard, *Ibid.*, p. 9.

terremoto (decíamos, geográfico y político) de inicios del 2010 lo trastocó todo y desordenó profundamente los cimientos “históricos” sobre los que se había edificado el Chile contemporáneo. Pasado y presente se fundieron en imágenes dolorosas; la memoria entró en escena.

“Los desaparecidos”, hasta entonces referidos al oscuro periodo de secuestros y asesinatos clandestinos llevados a cabo por el aparato represor de la dictadura, fueron reemplazados en marzo de 2010 por las víctimas de un desastre “natural”: las personas que la sociedad buscaba entre los escombros. Intervinieron en la política no como el saldo de una deuda aún pendiente de la justicia nacional, sino como el resultado de un fenómeno -en apariencia- apolítico. “Los que siguen desaparecidos en el océano azul que no ha querido devolverlos [...], los vamos a seguir buscando”, dijo Sebastián Piñera en su discurso inaugural⁴.

Poco después de la toma de posesión presidencial, el palacio de La Moneda organizó una “velatón” dedicada a los muertos del terremoto, cuyo formato emulaba el ritual con que los opositores de la dictadura les rendían homenaje masivo a sus víctimas durante los años de violenta represión y clandestinidad. Las ciudades del sur se llenaron de soldados, respondiendo al *estado de excepción constitucional de catástrofe* declarado por la ex Presidenta Bachelet, y se impuso el toque de queda. Vuelta y vuelta de los signos de la memoria.

Meses después, en octubre de 2010, se impuso la utilización mediática y exitista de la desgracia que vivieron los 33 trabajadores atrapados en la mina de San José. Sobra decir que la campaña política levantada alrededor de su rescate negó por completo el tema de fondo (las precarias condiciones en que se desenvuelven millones de trabajadores en el país), y que la tarea básica, lógica, del gobierno por rescatar a su gente se elevó al grado máximo del comercio y el *show business*.

Chile hoy nos muestra que existen enormes diferencias entre la historia que se cuenta y la que, de modo crítico, puede relatarse. “Hay un Chile paralelo”, decía una ONG recientemente⁵. Otro Chile que no figura en la narrativa oficial, cuya presencia nos interpela a través de sucesos “irruptivos” cargados de memoria.

Esta investigación se aboca a estudiar justamente estas “convulsiones” del pasado en Chile actual. Se inserta en el marco de múltiples “hitos memorísticos” de la

⁴ Discurso Inaugural del presidente electo Sebastián Piñera, Palacio de La Moneda, Santiago de Chile, 11 de marzo de 2010.

⁵ Véase: “El Chile paralelo”, declaración pública de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, Santiago, 4 de noviembre de 2010.

historia reciente del país, en los que nos detendremos más adelante. El proyecto nos presenta paso a paso interrogantes urgentes que, como veremos, pueden aplicarse no sólo para Chile sino para varias naciones latinoamericanas o la sociedad moderna en su conjunto. Encontramos problemas en dimensiones múltiples: Constitución política, jurisprudencia, educación, ciudadanía, Derechos Humanos, reparación, diálogo, indemnización, memoria, aceptación, respeto, perdón.

La meta del trabajo es arrojar un balance de las herencias de la dictadura militar en el país “nuevamente democrático” para, finalmente, sugerir algunas respuestas a dudas como las siguientes: ¿Cuán democrático es Chile actual? O: después de grandes hitos de la historia reciente del país como la tortura, las desapariciones, los exilios; ¿cuánta y qué memoria es necesaria? ¿Quiénes la proyectan/ protegen/ formulan/ transmiten? ¿Quiénes deberían hacerlo?

Con todo, esta investigación se articula en torno a tres tipos de fuentes. Primeramente, el documento escrito –archivos impresos, publicaciones, registros electrónicos-, que constituye el corazón del trabajo y forma la estructura teórica general del texto; en segundo lugar, rastros visuales y auditivos del pasado –cine documental, fotoperiodismo, fotografía, música-; y, por último, reflexiones propias basadas en prácticas de campo en Chile, entrevistas realizadas a lo largo de esta investigación y comentarios que generosamente han compartido conmigo colegas, amigos y profesores.

A continuación se plantean algunas ideas que permiten un mapeo general de esta tesis.

¿POSTDICTADURA? APUNTES SOBRE DEMOCRACIA, CONSENSO Y MEMORIA EN CHILE ACTUAL

El tema de Chile y su transición a la democracia ha llamado la atención de numerosos investigadores desde finales de la década de los ochenta, cuando parecía inminente la caída del régimen militar en el marco del patrón de democratización en América Latina. Sin embargo, como apunta Omar Núñez, “la centralidad en cuanto proyecto-país a emular ha cobrado fuerza ideológica y política en los últimos años, tanto por el fracaso de las experiencias neoliberales en países clave como Argentina (2001) o México (1994), como por la necesidad de contrarrestar el ascenso gubernamental de posturas estatistas, nacionalistas y neo desarrollistas que vienen

desplegándose desde 1998 en el hemisferio.”⁶ En otras palabras, el protagonismo chileno en el plano de la política y la economía es un fenómeno más reciente, que hoy se celebra habitualmente y tiene repercusiones notables en el área de la memoria y la reconciliación nacionales.

El programa de “Chile como modelo a seguir” encomia los ideales del liberalismo económico por sobre cualquier otra premisa: la meta es el futuro; no pasado ni presente. La democracia representativa que emerge en 1990 busca ser compatible sobre todo con el libre mercado; lo demás es secundario. Las miradas hacia el pasado -especialmente uno tan conflictivo como la presidencia de Salvador Allende o la dictadura militar- enturbian la definición del progreso como ambición nacional. Así, la democracia nueva se construye sobre un modelo de fortalecimiento económico que simula el bienestar social, que “ensaya” la participación ciudadana con un gobierno autónomo que no concede soberanía ni libertad efectiva al pueblo. Podemos decirlo así:

El golpe militar de 1973 desató un profundo quiebre en la sociedad chilena, evidente aún hoy, que se ha convertido en el objeto de recurrentes llamados “por la reconciliación” desde el ascenso de Aylwin a la presidencia en 1990. En términos de Constable y Valenzuela, el golpe transformó a Chile en una “nación de enemigos”⁷, una sociedad de ganadores y perdedores, de víctimas y victimarios inmersos en una “amarga guerra de ideologías que, en el periodo postdictatorial, se ha manifestado como una intensa lucha por cómo recordar el pasado.”⁸ Y añadimos: en una lucha también por decidir qué construir sobre el pasado que se decide conservar. En la “nueva democracia” se abren los espacios para la creación de un país distinto; con historias y futuros que dependen de las decisiones que se tomen hoy. Tenemos frente a nosotros una nación en [re]construcción.

Un ejemplo es esclarecedor. En 2004, Pachi Bustos y Jorge Leiva nos presentaron un documental que llevaba por título *Actores Secundarios*. La cinta describe a un grupo de estudiantes jóvenes que, en plena democracia y para fines de un proyecto de teatro, decidieron recrear una escena de la toma de su colegio, ocurrida durante el periodo de protestas estudiantiles contra la dictadura a mediados de los ochenta. El resultado fue una confrontación directa con la historia: las

⁶ Omar Núñez Rodríguez, “Gerenciando una Revolución. Los intelectuales-políticos en el Chile de la Transición”, p. 79.

⁷ Véase: Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *A nation of enemies: Chile under Pinochet*.

⁸ Michael J. Lazzara, *Prismas de la Memoria: narración y trauma en la transición chilena*, p. 31.

autoridades se movilizaron para expulsar a los alumnos, los acusaron públicamente de haber perturbado la paz social con su trabajo y se callaron cualquier explicación sobre sus decisiones. Los espectadores se dividieron a favor y en contra de la defensa de los estudiantes, en dos bandos que parecían salidos justamente de los tiempos más agitados de la dictadura.

La vuelta de una escena del pasado obligó a Chile a decidir *ipso facto* su versión sobre los hechos: se generó polémica y, sobre todo, una sensación de inestabilidad social *en democracia* que claramente se entrelaza con los problemas irresueltos de la dictadura. En palabras de uno de los estudiantes entrevistados en el filme:

Es curioso como la historia vuelve; es curioso como la historia cobra; es curioso como la historia da saltos y hoy día estamos ante esta situación que es absolutamente paradójica e insólita y que da cuenta, además, de que un simulacro de toma -una réplica de una toma que ocurrió hace dieciocho años- puede desestabilizar o crear algo que hoy día también muestra cómo la democracia que estamos viviendo *es un simulacro*.⁹

Cuando la fragilidad de la memoria histórica y de la experiencia subjetiva en el Chile neodemocrático exalta los viejos quiebres del orden político¹⁰, cuando los multiplica en el trato cotidiano y resurgen las divisiones sociales de un país recientemente ultrajado, es evidente que la democracia está lejos de consolidarse. Quizá hay democracia sin democratización¹¹; quizá hay sólo un *simulacro* de lo que todos deseamos que hubiera.

En este sentido, tiene razón Santiago Kovadloff cuando dice que -en casos como el chileno- “poco importan las etiologías. El dolor es intenso y denuncia en la sociedad la presencia de algo extraño. Vulnera el trato familiar que hasta ahí cada cual se dispensaba.”¹² Las intermitencias de la memoria vienen a ser una presencia anómala y hostil que, como el dolor, “irrumpen para imponer brutalmente la

⁹ Pachi Bustos y Jorge Leiva, *Actores Secundarios*, Chile, 2004.

¹⁰ Esta reflexión está desarrollada también en un texto extraordinariamente ilustrativo de Norbert Lechner. Recomendamos que el lector se adentre en sus propuestas sobre la dimensión subjetiva de la política, especialmente en: *Las sombras del mañana*, Santiago, LOM, 2002.

¹¹ Más adelante daremos cuenta de las diferencias más importantes entre democracia y democratización. Baste por ahora pensar en democracia como un fin, un proyecto, al cual se llega sólo por medio de la *concientización democrática* o *democratización*. Aplicado a esta oración en particular, la contradicción es notable y apoya la idea de que a la nueva democracia de Chile le falta desarrollo.

¹² Santiago Kovadloff, “El enigma del sufrimiento”, EN: José María Mardones y Reyes Mate, *La ética ante las víctimas*, p. 27.

evidencia de que ya no se es lo que se creía ser.”¹³ A Chile lo *interrumpe* su propio pasado; el presente choca con recuerdos intrusos y se arma una batalla en que ninguno de los dos logra el monopolio de la identidad. Así, memoria y “paz social” se disputan el pasado en pro del autorreconocimiento en ideales y proyectos distintos para la nación.

El plan oficial de promover el avance económico y “renovación” (en su sentido pleno de transformación; reposición) de Chile, decíamos, choca irremediablemente con los laberintos de la memoria que resurgen en el mismo marco democratizador en el que se insertó el país a raíz del plebiscito de 1988. No es azaroso pues que la relación entre reconciliación, memoria y gobierno se haya vuelto particularmente problemática desde hace algunos años.

Al respecto, esta investigación se propone atender los siguientes asuntos:

UNO. DIAGNOSIS GENERAL DE CHILE ACTUAL

En el contexto de un Chile *redemocratizado*, pleno de proyectos a corto y largo plazo, que se ha vuelto el pródigo estandarte del éxito económico neoliberal, la observación básica que buscamos hacer es la siguiente: existe un marco democrático en que se desenvuelven actitudes, proyectos y modos de vida de evidente raíz autoritaria. La educación, los medios de comunicación masiva, el uso de los espacios públicos, la continuidad de la condición de exilio de muchos ciudadanos, entre otros; reflejan un pasado fragmentado, que aún no concilia versiones de lo sucedido durante la dictadura y reproduce día con día la segregación esencial y casi ontológica de la sociedad chilena contemporánea.

Y quizá Chile no logra adosar componentes tan dispares porque la historia actual del país –y la política que la encauza- parte de la creencia en la postdictadura como era nueva, distinta de la dictadura, cuna de propiedades completamente originales. No obstante, pareciera que pocos tienen claro exactamente de qué se habla cuando se habla de *postdictadura*. ¿Con qué parámetros se construye este término? ¿Jurídicos? ¿Sociológicos? ¿Politológicos?

Además de atisbar las características de esta nueva etapa histórico-política - heredadas o no del régimen dictatorial-, este capítulo se pregunta por la intencionalidad de conservar, trocar o renovarlas en el proceso de construir la

¹³ *Ibidem*.

democracia. ¿Hacia dónde va este nuevo Chile? ¿Cómo operan la educación, los mecanismos de representación ciudadana, incluso los aparatos jurídico-institucionales, para contribuir a que el país llegue al destino que se ha propuesto?

DOS. GUERRA CIVIL Y RECONCILIACIÓN

Chile ha llegado a un punto que detona un debate intenso entre varias versiones sobre el pasado. La aprehensión de Pinochet, su muerte varios años después, el ascenso presidencial de Michelle Bachelet como figura simbólica de las atrocidades de la dictadura, y la victoria de Sebastián Piñera en las elecciones para Presidente de Chile 2010-2014, han gestado un escenario de discusión que hasta hace poco parecía menos plausible. El pasado late con fuerza, las divisiones sociales de otros tiempos reaparecen ahora con intereses en el futuro y la reconciliación y el perdón se ponen en duda día con día.

Este segundo apartado deconstruye la idea de la Reconciliación nacional en Chile, lema de los gobiernos de la Concertación y supuesta promesa de la democracia a partir de 1990. Compendia algunas propuestas oficiales que, desde el ascenso de Patricio Aylwin a la presidencia hace dos décadas, han insistido en que la unidad es posible y el perdón depende de la voluntad de concilio. También recapitula algunos de los momentos más emblemáticos para la historia reciente de la memoria en Chile. Se comparan diversas reacciones sociales a estos sucesos con versiones oficiales sobre la marcha del país “hacia la paz”, implicada en la Reconciliación.

TRES. MÁRGENES Y POLÍTICAS DE LA MEMORIA

A menudo relacionamos los hechos y la herencia de procesos dictatoriales con temas que ahora resultan obvios o que han sido materia de numerosos análisis: actos de represión y fuerza bruta que derivaron en un sentimiento álgido de terror; imposición de políticas económicas neoliberales que resultaron en una menor ingerencia del Estado sobre proyectos de protección social y desarrollo económico; estímulo de culturas tecnócratas y apolíticas, con consecuencias feroces en el campo de los movimientos sociales o el activismo político; o estrategias ideadas para permitir la continuidad de lógicas militares en el poder tras la reinstauración del sistema democrático (las llamadas “transiciones pactadas” tan comunes en América del Sur en los ochenta y noventa). Todo ello ocupa algún trozo de esta tesis. Empero, se antoja interesante observar cómo el tema de la memoria nos enseña un aspecto

distinto de la vida chilena que, como sostiene Steve Stern¹⁴, es sutil pero de enorme importancia: la creación y permanencia de la legitimidad política y cultural del régimen de Augusto Pinochet, de sus consecuencias y su legado en el Chile *redemocratizado* nacido en 1989-1990.

En el tercer y último capítulo, buscamos acercarnos a la materia de la memoria colectiva¹⁵. Se trabajan algunos apuntes generales respecto de los Estudios de la Memoria (coordinadas que nos regala la escuela europea a través de Halbwachs, Ricoeur, Todorov, Reyes Mate y LaCapra, entre otros) y su relación directa con la imaginación democrática¹⁶, que permiten después un acercamiento a los complejos vínculos de memoria con olvido, ciudadanía y representación en el escenario latinoamericano –y chileno- en particular. Se ensaya la idea de que el poder de la memoria -de las múltiples memorias- problematiza el *status quo*; cuestiona el futuro porque trabaja mucho más para él que para el pasado. Por ello, no basta con hacer de los recuerdos una materia para la *museificación* de lo que ocurrió: una estatua, una plaza, una avenida con nombres que refieren al Chile de cuarenta años atrás no sustituyen la urgencia de la discusión pública. Al término de este apartado, la autora se aproxima a la relación memoria-memorialización en Chile, que en conjunto con las propuestas de los otros capítulos termina por hilarse así: memoria-memorialización-política-futuro.

TESITURA DE LA INVESTIGACIÓN

Hemos dicho ya que somos testigos de una era importantísima de la historia chilena y que estas líneas constituyen nuestro intento por responder a ella con reflexiones propias. No sobra añadir que durante mucho tiempo la investigación historiográfica mostró incontables lagunas respecto de pasajes vergonzosos de nuestra historia: en primer lugar, porque hitos como el Holocausto, las matanzas de civiles como la de Tiananmen, genocidios como el sudafricano, masacres y desapariciones en el marco de las dictaduras militares conosureñas, etc., fueron eliminados por años de toda cultura occidental. Además estaba la dificultad que tenía la historiografía para establecer una verdadera relación con las ciencias sociales, cuando el estudio y la

¹⁴ Steve Stern, *Battling for Hearts and Minds: Memory Struggles in Pinochet's Chile, 1973-1988*.

¹⁵ Término de Maurice Halbwachs. Véase: *Los marcos sociales de la memoria*, Anthropos, España, 2004.

¹⁶ “La nunca acabada construcción del orden deseado”, diría Norbert Lechner. Nos referimos a la capacidad constructivista de la praxis, que permite a una sociedad la promoción de un proyecto de nación basado, a su vez, en una conciencia histórica (memoria).

enseñanza de lo acontecido en esos casos “quiebran literalmente todas las barreras entre las distintas disciplinas en el campo de las ciencias humanas, obligándolas a amplios cambios metodológicos cuando no directamente a redefiniciones de sus respectivos objetivos”¹⁷.

Y efectivamente, el acercamiento a temas tan dolorosos, tan complejos de estudiar o plantear objetivamente, no es tarea fácil. Está la responsabilidad de escuchar a las más de las fuentes disponibles: testigos, protagonistas, libros, investigaciones, arte, en fin. La oportunidad de trabajar el tema chileno desde la base de los Estudios Latinoamericanos no puede estar más acorde, pues, con la urgencia de abrazar esta historia y darle resonancia. Nuestro campo de estudio (o caja multidisciplinaria) nos invita a dialogar con estos hechos que, de otra suerte, se muestran sólo parcialmente.

Hoy día nos corresponde una respuesta, no sólo porque la historia tiende a repetirse y es mejor estar alerta, sino porque tenemos las herramientas para hacerlo. Somos forasteros con el privilegio de observar¹⁸: podemos ser críticos y propositivos.

Así, esta investigación se opone principalmente a dos supuestos. El primero: que en Chile se ha impuesto arrolladoramente un silencio que busca borrar las atrocidades del pasado dictatorial; y el segundo: que sobre el tema de la memoria y su relación con los Derechos Humanos y/o el proyecto político de Chile actual hay material en demasía y, por tanto, un trabajo sobre ello raramente consigue ser novedoso o provocativo. Ambas son opiniones bastante comunes. Empero, son claramente contradictorias y, además, son falsas debido en gran medida a las siguientes razones:

La dictadura ha constituido un tema reiterado tanto en la producción chilena como extranjera, dato curioso si se considera la insistencia de algunos sectores en no seguir hablando del tema y la insistencia de otros que argumentan que la sociedad chilena ha olvidado. Digamos por ejemplo que si hoy le propongo a *Google* buscar en Internet las palabras “Dictadura Chile”, la pantalla se llena con 1,650,000 resultados. Para “Salvador Allende” hay 1,710,000; “Reconciliación Chile” arroja 358,000 y “Derechos Humanos Chile” 1,370,000. También los libros sobre el tema parecen

¹⁷ Thanassekos, Y., “Hacia una pedagogía de la autorreflexión”, EN: Montesperelli, *Sociología de la Memoria*, p. 57.

¹⁸ La idea del extranjero como observador de un fenómeno social “desde los bordes” es de Georg Simmel. El privilegio del forastero es su capacidad de encontrar la frontera de lo social: analiza lo que él es a partir de la distancia de *lo otro*, de lo que *no es*. Puede consultarse, por ejemplo, *Estudio sobre las formas de socialización*, Editorial Alianza, Madrid, 1977.

inagotables; las publicaciones periódicas abordan temas afines con frecuencia, especialmente en septiembre cuando se cumple un aniversario más del Golpe militar.

Sin embargo, es curioso que la contracara de semejante movimiento informativo también radique en sus fuentes. A pesar de la abundancia numérica de las producciones sobre estos temas, sus raíces están casi siempre en un grupo intelectual circunscrito y claramente reconocible. Los discursos giran en torno a la gran propuesta de la postdictadura ideada por Nelly Richard y a los proyectos que han seguido esta nueva “línea de trabajo”, como las organizaciones integradas por familiares de las víctimas de Pinochet. En otras palabras, las voces que no nos dejan olvidar son fuertes e importantísimas tanto en Chile como afuera, aunque pocas veces surgen de experiencias o foros desligados de escuelas anteriores.

En las siguientes páginas, nos hemos propuesto explorar el paisaje de memoria y desmemoria en Chile actual, tanto desde la postdictadura richardiana como desde aquello que resulta de la investigación propia con fuentes distintas. Las conversaciones y entrevistas enmarcadas aquí aspiran a darle voz a mensajeros “no representativos”¹⁹, hasta ahora ignorados por las múltiples narrativas de la crítica postdictatorial. Esperamos rendir justo homenaje a quienes han trabajado incesantemente por la memoria en Chile, desde el derrocamiento de Salvador Allende hasta hoy, y los que lo harán a partir de mañana.

Cuando memoria y memorialización aparezcan en la agenda del debate público y no sólo en cátedras académico-políticas, trabajos como éste habrán cumplido su tarea.

¹⁹ Agradezco a los compañeros del Seminario de Investigación Permanente *Ética y Política: El sur y otros contextos culturales* por insistir en el valor de lo “no representativo”: las interlocuciones de “los olvidados” o del discurso “desde los márgenes” han mostrado ser tremendamente políticos, honestos y lúcidos.

DIAGNOSIS GENERAL DE CHILE ACTUAL

La investigación de las múltiples situaciones que alberga Chile actual²⁰ obliga a un análisis crítico de diferentes campos: la vanagloria de la economía; la exaltación a la “governabilidad” social y al desempeño de la Concertación de Partidos por la Democracia (que se mantuvo en el gobierno durante cuatro periodos presidenciales, convirtiéndose en el conglomerado de partidos más exitoso de la historia del país) o las referencias al curioso sentido de “avance” que ha marcado la plataforma para un Chile fuerte y *renovado*; las noticias que hacen de Chile una nación “espectacular” aparecen día a día, por doquier.

“Lo actual” a lo que alude el título de este primer eslabón de investigación es, por tanto, un concepto a construir con precaución. ¿Qué compone, en esencia, a la *actualidad* de Chile? ¿Responde la realidad del país, acaso, a los elogios que se escriben a diario entre medios de comunicación multitudinarios?

Chile se ha convertido en el símbolo ideal para la fórmula perfecta: neoliberalismo + democracia = progreso. Y sin embargo, para muchos, el país es más bien la latencia de algo incómodo. Las aulas siguen llenas de estudiantes que buscan saber más; hay foros, eventos, filmes de ficción y corte documental, exposiciones, incontables publicaciones que se preguntan por el *fondo* de Chile actual. Esta tesis se propone justamente estudiar por qué.

¿Cómo entender que bajo la bandera enjundiosa del progreso neoliberal, respaldada por repetidos anuncios de “la vuelta a la página y la mirada hacia el futuro”, el país siga escondiendo las quejas, dolores y críticas que tantos siguen haciéndole? ¿Cómo pensar que tras el gobierno de la Concertación y la enorme popularidad de la ex presidenta Bachelet, hoy haya regresado a Chile el proyecto político de la derecha, encabezado por personajes tan vinculados con la dictadura pinochetista²¹?

²⁰ Hemos tomado las palabras de Tomás Moulián para nombrar este capítulo de investigación porque creemos, como él, que el Chile contemporáneo debe tener un nombre propio; una identidad que lo signifique como país distinto del que fue en otro tiempo y, quizá –ojalá–, del que será en el futuro. La expresión “actual” se toma, evidentemente, de *Chile Actual: anatomía de un mito*, LOM, Chile, tercera edición, 2002.

²¹ En ello ahondaremos más adelante. Por ahora, baste decir que el presidente en turno, Sebastián Piñera, estuvo a la cabeza de la campaña presidencial de Hernán Büchi –ex Ministro de Finanzas del gobierno de Augusto Pinochet- en 1989, y se opuso claramente al proyecto democratizador volcado en el ideario de la Concertación de Partidos por la Democracia. Su gabinete está igualmente formado por

La “matriz” de Chile, en términos del sociólogo Tomás Moulián²², tiene mucho que ver con los asentamientos éticos (y dentro de éstos, los legales) del país *redemocratizado* o post-dictatorial. Porque si bien Chile ha cambiado significativamente desde el periodo de la dictadura militar (1973-1990), o más aún desde la época de la Unidad Popular (1970-1973), su democracia presente conserva y reproduce patrones que podemos –y debemos- rastrear hasta múltiples puntos de su pasado. La trayectoria política, social, económica y cultural de Chile (por nombrar categorías abstractas que engloban en sí otras muchas, dignas de análisis detallados) está marcada por tres hitos de enorme relevancia:

El primero de ellos es el gobierno de la Unidad Popular, encabezado por el presidente Salvador Allende Gossens entre el 4 de septiembre de 1970 y el 11 de septiembre de 1973. En él se trazaron una cantidad importante de las pautas identitarias de las políticas de izquierda, centro y derecha que trascenderían hacia el segundo periodo importante de “lo actual”: la dictadura militar.

Con este segundo acontecimiento fundamental de la actualidad chilena, iniciado con el golpe de Estado de 1973 y liderado por el General Augusto Pinochet Ugarte, se reorganizaron los referentes políticos (algunos ascendieron al poder dominante; otros se vieron forzados a la clandestinidad; otros más se transformaron o “adaptaron” a intereses nacidos en este periodo en particular, por mencionar sólo tres opciones) y se forjaron nuevos objetivos y alianzas nacionales.

El tercer y último paréntesis de Chile actual sería el tiempo que corre desde la llamada “transición a la democracia”, simbólicamente inaugurada con la salida de Pinochet y el ascenso del primer presidente democráticamente electo desde el año ‘70, Patricio Aylwin Azócar, en marzo de 1990. En este marco se reabrieron horizontes y posibilidades de acción cancelados durante los 17 años de dictadura militar y –cosa importante para nuestro estudio- retornó la posibilidad individual y colectiva de *hacer historia*, en el sentido de revisar y escribir lo que el pasado representaría para –y haría por- el país, en su redemocratización.

Chile contemporáneo se refiere tanto a rupturas dolorosas como a continuidades que se entretejen en la historia política para suturar las grandes heridas y dar continuidad a “lo chileno”. La nación que conocemos hoy hereda, por tanto, una

personajes no sólo de antaño oposición a posturas concertacionistas, sino de evidente apoyo al régimen castrense que gobernó Chile de 1973 a 1990.

²² El término “matriz” lo expone Tomás Moulián en *Chile Actual, anatomía de un mito*. La referencia se retomará más adelante.

gama amplia de asuntos irresueltos: ¿Qué queda de cada periodo? ¿Por qué? ¿Para qué?

Las páginas que siguen se abocan al estudio de “lo actual” como producto de muchas historias. Sus características (legales, socio-económicas, políticas, por ejemplo), sus consecuencias, sus vencedores y sus vencidos. Armar un bosquejo de los “malestares” de Chile, de sus deudas pendientes y también de sus grandes avances. La propuesta para este primer capítulo es rescatar algunos rasgos constitutivos del país en la actualidad, de modo tal que podamos hilarlos con las problemáticas de la memoria, la reconciliación y el perdón en los dos últimos apartados de la investigación.

El diagnóstico al que nos hemos referido en el título consta de una reflexión cruzada entre múltiples frentes: teoría política, informes de desarrollo humano gestionados por la Organización de las Naciones Unidas, testimonios, artículos periodísticos, entre otros. El objetivo ha sido el montaje de un escenario lo más completo posible; hacer honor a la heterogeneidad de las fuentes que hoy aportan a la crítica y comprensión de la postdictadura chilena.

LA POSTDICTADURA

Chile, como la mayoría de los países que sufrieron un periodo de feroz represión política y autoritarismo en dictadura, destinó incontables esfuerzos a construir una imagen nacional nueva tras la salida de su régimen autoritario. A raíz de campañas políticas, inagotables discursos y fuertes reestructuraciones en lo social, la identidad de Chile contemporáneo busca habitar las pautas temporales de lo post-dictatorial, de lo que vino después del régimen militar y a raíz de la vuelta a la democracia en 1990.

Esta actualidad está estrechamente ligada con la construcción de una categoría absoluta, poderosa, que ha infiltrado muchos de los análisis que se han hecho del país desde hace décadas. “La postdictadura”: todo lo que se refiere al *después de*, lo que *ya no es*, lo que *quedó atrás* del régimen pinochetista que gobernó Chile durante 17 años. “El país no es el que era”, o: “En oposición al periodo autoritario, Chile es ahora abiertamente democrático.”

Numerosos investigadores han destinado espacios y publicaciones a la problematización de este concepto. *Pensar/en la postdictadura*, editado por Nelly

Richard y Alberto Moreiras, es un libro especialmente enriquecedor. *Chile Actual: anatomía de un mito*, de Tomás Moulián, también aporta significativamente a la dilucidación de muchas características de la postdictadura chilena²³. Norbert Lechner hace lo propio con *Las sombras del mañana*. A fin de que el lector se familiarice con los andamios de la “nueva” democracia chilena, a continuación se harán dialogar algunas de las ideas más significativas que nos comparten estos textos.

REFERENTES HISTÓRICOS Y/EN POSTDICTADURA

Siguiendo las reflexiones de Nelly Richard²⁴, habría que decir primeramente que la postdictadura es una condición que filtra todos los campos de la vida social – privada y compartida- de Chile “redemocratizado”. Política, academia, arte, economía, medios de comunicación masiva, organización social... todos los espejos de la praxis cotidiana reflejan conductas, memorias y proyectos replanteados a raíz de la vuelta a la democracia: “fuerzas de recodificación de las subjetividades individuales y colectivas”.²⁵ Este replanteamiento de códigos nace de una interpretación de lo sucedido, en niveles múltiples, durante el periodo de la dictadura militar y los subsecuentes años de “transición”. Representa un ejercicio de hermenéutica²⁶ y autoconocimiento que insta a consideraciones variadas sobre planos también heterogéneos.

Uno de los escenarios en los que puede cifrarse el efecto de la dictadura (y de la construcción conceptual de una era “post”) es, según Sergio Villalobos-Ruminott, el que compete a la escritura de la historia²⁷. El autor opina que la idea del golpe de Estado como un *golpe a la lengua* (lugar más o menos común en la escena intelectual chilena²⁸) obliga al Chile democrático a hacerse de recursos narrativos que permitan

²³ En este libro son escasas las veces en que el autor se refiere al concepto de postdictadura como tal. No obstante, esta tesis maneja su “Chile actual” como sinónimo del Chile postdictatorial de Nelly Richard, esencialmente porque ambos autores se inclinan por diagnosticar las latencias de la dictadura una vez inaugurada la democracia y por cuestionarse acerca del proyecto nacional del Chile redemocratizado. Más aún, este libro de Moulián (tanto su contenido como el impacto profundo que tuvo en la sociedad chilena tras su publicación) es el epicentro de muchos análisis publicados luego por Richard y Moreiras en *Pensar en/la Postdictadura*, ARCIS, Chile, 2001.

²⁴ Nelly Richard, “Introducción”, EN: *Pensar en/la Postdictadura*.

²⁵ *Ibidem*, p. 11.

²⁶ Con hermenéutica no nos referimos a las corrientes filosóficas que la abordan como eje de estudio, sino a la acción de interpretar un documento.

²⁷ Sergio Villalobos-Ruminott, “Fin de la dictadura y destrabajo del pensar: repetición y catástrofe en la post-dictadura”, EN: Nelly Richard y Alberto Moreiras (comps.), *Pensar en/la Postdictadura*, pp. 76-78.

²⁸ Es recurrente la idea de que el golpe militar equivale a un golpe paralizador del recurso a la historia, en cuanto historia del sentido, lugar de ocultamiento de la verdad, la tradición y las razones del

la circulación de los discursos cancelados con la dictadura, en el marco de sus ejercicios *post*-dictatoriales. La apuesta democrática de la retoma de la palabra tiene, en este sentido, una trascendencia doble: regresar al ciudadano sus derechos de expresión y devolverle a la vida *histórica* nacional la continuidad cercenada con el golpe militar.

En el fondo, una de las tareas de la democracia *post* dictadura se refiere a regresarle al hombre su relación natural con el lenguaje, arrebatada y usufructuada por intereses de Estado durante un régimen de intolerancia y opresión. Después de todo, escribe Villalobos-Ruminott –siguiendo a Lévinas-, “no poder contar con una posibilidad de comunicación sin sospecha constituiría una clave de las experiencias catastróficas en el siglo veinte”²⁹. Luego entonces, la *post*dictadura propone –o debe proponer- un proyecto de recuperación del habla, que busca, a su vez, inscribirse en el anhelo colectivo del reencuentro con la propia historia y su sentido. Pensar en *post*dictadura, dice Villalobos-Ruminott, “debe partir por considerar los efectos de esta privación del habla, antes de restituir sus intentos sintéticos de resignificación transicional”³⁰.

Tomás Moulián, por su parte, hace un apunte semejante en su *Chile Actual*. “La negación respecto al pasado genera la pérdida del discurso. Existe una carencia de palabras comunes para nombrar lo vivido. Trauma para unos, victoria para otros. Una imposibilidad de comunicarse sobre algo que se denomina de manera antagónica: golpe, pronunciamiento; Gobierno militar, dictadura; Bien de Chile, catástrofe de Chile.”³¹ Tarea de la *post*dictadura es, por tanto, comprender los ecos de las experiencias vividas a escala particular y colectiva, cuyas improntas habitan la poética actual y se alojan en la interacción del sujeto *post*dictatorial con su entorno.

Federico Galende respalda también esta convocatoria, en otro artículo de la misma colección³². Lo hace apuntando la urgencia de reconocer la presencia, en múltiples niveles, de lo negado en el lenguaje. Existe, escribe él, un oficialismo en la época *post*dictatorial que reside en la asimilación acrítica y compartida del prefijo

presente. Puede verse, por ejemplo, el texto de Sergio Rojas: “El Malestar del Tiempo en el Espacio”, Revista dominical *Temas*, Diario *La Época*, 10 de marzo de 1996.

²⁹ Lévinas lo narra así: “La más perturbadora circunstancia de la desestalinización es el descrédito del lenguaje que hace revivir a escala la experiencia colectiva. No se puede ya creer en las palabras pues no se puede ya hablar.” El texto aparece citado EN: Sergio Villalobos-Ruminott, *Op. Cit.*, p. 76.

³⁰ Sergio Villalobos-Ruminott, *Op. Cit.*, p. 78.

³¹ Tomás Moulián, *Chile actual, Anatomía de un mito*, LOM, 2002, p. 37.

³² Federico Galende: “*Post*dictadura, esa palabra”, EN: Nelly Richard y Alberto Moreiras, *Pensar en/la Postdictadura*, pp. 143-152.

“post”. Digamos: la obviación de las herencias de la dictadura a la democracia neoliberal. La creencia de que “lo que ‘estuvo en Chile’ y ‘ya no está’”³³. Hay que ser cautelosos con ello, advierte el escritor, porque aún con la inauguración simbólica de un nuevo *tempo*, la historia se hereda y los residuos se cuelan. Y está, también, la pérdida de un lenguaje útil para representar el comportamiento del mercado desde la dictadura hasta nuestros días.

La postdictadura es el marco en el cual se desenvuelve una sociedad sin campo crítico, escribe Galende: el hogar de los “realistas pragmáticos” que no han logrado recuperar su responsabilidad con la historia ni con la avasallante lógica de consumo que les legó el régimen neoliberal ensayado e incubado en Chile durante la década de los ochenta. El sujeto de las democracias post dictadura “nos dice que esta época ‘es lo que es’, restándose a sí mismo como parte de lo que sea”³⁴, aceptando ahistóricamente e irresponsablemente que el triunfo de la violencia capitalista en Chile se ha impuesto, finalmente y después de los “accidentes” del régimen castrense, para generar un estado de bienestar por el cual velará, ahora, la democracia. Dice Moulián al respecto que ello “es casi como enunciar que el problema del capitalismo pinochetista era Pinochet en el gobierno”³⁵. O, “reinstaurada la democracia, se acabó el problema”.

Richard, Villalobos-Ruminott, Galende y Moulián coinciden todos en que a los estudios de postdictadura les corresponde, obligatoriamente, una revisión concienzuda de los marcos operativos que ha dejado el régimen militar. Más aún: *pensar en/la postdictadura* es, en sí mismo, un acto de ubicación de las lógicas matriciales nacidas con el golpe; heredadas y reproducidas por la ciudadanía democrática postautoritaria.

Moulián hace especial hincapié en este tópico. De entrada, sostiene, hay que considerar que Chile actual viene de una gestación tría: “un ‘ménage à trois’ entre militares, intelectuales neoliberales y empresarios nacionales o trasnacionales”³⁶. El golpe, visto como momento fundacional del Chile contemporáneo, enmarca un “coito” a partir del cual “lo social” de Chile se construye como “natural”³⁷. Chile

³³ *Ibidem*, p. 143.

³⁴ *Ibidem*, p. 148.

³⁵ Tomás Moulián, *Chile Actual...*, p. 43.

³⁶ *Ibidem*, p. 27.

³⁷ *Ibidem*.

necesitaba ser “salvado” a toda costa³⁸; la historia fue así porque debió ser así³⁹. Además, se instaura un juego de manipulación fáctica que hace de las ganancias económicas de unos pocos la “natural” pérdida de la mayoría: la explotación de las masas mediante la imposición de rutinas consumistas y prácticas de endeudamiento exponencial⁴⁰.

La naturalización de la violencia nacida y reproducida en dictadura se vale de otro mecanismo, importantísimo y también trabajado por Moulián. “Técnicas de blanqueamiento”, dice el autor. Borraduras abundante y reiteradamente aplicadas en el escenario de la transición a la democracia. Escribe: “Para que Chile pudiera ser el modelo, la demostración de que un neocapitalismo “maduro” podía transitar a la democracia, era necesario el blanqueo de Chile. Eso requería que Pinochet (símbolo del régimen militar por excelencia), el conductor, no sólo fuera el responsable de la suciedad y de la sangre. También se requería que los otros reconocieran la necesidad de su papel en el Chile Actual. El déspota debía convertirse en hombre providencial.”⁴¹ El éxito de la vía chilena a la democracia -de la postdictadura- implicaba también, pues, la reescritura de los signos de interpretación histórica.

Idea socializada a gran escala en 1997⁴², la “neutralización” de la figura de Pinochet (“sí es un criminal, pero eran todos crímenes ‘necesarios’”) se dejó ver, nuevamente y con mayor cobertura, años más tarde. A principios de 2011, el conjunto de los militares que habían delinquido durante el periodo militar pidieron la “comprensión” del pueblo chileno: se refugiaron en el supuesto *providencialismo* de sus encomiendas en el marco de la dictadura militar y conmemoraron, el jueves 3 de marzo, el primer “Día de los Presos Políticos Militares” en Chile. Se pidió al Presidente Sebastián Piñera “justicia con los chilenos [hoy presos] que combatieron el terrorismo marxista”⁴³. Sobra decir que la continuidad de las prácticas de blanqueo

³⁸ El recurso ideológico de la necesidad de un pronunciamiento militar para “recuperar el control” sobre la nación chilena es un tema que se desarrollará más adelante. Moulián lo describe como un método de legitimación de los “costos humanos” de la dictadura. Véase: Tomás Moulián, *Chile actual...*, pp. 32-35.

³⁹ La idea se toma de las reflexiones de Moulián, en su *Chile Actual*. La cita textual es: “Chile se representa como la Única Racionalidad. Se argumenta a sí mismo de este modo: Chile actual es así porque debió ser así, no tenía otro camino si quería seguir la dirección de la Razón.” Véase: *Chile Actual...*, p. 25.

⁴⁰ Sobre ello volveremos más adelante.

⁴¹ *Ibidem*, p. 40.

⁴² La primera impresión de *Chile Actual...* se hizo en este año.

⁴³ Ricardo Ahumada, “Seguidores de Pinochet y la dictadura celebran el Primer Día de los Presos Políticos Militares”, *The Clinic* online, 3 de marzo de 2011. Véase:

repercute en una concepción ambigua de la justicia en el país que busca proteger, no obstante su calidad de torturadores y asesinos, una supuesta tarea histórica y el ejercicio cabal de una labor “en pro del bienestar nacional”, perpetrada por violadores de Derechos Humanos.

La reinterpretación –o manipulación- de la historia que se hace rutinariamente en los proyectos conciliatorios de la postdictadura puede darse, en gran medida, gracias a otra característica primordial de la democracia post Pinochet: “la crisis de la política”⁴⁴. El “realista pragmático”, tan rechazado por Galende, ha perdido sus referentes ideológicos. O, en palabras de Moulián, ha decretado con su pragmatismo la decadencia del ímpetu ideológico: una “falsa muerte de las ideologías, perpetrada por una ideología hegemónica que pretende la tecnificación de la política.”⁴⁵ ¿Cuál es, entonces, la crisis de la política? “La imposición de una ideología utópica”, responde Moulián, “el neoliberalismo: una política a-ideológica, que no tiene proyecto, y que representa la petrificación absoluta de lo actual.”⁴⁶

El meollo del reemplazo de la política por una ideología sin proyecto de nación, sin cronologías y sin nexos tangibles con el cuerpo social es, en pocas palabras, la generación de un espejismo de estabilidad. “La ilusión [de la ideología triunfante] es que el reemplazo de la política como confrontación, por la política como administración, generará las condiciones de la perfecta gobernabilidad”⁴⁷, evitando así el tan temido reencuentro con un pasado de conflictos y polarización civil.

Norbert Lechner cavila sobre esto mismo en un texto lúcido sobre las huellas que deja la política en las subjetividades humanas⁴⁸. Sus reflexiones hilan la problemática de la incomunicación e incomprensión colectivas sobre el pasado con la pérdida de referentes ideológicos. Una de las razones por las cuales la política ya no es lo que fue “tiene que ver con las claves de interpretación que permiten al ciudadano estructurar lo real. Criterios como izquierda/derecha, reforma/revolución, Estado/sociedad civil, eran algunos de esos instrumentos clasificatorios que ayudaban a interpretar la complejidad de la sociedad. Ahora, un falso ‘realismo’ pretende

<http://www.theclinic.cl/2011/03/03/seguidores-de-pinochet-y-la-dictadura-celebraron-el-primer-“dia-de-los-presos-politicos-militares”/>

⁴⁴ Tomás Moulián, *Chile actual...*, p. 60.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 61.

⁴⁶ *Ibidem.*, p. 62.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 63.

⁴⁸ Norbert Lechner, *Las sombras del mañana*, LOM, Chile, 2002.

prescindir de todo ‘discurso ideológico’. Donde reina el accionar sabio y fluido de la ‘mano invisible’ del mercado, estarían de sobra las ideas.”⁴⁹

En síntesis, podemos decir que los tiempos inaugurados con el ascenso de Aylwin a la presidencia de Chile delegan en la sociedad misma una tarea de revisión historiográfica y reconocimiento propio en prácticas heredadas tanto de la dictadura como de tiempos aún más remotos. La postdictadura pone de vuelta sobre el escenario modalidades expresivas que hasta el momento de la salida de Pinochet no habían tenido más que espacios residuales, marginales o socavados en el imaginario colectivo de la nación chilena. Permite también la conservación de los discursos impuestos bajo la administración militar y los hace convivir en un tiempo de resignificaciones culturales, políticas y sociales. En esencia, la apertura democrática se opone semánticamente a la singularidad experiencial, a la imposición *normal*⁵⁰ de patrones identitarios únicos, jerárquicos y excluyentes.

En este nuevo período, resurge abiertamente la memoria del primer componente de lo actual (el periodo de la Unidad Popular); choca con las herencias de la dictadura y se funde con los proyectos del Chile recién reencontrado con la democracia. La postdictadura representa -en teoría- la reconexión del pueblo chileno con sus múltiples pasados y la convocatoria a tomar postura frente a él. Compendia una serie de lenguajes que interpretaban cada etapa del pasado y los hace convivir en un espacio aparentemente “en blanco”.

Las pautas utilizadas para reescribir la historia de Chile tras la separación de Augusto Pinochet de la silla presidencial sostienen uno de los símiles más repetidos en este nuevo escenario. La expresión de “la vuelta a la página” –tan usada en los primeros años de los gobiernos de la Concertación- sostiene cierta creencia en que los pasajes de la historia de Chile pueden capitularse, como hojas que se dejan atrás en el devenir de una historia mucho más larga y completa. *El libro* adquiere desde el inicio de la articulación conceptual de esta fase histórica una categoría privilegiada entre las metáforas conocidas y aplicadas por la mayoría: “vuelta a la página y reescritura de la historia”.

⁴⁹ Norbert Lechner, *Las sombras del mañana*, EN, *Obras completas, Vol. 1.*, LOM, Chile, 2006, p. 475.

⁵⁰ Normal, claro, en su acepción de norma; no de hábito.

En este sentido, la postdictadura significó la construcción de otro proyecto, con una personalidad moral distinta⁵¹, que anulara la operatividad del episodio político anterior y justificara, a partir de nuevas reglas y comprensiones construidas desde un nuevo campo semántico-temporal (la democracia), las acciones emprendidas por el Estado redemocratizado y el cuerpo social recientemente “liberado”⁵². Entre las preguntas que encauzan la política postautoritaria, se incluyen las siguientes: ¿Cómo se vincula el pasado con el proyecto actual de sociedad? ¿Qué se hace hoy con los problemas heredados de la dictadura? ¿Cómo opera la interpretación de la Historia y a qué fines sirve?

En realidad, la postdictadura acarrea dos proyectos paralelos. Primero: se idea (o refuerza) una *identidad nacional* abstracta y creada a propósito de los fines políticos dominantes, que no incorpora en su composición y diseño la deliberación plural de sus componentes, sino más bien su hegemonización desde lo alto de las instituciones. *Ser chileno*⁵³. Lo que se es y no lo que se era; lo que se será. Segundo: se entreteje una *identidad moral*⁵⁴ para la nación; un código según se rigen la ética, la verdad y la justicia en el país. Ésta nace entre las acciones emprendidas como “solución” a conflictos variados (o momentos de crisis) en la historia.

Así pues, las Comisiones de Verdad, los comunicados estatales en medios de comunicación masiva, la reescritura de los libros de Historia, etc. (temas a abordar más adelante) que se emprenden a partir de 1990 son mecanismos que el Estado utiliza para legitimarse; desprenderse históricamente del enemigo y posicionarse como nuevo protector de la paz social.⁵⁵

La clausura del pasado es simbólica en casi todo momento. Pretende hacer *tabula rasa* con la identidad precedente y construir un nuevo orden que, además de ser radicalmente distinto a lo que se conoce, se finca en la borradura o neutralización

⁵¹ En este caso, nos referimos a la personalidad moral como sinónimo de “identidad moral”. La expresión se explica unas líneas más adelante. La idea se toma de: Mariana Rodríguez Aguilera, “Olvido y discontinuidad: historia, ética y política en Chile actual”, ponencia presentada en la mesa “Ética y Política: el sur y otros contextos culturales”, en el marco del 50 aniversario del Centro de Estudios Latinoamericanos, FCPyS, UNAM, 15 de octubre de 2010.

⁵² Esta idea se socializó en la ponencia: Mariana Rodríguez Aguilera “Chile postdictatorial: crítica desde los márgenes identitarios de la “Unidad Nacional”, *IV Jornadas de Identidades en América Latina*, FFyL, Ciudad Universitaria, 31 de marzo de 2011.

⁵³ La identidad chilena se aborda como tópico central en la publicación del mismo nombre. Véase: Jorge Larraín, *Identidad Chilena*, LOM, Chile, 2001.

⁵⁴ La idea de identidad moral la trabajan Pablo Salvat y Tony Misfud en: Lira, Loveman, et. al., *Historia, política y ética de la verdad en Chile*, LOM, 2001.

⁵⁵ Estas ideas se trabajaron en la ponencia: Mariana Rodríguez Aguilera: “Olvido y discontinuidad: historia, ética y política en Chile actual”, FCPyS, UNAM, 15 de octubre de 2010.

del enemigo (el dictador) y la difuminación de los conflictos que causaban fisuras en lo colectivo. “Terminar con los odios e inaugurar la paz y reconciliación democrática.” A continuación, abordaremos justamente los mecanismos mediante los cuales se busca imponer el consenso, la gobernabilidad y la sutura de la identidad nacional precedente.

TRANSICIÓN, DEMOCRACIA Y POSTDICTADURA

El cambio administrativo que tuvo lugar en Chile el 11 de marzo de 1990 ha suscitado interpretaciones variadas, tanto entre académicos como entre los actores principales de la democratización chilena transicional. Ello sucede principalmente porque, si bien es cierto que la inauguración de un régimen democrático mediante una toma de posesión presidencial tiene fuertes cargas simbólicas (y no es en sí misma ni el inicio ni el fin del proyecto democratizador), también es verdad que este momento representó para muchos una de dos cosas: el fin de un proyecto *transicional* hacia la democracia -el resultado de una ardua lucha por la caída del gobierno castrense-, o el comienzo de una época de reforma profunda –antidictatorial, que eliminase completamente los efectos del periodo militar en la democracia recién estrenada-.

El traspaso de poderes entre el régimen militar de Augusto Pinochet y la administración democrática de Patricio Aylwin dio pie a una idea ambigua pero bastante común: “la transición inconclusa”⁵⁶ o “la transición incompleta”⁵⁷. La crítica tiene esencialmente dos ejes, uno teórico y el otro político. Sobre ello nos detendremos brevemente en los párrafos que vienen.

Alrededor de la variante teórica, hay una serie de análisis dedicados a desmenuzar el cambio político que se dio en Chile durante la década de los noventa. Varios de ellos, entre los cuales destacan los textos del sociólogo Manuel Antonio Garretón, se refieren a las transformaciones políticas como cambios elaborados durante fases distintas, independientes una de otra. El mismo Garretón apunta varios planos, sucedidos en una suerte de efecto dominó entre 1982 y 1990, de esta caracterización transicional hacia el régimen democrático: a) la descomposición inicial del régimen castrense por la crisis del modelo económico neoliberal; b) la irrupción de la oposición social y política en el espacio público; c) la recomposición parcial del modelo económico-social (aunque dentro de una fase terminal); d) la

⁵⁶ Andrés Zaldívar, *La transición inconclusa*, Los Andes, Santiago, 1995.

⁵⁷ Manuel Antonio Garretón, *Hacia una nueva era política*, FCE, Chile, 1995.

inserción de la oposición en la lucha institucional para enfrentar al régimen en el plebiscito de 1988; e) el desencadenamiento de la transición hacia un régimen democrático a partir del plebiscito, y f) la inauguración democrática en marzo de 1990.⁵⁸

En el fondo, esta línea de análisis desglosa una “lista de pendientes”: indaga sobre las características esenciales de los regímenes democráticos y busca su aplicabilidad en el escenario chileno. La crítica que arrojan los resultados de este ejercicio es, por tanto, histórico-política: ubica los avances, retrocesos y deudas de un proyecto democrático prometido al pueblo a finales de la década de los ochenta.

En lo que toca a las observaciones políticas sobre la construcción de la democracia chilena, éstas giran alrededor del mismo debate esencial: ¿cuándo y dónde empieza/termina la transición democrática? La evaluación puede hacerse desde diferentes ángulos. Quizá los simpatizantes de la dictadura militar consideren la institucionalización del régimen (a mediados de la década de los setenta) como el primer paso hacia la participación colectiva en un gobierno “crecientemente democrático”. Siguiendo la misma argumentación, de ahí podrían venir las leyes de los años ochenta, que dieron legitimidad legal a partidos políticos, elecciones y, finalmente, el plebiscito de 1988 que terminó por derrocar a Augusto Pinochet.

Por otro lado, seguramente obtendríamos una versión distinta de este proceso si nos acercáramos a miembros de la Concertación de Partidos por la Democracia, cuyo ideario cobijó a la mayoría de los personajes de oposición a la dictadura durante la segunda década del gobierno militar. De parte suya, quizá la idea de “transición inconclusa” se refiera fundamentalmente a la idea de que la transición democrática arrancó durante la década de los ochenta -con los primeros pactos entre partidos políticos de centro e izquierda y las fisuras más importantes por donde pudo infiltrarse la disidencia- y continúa, mucho más allá de la inauguración presidencial del '90, como un proyecto vigente que busca terminar absolutamente con los “enclaves autoritarios” que Pinochet heredó al Chile postdictatorial.

Así, el concepto de democracia que toca ver para el caso chileno ha estado expuesto a debates intensos desde la gestación misma del plan de salida de la dictadura. La idea de la transición *interminable*⁵⁹ ha minado significativamente la

⁵⁸ *Ibidem*, p. 106.

⁵⁹ Luis Maira escribió un texto con este título. Revítese: *Chile, la transición interminable*, Grijalbo, México, 1999.

noción de la democracia en Chile y ha truncado su legitimidad desde muchos ángulos. En la literatura crítica –vale decir: no oficial, independiente- de veinte años para acá, predomina una evaluación insatisfecha, escéptica de los alcances de la democracia en el país. El periodista Dauno Tótoro Taulis escribía en 1998, por ejemplo, que: “Del mismo modo como los dieciséis años de dictadura militar superaron con mucho los plazos esperados por quienes se mantuvieron a la expectativa de que se cumpliera el tiempo señalado para ‘poner orden en la casa’, el período de *Transición a la democracia*, iniciado con el gobierno de Patricio Aylwin, se dilata y se estira, como si intentara una carrera nariz a nariz con el siglo.”⁶⁰

A continuación nos acercaremos a algunas de las problemáticas que han hecho de la chilena una democracia “frágil”, ante los ojos de sus críticos más agudos. A este breve análisis hemos llamado “herencias y problemas de la postdictadura”.

HERENCIAS Y PROBLEMAS DE LA POSTDICTADURA

Pensar la actualidad chilena es esbozar un paisaje de características múltiples. Como dijimos anteriormente, las fuentes del presente pueden ubicarse en varios momentos del pasado. Una de ellas es la dictadura militar pinochetista, por lo que a continuación nos adentraremos en algunas de las herencias visiblemente autoritarias que la democracia reproduce en su nuevo patrón de gobierno.

Manuel Antonio Garretón observa la permanencia de *enclaves autoritarios* en por lo menos tres ámbitos: el institucional, el actoral y el ético-simbólico⁶¹:

Los enclaves *institucionales* del Chile contemporáneo a los que se refería incluyen, por ejemplo, a la Constitución actual, a las leyes orgánicas constitucionales sobre Banco Central, Fuerzas Armadas, educación, Congreso, municipalidades, etc. y otras normas como las leyes laborales.⁶²

Los enclaves *actorales* tienen que ver con el conjunto de intereses de las Fuerzas Armadas, la derecha política y el sector empresarial. Vale decir: una vez reinstaurado el modelo democrático en Chile, el gobierno debió atender el vuelco en las operaciones y prioridades de los tres órdenes –legislativo, ejecutivo y judicial-, de

⁶⁰ Dauno Tótoro Taulis, *La Cofradía Blindada. Chile civil y Chile militar: trauma y conflicto*, Planeta, Chile, 1998, p. 45.

⁶¹ Véase: Manuel Antonio Garretón, *Op. Cit.*, p. 118.

⁶² *Ibidem*, p. 119.

modo tal que se pactara una “tregua” que fomentara la consolidación del régimen sin temer las represalias de alguna fuerza *actoral*. Del éxito de las negociaciones con este enclave dependería la fuerza de la nueva democracia.

Y los enclaves *ético-simbólicos* abarcan el tema de los Derechos Humanos y el manejo de la memoria que, trabajados “desde arriba”, no podrían tener una solución fácil por cuanto se enfrentan a la lógica ética expresada en movimientos de defensa de Derechos Humanos y memoria colectiva de los sectores más marginados de la historia oficial.

De los primeros dos tipos de remanentes de la dictadura nos ocuparemos en las líneas que siguen. El tercero se trabajará más adelante, en los últimos dos capítulos. El conjunto de todo ello forma el entramado político del Chile moderno, que ampara -entre otros muchos ejemplos- los enclaves dictatoriales institucionales y actorales que describiremos ahora.

LA CONSTITUCIÓN DE 1980

Luego del golpe de Estado de 1973, no sólo fue suspendida la Constitución de 1925, sino que, además, se buscó crear una nueva institucionalidad que legitimara, de forma absoluta, el comportamiento político de los actores dominantes.

A poco tiempo de la intervención castrense, aún en 1973, una agrupación conocida como la Comisión Ortúzar se dio a la tarea de redactar el anteproyecto para una nueva Constitución. Luego, el Consejo de Estado de Chile discutió e introdujo algunas modificaciones al proyecto, entregándola finalmente a la junta de Gobierno de Chile para sus últimas modificaciones. El texto definitivo fue sometido, años más tarde, a la opinión de la ciudadanía mediante el Plebiscito Nacional de 1980, en el que fue aprobado. A pesar del enorme cuestionamiento ético-jurídico hecho al proceso plebiscitario, que atendía las irregularidades formales de su celebración (entre otras cosas: no existían registros electorales y la oposición se vio impedida de efectuar campaña, dada la restricción absoluta de libertades públicas como la de expresión y reunión), la Constitución entró en vigencia el 11 de marzo de 1981.

En realidad, la ilegitimidad de este proyecto constitucional es su aspecto menos interesante. La historia de Chile está llena de Cartas aprobadas en circunstancias oscuras que, no obstante la desaprobación de la mayoría al momento de su votación, han logrado posicionarse y, más aún, tener una vigencia de décadas a la vez. Como plantea Juan Carlos Gómez Leyton, “las constituciones chilenas han

sido diseñadas para durar en el tiempo. En eso reside su gran mérito e, incluso, su fortaleza.” Sin embargo, “la perdurabilidad de las constituciones nacionales dan cuenta de otro de los rasgos políticos centrales de la evolución política chilena: la centralidad y predominancia de la clase política y el poder militar sobre la ciudadanía y, al mismo tiempo, los límites políticos que ha tenido la construcción de la democracia política en el país.”⁶³ En otras palabras, las Constituciones de Chile nunca han respondido, en el fondo, a las necesidades de la sociedad civil; sostienen el andamiaje político que sustenta, a su vez, el poderío de las élites dirigentes y el poder militar.

Así pues, la Constitución de 1980 representó, como sus antecesoras de 1833 y 1925, la institucionalización política del régimen de turno. En este caso, el militar. El ancla del *fondo* se conseguía blindando las *formas*. Con la nueva Carta, el régimen consolidó la permanencia de su modelo político y lo impuso como el marco de referencia de la futura transición hacia la democracia. En ella se aseguró, principalmente, una jerarquía diseñada en beneficio de las Fuerzas Armadas y una participación dominante en un poder cívico-militar, con capacidad para dirimir respecto de las políticas de las autoridades democráticas del futuro⁶⁴.

En este sentido, Peter Siavelis propone que “la Constitución chilena de 1980 es el reflejo legal de una creencia básica de las Fuerzas Armadas: la incapacidad de los procesos políticos democráticos para resolver los problemas más graves del país. El rol del Presidente, el alcance de su poder y el sistema electoral parlamentario fueron elementos incorporados con miras a un mayor control social y particularmente a la limitación de las autoridades políticas civiles.”⁶⁵ La esfera civil quedaba legalmente condicionada a la militar, reproduciendo el orden autoritario del gobierno dictatorial.

La Constitución se diseñó tanto para proteger el legado económico del gobierno autoritario⁶⁶ como para “prevenir el resurgimiento de la dinámica de polarización e inestabilidad social característica de la década de los setenta.”⁶⁷ Las

⁶³ Juan Carlos Gómez Leyton, “Los límites políticos de una transición pactada: 20 años de la Constitución Política de 1980”, EN: *Política, Democracia y Ciudadanía en una sociedad neoliberal (Chile: 1990-2010)*, ARCIS/CLACSO, Chile, 2010, p. 62.

⁶⁴ Dauno Tótoro Taulis, *La Cofradía Blindada...*, p. 39.

⁶⁵ Peter Siavelis, *The President and Congress in Postauthoritarian Chile*, p. 1. La traducción es mía.

⁶⁶ Este tema se desarrolla algunas páginas más adelante.

⁶⁷ Esta es una versión –utilitarista además– de la euforia social de los setenta. Hay numerosa documentación sobre, por ejemplo, los sabotajes económicos emprendidos por la burguesía chilena contra el gobierno de Salvador Allende o las intervenciones estadounidenses en la difusión de

autoridades militares argumentaron que la sucesión de eventos que “llevaron” o “resultaron” en el golpe de Estado del '73 eran prueba de la irresponsabilidad de los líderes civiles. A ello se sumaba el sistema electoral de representación proporcional, que “solapaba a dirigentes partidistas en el abuso de su poder como oficiales electos para movilizar el apoyo popular”⁶⁸, generando así la “polarización ideológica” de la sociedad chilena y la consecuente corrupción de sus instituciones democráticas. El objetivo de la reforma constitucional fue entonces diseñar una nueva Carta en que las restricciones sobre el poder de las elites civiles y los partidos políticos previniera la reaparición de fenómenos parecidos.

El fortalecimiento del poder presidencial fue la piedra angular de esta fórmula de control. Los militares calcularon que el proyecto económico de la dictadura se resguardaría mejor bajo un gobierno con un presidente de facultades ampliadas y un Banco Central. Esto, garantizado por la Constitución, impediría que el Congreso “se volviera víctima de los excesos del populismo y el personalismo.”⁶⁹

Entre otros poderes, el texto original de la Constitución de 1980 le concedía al Presidente la facultad de declarar estados de excepción constitucional, emergencia y catástrofe sin pedir la aprobación del Congreso. Podía también imponer el exilio forzoso, prohibir la entrada/salida de ciertos individuos del territorio nacional o suspender la garantía del derecho de asociación o libertad de prensa durante los estados de sitio.⁷⁰ En materia legislativa, el Presidente conservó su derecho al veto frente a resoluciones del Congreso –derecho que ha permitido que, a pesar de la facultad del Congreso para invalidar las decisiones presidenciales, sólo una ley haya sido votada sin la firma del Presidente desde 1980-.⁷¹

propaganda anti-socialista, entre otros recursos para simular la escasez y consolidar el sentimiento de inestabilidad colectiva, que terminaron por hacer crecer la filiación de las clases medias al discurso de la derecha.

⁶⁸ Peter Siavelis, *Op. Cit.*, p. 2. La traducción es mía.

⁶⁹ *Ibidem*. La traducción es mía.

⁷⁰ En 1989 se aprobó una reforma que limitaba el derecho del presidente a anular únicamente el derecho a la libre circulación, asociación y prensa durante esos periodos. Véase: Peter Siavelis, *Op. Cit.*, p. 19.

⁷¹ Peter Siavelis, *Op. Cit.*, p. 19. La traducción es mía.

Detengámonos un segundo en el siguiente cuadro:

ADMINISTRACIÓN AYLWIN (1990-1993)			
SESIÓN	TOTAL DE LEYES	ORIGEN EJECUTIVO	ORIGEN LEGISLATIVO
1990	153	139	14
1991	123	110	13
1992	112	105	7
1993	52	50	2
Total	440	404	36
% Total	100	91.8	8.2
ADMINISTRACIÓN FREI (1994-1997)			
SESIÓN	TOTAL DE LEYES	ORIGEN EJECUTIVO	ORIGEN LEGISLATIVO
1994	77	61	16
1995	70	49	21
1996	52	40	12
1997	54	40	14
Total	253	190	63
% Total	100	75.1	24.9

FUENTE: CONGRESO NACIONAL DE CHILE

Peter Siavelis, *The President and Congress in Postauthoritarian Chile*.

Llama la atención que, a pesar de que existe un desequilibrio en el origen de las propuestas legislativas desde la promulgación de esta Constitución, éste no resulta de una falta de iniciativas del Congreso: durante el gobierno de Patricio Aylwin, por ejemplo, 529 iniciativas nacieron de la Asamblea y 637 del ramo ejecutivo. No obstante, de las 637 iniciativas del Presidente, 447 terminaron el proceso legislativo y 404 (el 92 por ciento) se convirtieron en ley. En cambio, sólo 69 (13 por ciento) de las 529 iniciativas de los legisladores fueron consideradas para voto, y de esas sólo 36 se hicieron ley.

Por su parte, la Carta también dispuso los mecanismos que “amarrarían” la transición hacia la democracia al término del gobierno castrense. Como escriben Cavallo, Salazar y Sepúlveda, “el pilar de la transición debía ser la cohabitación entre el régimen vigente y un Congreso deliberante, pero de manera controlada. Es decir, con miembros designados. El Congreso constaría de dos cámaras. Los 120 diputados serían designados por la Junta Militar. En el Senado participarían los ex Presidentes, por derecho propio; además, 20 personas designadas por Pinochet de acuerdo con las normas de la Constitución; finalmente, otras 20, también designadas por Pinochet,

pero del más amplio campo de actividades del país. La Junta continuaría en funciones hasta la instalación de ese Congreso ‘biónico’. Después se integraría al Congreso y sus miembros serían senadores vitalicios.”⁷²

Este marco de acción, salvando algunas modificaciones pequeñas⁷³, ha regido la política institucional de Chile hasta el día de hoy. Actualmente, la Carta sostiene una democracia en que el poder reside en la autoridad y no en el pueblo, como debería ser si seguimos los fundamentos teóricos de una administración democrática. La participación ciudadana en la política ha logrado efectivamente limitarse en pro de la estabilidad social y el Presidente ha devenido una especie de patriarca cuyas acciones –autoritarias o no- se disimulan entre ropajes democráticos.

Carlos Ruiz⁷⁴ acierta al escribir que la democracia postdictatorial es radicalmente distinta de la democracia derrocada en 1973, porque en la más actual “el gobierno es autónomo, pero el pueblo no es soberano.”⁷⁵ Y no es soberano a causa de los enclaves autoritarios del orden político-constitucional vigente, “que van desde un poder militar autónomo no sujeto cabalmente al orden civil, la institución de senadores designados y de un sistema electoral que sobrerrepresenta a las minorías, hasta la autonomía de las políticas económicas frente a las decisiones democráticas.”⁷⁶ Chile está sujeto a una institucionalización que trunca su pleno desarrollo democrático y que se remite a los cambios que atinadamente se hicieron antes de la crisis *en el régimen*, para evitar la crisis *del régimen*⁷⁷.

A años de la salida de Pinochet del poder presidencial, la inconformidad social en materia de la Constitución es evidente. En junio de 1998, por ejemplo, se hizo público un documento titulado “La gente tiene razón”, firmado por más de 100 destacados políticos, pensadores y líderes de la Concertación. Representaba una

⁷² Ascano Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, *La Historia Oculta del Régimen Militar. Memoria de una época 1973-1988*, Uqbar editores, Chile, 2008, p. 356.

⁷³ La Carta magna de Chile ha sido reformada en 1989, 1991, 1994, 1997, 1999, 2000, 2001, 2003, 2005, 2007, 2008, 2009 y 2010. Los cambios responden a una insistente presión social por “democratizar” la Constitución y han resultado, entre otros cambios, en la reducción del periodo presidencial a 4 años (en comparación con el periodo de 6 años vigente durante el gobierno de Ricardo Lagos, o el de 8 años promovido por la junta militar al momento de la ratificación original de la Carta en 1980). Muchos critican, empero, que sigue pendiente una urgentísima y profunda revisión de la Constitución, que cambie la operatividad de las elecciones a Senadores y Congresistas y modifique, por tanto, la lógica de representación que impera en la institucionalidad chilena actual.

⁷⁴ Profesor de la Facultad de Filosofía y Humanidades y la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile; autor entre otras publicaciones de *Seis Ensayos sobre la teoría de la Democracia* (1993).

⁷⁵ Carlos Ruiz, “Democracia, consenso y memoria: una reflexión sobre la experiencia chilena”, EN: Nelly Richard (editora), *Políticas y Estéticas de la Memoria*, p. 15.

⁷⁶ *Ibidem*.

⁷⁷ Manuel Antonio Garretón, *Op. Cit.*, p. 108.

especie de autoevaluación y perspectiva hacia el futuro de la coalición y del país. Al respecto, dicen Brian Loveman y Elizabeth Lira: “los firmantes reconocieron que la transición a la democracia había sido incompleta. Incluso, entre las ‘tareas pendientes’ llegaron a listar casi el programa entero de reforma constitucional que la coalición ofreció al país en 1989-90.”⁷⁸ Se indicó además que “la gran mayoría del país está en desacuerdo con aspectos fundamentales de la Constitución que nos rige. Esos desacuerdos se refieren, entre otras materias, a la institución de los senadores designados, la composición y atribuciones del Tribunal Constitucional y el Consejo de Seguridad Nacional, el sistema binomial y el cercenamiento de las facultades presidenciales relativas a los cuerpos armados que forman parte del Estado.” Agregaron que “mientras no exista un marco constitucional que represente un amplio acuerdo, o en su defecto, la decisión de la mayoría de la ciudadanía, la institucionalidad política seguirá careciendo de la necesaria legitimidad”⁷⁹.

Juan Carlos Gómez Leyton resume de modo similar los pendientes de la democracia para con su tópico constitucional. “El principal error cometido por la Concertación”, escribe, “ha sido concebir el tema como una problemática de exclusiva competencia de la clase política parlamentaria. [...] En vez de ciudadanizar el problema constitucional, lo ha elitizado.”⁸⁰ El círculo histórico de las Constituciones antidemocráticas, engendrado junto con la nación misma, se mantiene intacto.

EDUCACIÓN Y DESAFECTO

La elaboración de un relato de la educación en Chile implica una responsabilidad de crítica hacia la *elaboración* del pasado. Al igual que hacen los enclaves político-institucionales como la Constitución, la educación forma nuevas generaciones con base en ideas [re]fundadas. Aporta elementos para la comprensión y manejo del pasado y, por tanto, es piedra angular de la creación de un proyecto de nación.

El legado del pasado hacia el presente puede verse como un juego de actores, conflicto y memoria. En esta lógica, se entiende que el golpe de Estado de 1973 implicó, a la vez que una imposición violenta de una norma política, un

⁷⁸ Brian Loveman y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política*, p. 209.

⁷⁹ “La gente tiene razón”, Temas de *La Época*, 14 de junio de 1998, tercera sección.

⁸⁰ Juan Carlos Gómez Leyton, “Los límites políticos de una transición pactada...”, pp. 72-73.

debilitamiento de la palabra que se heredaría mediante el sistema educativo. El golpe resonó en la censura a los libros de historia, la libertad de prensa y en la libertad de asociación. Se instituyó una *-la-* versión de los hechos, reformando la historia y promoviendo con ella un nuevo régimen valórico ligado al desafecho.

Rescatemos algunas pautas básicas de la educación durante la dictadura, heredada luego al proyecto democrático de los noventa:

Ante la tarea de reorganizar el proyecto educacional del país tras el golpe de Estado, la Junta ideó dos planes fundamentales, complementarios y sucesivos. El primero consistía en cambiar el contenido de los materiales oficiales de apoyo a la enseñanza, de modo tal que se proyectara la inevitabilidad del Golpe militar y se hiciera énfasis en la profunda crisis política, social y económica que se vivía durante el periodo presidencial de Salvador Allende. Esta acción supondría también la renovación del profesorado, con el propósito de erradicar cualquier pensamiento que “oliera a marxismo” y de minimizar la resistencia de los docentes al nuevo material. El segundo paso, implementado después de 1979, constaba de la creación de una nueva historia oficial, animosa de los avances de la economía neoliberal pinochetista y encubridora del marco social, cultural o político en que éstos se gestaban en el país.

En todas las instituciones de educación superior se nombraron como rectores-delegados a miembros de las Fuerzas Armadas, “individuos, naturalmente, sin ningún conocimiento de la Universidad como institución y menos de lo relacionado con su quehacer.”⁸¹ Se les facultó con poderes extraordinarios, que les permitieron suprimir carreras e inventar normas administrativas y académicas en aras de “resguardar la seguridad interior del Estado e iniciar la reconstrucción nacional”.⁸²

El número de profesores y estudiantes expulsados por ellos creció exponencialmente, sumándose a dos problemáticas ya existentes: primero, la salida del país de distinguidos y valiosos investigadores, docentes y estudiantes, y segundo, todo lo que hace relación a profesores, alumnos e intelectuales ejecutados, torturados o desaparecidos durante este periodo y los años que le siguen. El resultado puede verse en datos desoladores. Galo Gómez Oyarzún decía ya en 1976 que la matrícula - que incluía 75,000 en 1970 y que ascendió a casi 150,000 durante el gobierno de la Unidad Popular- era entonces (en 1976) la más baja de los países americanos. Rescata él también los cálculos de la Federación Mundial de la Juventud Democrática

⁸¹ Galo Gómez Oyarzún, *Chile de Hoy: Educación, Cultura y Ciencia*, p. 19.

⁸² *Ibidem.*, p. 19.

(FMJD), que anunciaban una crisis profunda de la educación chilena a mediados de la década, debida principalmente a la expulsión de alrededor del 25% de los concurrentes al aula, una vez verificada su filiación -pasada o presente- con la Unidad Popular^{83 84}. Tengamos en cuenta también que, en todos estos años, Chile se mantuvo como el único país que escapó al patrón de sólido avance en materia educativa de la región latinoamericana, que en las demás naciones presentaba un aumento en la población estudiantil del 8% anual⁸⁵.

Los militares controlaron toda la política educacional desde el Golpe de Estado hasta 1979, cuando se hubo determinado que la Junta continuaría con su gobierno por un nuevo periodo acreditado constitucionalmente por la Carta de 1980. A partir de entonces, el proyecto educacional se volcó a la descripción de la modernización económica basada en la doctrina neoliberal. A propósito, apunta Leonora Reyes: “De acuerdo con los criterios que presiden el currículum (y que permanecieron durante años en las políticas educativas de la Concertación), si bien un docente puede no tratar los aspectos políticos o sociales de la dictadura, no sucede así con los aspectos económicos. De hecho, y según estipula el programa, “se espera que los alumnos reconozcan y estudien el modelo económico inaugurado por sobre los demás aspectos históricos de la época”. En estricto rigor, si bien un docente puede tratar el periodo sin siquiera mencionar que hubo un Golpe de Estado en Chile, no puede dejar de enseñar (ya que estará contraviniendo lo estipulado en los decretos 220 y 240) los aspectos económicos del periodo en estudio.”⁸⁶

Si a eso sumamos la crisis económica que azotó a Chile entre 1982 y 1983, el panorama se vuelve aún más negro. Estos años agregaron al drama de los hogares chilenos empobrecidos la debacle de los servicios públicos: consultorios abandonados, hospitales en ruina, ausencia de vacunas y medicamentos y, dice

⁸³ *Ibidem.*, p. 26.

⁸⁴ A ello se suma que el Ministerio de Educación impusiera la quema sistemática de libros y la reducción de la actividad editorial a su mínima expresión. Mientras que el número de libros publicados en Chile había crecido consistentemente durante la presidencia de Salvador Allende, después del golpe militar éste declinaría año tras año hasta alcanzar el récord mínimo de 244 libros en 1979. Véase: Idelber Avelar, *Alegorías de la derrota*, pp. 65-66.

⁸⁵ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, EGDSA, España, decimocuarta edición, 2010, p. 300.

⁸⁶ Leonora Reyes Jedlicki es profesora de la Universidad de Chile y la Universidad ARCIS en Santiago, y ha trabajado a profundidad diversos temas vinculados con movimientos pedagógicos y democratización de la enseñanza en Chile, particularmente durante el gobierno de la Unidad Popular y el periodo dictatorial. Esta cita se toma de: Actores, conflicto y memoria: Reforma curricular de Historia y Ciencias Sociales en Chile, 1990-2003”, EN: Elizabeth Jelin y Federico Guillermo Lorenz, (comps.), *Educación y memoria. La escuela elabora el pasado*, p. 64. El subrayado es mío.

Camilo Escalona⁸⁷, “una caída como ascensor, sin ningún control, de la calidad de la educación, especialmente en los municipios. El prestigio público del profesor se vino al suelo, disminuyendo de manera posible sólo en dictadura –por medio de la imposición de la fuerza-, sus remuneraciones y calidad de vida. Las escuelas básicas que refugiaban a los niños más pobres, pasaron a ser bodegonas descoloridas, llenas de mugre y ratones, como símbolo de la demolición que se llevaba a cabo en la Educación Pública.”

Esa misma década, se inició el proceso de privatización, mercantilización y municipalización de la educación pública nacional en sus tres niveles: universitaria, secundaria y básica. Este proceso dio lugar, según describe Juan Carlos Gómez Leyton, al “desarrollo del llamado capitalismo académico o educativo. La educación se transformó en un rentable y lucrativo negocio para el capital privado. El Estado se desprendió de la enseñanza básica y secundaria entregando su administración a los Municipios, al tiempo que impulsaba la intervención del capital a través del sistema de educación particular subvencionada.”⁸⁸ El sistema educativo fue entregado a la lógica mercantil y del “capitalismo educativo”⁸⁹, luego sellado constitucionalmente con la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (regalo de despedida del régimen pinochetista, publicada el último día del mandato militar).

Entendiendo que lo anterior ejemplifica la herencia educacional del Chile *redemocratizado*, parece lógico que los gobiernos de transición se ocupen de preguntas como: ¿Cuáles serían los elementos educativos que darían la ‘coherencia’ y el ‘anclaje’ necesarios para el proceso de transición democrática que se inició después del plebiscito de 1988? ¿Qué tipo de enseñanza cívica e histórica se buscaría ahora, cuando ya no era “básico” exaltar y magnificar las ‘Glorias del Ejército’ por sobre cualquier otro acontecimiento de la historia de Chile? ¿Cómo se enseñaría a las nuevas generaciones el Golpe de Estado ocurrido el 11 de septiembre de 1973, las violaciones a los Derechos Humanos perpetrados durante el régimen militar y la transición pactada entre los sectores políticos democráticos y la dictadura? Si bien era

⁸⁷ Presidente de la Federación de Estudiantes Secundarios durante el gobierno de la Unidad Popular, Presidente del Partido Socialista chileno en varios momentos y actual Senador por la Décima Región Sur. Véase: Camilo Escalona, *Chile 20 años después*, Diagrama, Chile, 2008, p. 15.

⁸⁸ Juan Carlos Gómez Leyton, “La Rebelión de las y los Estudiantes Secundarios. La protesta social y política en una sociedad neoliberal triunfante”, EN: *Política, democracia y ciudadanía en una sociedad neoliberal. (Chile: 1990-2010)*, ARCIS/CLACSO, Chile, 2010, p. 385.

⁸⁹ *Ibidem*.

evidente que se esperaba mucho de la nueva educación, ¿quién, concretamente, esperaba qué?

La implementación de una progresiva restauración del sistema educacional comenzó a principios de la década de los noventa, con el Comité Técnico Asesor del Diálogo Nacional sobre la Modernización de la Educación Chilena, designado por Aylwin en 1994. En la entrega de los resultados de sus investigaciones, el comité anunció que, si bien el sistema escolar chileno contaba con “capacidades instaladas” como la valoración social creciente del sistema por parte de las familias, también permanecían dos grandes debilidades: la inequidad y el anacronismo de los procesos de enseñanza-aprendizaje.⁹⁰ A pesar de que la cobertura escolar de los niveles básica, media y superior había crecido considerablemente desde 1960, había “síntomas alarmantes” que el gobierno debía atender urgentemente. Entre ellos estaban la escasa comprensión de los contenidos de libros de texto por parte de los estudiantes de enseñanza básica, el desempleo masificado de los jóvenes al egresar de su formación media y la atención mediocre a temas científico-humanistas en la enseñanza media y superior.⁹¹

El Informe urgía al diseño de una formación de docentes nueva, organizada y tutelada por el Estado. Llamaba al cuidado de la “formación propiamente disciplinaria, especialmente en aquellas ramas del saber que evolucionan más rápidamente, como la biología y la química, las matemáticas y la física y la enseñanza del lenguaje y los idiomas.”⁹² Criticaba, además, las bajas remuneraciones que el Estado asignaba a los docentes, mostrando que, en promedio y proporción, la ganancia de un profesor de educación básica o media era menor -en relación al ingreso per cápita de Chile- que en 1985.⁹³

De modo general, las consideraciones fueron implementadas gradualmente a partir de 1995 y en las subsiguientes administraciones concertacionistas. Se reformó el contenido de los libros de texto; se atendió a la urgencia de un alza salarial y se buscó ampliar las posibilidades de acceso a la educación de los sectores más pobres de la población nacional. Empero, los avances tienen bemoles importantes.

⁹⁰ Leonora Reyes Jedlicki, *Actores, conflicto y memoria...*, p. 69.

⁹¹ Puede revisarse el informe mismo, para la corroboración de estos datos. *Informe del Comité Técnico Asesor del Diálogo Nacional sobre la Modernización de la Educación Chilena*, Chile, 1994, pp. 28-39.

⁹² *Ibidem*, p. 42.

⁹³ *Ibidem*, p. 43.

Sobre los textos de enseñanza, por ejemplo, hay mucho que decir. El caso de los libros de historia es ilustrativo. No sólo se cambió el fondo temático, sino que se pensó detenidamente en su presentación. Teresa Oteiza, investigadora que ha trabajado ejemplarmente las “formas de construcción” de la nueva Historia que se enseña en Chile, hace apuntes relevantísimos a este respecto, en un artículo titulado *Cómo es presentada la historia contemporánea en los libros de texto chilenos para la escuela media*⁹⁴. En él, presenta un análisis de dos libros de texto distribuidos gratuitamente por el gobierno de la nación, uno para octavo y otro para el sexto grado.

Oteiza sostiene que los historiadores han tenido la tarea de seleccionar y sintetizar experiencias pasadas con la finalidad de hacerlas significativas y comprensibles para las personas en el presente. Sin embargo, dice, “lo que parece suceder más a menudo en Chile es que el discurso histórico, lejos de traer el pasado ‘a la vida’, maximiza la distancia entre lo que la gente hizo y cómo se escribe sobre eso en el presente. [...] El acto de presentar procesos como cosas permite al historiador fijar eventos en un tiempo determinado, en lugar de mostrarlos como secuencias temporales”⁹⁵ y, en consecuencia, de vincularlos directamente con su devenir en la actualidad. La historia “se da”, no “se hace”.

En los libros de texto chilenos, este alejamiento del pasado se logra además mediante un ejercicio ideológico del lenguaje y la preferencia por los temas económicos sobre los socio-culturales. El programa de estudios para sexto básico, por ejemplo, declara lo siguiente: “Interesa que se comprenda la magnitud de los cambios económicos ocurridos durante el régimen militar, dando especial énfasis a la aprobación de una nueva Constitución y un modelo económico abierto al mercado internacional.” Además, se estipula que los docentes están obligados a: “explicar al curso las características fundamentales del modelo económico establecido durante el régimen militar, haciendo especial referencia a la apertura hacia los mercados internacionales y al impulso a la iniciativa privada. Comparar este modelo con el de sustitución de importaciones”⁹⁶.

Eso, inserto en el marco de un sistema de operatividad social con rasgos dictatoriales marcados (entiéndase: Constitución y medios de comunicación, entre

⁹⁴ Teresa Oteiza, “Cómo es presentada la historia contemporánea en los libros de texto chilenos para la escuela media”, pp. 150-174.

⁹⁵ Teresa Oteiza, *Op. Cit.*, p. 153. El subrayado es mío.

⁹⁶ Ministerio de Educación, *Programa de Estudios para sexto Básico. Estudio y Comprensión de la Sociedad*, EN: Leonora Reyes Jedlicki, *¿Olvidar para construir nación? ...*, p. 78.

otros), da como resultado la continuidad del legado de desafecto que promovieron los primeros militares a la cabeza de las escuelas durante la década de los setenta. La historia se presenta en bloque, pautada sólo por la línea secuencial del tiempo y no necesariamente atravesada por la acción popular. En materia de contenido, la educación en Chile sigue anclada a las prioridades político-económicas impuestas por el sistema neoliberal. La forma de la educación secundaria también este ideario, aunque ha sido objeto de críticas más agudas y, consecuentemente, ha logrado cambiarse de a poco.

Con todo, la educación en Chile sigue siendo una de las grietas más desestabilizadoras del proyecto del consenso ritual promovido por la postdictadura. La Federación de Estudiantes de Chile (FECh) representa hoy una de las redes más organizadas de fuerzas autónomas del país. La primera generación de chilenos del siglo XXI, protagonista de la afamada “rebelión de los pingüinos” durante el 2006 y del prestigioso movimiento estudiantil de la segunda mitad del 2011 y 2012, aporta mucho, también, a la cualidad antisistémica del comportamiento de buena parte del estudiantado actual.

Cuando los estudiantes de enseñanza media salieron a las calles a reclamar tanto la desigualdad en el manejo y distribución de la educación como su herencia dictatorial⁹⁷, Chile lo atestiguó con estupor. El movimiento no correspondía a ninguna otra expresión política: tenía fuerzas e inventivas propias. La lucha comenzó como una pelea defensiva: parar las propuestas del gobierno de Michelle Bachelet de incrementar el costo de la Prueba de Selección Universitaria (PSU) y una restricción en los pases de transporte estudiantil, a sólo dos viajes por día. Pero ésta se volvió una lucha ofensiva. El movimiento terminó exigiendo transporte gratuito y el fin de todas las cuotas para la PSU, así como la derogación de la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza, sostén de la privatización del sistema educativo nacional.

En 2006, el movimiento reubicó al tema de la educación pública en la agenda política urgente. Después, en 2011, los estudiantes de enseñanza media y superior, de edades entre 11 y 30 años, salieron todos a marchar por una reforma educacional de fondo, amparada en una Constitución nueva y más democrática. Se les sumaron sus familias y, con el tiempo, miles de trabajadores que veían, además de la imperiosa necesidad de la renovación educativa, la hermandad de las demandas de los

⁹⁷ Francisco Leal, *Ficciones sobre la postdictadura chilena*, disertación para obtener la maestría en filosofía, Universidad de Washington, Graduate School of Arts and Science, 2007, p. 1.

estudiantes con sus inquietudes propias. Según las encuestas de la propia FECh, las manifestaciones del mes de mayo habían convocado a más de 90,000 personas en todo Chile⁹⁸. Para agosto, las cifras estimaban más de 1 millón de personas sólo en Santiago⁹⁹. El problema, decían, era que Chile aún no se “había sacado la dictadura de encima”.

Camila Vallejo, presidenta de la FECh a finales del 2011, lo describió así en un programa de televisión:

ENTREVISTADOR: ¿Tú crees, entonces, que la juventud va a recuperar su rol político? Te lo pregunto porque, antes, los Presidentes de las FECh eran parlamentarios; había ministros de Estado con veintitantos años... Hoy día eso parecería insensato, especialmente con nuestra “gerontocrática” clase política, ¿no?

CAMILA VALLEJO: Eso tiene que ver con cómo funciona la estructura política; la institucionalidad del poder en nuestro país. No se da espacio para representación parlamentaria a dirigentes sociales, sindicales o a los jóvenes. O sea, hay una limitación por parte de la estructura misma. Además, uno ve otras cosas. En este caso, es pertinente hablar de la dictadura militar, porque a las universidades del Estado se les cercenó, al igual que a las instituciones federativas.

ENTREVISTADOR: Y en veinte años de democracia, parecía que todavía los querían tener tranquilos en su casa, estudiando. No se veía que hubiera gran entusiasmo, incluso entre la gente de izquierda, por que los jóvenes tuvieran participación.

CAMILA VALLEJO: No, porque la cultura que se instauró era: “Dedícate al estudio. No hagas nada. No participes. No politics la universidad. Dedícate primero a obedecer para después aprender a mandar.” Esa era la lógica, finalmente.

Algunas semanas después, otro dirigente estudiantil¹⁰⁰ refrendó esta idea diciendo que:

Nosotros nos sumamos con todo al paro que ha anunciado la CUT [Central Única de Trabajadores]. ¿Por qué? Porque es cierto: nosotros criticábamos el sistema educativo. Pero nos hemos dado cuenta que

⁹⁸ Alejandro Guillier, Entrevista con Camila Vallejo. 24 Horas, Santiago de Chile, 13 de mayo de 2011. El video completo de la entrevista está en línea: <http://www.youtube.com/watch?v=ic9JfwnKyKI>

⁹⁹ Reportajes de CNN Chile. “Domingo familiar por la educación”. 21 de agosto de 2011. Véase: <http://www.youtube.com/watch?v=AW5FfrdxOI>

¹⁰⁰ CNN Chile, Entrevista con Camilo Ballesteros, Presidente de Estudiantes de la Universidad de Santiago de Chile [FEUSACH]. 21 de agosto de 2011. El documento está en Internet: <http://www.youtube.com/watch?v=AW5FfrdxOI>

existe una serie de trabas, especialmente dentro del sistema político, que no permite hacer cambios. El parlamento necesita iniciativa del ejecutivo. Necesitan quórum que son gigantescos. Entonces hoy día nosotros queremos también profundizar una democracia para que sean los chilenos los que tomen las decisiones. Es por eso que secundamos el paro. Chile necesita hartos cambios, y los jóvenes hemos llegado para quedarnos.

Está por verse hasta dónde avanzarán las movilizaciones y cómo afectarán, a mediano y largo plazo, la crítica que haga Chile a sus instituciones, su estructura política y su idiosincrasia. Empero, lo ya logrado es importante: pocos dudan respecto de cuán caduca e insatisfactoria es la Constitución Nacional; de cuánto le debe la democracia postdictatorial a las miles de personas que creyeron en las promesas de la transición. Chile, dicen los estudiantes, confunde derechos con privilegios¹⁰¹: se han perdido de vista los bienes básicos a los que todos, sin excepción, merecen acceso.

MEDIOS DE COMUNICACIÓN: PODER Y DESINFORMACIÓN

La anti-democracia en Chile es un producto tanto de las “leyes de amarre” dictatoriales como de la falta de visión y compromiso políticos de la Concertación de Partidos por la Democracia. Es necesario entenderlo porque, de otro modo, la visión panorámica de Chile actual que achaca los malestares democráticos a un andamiaje autoritario obsoleto resulta por demás simplista.

En este tenor, la temática de los medios de comunicación en Chile post dictadura tiene tintes particulares, si la eslabonamos con el análisis de la Constitución o el sistema educativo nacionales. El poder y la desinformación que éstos reproducen en el país resultan de operaciones políticas en democracia, no sólo ilegales sino lógicamente relacionadas con el autoritarismo del régimen pinochetista. Dicho de otro modo, la precaria situación que viven los medios de comunicación viene de un manejo siniestro de las administraciones democráticas post 1990, que si bien se gestan en ratiocinios dictatoriales, no nacen durante la dictadura militar. La responsabilidad de lo que a continuación detallaremos está, por tanto, exclusivamente en los manejos turbios de los gobiernos de Patricio Aylwin, Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Ricardo Lagos, Michelle Bachelet y Sebastián Piñera.

¹⁰¹ La expresión es de Camila Vallejo: “Los estudiantes no piden más privilegios. Acá se piden derechos, así de simple.” Véase: *Op. Cit.*: <http://www.youtube.com/watch?v=AW5FfrdxOI>

“La ley en ningún caso podrá establecer monopolio estatal sobre los medios de comunicación social”, consigna la Constitución de Chile¹⁰². Sin embargo, la fuertísima concentración económica de los medios de comunicación vulnera directa y profundamente la libertad de expresión en el país.¹⁰³ Hoy, el poder de los gigantescos periódicos *El Mercurio* y *La Tercera* es inalcanzable. Los medios de comunicación alternativos se han visto reducidos a los formatos electrónicos o, de lograr circular en versión impresa, rara vez logran un tiraje de más de 10,000 ejemplares¹⁰⁴.

Herman Carrasco Paul, colaborador de la Revista *Punto Final* y ex militante del Partido Comunista de Chile, sostiene que “el problema del duopolio no es una herencia de la dictadura; es un producto de la Concertación. Al término de la dictadura había una gran cantidad de revistas que ahora no hay.”¹⁰⁵ Caso ejemplar es el que expuso Juan Pablo Cárdenas, Premio Nacional de Periodismo y ex director de la revista *Análisis*, quien declaró que el gobierno de Aylwin “bloqueó una ayuda internacional importante que estuvo a punto de materializarse. Era del gobierno holandés, que destinó una ayuda millonaria para las tres revistas que se mantenían vigentes (*ARCIS*, *Análisis* y *Hoy*), junto con el diario de *La Época*, *Fortín Mapocho*. La ayuda no se concretó porque el gobierno de Aylwin le hizo ver al gobierno holandés que cualquier asistencia a la prensa chilena sería vista como una ingerencia en los asuntos internos de nuestro país”¹⁰⁶.

¹⁰² Jorge Contesse Singh (ed.), *Informe Anual sobre Derechos Humanos en Chile 2010*, Universidad Diego Portales, Chile, 2010, p. 157.

¹⁰³ *Ibidem*.

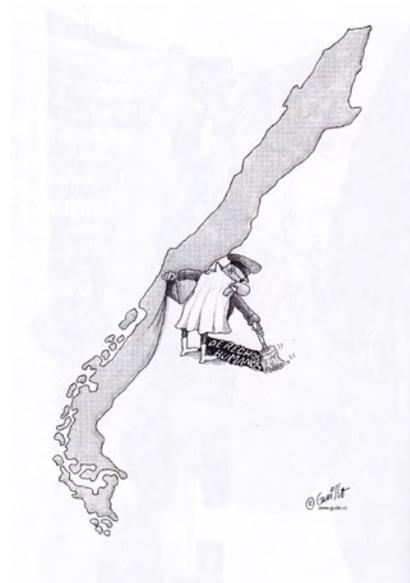
¹⁰⁴ Mariana Rodríguez Aguilera, Conversación con Herman Carrasco, Santiago, 10 de diciembre de 2010. Véase entrevista anexa.

¹⁰⁵ Mariana Rodríguez Aguilera, Entrevista a Víctor Maturana y Herman Carrasco. Santiago de Chile, 9 de diciembre de 2010. Revítese transcripción anexa.

¹⁰⁶ Óscar Contardo, Entrevista con Juan Pablo Cárdenas, EN “Medios, política y un asesinato por encargo”, *El Mercurio*, sección Artes y Letras, E2, 11 de septiembre de 2005.

chileno, casi todas las noticias importantes que refieran a temáticas de la dictadura –o cualquier otro proceso que detona división social- se hagan en tono burlesque.

Véase, a modo de muestra, la interesante caricatura que hace Guillo sobre los Derechos Humanos en el país, o la portada del semanario *The Clinic*, aludiendo a Pinochet en tiempos post-terremoto de 2010:



Izquierda: “Derechos Humanos en Chile”, @tentamente, Guillo¹⁰⁹
Derecha: “Llegó mi Réplica”: Portada del Semanario *The Clinic*, 11 de marzo de 2011.

En general, la idea de la denuncia por la vía “ligera” ni es nueva ni es alarmante. Más bien, lo es el hecho de que sea ésta la única vía existente, en Chile. Una cita puede ilustrarlo a la perfección. Dice Humberto Núñez, ex militante del Partido Comunista de Chile y ex preso político que hoy día vive en Santiago: “A mí no me gusta *The Clinic*. Nunca sé si están hablando en serio”¹¹⁰.

Los intentos de elaborar un balance crítico de lo que ocurre en Chile actual han sobrevivido, sobre todo, gracias a medios de comunicación no tradicionales, como blogs de noticias independientes, lo cual señala amargamente el silenciamiento que afecta las informaciones que circulan hoy en el país. La concentración en la

¹⁰⁹ La imagen se toma del libro @tentamente Guillo, citado EN: Brian Loveman, Elizabeth Lira, Tony Misfud y Pablo Salvat, Historia, *Política y ética de la verdad en Chile. 1891-2001*, LOM, Chile, p. 100.

¹¹⁰ Mariana Rodríguez Aguilera, Conversación con Humberto Núñez. Santiago de Chile, 15 de diciembre de 2010.

propiedad de los medios de comunicación no da lugar a la circulación democrática – democratizadora- de ideas: al contrario; la reprime y la enturbia.

TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA: IDENTIDAD Y POLÍTICA EN CHILE

Cualquier proceso transicional desde un régimen autoritario supone una serie de reformas que, paso a paso, se convierten en la urdimbre sobre la cual se teje la democracia. Los cambios se manifiestan en planos heterogéneos, que trabajan conjuntamente para que la dictadura se vuelque sobre los reclamos sociales y se acomode a las exigencias de democratización. Una vez inaugurada la democracia, campos institucionales como la educación, la incorporación de la ciudadanía en la toma de decisiones y su ulterior participación voluntaria y efectiva en ésta, los marcos jurídicos que guardan el desenvolvimiento democrático de la institucionalidad y la historia del país (Constitución, leyes, aparatos de conformación cívica de la sociedad, etc.) junto con elementos actorales como las Fuerzas Armadas o personajes simbólicos del periodo autoritario; todas deben atenderse en el marco de concientización democrática a desarrollarse de la mano con la democracia.

Y si bien todo esto aporta a la legitimidad o “solidez” de un régimen democrático, de otras muchas cosas depende también que la política alcance horizontes nuevos que separen a la nueva democracia de sus antecedentes autoritarios. En los párrafos que vienen, nos abocaremos al estudio de las relaciones entre Política –en su acepción institucional, oficial, de Partido- y subjetividad ciudadana. ¿Cómo opera la postdictadura en la concepción que el pueblo chileno tiene acerca de su vida? ¿De su cotidianeidad?

“*Ser chileno*” es una idea de largo anclaje. Como ideología identitaria nacional, conforma una pauta para la acción social y enmarca las políticas administrativas a través de la historia. O funge, digamos, como hilo conductor para la construcción de la Historia. En esta lógica, la validez de analizar la identidad chilena (o sus distintas modalidades) en el contexto de la democracia post-Pinochet tiene que ver con la legitimidad con que se ha ejercido la política en Chile, con la finalidad social que tienen las acciones de gobierno y la participación ciudadana. ¿Cuál es la

identidad deseada; la comunidad imaginada¹¹¹? ¿En qué consiste *ser chileno* en postdictadura?

Vamos a detenernos brevemente en algunas de las versiones más recurrentes de la identidad chilena. Rescataremos algunas de sus raíces para ver cómo, en la mayoría de los casos, la identidad de Chile es cosecha de ideologías y prácticas ancladas en distintos periodos de la historia nacional (algunas nacidas, por ejemplo, en el marco de las guerras de conquista y otras promovidas más recientemente, en la segunda mitad de siglo XX).

LA IMPRONTA MILITAR

La versión militar de la identidad chilena ha tenido una representación destacada en la enseñanza de la historia en las escuelas de Chile hasta muy recientemente. Una investigación¹¹², realizada entre 1996 y 1998 sobre los contenidos de la identidad nacional transmitidos por tres textos muy usados en la historia de Chile, muestra que la Guerra de Arauco, la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana y la Guerra del Pacífico figuran como tres hitos decisivos en la conformación identitaria. Particularmente, la Guerra de Arauco conformó una identidad en que sobresalen valores de resistencia, valentía y sobriedad; las otras dos consolidaron una unidad territorial y nacional, a la vez que reflejaron el triunfo de la identidad chilena por sobre otras identidades.

La versión militar (que en casi todas sus manifestaciones se hermana con una visión racial) de la identidad chilena es oposicional por excelencia. Hay “otro” al cual vencer o derrotar. Una identidad basada en la guerra, por tanto, se afirma en la necesidad de tener algún enemigo para destruir. El paréntesis importante sería, entonces, que no siempre ni sólo se trata de enemigos externos.

En efecto, la lógica de la guerra se aplica también hacia adentro de Chile, en casi todos los tiempos. Los Mapuche han constituido, desde la conquista, un enemigo interno. Su “pacificación” –léase exterminio físico y despojo de sus tierras- se realiza desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. El régimen militar de Augusto Pinochet habló también de “enemigos internos” para referirse a sindicalistas,

¹¹¹ Esta expresión se rescata, evidentemente, del título del importante análisis de Benedict Anderson, *Imagined Communities*. Vale la pena revisar sus consideraciones sobre los medios para construir y sostener un ideario colectivo. Hay una buena edición en inglés: Verso Books, Londres, edición revisada, 2006.

¹¹² Jorge Larraín y Jorge Vergara, “Identidad cultural y crisis de modernidad en América Latina, el caso de Chile”, EN: Jorge Larraín, *Identidad Chilena*, LOM ediciones, Chile, 2001, p. 156.

pobladores, opositores políticos o comunistas, entre otros. Hay, y ha habido siempre, “valores de la antipatria”.

Esta construcción identitaria de Chile se reforzó tremendamente durante la época dictatorial. Las Fuerzas Armadas tuvieron un rol central en el desarrollo del nuevo Estado y la conformación de una nación nueva, partida por la mitad y excluyente de los adversarios internos. Se constituyeron como “depositarias de los valores permanentes de la nación”¹¹³ y se autoreconocieron como únicos protectores de esos valores. Esta idea quedó plasmada también en la Constitución de 1980, donde se considera a las Fuerzas Armadas como “garantes de la institucionalidad”. Según Jaime Guzmán¹¹⁴, las Fuerzas Armadas y de orden son el “elemento cohesionador” de la nacionalidad, un equivalente “a la corona de los países monárquicos”¹¹⁵.

DESPOLITIZACIÓN Y DEBILIDAD DE LA SOCIEDAD CIVIL

Un rasgo identitario más o menos reciente (digamos, de comienzos de la década de los 90 hasta hoy) es la despolitización relativa de la sociedad chilena. Como mencionamos con anterioridad, hasta 1973 la sociedad había vivido un proceso de creciente polarización y politización. La dictadura de Pinochet buscó (dijimos: a través de la educación o la legislación nuevas) la despolitización de la sociedad, eliminando las elecciones, aboliendo los partidos políticos y cerrando el Congreso Nacional.

La organización social tuvo momentos de repunte importantísimos hacia finales de la década de los ochenta. Los años de despolitización forzada por el terror y la desarticulación desembocaron en reivindicaciones más radicales contra el régimen militar, que provocaron quiebres profundos en la administración de Pinochet.

Sin embargo, la dictadura respondió con una represión feroz y logró, en mayor o menor medida, apaciguar los movimientos sociales que hasta ahí se habían generado. Con el relativo fracaso de las protestas sociales frente al poderío militar, la oposición buscó acuerdos y coaliciones que a la larga permitieron el retorno de la democracia por medios pacíficos y electorales -vía el plebiscito de 1988-.

¹¹³ Eduardo Aldunate, *Las Fuerzas Armadas en Chile, 1891-1973 en defensa del consenso nacional*, EN: Jorge Larraín, *Identidad Chilena*, p. 147.

¹¹⁴ Senador de la República de Chile hasta su muerte. Colaborador en asuntos jurídico-políticos de Augusto Pinochet, uno de los redactores de la Constitución Política de la República de Chile de 1980 y sus leyes complementarias, fundador del partido político conservador Unión Demócrata Independiente (UDI).

¹¹⁵ Jorge Larraín, *Identidad Chilena*, p. 147.

Una de las condiciones fundamentales para el éxito de esta democracia “pactada” fue autonomizar la esfera económica para protegerla de los cambios políticos contingentes y permitir la continuidad de las políticas neoliberales establecidas por el régimen militar. Desde ese momento, y como sugerimos en acápite anteriores, el sistema económico se consolidó como un sistema autorregulado de acuerdo con las leyes del mercado y la política se volvió ajena a los contenidos de la economía nacional.

A consecuencia de ello, la política se desvinculó del curso normal de “lo económico”, y la economía, punto de desacuerdo e inmensa disputa en el pasado, quedó fuera de la discusión. Jorge Larraín concluye que esta autonomización de la economía, y su entrega absoluta a las leyes del mercado –inaccesibles a la mayoría de la población- resultó en una despolitización social profunda. La reorganización económica que comenzó en dictadura, escribe él, “sólo pudo consolidarse con la redemocratización del país a finales de los 80.”¹¹⁶ El precio de la estabilidad y el consenso fue, entonces, la pérdida total del control sobre la economía nacional.

La despolitización de los chilenos en la postdictadura va de la mano con otra característica nacional: la falta de autonomía y desarrollo de la sociedad civil¹¹⁷. La gente depende mucho de los dictados del Estado y la política, dice el mismo investigador¹¹⁸. Hay poca organización, poca proyección de los ideales sociales y, consecuentemente, pocas bases para un imaginario colectivo: la sociedad chilena es individualista y poco organizada.

Norbert Lechner nos llama la atención sobre este asunto, haciendo hincapié en una serie de encuestas llevadas a cabo por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en 2002¹¹⁹. El informe de las encuestas elaboró un mapa nacional de asociatividad social que, “sin poder ser exhaustivo, logró registrar 83,386 organizaciones; o sea 56 asociaciones por cada diez mil habitantes.” Un tercio de los entrevistados pertenecía a alguna asociación social, principalmente religiosas, deportivas y vecinales.¹²⁰

Pocos años después, en 2009, el Centro de Estudios Públicos publicó otra serie de entrevistas que muestran mucho más distanciamiento de la idea de organización

¹¹⁶ *Ibidem*, p. 223.

¹¹⁷ Esfera privada de los individuos, clases y organizaciones regidas por la ley civil.

¹¹⁸ Jorge Larraín, *Identidad Chilena*, p. 220.

¹¹⁹ PNUD, Desarrollo Humano en Chile 2002. *Nosotros los chilenos: Un desafío cultural*, Santiago, 2002, EN: Norbert Lechner, *Las sombras del mañana*.

¹²⁰ Norbert Lechner, *Las sombras del mañana*, p. 100.

colectiva en Chile, sobre todo en la ciudad capital. En octubre de 2009, algunos de los resultados fueron estos:

¿USTED DIRÍA QUE SE PUEDE CONFIAR EN LA MAYORÍA DE LAS PERSONAS, O NO SE PUEDE CONFIAR EN LA MAYORÍA DE LAS PERSONAS?

1. Se puede confiar en la mayoría de las personas. (29.3%)
2. No se puede confiar en la mayoría de las personas. (69.6%)
3. No sabe. (0.6%)
4. No contesta. (0.5%)

LA GENTE PERTENECE A VECES A DIFERENTES TIPOS DE GRUPOS O ASOCIACIONES. PARA CADA TIPO DE GRUPO, POR FAVOR DÍGEME SI USTED PERTENECE O NO PERTENECE A ALGUNO DE ELLOS. ¿PERTENECE USTED A...?

a) UN PARTIDO POLÍTICO.

1. Pertenece. (3.3%)
2. No pertenece. (96.2%)
3. No sabe. (0.1%)
4. No contesta. (0.4%)

b) UN SINDICATO.

1. Pertenece. (5.6%)
2. No pertenece. (94.0%)
3. No sabe. (0.1%)
4. No contesta. (0.3%)

c) UNA ASOCIACIÓN PROFESIONAL O GREMIAL.

1. Pertenece. (5.2%)
2. No pertenece. (94.2%)
3. No sabe. (0.1%)
4. No contesta. (0.4%)

d) UNA ASOCIACIÓN EMPRESARIAL.

1. Pertenece. (2.4%)
2. No pertenece. (97.1%)
3. No sabe. (0.1%)
4. No contesta. (0.4%)

e) UNA IGLESIA U OTRA ORGANIZACIÓN RELIGIOSA.

1. Pertenece. (28.0%)
2. No pertenece. (71.6%)
3. No sabe. (0.1%)
4. No contesta. (0.3%)

121

Cuando se tienen lado a lado, las encuestas tanto del PNUD como del CEP confirman la tendencia de un cambio que comenzó con la dictadura: “el individuo se despegó de los vínculos y hábitos tradicionales que, a la vez, lo encerraban y lo protegían.”¹²²

¹²¹ Centro de Estudios Públicos, octubre de 2009, Santiago de Chile, Encuesta CEP. No. 61.

Véase: http://www.cepchile.cl/bannerscep/bdatos_encuestas_cep/base_datos.php

¹²² Norbert Lechner, *Las sombras del mañana*, p. 105.

La política dejó de ser un campo de unión social. Eugenio Tironi consigna al respecto dos datos que secundan esta idea: primero, la gran mayoría de los chilenos no conversa de política (y esto es especialmente cierto en estratos bajos), y segundo, la gran mayoría de los chilenos (86%) confiesa que el estar de acuerdo en política es irrelevante para iniciar una amistad¹²³. Más recientemente, la Tercera Encuesta Nacional del Instituto Nacional de la Juventud realizada en el 2000, muestra que un 84.3% de los jóvenes opinan que los partidos políticos no representan sus intereses. Un 77% cree que los políticos no se preocupan por ellos y un 88.7% dice que no les interesa participar en ninguna organización política¹²⁴.

Servirá agregar aquí algunas notas sobre “el carácter chileno”. En la investigación que hemos venido citando, Jorge Larraín apunta como característica psico-social chilena “la imposibilidad para vivir la vida dentro del presente. El chileno vive obsesionado por lo que hará mañana; nos preocupa el futuro o el pasado, pero descuidamos el presente”¹²⁵. Según algunos estudios¹²⁶, el chileno es desconfiado, tímido, sobrio, serio, prudente y de tipo depresivo. Demuestra preocupación por los demás y es hospitalario y generoso. Tienen gran temor al ridículo, son orgullosos, voluntariosos y cautelosos. Todos estos rasgos demuestran un carácter de doble polo: una tendencia a congraciarse, ser sumiso y receptivo a través de mostrarse cálido, afectivo y simpático, por un lado, y por el otro, la tendencia a dominar y explotar a través de la agresión indirecta: burla, ironía, chisme y sarcasmo.

Si combinamos ambos “diagnósticos”, se contextualiza el problema particular que describió Norbert Lechner para Chile actual: la idea compartida por buena parte de la población de que no se tiene control sobre el propio destino¹²⁷. En el informe del PNUD del año 2002, dos tercios de los entrevistados afirmaron que el rumbo de sus vidas había dependido más de las circunstancias externas que de las decisiones personales. En especial, las personas de estrato bajo vivían la realidad social como un proceso aparentemente todopoderoso, que atropellaba a quien no supiera adaptarse.

¹²³ Eugenio Tironi, *La irrupción de las masas y el malestar de las élites*, Santiago, Grijalbo, 1999, pp. 88-89.

¹²⁴ M. A. Pérez, “¡Alerta Roja!”, EN: Jorge Larraín, *Identidad Chilena*, p. 223.

¹²⁵ Jorge Larraín, *Identidad Chilena*, p. 159.

¹²⁶ Pueden verse por ejemplo: Benjamín Subercaseaux, “Apuntes para una psicología del chileno”, EN: *Chile, o una contribución a la realidad*, Santiago, Zig-Zag, 1939, Hernán Godoy, *El carácter chileno*, Santiago, Editorial Universitaria, 1976 y María Elena Montt y Cristián Toloza, *Análisis e interpretación psicosocial de los ensayos sobre el carácter chileno (1950-1983)*, Tesis para optar al título de Psicólogo, Santiago, Universidad Católica, 1984.

¹²⁷ Norbert Lechner, *Las sombras del mañana*, p. 105.

Las consecuencias de ello las dedujo Lechner, diciendo que: “si, además, carecen de lazos sociales sobre los cuales apoyarse, no quedaría sino replegarse al mundo privado y a la familia. La ‘individualización sin red’ tiende a desembocar en una individualización a-social; proceso que daña no sólo el tejido social, sino que corroe también la imagen de sociedad que se forma la gente.”¹²⁸

Años más tarde, el patrón se reproduce. Más aún, dice Moulián, “en Chile Actual la política se ve enfrentada a una doble restricción que la asfixia y que conspira contra ella. La primera restricción es la ausencia de espacio cultural para ideologías transformadoras, sometidas a la estigmatización de lo irracional, que han sido incapaces de sobrepasar. La segunda es la voluntad tecnificadora que emana del neoliberalismo hegemónico y que aleja lo político tanto de los representantes como del ciudadano común, a menos que se trate de asuntos de índole local donde no se ponen en discusión los fines esencializados.”¹²⁹

EL TRADICIONALISMO

Eugenio Tironi ha detectado una forma de identidad que surge en los noventa y empata con la idea de exclusión o “enemigo interno” que realzan las versiones anteriores de identidad nacional. En su análisis, la caracterización del enemigo es más sutil y se nutre básicamente de la lógica neoliberal de consumo y endeudamiento, propias de los gobiernos concertacionarios de postdictadura. “Los grupos elitarios se sienten amenazados por la excesiva irrupción de las masas en su vida cotidiana”, dice Tironi¹³⁰. Esto se manifiesta a veces en preocupaciones medioambientales que camuflan un interés por mantener privilegios, como por ejemplo sucede en ciertos balnearios exclusivos donde se intenta prohibir la construcción de edificios o condominios, o en las quejas sobre el número de autos que circulan. Según Tironi, se oculta aquí el reclamo aristocrático de grupos privilegiados que no soportan el acceso masivo al consumo, en cuanto afecta su modo de vida exclusivo¹³¹. Esta idea se hermana con una cuarta, denominada aquí “fatalismo y exclusión”.

¹²⁸ *Ibidem*.

¹²⁹ Tomás Moulián, *Op. Cit.*, p. 62-64.

¹³⁰ Eugenio Tironi, *Op. Cit.*, p. 139.

¹³¹ *Ibidem*, pp. 40-53.

FATALISMO Y EXCLUSIÓN

Dos rasgos de la identidad chilena postdictatorial están mutuamente relacionados: el fatalismo y la exclusión. A pesar de los procesos de crecimiento económico tan dinámicos de los años noventa, subsiste una marginalidad económica y social en grandes sectores de la población. La economía chilena aún es incapaz de absorber el aumento de la población económicamente activa y, por lo tanto, la pobreza sigue siendo un problema serio. A la falta de ingresos se une la precariedad de la seguridad social y de los sistemas de educación y salud pública, debida a los cortes presupuestarios del régimen de Pinochet y a pesar de los esfuerzos de la mayoría de los gobiernos concertacionarios que han llevado la batuta desde el regreso de la democracia.

La marginalidad y la exclusión generadas por el sistema económico imperante y la falta de organización política en la sociedad *transicional* ha resultado en un sentimiento generalizado de descontento y pérdida de control. El sistema se impone sin mayores obstrucciones. El individuo postdictatorial crece pensándose inútil, atrapado en lo que la psicología ha llamado el “síndrome de la desesperanza aprendida”¹³². El futuro se vuelve obsoleto y, con él, toda acción que busque el cambio.

Se da, en consecuencia, una suerte de naturalización de la injusticia. La estratificación social aparece como un orden dado que, recordando a Moulián, “es así porque debió ser así”. Esto, añadido a la consigna racial que en Chile acompaña la construcción jerárquica de la sociedad (incluso la disposición del espacio en la gran Santiago, donde la blancura de la piel está ligada a la zona de residencia de sus habitantes), confirma también el racismo como un elemento identitario que rompe con la unidad nacional tan buscada en los discursos de la postdictadura.

El sentimiento de insatisfacción arraigado en esta ideología quedó sintetizado en una aseveración de Luís Alberto Alarcón, ex miembro de la guardia presidencial de Salvador Allende, en diciembre de 2010: “A nosotros nos enseñaron siempre que éramos superiores a los argentinos, peruanos y bolivianos. Que los bolivianos y los peruanos habían cometido las atrocidades más grandes contra Chile en la Guerra del Pacífico y que el pueblo chileno no había sido más que heroico. Nos ocultaron la verdad de la misma forma que después nos ocultaron las atrocidades de la dictadura;

¹³² Jorge Larraín, *Identidad Chilena*, p. 234.

las masacres y las persecuciones. Mintieron acerca de los culpables y nos pintaron otro cuento. ¿Desde cuándo somos los chilenos los ángeles del mundo? Los vencedores siempre se han burlado de los vencidos.”¹³³

CONCLUSIONES

Hemos buscado hacer una enumeración básica de algunos de los horizontes que se insertan en el marco de Chile actual, post dictadura. A través del estudio de las temáticas contempladas en las páginas de este capítulo, la investigación argumentó en favor de las siguientes hipótesis generales:

1. La postdictadura es un concepto nutrido de insumos heterogéneos. En el complejo escenario de Chile actual, ésta se manifiesta en todos los campos de la vida cotidiana, replanteando las pautas de comprensión e interpretación de la vida presente y pasada; personal y compartida.

2. Los ideólogos de este concepto, principalmente aquellos que defienden el “post” como bandera ideológica que absolutiza la diferencia entre dictadura y democracia, han alimentado la noción de una democracia desarraigada de su “matriz” dictatorial. Sin embargo, ante los ojos de Nelly Richard, Tomás Moulián y Norbert Lechner, por ejemplo, la abundancia de residuos que se cuelan a la democracia postautoritaria desde los andamios de una dictadura clausurada sólo simbólicamente, es evidente. No sólo es menester hacer una reflexión cautelosa de los eslabones autoritarios que se insertan en la operatividad de la cotidianeidad “democrática”, sino que pensar en postdictadura, crear ideas útiles para el conjunto social, no es posible sin atender este ejercicio.

3. *Pensar* en/la postdictadura es, entonces, un ejercicio interesante, necesario y urgente. El campo de los estudios nacidos de esta convocatoria ha sido cuna de pensamientos profundos y elocuentes. Entre ellos, hemos destacado las siguientes consideraciones:

a) Deben reconocerse las fallas comunicacionales y los traumas del lenguaje nacidos con el golpe de Estado de 1973. La postdictadura [su “post”] sólo es legítima si busca retejer los códigos interpretativos con los que la sociedad se hace cargo de su

¹³³ Mariana Rodríguez Aguilera, *Entrevista a Luis Alberto Alarcón*. Véase transcripción anexa.

pasado. Hablamos, pues, de la recuperación del lenguaje para la comprensión de la historia propia y su sentido.

b) Hay que dilucidar los antagonismos que se manifiestan en el lenguaje usado para referirse a un mismo suceso histórico: golpe militar o pronunciamiento; Dictador o Patriarca. Sólo así se establecen los ejes para la comprensión de las múltiples resonancias de la historia en el presente.

c) Está la necesidad de dimensionar el impacto real de la rutina neoliberal en la vida cotidiana de Chile actual. A este respecto, Tomás Moulián y Federico Galende arrojan apuntes excelentes para la reflexión sobre cuánto afecta, en verdad, la imposición de la ideología hegemónica del mercado sobre una comunidad de otras múltiples ideologías, ahora vaciadas y puestas al servicio del consumo y la exclusión. Es ésta una de las herencias más profundas que la dictadura hace a la democracia contemporánea.

d) Urge “desnaturalizar” el campo social de la vida cotidiana. O, dicho de otro modo, recuperar la responsabilidad de la gente sobre su propio destino y el de la nación. Así, el pueblo ejerce su soberanía y recupera parte del control que le ha arrancado el sistema neoliberal impuesto vorazmente desde inicios del gobierno militar.

e) Esta recuperación de la vocación responsable de la comunidad social implica la vuelta a la vida de la *praxis* política; el ataque frontal a la “petrificación de lo actual”. Ello se logra sólo con la asimilación compartida de nuevas coordenadas que permitan la imaginación de campos de acción colectiva, proyectos de sociedad y nación que amparen ideales nuevos y opuestos a los actuales.

4. Trabajar la postdictadura es también un anhelo de reparar los daños perpetrados en el pasado. No hay “post” sin verdad o justicia. En este sentido, el vislumbramiento de las pautas que rigen a la nación en postdictadura es esencial para establecer los criterios morales que norman las “soluciones” a conflictos históricos. Debe evitarse, a toda costa, la asimilación acrítica de una “identidad post dictadura” que niegue, sin más, los horrores del pasado, como si el “post” de su composición léxica amparase la *tabula rasa* de Chile frente a sus deudas.

5. Todo ello se funde en el ideario sociopolítico de la transición a la democracia. Algunas propuestas avanzan de forma evidente; otras laten como pendientes casi eternos. Del anhelo utópico de saldar estas deudas y la frustración del

largo camino que falta aún por recorrer, sale la idea -bastante común- de la transición incompleta, inconclusa o interminable.

6. Existen ejemplos notables de las promesas prorrogadas, nunca cumplidas, que la Concertación de Partidos por la Democracia ofreció al pueblo chileno como programa de desarticulación del aparataje dictatorial, a finales de la década de los ochenta. “Enclaves autoritarios”, los llama Manuel Antonio Garretón, que permanecen intactos en la democracia post Pinochet. Este capítulo reflexionó sobre tres de ellos:

a) La Constitución de 1980 (enclave institucional), redactada en dictadura, cuya estructura permanece casi intacta al cabo de treinta años. Su construcción, promulgación y vigencia es evidentemente antidemocrática. El hecho de que sus líneas rijan aún el comportamiento ciudadano en Chile representa, según la mayoría de los historiadores, politólogos y científicos sociales contemporáneos, el gran fracaso de la Concertación. La Carta permite también una legitimidad institucional (que no social ni ética) para la participación constante, imperturbable, de las Fuerzas Armadas en la vida política nacional. Ha permitido el desempeño constante, inquebrantable, de senadores vitalicios y grandes ideólogos de la Junta Militar (enclaves actorales, diría Garretón) en la “democracia” postautoritaria.

b) El sistema educativo neoliberal (enclave institucional, también), heredado de la dictadura y amparado todavía en la Ley Orgánica Constitucional para la Enseñanza. Chile actual se sostiene en un sistema educativo mediocre, al cual no tiene acceso la mayoría de la población y cuyos contenidos están diseñados desde la imposición del desafecto del sujeto postdictatorial frente a su Historia.

c) Los medios de comunicación, sujetos a prácticas duopólicas ilegales, que secundan la desinformación e incomunicación de un pueblo con su pasado reciente y con su actualidad.

7. Chile actual, en tanto ente revisor de su propia historia y agente constructor de su identidad, revisa los legados que le han dejado múltiples momentos de su pasado. Elige los rasgos identitarios a reproducir en el futuro y funge, digamos, como máximo administrador de la categoría de “ser chileno”.

8. En este tenor, esta tesis trabajó los siguientes aspectos de la identidad chilena:

a) La impronta militar, cuya huella ha formado a los chilenos desde la creación misma del país. Chile siempre tiene un enemigo a vencer; sea éste externo o

interno. La conducta de sus ciudadanos ha estado históricamente atravesada por actos de beligerancia legitimados por “valores de la patria y de la antipatria”.

b) La despolitización de Chile postdictadura. Al término del gobierno castrense, el país estaba cansado y desarticulado políticamente. La dictadura logró reprimir, de modo agresivo y contundente, las movilizaciones sociales, al grado de que ni los partidos políticos mostraron capacidad –o voluntad- de pelear por el cese tajante del ejercicio militar en la democracia post 1990. La despolitización acarrea otro agravante para las prácticas políticas: la falta de autonomía y desarrollo de la sociedad civil. En Chile, de política no se habla. No es ése un campo de unión social.

c) El tradicionalismo, que ha vuelto reaccionarias a las clases dominantes y permitió, en el fondo, la gestación de la guerra civil inaugurada con el golpe militar de 1973.

d) El fatalismo y la exclusión que experimentan, o expresan cotidianamente, la mayoría de los habitantes de Chile actual. El sujeto de postdictadura se siente desvinculado de su Historia: no hay presente ni futuro sobre el cual él pueda ejercer albedrío. Esto se inserta en un campo de modernización que, como escribe Lechner, “rompe con el estrecho mundo señorial de antaño y abre amplias ‘zonas de contacto’. Incrementa las transacciones, pero no genera necesariamente lazos sociales. La mayoría de las relaciones suelen ser anónimas y fugaces. Apenas se conoce al vecino. [...] Se debilitan los contextos habituales de confianza y sentido. La familia, la escuela, la empresa, el barrio, la nación, ya no son lugares evidentes de integración e identificación.”¹³⁴

9. Estos fenómenos son expresiones sintomáticas de un malestar general nacido de un falso procesamiento de la Historia en pos de la gobernabilidad y la estabilidad de la democracia postdictatorial. Las tensiones en Chile rebasan lo heredado del gobierno de Pinochet; no son simples reinserciones del pasado en tiempos que, idealmente, serían novedosos y prometedores. Chile hoy sufre una crisis política.

10. Crisis que además pone en evidencia los errores de haber creído en una democracia neoliberal justa e impecable. Finalmente, como escribiera Omar Núñez, “la imagen de una democracia consolidada, de un desarrollo económico con bases sólidas, de un consenso social amplio, de una burocracia estatal eficiente, de un

¹³⁴ Norbert Lechner, *Las sombras del mañana*, p. 46.

empresariado dinámico, de instituciones fuertes, legítimas y estables, y la emergencia de pautas de vida de países desarrollados, constituyen los parámetros básicos con los cuales se defiende la experiencia de modernización nacional. Si se promueve a este país como *modelo a seguir* es porque otorga credibilidad a una premisa importante para el liberalismo: la incuestionable compatibilidad entre *democracia representativa* y *libre mercado*.¹³⁵ Axioma cuya aplicación puede cuestionarse diariamente.

11. La postdictadura, como critica Nelly Richard, “confía demasiado en el corte semántico de su “post”¹³⁶ y se nutre sólo de “la idea de que el anuncio del fin de una era de desgracias va a liquidar, así no más, las múltiples adyacencias traumáticas que todavía golpean los resentidos contornos del ‘después de’”¹³⁷. La dictadura retumba en las prácticas, las rutinas, las instituciones, el paisaje y convive además con problemas arraigados en el ejercicio comunitario de la política y la ciudadanía.

12. Haciendo una revisión general, puede argumentarse que es justo ya hablar de un proceso de democratización chileno, más allá del *transicional*. El paso de un régimen autoritario al que sigue se dio hace muchos años y deben dejarse atrás las ataduras que restringen el pleno desarrollo de la reflexión crítica de lo que sí hay en Chile: una democracia en construcción constante; imperfecta como todas.

Ahora, cabe aquí la nota más importante de este capítulo: hablar de la democracia como fruto de un proceso acabado, por fin guardado en el baúl de lo pasado, supone que las heridas han cerrado y el duelo ha devenido en una sociedad fuerte y capaz de convivir con pasado, presente y futuro. Es eso, evidentemente, lo que no existe. La democracia no puede separarse de los conflictos memoriales de su pueblo; no es, ni puede ser, una suerte de aparato absoluto, conceptualmente puro y mecánicamente excluyente de las experiencias tangibles de los microespacios.

¹³⁵ Omar Núñez Rodríguez, “Gerenciando una Revolución. Los intelectuales-políticos en el Chile de la Transición”, p. 79.

¹³⁶ Nelly Richard, “Introducción”, EN: *Pensar en/la postdictadura*, p. 9.

¹³⁷ *Ibidem*, p. 9.

GUERRA CIVIL Y RECONCILIACIÓN

El proceso histórico vivido en Chile a partir de la elección presidencial de Salvador Allende condensó una época de competencias, luchas ideológicas, disputas en los poderes de partidos y violentos golpes políticos que buscaban, en el fondo, la aniquilación de un enemigo puntual dentro del país¹³⁸. Derecha, izquierda y centro se peleaban la aprobación de la ciudadanía y el cuerpo social se vio envuelto en un marco de rivalidades colectivas. Chile era –y continuó siendo hasta hoy- “una nación de enemigos”, escriben Pamela Constable y Arturo Valenzuela¹³⁹.

El tema de la guerra civil se desprende de este contexto. Aparece absolutamente ligado a los tópicos de reconciliación, justicia y memoria que atiende esta investigación porque es, sin duda, el origen de los enfrentamientos que ahora dividen a la sociedad; porque fue para muchos la excusa perfecta para la imposición del estado de excepción¹⁴⁰ que amparó grotescas violaciones a Derechos Humanos y porque es, también, el gran fantasma del Chile redemocratizado. La “paz y gobernabilidad democrática” abanderan hoy innumerables planteamientos políticos de quienes temen, aunque sea de modo discursivo, la vuelta a un escenario donde las batallas se luchan entre civiles.

En los párrafos que vienen, buscamos hacer algunos apuntes que permitan la comprensión del Chile *dividido*. Ilustraremos el concepto de guerra civil en Chile para, ulteriormente, desarrollar el tema de la reconciliación nacional post-dictadura, en varias de sus expresiones. Para ello, habrá un acercamiento a los proyectos institucionales de las nuevas democracias que convocan al perdón y la verdad, para luego contrapuntearlos con sucesos históricos particulares -disruptivos- que cuestionan la legitimidad y viabilidad misma de las propuestas gubernamentales

¹³⁸ Vale remarcar el término “condensar”. El concepto de Guerra Civil no nace, para Chile, en el siglo XX. La nación había pasado ya por un periodo violento de ruptura en 1891 y, además, venía cosechando, desde hacía años, las divisiones políticas que se manifestaron de forma violenta y más que evidente a raíz del triunfo de la Unidad Popular en 1970.

¹³⁹ Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *A Nation of Enemies. Chile under Pinochet*, Norton, New York, 1993.

¹⁴⁰ Sobre el concepto de Estado de Excepción pueden escribirse muchas cosas. Este texto lo emplea en el sentido trabajado por Giorgio Agamben: Un totalitarismo moderno que se define como la instauración de una guerra civil legal a través del estado de excepción; un momento en que el derecho se suspende del derecho, precisamente para garantizar su continuidad e, inclusive, su existencia. Para explicaciones a mayor profundidad, revítese: Giorgio Agamben, *Estado de excepción*, Adriana Hidalgo (editora), tercera edición, Argentina, 2007.

“reconciliatorias”. Se aspira a que, al término de este apartado, los eslabones de opiniones variadas sostengan una premisa fundamental: la democracia -en tanto participación popular y espacio de libre convivencia- no puede cobijar una sociedad completamente unida: la *ideología del acuerdo*¹⁴¹ es semánticamente opuesta a los fundamentos democráticos y, en consecuencia, imposible de conseguir en un gobierno plural.

GUERRA CIVIL: BALANCE DE LOS RESIDUOS

En el primer segmento de esta tesis se expusieron algunas características de la sociedad chilena post-Pinochet, cuya génesis se ubica claramente en la época autoritaria de la Junta Militar. Se trabajó la idea de que, si bien Chile es una nación por demás diferente a lo que era a finales de la década de los ochenta, las “herencias de la dictadura” han pautado el camino recorrido por las administraciones concertacionistas y, en definitiva, amarran la democracia a su pasado dictatorial. En otras palabras, existen residuos del gobierno castrense -nacidos y cultivados en la época de mayor división social- que nos recuerdan a todos que éste fue un país con una feroz guerra civil.

En lo que sigue, nos detendremos a aclarar cuáles son, precisamente, los remanentes del quiebre social que vivió Chile tras el golpe de Estado de 1973. Después nos adentraremos en la pregunta: ¿Cuáles de estos residuos son el objeto de la afamada convocatoria política por la “reconciliación nacional”? ¿Qué implica este proyecto? ¿A quiénes está dirigido? Una vez establecidos algunos criterios a ese respecto, volcaremos nuestro análisis hacia propuestas puntuales nacidas en la esfera institucional de la democracia contemporánea, algunas páginas más adelante.

REFERENTES GENERALES: EL ONCE / LA GUERRA

A las 11:52 de la mañana del 11 de septiembre de 1973, dos aviones militares surcaron el cielo grisáceo de Santiago en su camino hacia el Palacio Presidencial de La Moneda. El estruendo era ensordecedor; los rostros en las calles reflejaban confusiones, angustias, alivios y miedos.

¹⁴¹ La palabra *ideología* se opone, en este sentido, a la de *política*. La primera es totalizante y homogenizadora; la segunda heterogénea y dialogante.

Dentro del Palacio, Salvador Allende caminaba con pasos calculados; daba órdenes a su personal e intentaba comunicarse con los seguidores del gobierno popular por vía de la Radio Magallanes. “Compatriotas: Esta será seguramente la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción. Serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron. [...] Ante estos hechos, sólo me cabe decir a los trabajadores: Yo no voy a renunciar. Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo y les digo que tengo la certeza que la semilla que entregamos a la conciencia de miles y miles de chilenos no podrá ser cegada definitivamente”¹⁴², dijo en su discurso final.

A unos kilómetros de distancia, en la comuna periférica de Peñalolén, Pinochet vigilaba el avance militar. Repitió innumerables veces la orden de desalojo de La Moneda y exigió personalmente al presidente su rendición ante las Fuerzas Armadas. Ante la negativa reiterada de Allende, lanzó un ultimátum exasperado: bombardeo aéreo e invasión del Palacio. En seguida, tanques y filas de soldados desfilaron hasta ahí y, en medio del fuego y las balas, entraron al despacho presidencial. Allende había muerto.

Afuera, en algunas fábricas y universidades, se intentaba la resistencia. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria y el Partido Socialista abanderaron la lucha de estudiantes y trabajadores. Las tropas golpistas comenzaban el saqueo sistemático de los hogares de la capital, esperando encontrar armas y, seguramente, una resistencia organizada y difícil de apaciguar. En la población de La Legua, iniciaba una batalla entre civiles y militares que duraría varios días¹⁴³.

El once estalló la guerra. Fue la expresión magistral de una riña que, nacida antes de la elección de la UP e incubada entre 1970 y 1973, ahora explotaba en su forma más brutal. La población, salvando importantes excepciones, pudo ofrecer poca resistencia al enorme aparato represor que se desplegaba desde la cúpula del poder, ahora radicada en las Fuerzas Armadas. Hacia el mediodía, los mensajes de aliento, solidaridad y profunda indignación de la Radio Magallanes habían sido reemplazados

¹⁴² Salvador Allende, *Últimas palabras*, discurso pronunciado desde La Moneda y transmitido por Radio Magallanes, Santiago de Chile, 11 de septiembre de 1973. Se puede ver una copia impresa EN: Alejandro Witker (comp.), *Salvador Allende (1908-1973). Prócer de la Liberación Nacional*, UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario, México, 1980.

¹⁴³ Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *A Nation of Enemies. Chile under Pinochet*, p. 17.

por manifiestos militares y promesas de la Junta de “liberar a Chile del yugo marxista”. La visceralidad del golpe había sido inimaginable. La violencia se impuso; la gente se dividió entre aliviados y ultrajados y nació, ahí, el Chile fracturado.

El golpe destruyó no sólo el proyecto socialista y revolucionario de la Unidad Popular, sino también el mito de que el gobierno constitucionalista y legalista de Chile (que cumplía 150 años) era invencible¹⁴⁴. Para muchos, el once fue un día de gloria. Las comunas más adineradas se llenaron de banderas chilenas y abrieron botellas para brindar. En una ajetreada calle del centro de Santiago, una mujer de mediana edad gritaba eufórica en medio de extranjeros y turistas: “¡Somos libres, ¿entienden?! ¡L-I-B-R-E-S!”¹⁴⁵

El once, “Chile cambió de alma y de piel”¹⁴⁶. Empezaron las clandestinidades, los exilios forzados, las persecuciones políticas, los asesinatos y las desapariciones. Pero comenzó también una era de tranquilidad para muchos: el tan anhelado retorno de la “estabilidad” política. Nadie ha olvidado ese día, porque inició ahí un camino sin marcha atrás. La historia, escribió Alain Touraine, tendría sentido sólo contemplada desde el golpe¹⁴⁷.

En concreto, la intervención castrense significó varios y profundos cambios para el país. En primer lugar, inauguró la concentración de poderes en el terreno militar. El 20 de septiembre se dictó la sumisión de todos los ciudadanos al régimen de justicia penal definido por el Colegio de Justicia Militar, que incluía la tipificación de algunos delitos sancionados con la pena de muerte. De inmediato se disolvió el Congreso Nacional –mediante el Decreto Ley 27-, y luego el Tribunal Constitucional. La junta asumió también los poderes constituyente, legislativo y ejecutivo –Decreto

¹⁴⁴ A pesar de que sus países vecinos habían sufrido innumerables golpes militares en la historia reciente, Chile se vanagloriaba de haber sufrido sólo 13 meses de gobierno militar en 150 años de historia (1830-1973). Las elecciones presidenciales eran eventos de orgullo cívico y la constitucionalidad era un valor socialmente reconocido. La idea la desarrollan Constable y Valenzuela, *Op. Cit.*, p. 20.

¹⁴⁵ Constable y Valenzuela, *Op. Cit.*, p. 29.

¹⁴⁶ Patricio Rivas, *Chile, un largo septiembre*, ERA/LOM ediciones, Santiago, 2006.

¹⁴⁷ Nos referimos a las reflexiones del autor sobre el diario escrito durante el gobierno de la UP, cuyas resonancias han cambiado radicalmente después del golpe de Estado. “Advierto que las páginas escritas tienen un sentido distinto de aquel que yo les daba al momento de escribirlas. Se han alejado de mí; contemplo este texto como un documento que tal vez declara en contra mía, por no haber comprendido desde principios de agosto que todo debía situarse no en relación con el origen de esta historia, sino en relación con su fin brutal, con el golpe de Estado.” Véase: Alain Touraine, *Vida y muerte del Chile popular*, Siglo XXI, traducción de Aurelio Garzón, México, 1974, p. 3.

Ley 128-¹⁴⁸. Después, se designó la subordinación del individuo a la idea de Seguridad Nacional. Las libertades fundamentales de los particulares y las asociaciones quedaron relegadas a un segundo plano, incluyendo las de universidades, opositores políticos –reales o potenciales-, sindicatos y organizaciones civiles. Se creó la Dirección de Inteligencia Nacional –facultada para practicar allanamientos y detenciones- y se burocratizó un sistema de desapariciones forzadas, torturas y ejecuciones sumarias.

Aunado a todo ello, nacieron en Chile múltiples “mecanismos legales para garantizar la impunidad de los perpetradores de abusos”¹⁴⁹. El 18 de abril de 1978 se publicó el Decreto 2191, por medio del cual se concedió amnistía a los autores, cómplices o encubridores de los hechos delictivos ocurridos entre septiembre de 1973 y marzo de 1978. En 1977 nació la Central Nacional de Inteligencia (reemplazando la DINA), cuyos archivos estuvieron protegidos hasta su destrucción total en 1988.

El conjunto de lo descrito sirve de referencia general para comprender no sólo la ferocidad de una guerra que partió a Chile entre vencidos y vencedores, sino también el peso de las medidas reconciliatorias que, años más tarde, serían el corazón de la política transicional. En esta lógica cabe que la denuncia a la violación sistemática de los Derechos Humanos y la pugna por la recuperación de los Derechos Civiles haya liderado las proclamas justicialistas de Patricio Aylwin y los subsecuentes gobernantes de la Concertación de Partidos por la Democracia. Ante el fantasma de la guerra civil, la democracia invocó siempre la unidad y el perdón.

Adentrémonos ahora en los retazos que quedan de esta lucha en la sociedad chilena postautoritaria.

SALVAR LAS BRECHAS

Adelantábamos en el capítulo anterior que el Chile de los noventa presenta residuos de los múltiples proyectos de ofensiva a Derechos Humanos y Civiles –y de su contexto de guerra y terrorismo de Estado- en cinco campos distintos:

1) La dimensión moral del juicio histórico. Los ritos de reconciliación parten de una dilucidación explícita de víctimas y victimarios. El esclarecimiento de la verdad, el castigo a los culpables, la reparación o el abordaje de los daños y la

¹⁴⁸ Juan Antonio Vega Báez, *Políticas de impunidad y Derechos Humanos en América Latina: dos historias de fin de siglo*, Tesis para obtener el grado de Maestro en Estudios Latinoamericanos, UNAM, 2009.

¹⁴⁹ *Ibidem*.

creación de memoriales alusivos al pasado reciente tienen por objetivo, todos, la socialización de una lección moral aprendida: “Chile está en deuda con sus víctimas”. En este sentido, el juicio histórico postdictatorial está anclado a valores éticos, sólo existentes y pensables en una democracia que ha dejado atrás el Estado de Excepción. Si antes los perpetradores de crímenes de lesa humanidad se habían refugiado en la explicación de un “ambiente de guerra interna”¹⁵⁰, ahora se verían obligados a responder personalmente por sus acciones. Además, las víctimas recuperan no sólo sus derechos ultrajados, sino que adquieren una suerte de *responsabilidad narrativa* de compartir sus vivencias y volcarlas hacia la escritura de una historia nacional. Es ésta la vocación principal de las comisiones de verdad.

2) El campo constitucional. El andamiaje jurídico elaborado por la Junta Militar fue, sin duda, su legado más fuerte. Como expusimos con anterioridad, las reformas que incluyó la Constitución de 1980 permitieron la burocratización de la intolerancia como premisa idiosincrática nacional. La maximización del poderío castrense y la reducción del poder civil a su mínima expresión fueron la base de un régimen que, una vez recuperada la democracia, no permitió la reivindicación de la justicia por mucho que sí amparase la denuncia de la verdad. Legitimó una serie de componendas políticas que concedieron a los represores de la dictadura varios tipos de inmunidad frente a las acciones judiciales y garantizó la permanencia de la ideología marcial en el escenario administrativo de las nuevas democracias, mediante la perpetración de Augusto Pinochet al mando de las Fuerzas Armadas y luego en la figura de Senador Vitalicio.

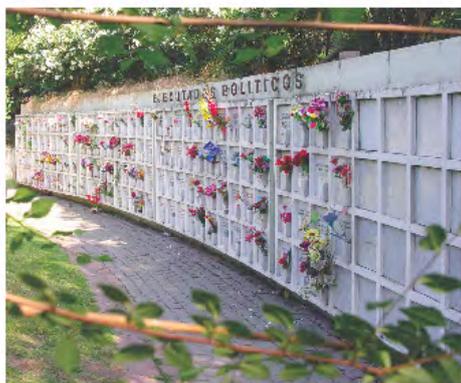
3) El no-lugar de la muerte. El saldo de un largo periodo de guerra implica, forzosamente, un trabajo de duelo colectivo. Las reflexiones sobre las vidas arrancadas de organizaciones políticas, agrupaciones gremiales, juntas vecinales o comunidades estudiantiles forman parte del *exorcismo* (en su acepción *sanadora*) que debe vivir la nación post dictadura, porque encauzan la concientización de la experiencia de una guerra civil y aportan su sentido histórico para el presente.

Lo cierto –lo difícil- es que, en escenarios como el chileno dictatorial, la muerte devino una herramienta “lógica” para imponer una idea particular de bienestar

¹⁵⁰ Uno de los argumentos centrales que utilizaron los militares para justificar la violencia de sus tácticas fue, precisamente, que el país había sufrido una “guerra interna” que había exigido la utilización de una fuerza considerable contra los opositores”. Pueden revisarse las notas que hace Priscila Hayner al respecto, EN: “Chile”, EN: *Verdades Innombrables. El reto de las comisiones de verdad*, FCE, México, 2008, pp. 66-69.

social; fue también una consecuencia “normal” del periodo de lucha contra el marxismo que se estableció con el golpe de Estado y, finalmente, se convirtió en un componente administrativo del régimen. Las fosas comunes, los centenares de cuerpos arrojados al mar o los variados atentados contra civiles en el extranjero ilustraron cuán mecánica se había vuelto la muerte en el régimen pinochetista.

Años después, con el proceso transicional hacia la democracia, el tema fue redescubierto; puesto ante los ojos de la sociedad entera para su trabajo comunal. Si los asesinatos se habían perpetrado por doquier, si la muerte había estado en todas y en ninguna parte, si había habitado lugares y no-lugares¹⁵¹, ahora debía localizarse en sitios de conmemoración compartida (cementerios; memoriales). Otra brecha a salvar era, pues, la devolución social de un espacio *para* la muerte.



Memorial del Detenido Desaparecido y Ejecutado Político.
Cementerio General de Santiago.
FOTOS: Mariana Rodríguez Aguilera

4) El vacío de los desaparecidos. El tejido social que la guerra civil puso a prueba de modo radical experimenta un proceso de reconstitución a raíz de la vuelta de la democracia en 1990. Empero, los remanentes que la dictadura deja tras de sí rebasan los límites de lo socialmente pensable. ¿Qué hacer con el vacío de los desaparecidos? ¿Qué espacio ocupan en el entramado histórico de un hecho que, reinaugurado el régimen democrático, busca cerrarse para “Nunca Más” repetirse?

La punzante duda de “¿Dónde Están?”, bandera de las agrupaciones de familiares de Detenidos Desaparecidos, refleja la inconmensurable angustia que

¹⁵¹ El concepto de *no lugar* es, por supuesto, de Marc Augé. Él los define como lugares de transitoriedad, que no tienen suficiente importancia para ser considerados “lugares”. Ejemplos de un *no lugar* serían una autopista, un aeropuerto o un supermercado. Véase: Marc Augé, *Los no lugares, Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona, 2000.

acarrea un duelo imposible. La ausencia del cuerpo mutila una parte fundamental de la superación del trauma personal y colectivo. Además, sintetiza la máxima expresión de la operatividad dictatorial: la extirpación –desaparición y aniquilación absoluta- de un trozo de Chile. En el fondo, el desaparecido representa la experiencia límite del mal histórico en el país: la sustracción del enemigo, su borradura total del hilo histórico nacional, la eliminación de su persona hasta de las prácticas familiares que lo cobijaron hasta el momento de su detención. Es la víctima máxima de la maquinaria represiva. ¿Cómo reflexionar, entonces, sobre esta experiencia límite? ¿Cómo “normalizar” a las víctimas absolutas para su inserción en un pensamiento práctico presente?

5) Los espacios de proyección política. La guerra civil implicó la clausura de múltiples canales de expresión para un ala importante de la política nacional. La censura primó como base de la sobrevivencia y la gobernabilidad. Luego, tras 17 años de dictadura, los gobiernos concertacionistas llamaban a una convivencia reconciliadora entre bandos opuestos, omitiendo casi siempre que Chile recién estaba recuperando el ejercicio democrático de sus espacios de proyección política. Es decir, todavía no existía un escenario en que víctimas y victimarios se sentaran a debatir en igualdad de condiciones. Era menester recuperar medios de comunicación extintos; darle voz a los oprimidos; devolverles la confianza. En este tenor, la reconciliación dependería tanto de la reconquista de los Derechos Civiles arrebatados al sector político de izquierda como de la voluntad y capacidad *personal* de las víctimas de llevar a cabo proyectos de perdón y concertación.

Del reconocimiento y compromiso administrativo de/con todos estos residuos dependía el camino a la reconciliación nacional. En los párrafos que vienen, se verán justamente algunas de las medidas tomadas desde múltiples zonas de la democracia postdictatorial para su tratamiento.

RECONCILIACIÓN Y DERECHOS HUMANOS

Uno de los ejes de la Reconciliación nacional, decíamos, está en el manejo que las administraciones democráticas dan al tema de las violaciones masivas a los Derechos Humanos perpetradas por el régimen castrense entre 1973 y 1990. Está ahí porque, si bien hubieron incontables violaciones a Derechos Civiles (libertad intelectual y

conciencia, libertad de prensa, libertad de circulación, entre otros), la pérdida más profunda del país -la irrecuperable, la que no se resolvió con el regreso de la democracia-, son las muertes, las torturas sistemáticas y las desapariciones forzadas. Las ausencias del pasado se insertan en la actualidad como fisura política, social y cultural de Chile.

Unos párrafos más atrás, veíamos también que la dictadura militar encabezada por Pinochet gobernó bajo un Estado de Excepción constitucional, incluso después de imponerse la nueva Carta de 1980. La represión política se articuló bajo la conducción de las Fuerzas Armadas y de Orden y en varios lugares se les sumaron grupos civiles. Avanzado el periodo de gobierno castrense, la violencia fue implementada mediante grupos especializados, los cuales dependieron directamente del Poder Ejecutivo y estaban integrados por miembros de distintas ramas de las Fuerzas Armadas (DINA y CNI).

A pesar de que durante casi treinta años se justificaron las acciones represivas como “excesos individuales” en el marco del régimen militar, gradualmente se ha ido comprobando que esas argumentaciones carecen de fundamento. Como describen Elizabeth Lira y Brian Loveman, “la simultaneidad de los procedimientos y especialmente la pasividad de las torturas desde el inicio, daban cuenta de una implementación planificada y de un entrenamiento previo. Por otra parte, numerosos procesos judiciales han demostrado que tales ‘excesos’ fueron el resultado de órdenes institucionales y formaron parte de una política de gobierno”¹⁵².

Los niveles de represión y persecución tuvieron como resultado el sometimiento de la mayoría: obligaron a miles a proteger su vida y salir al exilio; muchos fueron despedidos de sus trabajos o expulsados de sus colegios; otros debieron trasladarse dentro del país o entrar en una vida de clandestinaje. Muchos campesinos perdieron su vivienda y, en cuantiosos casos, el derecho a la asignación de parcelas de reforma agraria. La variedad de situaciones en que se violaron Derechos Humanos –civiles, en particular- fue vasta.

La responsabilidad del Estado en las violaciones de Derechos Humanos fue denunciada ante los tribunales de justicia y organismos internacionales desde los comienzos de la dictadura, creando así un “archivo de la represión”¹⁵³. Este registro

¹⁵² Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Políticas de Reparación. Chile 1990-2004*, LOM, Santiago, 2005, p. 18.

¹⁵³ *Ibid.*, p. 19.

de lo ocurrido permitió que, hacia mediados de la década de los ochenta, el tema de Derechos Humanos cobrara una dimensión importante, apoyado en la consolidación de un movimiento sindical más independiente, la alianza de partidos políticos nuevos y las presiones internacionales que exigían una apertura democrática en Chile.

En este contexto se organizó el plebiscito de 1988, cuyo resultado fue el fin de la dictadura militar por decisión del 54% del electorado. Hubo, sin embargo, la fuerte condicionante del apoyo de casi la mitad de la población a Pinochet, estadística que dejaba entrever desde entonces la inmensa dificultad que enfrentarían los proyectos de establecimiento de la verdad y promoción de la justicia transicional. La resistencia del dictador, las Fuerzas Armadas y sus aliados, con todo el poder que pudieran ejercer en este nuevo escenario político, quedó evidenciada desde la etapa embrionaria de la democracia en el país. La gobernabilidad quedó sujeta, así, a “pactos” que hicieran de la evolución democrática un juego “equilibrado” y consensual.

Los múltiples actores de influencia que sugestionaron las demandas de verdad y justicia fueron -y siguen siendo- fundamentales para comprender la problemática de la reconciliación y la memoria en Chile. Al asumir Patricio Aylwin como Presidente de la República, la Constitución de 1980 estaba vigente y Augusto Pinochet se mantenía como Comandante en Jefe del Ejército (puesto que ocupó hasta enero de 1998). Los amarres políticos y administrativos del régimen militar (descritos con cierto detalle en el primer capítulo de esta investigación) y la existencia de los senadores vitalicios –establecidos por la Constitución de 1980- restringieron al nuevo gobierno, especialmente en relación con las iniciativas en materia de Derechos Humanos. Por su parte, estaba vigente también el Decreto Ley 2.191 de amnistía, que condicionaba los resultados de los procesos judiciales por violaciones a los DDHH y crímenes de lesa humanidad.

En este espacio, pues, se gestaron las propuestas de reconciliación en materia de Derechos Humanos. Entendidas estas pautas generales, podemos seguir con una serie de anotaciones sobre el origen de la política de reparación durante las administraciones concertacionistas.

LOS PROYECTOS DE LA CONCERTACIÓN

El programa de gobierno elegido con el retorno de la democracia en 1990 apuntó, respecto de los Derechos Humanos, que “las violaciones ocurridas durante la dictadura tenían graves consecuencias sobre las víctimas y sobre la vida política del

país.”¹⁵⁴ La política de reparaciones era necesaria “para alcanzar verdad y justicia”¹⁵⁵. El proyecto enfatizó que el legado de estos crímenes era un obstáculo para la construcción de la democracia y comprometió al gobierno a: 1) Establecer la verdad sobre las violaciones de los Derechos Humanos; 2) Garantizar la información necesaria para hacer posible la investigación judicial de esos crímenes; y 3) Reivindicar a las víctimas. Existieron, entonces, dos vertientes del trabajo con Derechos Humanos durante la postdictadura chilena: memoria y reparación.

La primera tentativa de acción *democratizante* de la temática de Derechos Humanos se ancló en la siguiente base: el Estado asumiría abiertamente la responsabilidad y culpa por las violaciones a los Derechos Humanos ejercidas durante el régimen de Augusto Pinochet, siempre y cuando ello significara el primer paso hacia el perdón. Las culpas que se confesarán a partir del regreso de la democracia se juzgarían “en contexto” y se fundirían en el abrazo solidario de la reconciliación entre víctimas y victimarios.

Recordemos el discurso de Aylwin en 1991:

Si el dolor, el espanto y la justa indignación nos movieran al odio y a la violencia, pronto caeríamos en lo mismo. Sería reanudar la lucha fratricida, destruir nuestra renaciente democracia y renunciar al anhelo de paz que todos abrigamos. [...] Todos los chilenos pueden tener la certeza de que el gobierno cumplirá su deber, consecuente con los principios morales que lo inspiran, sin otras miras que la justicia, la reconciliación y el bien común de la patria. Pero ésta no es sólo tarea del gobierno. Lo es igualmente de los otros Poderes del Estado, de las Instituciones Armadas, de las autoridades espirituales, de las organizaciones sociales y de toda la comunidad nacional. A todos pido su cooperación para que juntos, respetándonos y ayudándonos, con comprensión y generosidad, hagamos lo necesario para sanar las heridas del pasado y construir un futuro de justicia, de progreso y de paz para Chile.¹⁵⁶

Sus palabras dieron comienzo a una democracia de gobernabilidad (“estabilidad”), definida a su vez por la capacidad social de relacionar el estatuto reconciliatorio con la disposición personal al perdón. Con el paso de los años, se sumaron a esta convocatoria varios otros campos.

Desde la perspectiva del derecho internacional de los Derechos Humanos, por ejemplo, otra de las garantías del derecho a la verdad (y con ella, del establecimiento

¹⁵⁴ Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Políticas de Reparación. Chile 1990-2004*, p. 20.

¹⁵⁵ *Ibidem*.

¹⁵⁶ Patricio Aylwin, *Discurso para dar a conocer a la ciudadanía el informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*. El texto completo está en línea:
http://es.wikisource.org/wiki/Discurso_de_Patricio_Aylwin_Azócar_al_dar_a_conocer_a_la_ciudadan%C3%ADa_el_informe_de_la_Comisi%C3%B3n_de_Verdad_y_Reconciliaci%C3%B3n

de una sanación compartida) es que, mediante el conocimiento amplio de los hechos que dieron lugar a las graves violaciones, se asegure que no se repetirán. A ello contribuye la construcción e instalación de memoriales, pero también la promoción ampliada de los Derechos Humanos. “La cultura del respeto a los Derechos Humanos se alcanza recuperando la memoria histórica y educando en la materia”, dice el Informe anual sobre Derechos Humanos en Chile, 2010¹⁵⁷.

El gobierno intentó encauzar institucionalmente esta obligación desde inicios de los noventa, pero fue la creación del Instituto de Derechos Humanos la acción más sólida a este respecto. La Ley 20.405 que lo creó fue publicada en el *Diario Oficial* el 10 de diciembre de 2009. El mensaje que dio inicio a su tramitación legislativa, planteada en el marco de la propuesta “No hay mañana sin ayer” del ex presidente Ricardo Lagos, acogió expresamente una recomendación hecha años atrás por la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, sobre las medidas institucionales requeridas para superar el golpe traumático que la dictadura había supuesto para el campo de los Derechos Humanos: promover un Instituto que reconociera la gravedad de los acontecimientos y adoptara medidas concretas para evitar que se repitieran las violaciones sistemáticas a los DDHH en el país.

A partir de entonces, según varios informes que analizan la conciencia y promoción de los Derechos Humanos en Chile¹⁵⁸, las políticas institucionales al respecto se caracterizan por su ambigüedad. La incertidumbre que envuelve las medidas adoptadas por el gobierno de Sebastián Piñera son un ejemplo notable. Durante el primer año de su presidencia, y a pesar de sus declaraciones respecto de que no contaría con funcionarios vinculados con el régimen militar¹⁵⁹, el mandatario nombró como gobernador de Biobío a José Miguel Steigmeier¹⁶⁰, vinculado con triangulaciones de dinero de Colonia Dignidad¹⁶¹, y después al General en retiro de Carabineros Iván Andrusco -relacionado con la DICOMCAR y con el caso

¹⁵⁷ Jorge Contesse Singh (ed.), *Informe...*, p. 34.

¹⁵⁸ El más completo es el que trabaja la Universidad Diego Portales, en Santiago de Chile, año tras año. Puede revisarse, por ejemplo, el del 2010: Jorge Contesse Singh (ed.), *Informe Anual sobre Derechos Humanos en Chile 2010*, Universidad Diego Portales, Chile, 2010.

¹⁵⁹ “Navia transparenta correos con Piñera”, *La Tercera*, 6 de enero de 2010.

¹⁶⁰ Radio Bío-Bío, “José Miguel Steigmeier abortado gobernador de Biobío”: ‘Yo preferí no asumir ese cargo’, 20 de marzo de 2010. Véase: Jorge Contesse Singh (ed.), *Informe Anual sobre Derechos Humanos en Chile 2010*, Universidad Diego Portales, Chile, 2010, p. 20.

¹⁶¹ Villa Baviera, conocida anteriormente como Colonia Dignidad, es una localidad fundada en Chile a principios de la década de 1960 por inmigrantes alemanes. Se ubica en la comuna de Parral, en la Provincia de Linares, Región del Maule. Durante la dictadura militar, el recinto se utilizó como centro de detención, tortura y desaparición. Hay un documental sobre este tema disponible en línea: <http://www.educarchile.cl/Portal.Base/Web/VerContenido.aspx?ID=137805>

Degollados- como director de Gendarmería. Si bien estas designaciones fueron rápidamente revertidas a causa de la presión social, dieron cuenta de la ausencia de una política clara en la materia y reafirmaron la reticencia general de la población hacia las instituciones gubernamentales. Poco después, las declaraciones del embajador de Chile en Argentina, Miguel Otero, (“en Chile no se sintió la dictadura militar”¹⁶²) provocaron nuevamente la ira y la desesperanza de sectores importantes de la ciudadanía.

Todo esto, en el marco general de la elaboración de una memoria colectiva, *reparadora*, deja mucho qué desear. Más aún cuando se analiza a la par de lo que hemos denominado los “ritos de Estado”, que pugnan por una Reconciliación nacional desde el plano de las instituciones. Detengámonos ahora en algunos de ellos.

RECONCILIACIÓN NACIONAL: RITOS DE ESTADO

Hemos anotado ya que la propuesta de una reconciliación de opuestos se ubica en la agenda política de un grupo particular: los “abogados” de la Concertación. La Reconciliación en Chile es esencialmente un cálculo estadista, cuyos ramajes a veces se infiltran en varias dimensiones de la política pero, en su mayoría, abrazan ideales más administrativos o corporativos que esencialmente democráticos. La historia de la reconciliación como proyecto político va aparejada de diagnósticos, discursos y propuestas oficiales. Es más: no existe sin ellos.

Desde la perspectiva de los militantes y los aliados del régimen democrático, la inauguración del gobierno civil postdictatorial está hermanada con demandas de justicia y paz. En directa oposición al sistema de terror y enemistad pública de la dictadura, la nueva democracia promueve la convivencia de políticas diversas y el diálogo (se trata, finalmente, de una democracia neoliberal¹⁶³) por sobre todo medio de expresión violento.

¹⁶² En entrevista con el periódico El Clarín, de Buenos Aires, el embajador chileno en Argentina declaró que “la mayor parte de Chile no sintió la dictadura de Pinochet”, y que “si no hubiera existido el pronunciamiento militar, hoy Chile sería Cuba”. La nota completa salió publicada el 6 de junio de 2010. Se encuentra también en línea: http://www.clarin.com/mundo/america_latina/parte-Chile-sintio-dictadura-Pinochet_0_275372502.html .

¹⁶³ Recordemos que la premisa central de las democracias neoliberales, nacidas para América Latina en la década de los ochenta, es el diálogo. En realidad, el neoliberalismo fue presentado como forma de modernización del Estado y ambos identificados con el ejercicio pleno de la libertad. Sobre la base de esta identidad, se hizo hegemónica una visión que redujo la discusión a un simple rito de legitimación

Detengámonos entonces en una breve exposición del eje administrativo de la Reconciliación. Las líneas subsiguientes anotan ideas sobre tres ejemplos nacidos de la agenda concertacionista: a) La Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (que si bien no ha sido la única instancia investigadora de los crímenes en dictadura, sí fue la primera y constituyó la base sobre la cual, años más tarde, operarían las demás¹⁶⁴); b) El día de la Unidad Nacional (que reemplazó el 11 de Septiembre como día de festejo feriado); y c) la llamada “Ley Aylwin”, propuesta en el marco de la primera sucesión presidencial democrática, en 1994.

COMISIÓN NACIONAL DE VERDAD Y RECONCILIACIÓN

El primer hito de reconciliación concertacionista fue la creación de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (también conocida como Comisión Rettig) en 1990, instancia que expuso los antecedentes recogidos sobre más de tres mil prisioneros políticos asesinados durante el periodo comprendido entre 1973 y 1989. El órgano de investigación dependía del poder ejecutivo y contaba con la participación de representantes de diversas expresiones del espectro político, incluyendo a personas vinculadas a los sectores conservadores que apoyaron la dictadura¹⁶⁵. La Comisión privilegió la indagación sobre casos individuales que resultaron en asesinatos¹⁶⁶.

El informe final, presentado nueve meses después de su instalación, se dio a conocer en febrero de 1991, en un acto solemne en el que el Presidente Aylwin se dirigió a la nación:

Por el bien de Chile, debemos mirar hacia el futuro que nos une más que al pasado que nos separa [...], impulsar el desarrollo y alcanzar la justicia social. ¿Para qué desgastar nuestros esfuerzos en escudriñar heridas que son irremediables? Recordemos las palabras de S.S. Juan Pablo II en su visita: "Chile tiene vocación de entendimiento y no de enfrentamiento. No se puede progresar profundizando las divisiones. Es la hora del perdón y la reconciliación".¹⁶⁷

ideológica del poder dentro de los límites del neoliberalismo. El "debate democrático" excluyó la alteridad y redujo la crítica a tímidos señalamientos sobre la contradicción que implica una democracia basada en un pensamiento único.

¹⁶⁴ Entre los informes generados por organismos de investigación luego de la comisión Rettig destacan, por ejemplo, los de la Comisión Chilena de Derechos Humanos y el de la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación.

¹⁶⁵ Juan Antonio Vega Báez, *Op. Cit.*

¹⁶⁶ Cabe mencionar que aunque el grupo se planteó establecer el número y paradero de las víctimas, no tenía entre sus metas iniciar el procesamiento judicial de los culpables.

¹⁶⁷ Patricio Aylwin, Discurso para dar a conocer a la ciudadanía el informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación. El texto completo está en línea:

El informe contenía una suma de recomendaciones al Estado chileno, que buscaban el cuidado a los Derechos Humanos y la conservación de su vigencia en el futuro (“Nunca Más”).

Haciendo honor a algunas de ellas, la administración de Aylwin accedió a la promulgación de la *Ley de Reparaciones*, en enero de 1992, que pretendió atender a 7,000 víctimas y facilitar un apoyo económico a cada familia afectada por casos de desapariciones o ejecuciones políticas en dictadura. Brindó, además, beneficios educativos y de salud a familiares de víctimas¹⁶⁸. Aprobó también la *Ley de exonerados*, en 1993, para brindar reparación a los antiguos empleados públicos y sus respectivas familias, afectados por motivos políticos entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1990. Se apoyaron investigaciones de Derechos Humanos mediante recursos legales presentados ante la Suprema Corte y se establecieron, también, instancias como la Oficina Nacional de Retorno, para apoyar el regreso de exiliados a Chile.

A partir de los resultados de esta Comisión, la verdad estuvo ligada inseparablemente a la reparación y la prevención [“Nunca Más”]. La creación de la Comisión respondía a la idea de que, mediante la verdad, se haría accesible la justicia y se establecerían las condiciones para alcanzar una reconciliación nacional efectiva. No obstante, varios analistas han demostrado que, en realidad, el esclarecimiento de la verdad no implica la génesis de un sostén institucional para la consumación de la justicia. “Con las medidas [que nacen de la Comisión Rettig] se configuró, de manera paradójica, una política de Derechos Humanos centrada en la reparación a favor de las víctimas, pero desprovista de una política de acceso a la justicia para las mismas, como consecuencia de la serie de candados para la impunidad que el régimen democrático no pudo o no quiso erradicar”, escribe, por ejemplo, Juan Antonio Vega¹⁶⁹.

Además, si tomamos en cuenta el cuadro temporal en que se suceden esta Comisión y sus consecuencias legales, hay que considerar la elaboración

http://es.wikisource.org/wiki/Discurso_de_Patricio_Aylwin_Azócar_al_dar_a_conocer_a_la_ciudadan%C3%ADa_el_informe_de_la_Comisi3n_de_Verdad_y_Reconciliaci3n

¹⁶⁸ El PRAIS (Programa de Reparación y Atención Integral en Salud para los Afectados por Violaciones de Derechos Humanos) fue, en palabras de Juan Antonio Vega, una verdadera innovación institucional. Su establecimiento implicó todo un proceso de interlocución entre los ámbitos gubernamentales y no gubernamentales en el campo de la salud mental comunitaria. Véase la tesis del autor: Juan Antonio Vega, *Op. Cit.*

¹⁶⁹ Juan Antonio Vega, *Op. Cit.*

contemporánea de una narrativa oficial –bastante cuestionable- sobre el golpe de Estado y la ulterior dictadura militar. A poco de entregado el Informe Rettig, le fue encargado al historiador Gonzalo Vial el proyecto de elaborar un contexto histórico oficial para explicar todo lo que, informe de por medio, se daría a conocer a la sociedad. En esta primera etapa de educación –digamos, “pro concilio histórico-social”-, el académico anunció que:

no compete a la Comisión pronunciarse sobre los hechos ocurridos ese día [11 de septiembre] y los inmediatamente posteriores. [...] La crisis de 1973, en general, puede ser descrita como una aguda polarización a dos bandos –gubernativo y opositores- en las posturas políticas del mundo civil. En cada uno de los bandos [...] hubo sectores que estimaban preferible, a cualquier transacción, el enfrentamiento armado.¹⁷⁰

La versión oficial de los hechos desencadenados con el *once* se asienta, entonces, en una “teoría de los dos demonios”. El informe y su explicación burocrática sostienen principalmente que la politización social -médula de la guerra civil- alcanzó un poder tan pronunciado para 1973 que usurpó la capacidad del pueblo de optar por vías distintas a las violentas. El país había estado extremadamente polarizado y ahora, en democracia, no quedaba otro proyecto social más que el reconocimiento de ese clima de “extremismos” para buscar la enmienda colectiva de los sentimientos que antes fracturaron a la nación.

Si recordamos los apuntes que se hicieron en el primer capítulo de esta pesquisa, resulta obvio que esta versión histórica retoma los elementos de la “teoría de la inevitabilidad” del Golpe militar, impulsada por los ideólogos de la Junta desde hacía más de dos décadas. Además, la “nueva historia” se instauró en puño y letra de Vial, Ministro de Educación bajo el régimen de Pinochet -entre 1978 y 1979- y autor del llamado “Libro Blanco”, con el que se intentó contrarrestar las críticas a la represión que arreciaban en el extranjero después del Golpe (y en el que, dicho sea de paso, se dio por verídica la existencia del famoso Plan Zeta¹⁷¹).

¹⁷⁰ Gonzalo Vial, EN: Leonora Reyes Jedlicki, *Actores, conflicto y memoria...*, p. 72. El subrayado es mío.

¹⁷¹ En Chile, el Plan Zeta es el nombre atribuido a un supuesto plan para llevar a cabo una insurrección armada, un autogolpe, por parte del gobierno de Salvador Allende. La supuesta existencia de este plan fue divulgada por los militares que perpetraron el golpe de Estado de 1973. Los archivos desclasificados de la CIA a partir del año 1999 demostraron que jamás existió un Plan Zeta y éste fue una operación de guerra psicológica de los militares chilenos, específicamente de la Armada de Chile, para justificar la represión llevada a cabo. Gonzalo Vial sostiene, hasta la fecha, que ese autoatentado fue verdadero.

A modo general, puede decirse que la intención oficial de proyectar al espacio público una sola versión de los hechos se impone como un rito de clausura en contra de las ambigüedades en la historia reciente de la nación. La Comisión Rettig no sólo ensaya la concertación colectiva en una narrativa final sobre los hechos, sino que lo hace en un marco en que, objetivamente, no existen condiciones iguales entre agentes sociales para proyectar sus opiniones en el documento. Es decir, el informe se acompaña de una versión histórica de derecha, fiel a los intereses de la dictadura, que termina por desarticular los precarios mecanismos de los que dispone la izquierda, recientemente liberada del yugo legal del régimen militar.

Además, marca el camino que posteriormente siguieron las demás Comisiones de investigación sobre el pasado dictatorial. Podría aventurarse que, a partir de éste, ningún Informe de Verdad fue completamente fiel a todos los representantes del vasto espectro político que buscaban cobijar: la información fue editada, ocultada y manipulada. Al respecto habló Víctor Maturana (ex preso político; Director del Centro de Investigación y Promoción de los Derechos Humanos de Temuco, Chile)¹⁷²:

Nosotros (los ex presos políticos y torturados) entregamos mucha información a lo que fue la primera Comisión Valech. Cuando dimos el testimonio, dimos nombres de responsables; ahí está todo. Pero, ¿sabes lo que ocurrió? Cuando se iba a dictar la Ley de Reparación que preparó el gobierno de Ricardo Lagos (una ley que hicieron en menos de 24 horas; ultrasecreta), ellos determinaron que toda la información que nosotros habíamos entregado a la Comisión Valech sería secreta y confidencial. ¡Así será durante 50 años! En 50 años esa información no se va a conocer. Ese proyecto de ley fue muy turbio... acallaron todo. Nadie va a tener acceso a toda esa información en 50 años. Y la explicación que dio el Ministro de Interior en ese tiempo (que hoy día se fue de General de la OEA), José Miguel Insulza, es que esto se volvía secreto a petición de los propios afectados. Yo no conozco todavía ni un preso político que haya pedido eso. ¡Al contrario! Lo que nosotros queríamos era que se hiciera público, porque así, por lo menos, quedaba la posibilidad de la sanción social a los torturadores.

A esto se añade el agravante del silencio, digamos, “voluntario”. Ante los sentimientos de traición que despertó la primera comisión de verdad, cuajó en Chile una suerte de mutismo autoimpuesto: síntomas de incompreensión, incomunicación y desafecto para con el proyecto conciliatorio. Herman Carrasco (ex preso político), lo cuenta así:

¹⁷² Mariana Rodríguez Aguilera, Entrevista con Víctor Maturana y Herman Carrasco, Santiago de Chile, 9 de diciembre de 2010. Véase transcripción anexa.

Nosotros como organismo de Derechos Humanos hicimos una lectura del informe que entregó la Comisión Valech. Nos encontramos que una gran cantidad de gente que nosotros conocíamos, que estuvieron detenidos con nosotros, todavía tienen miedo de declarar su caso y no están reconocidos en el informe.¹⁷³

Luís Alberto Alarcón (ex miembro de la guardia presidencial de Salvador Allende; ex preso político), por su parte, cuenta algo similar:

La Comisión Valech reconoció como presos políticos y/o torturados a 28,000 chilenos. Tengo la impresión que la segunda etapa de la Comisión, que terminó su período hace un mes, va a doblar la cantidad de reconocidos como ex presos políticos y/o torturados. Imagina que en esa época, la Iglesia Católica sostenía que en Chile llegaron a haber 100,000 presos políticos. Los 28,000 reconocidos son apenas una parte de eso. ¿Cuántos de ellos fallecieron a causa de la tortura o desde el recuento de la cifra? Hay que pensar en eso: muchos ya no están para contar su historia. ¿Cuántos murieron en el exilio? ¿Cuántos de ellos no supieron de la existencia de la Comisión Valech? ¿Y cuántos de ellos no se atrevieron a hablar? ¿Cuánta gente vive con miedo, diez o veinte años después del término administrativo de la dictadura? Hoy día tiene que haber más testimonios de los que fueron “aprobados” en el informe de la Comisión hace seis años atrás.

Los canales entablados para la provocación de la confianza y la creencia en los dispositivos de justicia postdictatoriales han dejado mucho que desear. La mayoría de las víctimas no ve en las Comisiones de Verdad un proyecto legítimo de consumación de justicia, ni cree, entonces, en su función “reparadora”, “reconciliadora” o “moralizante”.

Considerando que las Comisiones de Verdad tienen una carga simbólica-institucional que les encomienda el cierre de la etapa autoritaria en Chile, es válido decir que sin el sostén popular –sin la validación colectiva de un pueblo que aún no cree en su eficacia-, éstas pierden parte de su vocación histórica. No hay, en este caso, ningún sustento social verdadero que ampare a las Comisiones investigadoras como portadoras de una re-uniión nacional.

EL DÍA DE LA UNIDAD NACIONAL

En 1998, la Concertación, las Fuerzas Armadas y los partidos de oposición dieron a luz un acuerdo: el 11 de septiembre dejaría de ser una fecha conmemorativa y sería reemplazado por un “Día de la Unidad Nacional”, a celebrarse cada año en la primera semana de septiembre. Según Brian Loveman y Elizabeth Lira, “se pretendía

¹⁷³ Entrevista con Víctor Maturana y Herman Carrasco. Véase texto anexo.

hacer del sueño histórico de la unidad chilena un feriado para conmemorar la reconciliación entre ex enemigos.”¹⁷⁴

El debate público sobre esta medida se prestaba a controversias. Se recordaba el significado de la fecha según distintos sectores, que le asignaban cargas emotivas que oscilaban entre el sufrimiento más profundo hasta la alegría más sobrecogedora. En la Cámara de Diputados, la Concertación tenía los votos para suprimir sencillamente el feriado. Pocos creían factible que el Senado aprobara la moción, debido sobre todo a su conformación y el peso de senadores asignados que, además, en ese momento incluían a Augusto Pinochet en calidad de Senador Vitalicio. No obstante, después de apasionados debates, se resolvió el reemplazo del famoso *once* por un día “más apto” para la agenda conciliatoria del Chile actual: el 19 de agosto de 1998 saldría del Senado un proyecto que reformó la ley 18.026, estableciendo como feriado el primer lunes de septiembre.



Muchas voces se alzaron en respuesta a la reforma. La Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (AFEP) hizo presente su rechazo a la resolución del Congreso en una declaración pública el 21 de agosto de 1998:

El acuerdo entre el ex dictador y la Concertación es un paso más para continuar con la impunidad y el blanqueo de los responsables de los crímenes contra la humanidad cometidos en Chile a partir del 11 de septiembre de 1973, tras el Golpe de Estado, cuyo protagonista principal hoy negocia, convertido en Senador Vitalicio. Esto es

¹⁷⁴ Brian Loveman y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política*, p. 210.

una expresión más de la desvergüenza y el oportunismo político que se ha instaurado en nuestro país en los últimos tiempos. [...] El acuerdo político entre Andrés Zaldívar¹⁷⁵ y Augusto Pinochet, así como la forma en que éste se presentó al país, constituye una vergüenza y da señales equívocas de reconciliación¹⁷⁶.

La réplica de sectores heterogéneos de la sociedad enfatizaba la precariedad de los marcos legislativos pro-reconciliación. Espejismos de forma que cobijaban un fondo hueco. Este mismo pronunciamiento dice luego que:

Declarar el día de la Unidad Nacional en reemplazo del 11 de septiembre es una concesión más al ex dictador y a sus seguidores. Este día no tendrá sentido ni validación social en tanto la verdad y la justicia no se impongan como valores básicos de una convivencia civilizada, mientras quienes cometieron crímenes imperdonables no sean sacados de las filas de las Fuerzas Armadas y de Orden y mientras el poder político no asuma que la impunidad es una de las mayores trabas para impulsar un proceso de reencuentro nacional. Por ello, rechazamos categóricamente la imposición de ese día, porque representa una burda manipulación de nuestra realidad.¹⁷⁷

Y efectivamente, la consecuencia más peligrosa de estos “proyectos de conclusión política” es la manipulación de las vivencias personales en aras de un acuerdo colectivo. La realidad a la que alude el pronunciamiento de la AFEP es heterogénea; se compone de reflexiones particulares sobre el pasado que no necesariamente se adscriben a ideales de perdón o reconciliación.¹⁷⁸

Unas semanas después de esta declaración, el Ministro Secretario General de la Presidencia, John Biehl, dijo que “el gobierno quiere un Chile absolutamente reconciliado. [...] Es la hora de que algunos odios se vayan aplacando definitivamente.”¹⁷⁹ Atacó, con ello, el derecho de las organizaciones civiles a disentir, invalidando los cuestionamientos hechos por la AFEP o desde el campo de las opiniones particulares. Calificó de “odio” cualquier interrogante sobre las propuestas institucionales de reconciliación y consideró como “síntoma de un trauma” el cuestionamiento al gobierno. Sobreexigió el duelo, el olvido y la reconciliación, sin atender la problemática de que éstos no pueden ser requisitos para la convivencia institucional con la Historia.

¹⁷⁵ Presidente del Senado al momento de la votación de la reforma.

¹⁷⁶ Declaración de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, EN: Brian Loveman y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política*, pp. 213-214.

¹⁷⁷ Brian Loveman y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política*, pp. 213-214.

¹⁷⁸ La relación entre reconciliación y perdón se desarrollará más adelante.

¹⁷⁹ “Reconciliación, tarea pendiente”, *Las Últimas Noticias*, 29 de agosto, 1998, sección 6.

LA “LEY AYLWIN”

A escasos meses de la salida de Patricio Aylwin del poder, la Concertación apoyó un proyecto que, en teoría, permitiría una sucesión presidencial sin grandes deudas en materia de Derechos Humanos (recordemos que es éste el gran tema de la transición). La llamada “Ley Aylwin” se nutría de un debate político efervescente, anclado en la compleja problemática de la amnistía.

En junio de 1993, por ejemplo, el senador y ex Ministro del Interior del gobierno militar Sergio Fernández recordaba a los chilenos las amnistías de 1851, 1858 y 1891, diciendo que “había que borrar rencores”. Insistió en la plena aplicación de la amnistía de 1978, sin más investigaciones, y la aprobación de una amnistía nueva, “inspirada en el mismo espíritu de pacificación de 1978, a fin de que el nuevo Presidente [a ser elegido en diciembre de ese mismo año] pudiese asumir en 1994 sin la carga de las divisiones fraternales”¹⁸⁰. Concluyó que “ante el dilema entre reconciliación o enfrentamiento, todavía podemos elegir. Pero la paz es bien frágil, mientras el odio se difunde fácilmente”¹⁸¹.

Pocas semanas después de esta declaración, Aylwin llevó a la Cámara de Diputados una propuesta para la promulgación de una ley que garantizara el secreto de quienes colaboraran con la justicia, proporcionando información sobre el paradero de los detenidos desaparecidos. El artículo tercero de esta Ley decía lo siguiente: “Las personas que presten declaración suministrando datos o informaciones precisas que contribuyan a la determinación del hecho punible y sus circunstancias podrán, a su solicitud, ejercer el derecho de que sus declaraciones y antecedentes proporcionados tengan el carácter de secretos desde que se den o entreguen al tribunal.”¹⁸² Ante todo, sugieren Loveman y Lira, la ley buscaba complacer la disputa de las Fuerzas Armadas por terminar con los juicios en los que estaba citado personal militar -especialmente el Ejército-, fuera en calidad de testigos o inculpados¹⁸³.

A sabiendas de la desilusión que la ley traería a múltiples agrupaciones civiles (en especial a las organizaciones de Derechos Humanos), Aylwin usó su discurso sobre el proyecto de ley para reconocer la maraña política y el dilema moral que envolvía al país:

¹⁸⁰ Brian Loveman y Elizabeth Lira, *El Espejismo de la Reconciliación Política. Chile 1990-2002*, LOM, Chile, 2002, p. 109.

¹⁸¹ Sergio Fernández, “Mirar hacia delante”, EN: *El Mercurio*, 20 de junio de 1993: A2.

¹⁸² Diputados, Sesión 25ª, 10 de agosto de 1993, EN: Brian Loveman y Elizabeth Lira, *El Espejismo...*, p. 111.

¹⁸³ Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Ibidem*.

El proyecto de ley que les propongo lo presento con la esperanza de que contribuya a promover el conocimiento de la verdad y que se imparta el mayor grado de justicia posible en los casos de violaciones a Derechos Humanos, para ayudar al proceso de reconciliación nacional y el fortalecimiento de nuestra democracia.¹⁸⁴

Aceptó, así, que la propuesta rescataría la fórmula utilizada durante el proceso de elaboración del Informe Rettig: Verdad por sobre justicia; esclarecimiento de lo ocurrido y “justicia en la medida de lo posible”. El Secretario General del Gobierno, Enrique Correa, lo secundó en una entrevista contemporánea¹⁸⁵, definiendo como “absolutamente inviable” la iniciativa de derogar la amnistía de 1978, como había prometido el programa de la Concertación de 1988 y 1989.

Además de los efectos múltiples de este proyecto en la sociedad chilena, la Ley Aylwin dio cuna a una de las discusiones más enérgicas vividas hasta el momento dentro de la Concertación de Partidos por la Democracia. ¿Cuánta y qué verdad? ¿Cuánta y cuál justicia? El 18 de agosto de 1993, la Cámara de Diputados aprobó la ley, después de tres sesiones de debates intensos. Los socialistas votaron en contra, los diputados del Partido por la Democracia se abstuvieron y la Democracia Cristiana la apoyó. Miles de civiles llenaron las galerías de la Cámara, gritando su oposición a la propuesta de ley. Miembros de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos comenzaron una huelga de hambre en protesta por la legislación.



“Justicia”, @tentamente Guillo.¹⁸⁶

¹⁸⁴ “Aylwin envía proyecto sobre Derechos Humanos”, Diario *La Época*, 5 de agosto de 1993, p. 11. El subrayado es mío.

¹⁸⁵ “Podríamos haber evitado todo esto”, entrevista aparecida en la Revista *Hoy*, núm. 829, Junio de 1993, p. 28.

¹⁸⁶ @tentamente Guillo, LOM, Chile, 2000, p. 116.

Las negociaciones continuaron durante varios días. Los abogados de la reconciliación como bandera política de la democracia post dictadura -sobre todo el gabinete presidencial de Aylwin-, buscaron insistentemente “convencer a los duros” (socialistas, activistas de organizaciones de Derechos Humanos, las Agrupaciones, sin mencionar al Partido Comunista) de que “la Ley Aylwin sería mejor que nada”¹⁸⁷. No obstante, la lucha habría de entablarse en varios frentes y, evidentemente, requería de mayores negociaciones de las que el Presidente había calculado otorgarle al inicio de su planteamiento. Al término de algunas semanas, Aylwin decidió retirar la “urgencia” para el proyecto legislativo.

La “ley del punto final” fue rechazada desde diversos ángulos del espectro político (incluyendo la derecha y el propio Pinochet, que no confiaban en que el proyecto garantizara el anonimato de personajes ligados a las Fuerzas Armadas) y, finalmente, anulada como medida transicional a la democracia de los noventa. Si Aylwin había buscado despejar el camino para su sucesor, Eduardo Frei Ruiz-Tagle, acabó por legarle un episodio de divisiones recién reencontradas en un Chile menos que nunca reconciliado.

La Ley Aylwin es, hasta hoy, una de las expresiones menos populares de la institucionalidad democrática concertacionista. Su inclusión en el breviario realizado aquí traza, a la par de los proyectos exitosos de la democracia reconciliadora, un campo que demuestra cuán frágiles son estas propuestas y lo difícil que es, en el fondo, llevar el perdón al campo de la oficialidad gubernamental. En este sentido, el camino ilustrado con estos tres proyectos de Estado refleja la precariedad de una reconciliación ejercida desde arriba y la profundidad del dolor que empapa, no obstante el tránsito de los años, a un país post guerra civil.

En lo que viene, esta tesis se volcará en el análisis de la hilación Reconciliación-Perdón, anticipada ya en estos estudios de caso. Veremos cuán punzante es aún la herida de los crímenes cometidos por la dictadura y cómo, a pesar de los recurrentes llamados al perdón, Chile ha errado en su proyección forzada del perdón al ámbito oficial y colectivo.

¹⁸⁷ Brian Loveman y Elizabeth Lira, *El Espejismo...*, p. 121.

RECONCILIACIÓN Y PERDÓN

Varias ocasiones se han presentado para sugerir la importante y profunda relación entre la aspiración política de una reconciliación nacional post-guerra civil y las dimensiones subjetivas y colectivas del perdón. Ahora, resulta imperioso explorar este puente entre reconciliación y perdón y los cimientos que tiene éste, a su vez, en la ética.

Podemos partir diciendo que, sobre lo político o lo social, la variable más profunda de la reconciliación es la relación histórica entre el bien y el mal, que partió al país antes y durante el periodo militar y continúa dividiéndolo décadas después del retorno de los gobiernos civiles. Siguiendo a Tony Misfud: si los abusos, los “excesos” o las “consecuencias inevitables” del Golpe de Estado siguen “confundiéndose” con crímenes ética y jurídicamente condenables por la sociedad actual, “¿desde dónde se determinan las condiciones de la reconciliación? ¿Es el poder de turno el que dicta las condiciones o, más bien, los criterios objetivos de la verdad y de la justicia? Concretamente, ¿es éticamente legítimo matar?, ¿hacer desaparecer?, ¿torturar a personas en algunas circunstancias?; y si la respuesta es afirmativa en cada caso, entonces, ¿quién define cada una de esas circunstancias?”¹⁸⁸

EL PERDÓN

La Reconciliación apuesta por una definición abstracta, absoluta y única del perdón: “dejar atrás para seguir adelante”. Patricio Aylwin lo apuntó así en el discurso con el que presentó a la sociedad chilena el Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, a principios de 1991:

En este tema de las violaciones a los Derechos Humanos en nuestro país, la verdad fue ocultada durante mucho tiempo. Mientras unos la denunciaban, otros -que sabían- la negaban, y quienes debieron investigarla, no lo hicieron. Se explica así que mucha gente, tal vez la mayoría, no creyera. Y esa discrepancia fue un nuevo factor de división y ociosidad entre los chilenos.

[...] Es la hora del perdón y la reconciliación". ¿Quién podría no compartir estos anhelos?¹⁸⁹

¹⁸⁸ Tony Misfud, *Op. Cit.*, p. 150.

¹⁸⁹ Patricio Aylwin, *Discurso para dar a conocer a la ciudadanía el informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Santiago, 4 de marzo de 1991.

Véase:

http://es.wikisource.org/wiki/Discurso_de_Patricio_Aylwin_Azócar_al_dar_a_conocer_a_la_ciudadanía_de_la_Comisión_Nacional_de_Verdad_y_Reconciliación

La democracia anunciaba *la hora del perdón*. Había que volcarse en las metas del futuro; “unirse sin desgastar esfuerzos escudriñando heridas que son irremediables”. Pero esta unión, basada en un perdón indefinido, impuso el fin sobre los medios. La Reconciliación pasó por alto que, como dice Jacques Derrida, en la vida hay – efectivamente- cosas imperdonables, cuya superación no puede estar al servicio de ningún proyecto político¹⁹⁰.

“¿Acaso no es lo imperdonable lo único que hay que perdonar?”¹⁹¹ Bien dice Derrida que si se perdonara sólo lo que en la semántica “normal” de comportamiento social judeocristiano parece “perdonable”, el perdón mismo perdería sentido. La aporía fundamental de todo esto es que el perdón perdona sólo lo imperdonable.

¿Y qué acción rebasa la capacidad *normal* de perdón? Podemos suponer que las mismas que el derecho internacional tacha como crímenes a la humanidad, atentados contra la sostenibilidad de lo social o la sobrevivencia de la esencia misma de lo que somos como especie. *Imperdonable* es la saña sistemática que resulta en asesinatos, torturas, violaciones, secuestros y destierros. Imperdonable es lo que “la vuelta a la página” quiere dejar atrás.

La convocatoria a mirar hacia el futuro deja también de lado otro punto relevante: el Chile *redemocratizado* no es el mismo que vivió en democracia antes del golpe militar. La dictadura despojó a la ciudadanía de su sentido de confianza y la reemplazó por lo que el Presidente Aylwin llama “la discrepancia que nos divide”. La sospecha sistemática gestada durante la dictadura ha vuelto imposible el perdón, en principio porque desdibuja las figuras de víctima y victimario: ¿A quién debemos perdonar; al sujeto del pasado o al que está frente a mí pidiendo que lo perdone? ¿Son acaso el mismo? ¿Soy yo, en una democracia *liberadora*, la misma víctima que sufrió el clandestinaje o la tortura? ¿Puedo pensar en el crimen de la misma manera, cuando el espacio político en que me desenvuelvo me impone una “consigna moderadora de la prudencia y la resignación”¹⁹²?

El perdón es una decisión profundamente personal y subjetiva. Hay pocos casos, además, en que haya que recurrir a él, porque el perdón en sí es excepcional. Nada tiene que ver entonces lo extraordinario del perdón con el fin normalizador de los discursos de la Reconciliación. Chile ha abusado de la palabra.

¹⁹⁰ Véase: Jacques Derrida, *On cosmopolitanism and forgiveness*.

¹⁹¹ *Ibidem.*, pp. 32-38.

¹⁹² Nelly Richard, *Políticas y Estéticas de la Memoria*, p. 9.

Entiéndase Chile y muchos países más: el perdón aparece siempre cuando el discurso político busca la reparación de la discordia, el paso desde un trauma hacia su proceso de duelo y la salida del Estado-nación de una condición de parálisis. Pero, como sostiene Derrida, aún cuando el fin convenga a su uso en el vocabulario político de una agenda política, “este ‘imperativo ecológico’ de salud político-social no tiene nada que ver con el perdón, que en estos casos queda despojado de su sentido más absoluto. El perdón no aporta a terapias reconciliatorias.”¹⁹³

Podemos decir entonces que la agenda “conciliatoria” del gobierno chileno le robó al perdón su sentido único, concediéndole sólo lo que tiene que ver con negociaciones más o menos reconocidas, transacciones calculadas, condiciones múltiples y –en palabras de Kant- con imperativos hipotéticos.¹⁹⁴ Pero por más que las transacciones parezcan honradas, necesarias quizá, como ejemplifica este caso, no hacen honor al perdón. Lo confunden con espejos semejantes: amnistía, prescripción, justicia, justificación.¹⁹⁵

Recordemos también que, en principio, el perdón incumbe a dos únicas partes: la víctima y el victimario. Cuando entra en escena un tercer partido, podemos hablar de amnistías o reparaciones, por ejemplo, pero de nada que ver con el perdón. Otra vez es Derrida quien lo ilustra perfectamente, evocando el testimonio de una mujer cuyo marido fue asesinado por torturadores del Apartheid sudafricano. Un día, dice, la mujer se presentó a declarar frente a la Comisión de Verdad y Reconciliación. Hablando en su idioma, uno de los once reconocidos legalmente por la Constitución, declara: “Ni una Comisión ni el gobierno pueden perdonar. Sólo yo, eventualmente, podría hacerlo. Y yo no estoy lista para perdonar.”¹⁹⁶

El Estado provee la cuadrícula jurídica en que se asientan juicios, reparaciones y condenas, pero no abarca la magnitud del perdón. Ahí, la responsabilidad es civil; no ciudadana ni política; personal, directamente dependiente de la víctima.

Retumba entonces otra interrogante: ¿la víctima de qué? Los crímenes más graves -los imperdonables- tuvieron por víctima a sujetos que hoy no están para pensar el perdón. El saneamiento es imposible porque el cuerpo no está. Si Chile

¹⁹³ Jacques Derrida, *On cosmopolitanism...*, p. 41. La traducción es mía.

¹⁹⁴ *Ibidem.*, p. 39.

¹⁹⁵ Nelly Richard llama nuestra atención sobre esto en lo que ella llama “técnicas del olvido” postdictatoriales. Los indultos y las amnistías son, junto con el consenso ritual y los medios de comunicación masiva, los engranajes del aparato amnésico de Chile. Véase: Nelly Richard, *Residuos y Metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición)*.

¹⁹⁶ Jacques Derrida, *On cosmopolitanism...*, p. 43.

busca reparar un pasado de torturas y asesinatos, el discurso se dirige a una comunidad fantasmal. Habla frente a testigos del crimen, convocándolos a perdonar algo que ellos no sufrieron. El Chile *redemocratizado* está lleno de vestigios y no víctimas totales, según este esquema. ¿Por qué entonces, llamar al perdón? ¿Quién tiene derecho de perdonar en nombre de los desaparecidos?

Para que la reconciliación tenga cualquier contenido *futuro*, habría que pensarlo de otra forma. Resemantizar las pérdidas¹⁹⁷ que hacen de los sujetos víctimas de algo devela una dimensión distinta de la problemática. ¿Qué perdieron los demás, los chilenos de en medio, los chilenos del futuro, con la imposición violenta de la dictadura? ¿Qué perdieron, incluso, las familias a quienes los militares despojaron de hermanos, maridos, esposas, hijos, padres? La definición absoluta de la víctima, la categorización del “derecho a la palabra y el perdón”, también ha hecho de la reconciliación un proceso sin frutos.

Chile es un país en que las credenciales se necesitan hasta para hablar del pasado. “Unos tienen más derecho que otros”¹⁹⁸. El perdón se circunscribe a la consideración de una comunidad ubicada como las víctimas totales de la saña autoritaria, evitando así el trabajo que conllevaría hacer de “lo imperdonable” una materia de reflexión colectiva, verdaderamente consensual. El país parece haber olvidado que, además de la dimensión más “brutalmente sacrificial” de la violencia (desaparecimiento, supresión, muerte y tortura), hubo también una “muerte simbólica de la fuerza movilizadora de una historicidad social que ya no es recuperable en su dimensión utópica.”¹⁹⁹ Todo el país es víctima, aunque sólo algunos sectores se reconozcan como tales.

Viéndolo así, es contradictorio que los discursos institucionales se dirijan a la comunidad nacional, desdibujando diferencias entre la víctima absoluta y la figura testimonial, entre los sujetos más sacrificiales y los despojados de su pensamiento utópico. El “nosotros” se impone desde la palabra oficial, aunque la política en el campo interpersonal sí apunte distinciones: ni todos se sienten víctimas ni a todos importa el crimen.

¹⁹⁷ Esta idea se discutió en el marco de la mesa “Análisis y testimonio del golpe militar”, Ivonne Szazs, Rossana Cassigoli y Mariana Rodríguez Aguilera (moderadora), Facultad de Filosofía y Letras, Ciudad Universitaria, UNAM, 2 de septiembre de 2008.

¹⁹⁸ *Ibidem*.

¹⁹⁹ Nelly Richard, “La cita de la violencia...”, p. 138.

El perdón como tarea colectiva necesita de herramientas que vinculen intereses múltiples. El pasado todavía se interpreta a muchas voces y sus protagonistas difieren aún sobre cuáles son los crímenes –imperdonables o no- que hay que trabajar en este nuevo marco de reconciliación democrática. Además, agregaría Derrida, de que el perdón como acción colectiva no existe y sólo se compromete a pactos que satisfagan a las mayorías.

El *nosotros* al que apela la mentada reconciliación nacional es falso, o por lo menos tan frágil que desaparece con los primeros atisbos de discordia entre los ciudadanos que viven hoy en el país. Chile lleva ya más de una década sufriendo las palpitaciones repentinas de un pasado intempestivo.

Sobre ello reflexionará el siguiente apartado de investigación.

PASADO Y PRESENTE: CONVULSIONES Y RECONCILIACIÓN

El pasaje que hemos andado por las variadas expresiones de la reconciliación anotan, fundamentalmente, que el Estado ha sido el promotor y beneficiario central de este proyecto. No obstante, más allá de lo explorado está un trasfondo social que nos permite imaginar preguntas desde los márgenes del concertacionismo: ¿Qué pasa “abajo”? ¿Quién o desde dónde nacen los discursos que arrancan la memoria del pedestal mediático de la administración democrática postdictatorial? ¿Cuáles son las convulsiones históricas que desmitifican la reconciliación como protesta estatal eficiente?

Los siguientes son sucesos que, como diría Nelly Richard, “rompen la costra del presente y supuran la temporalidad herida”²⁰⁰. A raíz de su estudio, haremos un recuento histórico extractado que ilustre, digamos, los “hitos deslegitimantes” de la reconciliación chilena en democracia.

PINOCHET: “LA TRANSICIÓN BAJO ARRESTO”

Nelly Richard cuenta que, “cuando el paisaje de la transición parecía ya definitivamente saturado de previsibilidad y de rutinario conformismo, clausurado en sus horizontes de cambio por la medianía centrista que impuso sus criterios de

²⁰⁰ Nelly Richard, “Las mujeres en la calle (con motivo de la captura de Pinochet en Londres en 1988)”, EN: *Fracturas de la Memoria*, p. 157.

razonabilidad para sofocar las turbulencias de identidad y las rebeldías de sentido, el [arresto de] Pinochet disparó la sorpresa de una multiplicación de voces públicas que trataron de escaparse de las serializaciones del poder, de las definiciones hegemónicas y del ejercicio administrativo de la política.”²⁰¹

Y sí: es probable que la mayoría de los chilenos se acuerden del 16 de octubre de 1998. A la larga, sería un día casi tan significativo en el plano de la memoria como el 11 de septiembre de 1973 o el plebiscito del 5 de octubre de 1988 que terminó con la dictadura. Con el “accidente Pinochet”, el entonces senador vitalicio perdería finalmente el poder.



“La transición bajo arresto”, *La Tercera* Reportajes, Octubre 25, 1998: portada²⁰²

La detención del ex-dictador en una clínica en Londres fue un parte aguas en la historia chilena reciente y en la de la ley internacional de Derechos Humanos. “Descompaginó el libreto de la actualidad nacional”²⁰³, reinsertando la figura del ex-dictador en el panorama de debates diarios, espacios noticiarios y publicaciones periódicas que durante tantos años habían estado sometidas a la censura de la memoria histórica inaugurada en tiempos de dictadura. La aprehensión resultó una especie de crepúsculo del recuerdo para Chile, donde durante años se había repetido que Pinochet ya no era un personaje político significativo. La energía contestataria del

²⁰¹ *Ibidem*, p. 154.

²⁰² La imagen se toma de Brian Loveman y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política*, p. 228.

²⁰³ Nelly Richard, “Las mujeres en la calle...”, p. 155.

tema de los Derechos Humanos explotó y remeció la problemática de los recuerdos y sus omisiones. La reconciliación se encontró frente a un marco ineludible.

Las reacciones no se hicieron esperar. “Los líderes políticos [...] se unieron a la histeria pinochetista invocando ‘razones de Estado’ anacrónicas y nociones caducas de patriotismo y soberanía nacional”, dice el abogado chileno Roberto Garretón.²⁰⁴ El gobierno respondió confundido, mandando de inmediato un avión de la Fuerza Aérea a Inglaterra para traer de regreso al General.

Mientras estudiantes, exiliados, ex presos políticos o abogados de Derechos Humanos pedían la extradición a España, los dirigentes de la clase política chilena buscaban calmar las tensiones y declaraban que “había que dejar a Pinochet tranquilo”. John Biehl, Secretario General de la Presidencia, declaró el 17 de octubre que “a la edad que tiene el senador vitalicio [83 años], cualquier intervención quirúrgica es difícil y complicada. [...] En lo que a mí respecta, es un ciudadano chileno que se fue a operar afuera y que está pasando por un momento complicado. Yo respeto eso. Esto no tiene ninguna connotación política [...]”.²⁰⁵

Para la administración de Eduardo Frei Ruiz-Tagle, la detención supuso un suceso sin precedentes políticos y diplomáticos. La problemática de la transición, embodegada y aparentemente clausurada, había resurgido. Tras días de negociaciones aparatosas, las autoridades resolvieron asumir la defensa del senador “en nombre de la soberanía del país” y oponiéndose a la extraterritorialidad legal.

En los días que siguieron, Patricio Aylwin apoyó la posición de Frei, expresando que los jueces españoles vulneraban la soberanía de Chile. Lo secundó Raúl Rettig, ex presidente de la Comisión de Verdad y Reconciliación.²⁰⁶

El ambiente político en Chile se iba enardeciendo. Salieron las mujeres pinochetistas a marchar en las calles del barrio alto de la capital en defensa de su general. La CODEPU²⁰⁷ (agrupación de un número importante de abogados de Derechos Humanos) expresó su apoyo a las autoridades británicas y, junto con muchos otros organismos de defensa de los Derechos Humanos, rechazó los argumentos del gobierno chileno sobre la defensa de la soberanía y la supuesta

²⁰⁴ Roberto Garretón se especializa en derechos humanos y fue jefe del área jurídica de la Vicaría de la Solidaridad durante la dictadura. La cita se toma de Sebastián Brett, “The Pinochet Effect”, Universidad Diego Portales, Chile, 2008. Véase: <http://www.icsoc.cl/publicaciones/el-efecto-pinochet>. La traducción es mía.

²⁰⁵ John Biehl, EN: “Retenido Pinochet en Clínica de Londres”, *El Mercurio*, Octubre 17, 1998, C4.

²⁰⁶ Brian Loveman y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política*, pp. 230-232.

²⁰⁷ Siglas del Comité de Defensa de Derechos del Pueblo.

inmunidad diplomática de Pinochet, a quien muchos consideraban aún, y especialmente ahora, culpable de crímenes –inamnistiables e imprescriptibles- de lesa humanidad. “¡A boicotear los productos ingleses!”, gritaba la derecha por doquier. “Ni perdón ni olvido”, repetían las familias de los desaparecidos.

Y así pasaron las semanas. Se acercaban las elecciones presidenciales en medio de manifestaciones cada vez más explícitas de la división social, y Pinochet, desde Londres, volvía a insistir en que la unidad y reconciliación nacionales sólo se obtendrían mediante el olvido. En julio de 1999, declaró:

Yo he sido de las personas que más he tratado de ayudar a la reconciliación. Porque los países no viven del pasado, éste marca un rumbo y señala hechos que debemos procurar no repetir. [...] Actualmente, muchas personas en Chile han manifestado la necesidad de alcanzar un acuerdo para solucionar definitivamente los problemas pendientes de la transición, en especial los referidos a los Derechos Humanos. [...] Cuando uno estudia la Guerra Civil de 1891, que fue muy sangrienta y a la cual le sucedieron varias amnistías, se da cuenta que lo más importante para sanar las heridas fue el olvido. Esto yo se lo dije al entonces presidente Aylwin. Si todos los días se están reviviendo y recordando hechos dolorosos para todos los chilenos – porque aquí se sufrió de ambos lados- no vamos a superar nunca esta situación. La gente tiene que olvidar; es difícil, pero no imposible.²⁰⁸

El eco de sus opiniones se dejó ver en encuestas públicas, que reflejaban el interés de la sociedad chilena por “tapar el pozo” y volver a la paz. Los siguientes extractos de encuestas realizadas por el Centro de Estudios Públicos²⁰⁹ nos ayudarán a ilustrarlo:

SI SOMETER A JUICIO A AUGUSTO PINOCHET EN CHILE Y CONDENARLO DE RESULTAR CULPABLE, SIGNIFICA PONER EN PELIGRO LA PAZ Y DEMOCRACIA DE CHILE, ¿USTED CREE QUE SE DEBE SOMETER A JUICIO A AUGUSTO PINOCHET?

1. Sí. (34%)
2. No. (49%)
3. No sabe. (12%)
4. No contesta. (5%)

SI AUGUSTO PINOCHET VUELVE A CHILE, SOMETERLO A JUICIO Y CONDENARLO DE RESULTAR CULPABLE, TENDRÍA COMO PRINCIPAL EFECTO...

1. Generar un clima de polarización y confrontación en el país. (18%)
2. Dificultar el funcionamiento de la democracia en el país. (9%)
3. Poner en peligro la paz y democracia en el país. (19%)
4. Contribuir a lograr la reconciliación nacional. (16%)
5. Dejar definitivamente atrás el pasado para poder mirar hacia el futuro. (23%)

²⁰⁸ Carlos Schaerer J. y Cristián Pizarro, “Entrevista con el General Pinochet”, *El Mercurio de Valparaíso*, 18 de julio de 1999: A1.

²⁰⁹ Compilación armada en base a una encuesta realizada por el Centro de Estudios Públicos, entre abril y mayo de 1999. Santiago de Chile, Encuesta CEP. No. 37.
Véase: http://www.cepchile.cl/bannerscep/bdatos_encuestas_cep/base_datos.php

- 6. No sabe. (11%)
- 7. No contesta. (4%)

¿USTED CREE QUE CON ANTERIORIDAD A LA DETENCIÓN DE AUGUSTO PINOCHET EN INGLATERRA, CHILE ERA UN PAÍS MÁS RECONCILIADO QUE HOY O MENOS RECONCILIADO QUE HOY?

- 1. Más reconciliado que hoy. (44%)
- 2. Menos reconciliado que hoy. (20%)
- 3. Igual. (27%)
- 4. No sabe. (7%)
- 5. No contesta. (3%)

EN GENERAL, ¿USTED CREE QUE HA SIDO POSITIVO O NEGATIVO PARA EL PAÍS LA DETENCIÓN DE AUGUSTO PINOCHET EN INGLATERRA?

- 1. Positivo. (27%)
- 2. Negativo. (58%)
- 3. No sabe. (11%)
- 4. No contesta. (5%)

Sin importar el posible resultado de un proceso judicial en contra de Pinochet, la opinión pública mostraba, sobre todo, el deseo de que todo terminara: 46% de los entrevistados consideraron que un juicio atentaría contra la estabilidad democrática del país; 44% consideró que la reconciliación nacional se veía más cerca antes del arresto y 58% consideró la detención como una mala noticia para Chile.

La supralidad de la memoria incomodaba a la transición. O quizá, más que eso, la echaba abajo. El “accidente Pinochet”, efectivamente resuelto por los cánones de la diplomacia y el exitismo jurídico del Estado chileno, reavivó no mucho después, con el fallecimiento del general el 10 de diciembre de 2006²¹⁰.

“Muerte del General Pinochet revive divisiones en el país”, decía el periódico *La Tercera*.



Muerte del General Pinochet revive divisiones en el país”, *La Tercera*, 11 de diciembre de 2006.

²¹⁰ Vale la pena revisar un documental valioso sobre la muerte de Augusto Pinochet y su impacto en la historia de la reconciliación nacional: Bettina Perut e Iván Osnovikoff, *La Muerte de Pinochet*, Chile, © 2011.

La “nación de enemigos” existía aún. Al contrario de lo que se había repetido ceremonialmente desde el fin de la dictadura a principios de la década, la guerra civil no era ningún fantasma.

CONCLUSIONES

A partir de lo expuesto en este acápite de investigación, nos permitimos esbozar las siguientes deliberaciones:

1. Chile fue protagonista de un generalizado y profundo movimiento social en la década de los setenta; conmoción y fuerte politización que involucró a todos en la lucha por la conquista de espacios para la cristalización de mundos imaginados. Izquierda, derecha y centro se encontraron en un ajetreado camino por la victoria, sólo truncado con el violento golpe militar del 11 de septiembre de 1973.

2. El “*ser chileno*”, concepto construido de forma compleja y cuyo anclaje se remonta hasta el siglo XVIII (véase capítulo 1), quedó permanentemente fisurado a partir del *once*. Chile se volvió una “nación de enemigos”, cuyos pasos hacia la reconciliación y unidad nacional han estado empapados de logros importantes, pero también de tropiezos recurrentes.

3. El accidentado avance de los proyectos “reconciliatorios” es así: sincopado y difícil, porque el golpe destruyó varias de las pautas identitarias que “unían” a Chile hasta 1973. Entre ellas están la supuesta “matriz democrática” de las Fuerzas Armadas y la solidez institucional de la élite política, ultrajada de forma radical con el golpe de Estado.

4. El Estado amparó, luego del pronunciamiento militar, la violación sistemática de los Derechos Humanos en Chile y permitió la consagración permanente de crímenes de lesa humanidad. Se convirtió en una suerte de ojo panóptico que vigilaba, castigaba y condicionaba el comportamiento ciudadano de Chile durante 17 años. Burocratizó el régimen de exclusión y opresión con varios decretos de Ley y borró, ulteriormente, la mayor parte de las huellas históricas que pudieran ser usadas como prueba de sus actos.

5. “Salvar las brechas” es el nombre que hemos dado al ejercicio “reconciliatorio” de comprensión histórica, interpretativa y cultural de todos estos

daños. A nuestro juicio, la postdictadura debe consolidar cinco proyectos fundamentales en su pugna por re-unir a la sociedad chilena post guerra civil:

a) Restituir el valor ético de los juicios históricos: reconocer la deuda con las víctimas y la responsabilidad colectiva respecto a los daños infringidos a ellas a lo largo de la historia.

b) Repensar las categorías jurídicas que amparan el desenvolvimiento legal de las ideologías múltiples en el país. Pugnar por un campo constitucional legítimo, representativo de la soberanía popular y fiel al poder que debe ejercer la ciudadanía en un escenario democrático. Cuestionar la permanencia de los enclaves autoritarios actorales (revítese capítulo 1), como la figura del Senador Vitalicio.

c) Recuperar los sitios para procesar la muerte. Socializar los temas de la desaparición, la detención política y la tortura para afianzar los anhelos del “Nunca más”, al tiempo que se reestablecen los espacios de duelo y reflexión entorno a la muerte (cementeros, memoriales).

d) Trabajar colectivamente los vacíos de la desaparición política. En este sentido, Chile actual debe hacerse responsable por la pérdida de vidas amparada por la sociedad dictatorial; proponer un conjunto de medidas que atiendan la borratura histórica manifiesta en el acto mismo de la desaparición individual pero que, en el fondo, se refiere a la desaparición de la política misma, de la negación de los sueños propios y la cancelación de la praxis como motor para la edificación de un orden deseado²¹¹.

e) Pensar críticamente en los espacios de proyección política asignados a diferentes ideologías en el campo institucional. Hasta hoy, la Constitución permite la permanencia de los sectores más recalcitrantes y conservadores de la política nacional y su proyección privilegiada en los puntos de interacción política y toma de decisiones. No obstante, no ha dado pie a cambios legislativos sustanciales, buscados y deseados por la mayoría de la ciudadanía y los partidos políticos de centro-izquierda.

6. El tema de los Derechos Humanos en Chile sigue siendo uno de los motores de legitimación de los gobiernos postdictatoriales. Si bien el tema y su papel en la reconciliación nacional tiene su base principalmente en el periodo de la dictadura

²¹¹ La expresión es de Norbert Lechner, que define la política como “la nunca acabada construcción del orden deseado”. Puede verse, por ejemplo: *Los patios interiores de la democracia*, EN: *Obras completas, Vol. 1*, p. 474.

militar, y por eso no es tanto un tópico propio de la democracia como una herencia, un problema de arrastre que los gobiernos de la Concertación han intentado solucionar, late en las administraciones democráticas una responsabilidad propia en la pugna general de que nada de esto suceda en el futuro. El “Nunca más” depende no sólo de la capacidad de respuesta de Chile actual ante su pasado reciente (cuestión que denominamos, en otro momento, “identidad moral nacional”), sino de la generación de conciencia, solidaridad y responsabilidad ética en la actualidad. Si la educación individualista y extremo ensimismamiento del gobierno militar lograron el objetivo de separar al hombre de su convicción de lucha y del entendimiento de sus derechos, de lo que se haga con la educación en el Chile democrático dependerá, entonces, que nada de esto vuelva a ocurrir.

7. Las tentativas para la “formación” democrática de una sociedad distinta de su precedente autoritario giran en torno a diferentes ejes. Existen discursos, comisiones, informes, decretos legales y la creación de institutos, entre otros. En la mayoría de ellos, el Estado busca construir estatutos de verdad sobre el pasado reciente y decretos de acción para la lucha por la justicia: presente y futura. Empero, recurrentemente utiliza estos puentes éticos -entre el acto cometido y el modo de reparación sugerido- para instar a la sociedad al perdón colectivo. Éste es un error fundamental, porque el Estado olvida (en el mejor de los casos) que el perdón de la víctima frente a los actos de su victimario es una decisión personal, absolutamente desligada de los valores administrativos o “reparadores” de una comunidad.

8. Los tres ejemplos que hemos escogido aquí para dar fe de ello son la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, el decreto del “Día de la Unidad Nacional” y la llamada “Ley Aylwin”. En todos los casos, hemos visto cómo el Estado comienza por hacer honor al ideario de reconciliación que abanderan los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia y cómo desencadena, al momento de la instauración de una política institucional al respecto, reacciones variadas y de profundo cuestionamiento a la legitimidad de los proyectos mismos. Mientras, por un lado, los “ritos de Estado” refrendan el anhelo de “la vuelta a la página”, por el otro, la respuesta de las víctimas a las violaciones de Derechos Humanos a estas decisiones oficiales refleja el resquebrajamiento social que legó la guerra civil a la democracia post Pinochet.

9. La grieta entre las acciones encaminadas a la reconciliación nacional y el profundo rechazo generado por ellas en gran parte de la sociedad civil es muestra de

cómo, a pesar de las convocatorias institucionales al perdón y la unidad, éste no es un problema que se resuelva con medidas “desde arriba”. El golpe de Estado, dijimos ya, fue un golpe al lenguaje mismo; derogó los códigos con que la comunidad chilena comprendía su entorno; perforó el tejido social de un modo irreparable, incomprensible, aún no dimensionado. Pensar, como han hecho las administraciones concertacionistas –y en menos medida la Presidencia de Sebastián Piñera- que los problemas del pasado se resuelven con símbolos de clausura, “leyes de punto final” o cambios de sentido de los días de fiesta, es caer en las técnicas de blanqueamiento implementadas por la dictadura: negar el horror para hacer frente a su mera administración.

10. El proceso de reconciliación parte del supuesto de un abismo que hay que llenar para seguir adelante. Empero, no es tarea del *perdón* llenarlo. Quizá, más bien, la riqueza de perdonar radique en abrir cauce a una nueva paz, sin base en el olvido, sin amnistías, fusiones ni confusiones.²¹²

11. Las convulsiones del pasado, intermitencias de problemas no resueltos, secundan la hipótesis general de esta tesis, aludiendo a que “eso que se suprime en el discurso retorna como síntoma, pues ni el inconsciente ni las comunidades nacionales saben olvidar”²¹³. La memoria de los derrotados, sus exigencias en la sociedad postdictatorial y sus sueños respecto de la justicia reemergen siempre en el magma del consenso impuesto y ritual: irrumpen sintomáticamente como algo que, en verdad, nunca dejó de estar. Las opiniones enemigas lo hacen también. A esto nos hemos referido al abordar el tópico de las reacciones viscerales descubiertas con el arresto de Pinochet en Londres o su muerte a finales del año 2006. Ellas son muestra de la supralidad de la memoria, de la eterna presencia del desgarramiento, de la dolorosa permanencia de la división entre civiles, a tantos años de la guerra.

12. El pasado de Chile se trasluce constantemente. La elección de Sebastián Piñera como presidente del país para el período 2010-2014 ha puesto en evidencia muchas de las causas y consecuencias del grave conflicto social que resonó en la ciudadanía de las tres eras administrativas que toca esta investigación (UP, dictadura, democracia postdictatorial). Su gabinete ha sido hasta ahora tremendamente

²¹² Jacques Derrida, *On cosmopolitanism...*, p. 50.

²¹³ Néstor Braunstein, “El Psicoanálisis y la Memoria en las Sociedades Postdictatoriales”, Conferencia impartida en el marco del Seminario de Investigación Permanente “Ética y Política: El sur y otros contextos culturales”, Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Ciudad Universitaria, 16 de junio de 2011.

controversial²¹⁴; sus representantes en el exterior han dado mucho de qué hablar y los funcionarios dentro de Chile, digamos, no se han quedado atrás²¹⁵. En este sentido, cabe preguntarse por la viabilidad de los proyectos institucionales fallidos; recuperar quizá sus avances y democratizar –ciudadanizar- los problemas de la guerra civil que aún viven en la democracia postautoritaria. Vale decir: estas temáticas deben ser asumidas por la sociedad toda, como responsabilidad suya y no del Estado o las Fuerzas Armadas. El pasado demanda una interpretación hermenéutica, ética y colectiva de lo ocurrido en Chile, para debatir, entonces, la posibilidad del “Nunca Más”. Mientras el debate sobre la guerra civil siga fetichizándose, analizándose de modo parcial e interesado, es por demás evidente que la Historia puede repetirse. La derecha ha vuelto a La Moneda, incluyendo entre sus burócratas a militantes y abogados de la dictadura. De modo escalofriante, nadie dice nada. “De eso no se habla”, porque cuestionarlo, “evocar el sufrimiento propio, obligaría a preguntar por las causas, y es de eso otro de lo que es mejor callar.”²¹⁶

²¹⁴ Para muestra un botón: Piñera designó como director de Gendarmería a Iván Andrusco, quien fuera miembro activo de la DICOMCAR (Dirección de Comunicaciones de Carabineros de Chile) en 1985 y formara parte en el asesinato de tres profesores comunistas –conocido por muchos como el “caso degollados”, en una fase de álgida resistencia a la dictadura dentro de Chile-. Andrusco renunció escasos meses después de su nombramiento, cediendo a la presión social que exigía su salida del cargo.

²¹⁵ En abril de 2010, apareció en el periódico *El Mundo* de España una nota titulada “Piñera nombra a un pinochetista como embajador en Buenos Aires”. La nota explicaba que el nuevo embajador, Manuel Otero, fue un golpista en 1973 y participó en la expulsión de alumnos y profesores de la Universidad de Chile en casos en que se comprobó su filiación con la Unidad Popular. Cuando la nota fue reproducida por el periódico argentino *El Clarín*, Otero declaró ahí en entrevista: “*La mayor parte de Chile no sintió la dictadura. Al contrario, se sintió aliviada. Porque antes usted no podía comprar nada importado, tenía que pagar lo que se producía en Chile, caro y malo. De la noche a la mañana usted empezó a encontrar lo que no había. Ganó el pueblo. Entonces las calles se limpiaron, empezó a haber trabajo. La represión la conocimos mucho más tarde. Se juzga sin conocer la realidad de lo que vivió Chile*”. Días después, el embajador fue removido de su cargo. Puede verse: *The Clinic* en línea: <http://www.theclinic.cl/2010/06/07/miguel-otero-en-argentina-al-embajador-le-va-como-el-ajo/>

Por su parte, dentro de Chile la derecha tampoco ha dejado de hacer declaraciones fuertes contra sus opositores. En una acción igualmente controversial, un concejal de la Unión Demócrata Independiente (UDI) –el partido del presidente Piñera- declaró en la red social de *Twitter* que “a punta de balazos se debería sacar a la tropa de upelientos que aún hay en el gobierno regional [de Concepción]”. Como sabemos, “upelientos” fue el estigma con el que la derecha golpista marcó a quienes apoyaron a la Unidad Popular entre 1970 y 1973. Véase: *Red Diario Digital* en línea, http://www.diarioreddigital.cl/index.php?option=com_content&view=article&id=733%3Aigual-fascismo-concejal-de-la-udi-llama-a-sacar-a-balazos-a-upelientos-del-gobierno-regional-de-concepcion&catid=36%3AAnacional&Itemid=58

²¹⁶ Néstor Braunstein, “El Psicoanálisis...”, *Op. Cit.*

MÁRGENES Y POLÍTICAS DE LA MEMORIA

El tópico de la memoria se acompaña de tangentes que la significan e inciden en sus relaciones con el cuerpo social. Olvido, borramiento, amnesia, amnistía, memoria colectiva, memoria personal, testimonio, memorialización y políticas de reconciliación social son todos conceptos que dan márgenes a la memoria que se presenta en un horizonte particular. El estudio de la memoria, por tanto, está delineado por pautas complejas y a veces contradictorias. Más que prestarse a una aprehensión cognitiva lineal, deductiva, se acerca a juegos imaginativos comprensibles sólo a través de la dialéctica y la hermenéutica.

De ahí que, en las líneas que vienen, la memoria chilena se asome con disfraces variados. Los recuerdos aparecen aparejados con olvidos; anclados a proyectos de vida, planteamientos políticos o administrativos, o procesos de duelo tanto personales como compartidos. La memoria retrata, en múltiples niveles, las fisuras en el cuerpo social ocurridas antes, durante y después de la dictadura militar, acompañando el camino que hemos querido recorrer para ilustrar el rico campo de análisis de Chile actual.

Abocarse a la memoria como tópico de investigación e intervención en la vida conjunta de una sociedad requiere de un estudio en varios planos. Uno de ellos, por ejemplo, se finca en el recorrido académico por los estudios de la memoria, e incumbe a la filosofía política, la sociología, la psicología y la antropología. Otro se define por las luchas reivindicativas de los Derechos Humanos o la “memoria para el *Nunca Más*”; se expresa en planteamientos políticos que hilan memoria histórica o memoria colectiva con denuncias de injusticia social. Otro más es la “memoria desde los márgenes”, ubicada en las voces más *residuales* del pensamiento crítico chileno (el exilio, por ejemplo). Para analizar el cuadro de la memoria en Chile, comenzaremos por discernir pautas de carácter teórico-académico, para encauzar luego las reflexiones referidas a memorias particulares de/en la nación chilena.

Empecemos recordando lo que ha legado a los estudios de la memoria²¹⁷ el pasaje traumático de la Segunda Guerra Mundial y la discusión pública de las atrocidades del régimen Nazi²¹⁸. *Auschwitz* dejó tras de sí una serie de crímenes que nos obligaron como sociedad a vincular reflexiones éticas a la política. A partir del Holocausto, la palabra instruyó a la memoria como base de la praxis²¹⁹ -por ser ésta la herramienta más original para aprehender lo sucedido- y ésta, a su vez, pudo convertirse en el asiento para la [re]construcción ciudadana y nacional de las sociedades traumatizadas. Digamos: el Holocausto significó una ruptura histórica tan fuerte, tan universal, que llamó a pensadores de todo el mundo a procesar el pasado en pro del saneamiento social, sin el cual no habría posibilidad de un futuro humanista. La memoria adquirió el papel de motor de la *responsabilidad* colectiva²²⁰ y planteó como objetivo fundamental de la rememoración la edificación de un futuro deseado, un nuevo proyecto ilustrado²²¹ reconciliado con la historia.

En este marco, y en las décadas que han corrido desde entonces, muchos estudiosos han trabajado la idea de cómo los distintos actores sociales y políticos

²¹⁷ La escuela académica que atiende el interés por la memoria y sus usos en la historia contemporánea es amplia y creciente. Sólo en América Latina, existen valiosos análisis de estudiosos como Elizabeth Jelin (Argentina), Nelly Richard (Chile), Michael Lazzara (Chile/Estados Unidos), Eugenia Allier (México), Mario Amorós (Chile), Aldo Marchesi (Uruguay), Isabel Piper (Chile) o Rocío Trinidad (Perú).

²¹⁸ Según Elizabeth Jelin, es a partir de este momento que el tema de la memoria deviene un campo de análisis académico. A partir de ahí la memoria práctica estuvo acompañada por una reflexión filosófica en torno a la memoria. Los apuntes se toman de la conferencia: Elizabeth Jelin, “Historia y Memoria. Memorias de la represión en el Cono Sur”, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 3 de febrero de 2010.

²¹⁹ La palabra *praxis* puede entenderse aquí de dos maneras: la “práctica” que se opone a la teoría, ya sea interior (cuando se introyecta en el sujeto mismo) o exterior (cuando se traduce en el conjunto social). O, siguiendo al marxismo, como la unión de la teoría con la práctica. Esta definición vale para todas las apariciones de esta palabra en el capítulo que ahora inicia.

²²⁰ Estas ideas se trabajaron grupalmente a lo largo del seminario “Ética y Política: el hemisferio sur y otros contextos culturales”, radicado en el Programa de Estudios de Género de la UNAM, durante el año 2008. Aquí, la definición de *responsabilidad* se refiere a la “Ética de la Responsabilidad” de Emmanuel Lévinas, según la cual la conciencia de la Alteridad hace del Hombre un sujeto cívico; *responsable* porque se sabe fruto de sus relaciones sociales; irremplazable y producto de su historia. El pensamiento que surge a raíz de la ética (más que de la ontología) ve por los demás, y por los acontecimientos que los rodean, porque “desde el momento en que el Otro me mira, yo soy responsable de él sin ni siquiera tener que tomar responsabilidades en relación con él; su responsabilidad me incumbe. Es una responsabilidad que va más allá de lo que yo hago”. Puede verse, por ejemplo: Lévinas, Emmanuel, *Ética e infinito*. Madrid, A. Machado Libros, 2000, p.80.

²²¹ Alberto Sucasas, “Interpelación de la víctima y exigencia de justicia”, EN: Manuel Reyes Mate y José Ma. Mardones (Eds.), *La Ética ante las Víctimas*, p. 77.

elaboran o dan sentido a su pasado. En cualquier sociedad, el pasado sirve al presente y éste al futuro (al proyecto colectivo de sociedad/nación).

Maurice Halbwachs, filósofo y sociólogo francés, es uno de los teóricos más importantes del campo de la memoria y sus usos sociales. El término de “memoria colectiva” que él acuña subraya esencialmente el carácter social y compartido de los recuerdos, rompiendo con la tradición previa que entendía la memoria exclusivamente como una facultad individual. La suya es, en verdad, una tesis revolucionaria: la memoria individual de cada persona está entrelazada con su grupo de pertenencia, y en función de él se adapta a intereses grupales. Hay, en palabras de Halbwachs, “marcos sociales de la memoria” que nutren fundamentalmente a los contenidos y usos de las memorias particulares. La memoria tiene un carácter no sólo reconstructivo, sino presentista.

La función social de la memoria hace de cada recuerdo individual un espejo; un fractal del relato construido entre varios individuos que comparten aspiraciones e historias comunes. Cada punto de vista, cada focalización o experiencia particular, angulan la memoria y la distinguen de otras. El lugar que uno ocupa, además, depende de la interacción del individuo con su medio; del *quién* es en el colectivo, del *qué es* en su praxis social.

Este “carácter intersubjetivo de la memoria” en Halbwachs se complementa con la noción *culturalista* de Aleida y Jan Assmann. Ellos desarrollaron una terminología específica para el fenómeno del recuerdo, situando su atención en los medios y estructuras temporales e instituciones que organizan el carácter social de la memoria (el “entre” del recuerdo interpersonal). Lo que se recuerda y cómo se recuerda, escriben, está inexorablemente ligado a las posibilidades de registro del conocimiento, y de su recuperación y actualización.²²² Para que una memoria pase de lo individual a lo colectivo (y de lo colectivo -en un sentido comunicacional- a lo cultural –en su acepción de herencia o conocimiento transcendente-), el pasado debe socializarse organizada y ceremoniosamente: “fijación verdadera de los contenidos a través de la forja cultural”²²³. En este sentido, la memoria tiene un aspecto ritualista; legado y tradicional.

²²² Jan Assman, “Kollektives Gedächtnis und kulturelle Identität”, EN: Alejandro Baer, “La memoria social. Breve guía para perplejos”, EN: Alberto Sucasas y José Zamora, *Memoria-Política-Justicia. En diálogo con Reyes Mate*, Trotta, Madrid, 2010, p. 133.

²²³ Alejandro Baer, “La memoria social. Breve guía para perplejos”, p. 133.

Paul Ricoeur, por su parte, nos regala una reflexión profunda y enriquecedora sobre la relación dialéctica entre pasado y presente; entre los hechos y su narración. *La Memoria, La Historia, El Olvido* estudia la memoria individual y social, construyendo oposiciones entre Aristóteles, Locke, Husserl y Halwachs, entre otros. Ricoeur opone a la supuesta “fidelidad de la memoria” (meta de cualquier narrativa individual o colectiva sobre el pasado) la “intención de verdad” de la disciplina histórica, fundada en el tratamiento de documentos o “huellas del pasado”. La comparación se hace, finalmente, para impulsar una interrogante importante: ¿qué aporta la memoria –en todas y cualquiera de sus acepciones- a la escritura de la Historia? ¿Debemos reconocer socialmente que el relato memorístico tiene, en sí mismo, el poder de cuestionar la “representancia”²²⁴ de la historia (la “capacidad del discurso histórico para representar el pasado”²²⁵)? La memoria individual y colectiva tiene, para Ricoeur, cierto atisbo de sospecha; cobija los “errores de interferencia” que, digamos, se producen naturalmente debido a la brecha entre el suceso y su relato.

Sobre la compleja ilación entre memoria e historia ha pensado también Tzvetan Todorov, en su famoso texto *Los abusos de la Memoria*. Su reflexión se vuelca sobre una línea política, que acusa los peligros de un control minoritario sobre la memoria social. El abuso de la memoria, dice Todorov, es un principio de los regímenes totalitarios; “es patrimonio de los celosos de la gloria”²²⁶. Las tiranías sistematizan la apropiación de la memoria y, con ello, se adueñan de la Historia. Empero, la creencia -también totalizante- en el poder de la memoria (opuesta semánticamente al olvido) como arma contra las tiranías es engañosa: el “elogio incondicional de la memoria” trunca la conciencia colectiva ya no por la supresión de los recuerdos o su narrativa, sino por su sobreabundancia²²⁷. La memoria no es, por tanto, un objeto “a poseer”; no “se tiene” ni nace de una condena ritual del olvido. No se basa en la capacidad de almacenaje de la información histórica; parte de una comprensión de lo ocurrido y una crítica –jerarquizante- de los datos para su uso en el presente. “Conservar sin elegir no es una tarea de la memoria”²²⁸.

²²⁴ El término es de Roger Chartier. Véase: *El Presente del Pasado. Escritura de la Historia, historia de lo escrito*, UIA, México, primera edición, 2005, p. 76.

²²⁵ Paul Ricoeur, *La Historia, La Memoria, El Olvido*, Trotta, Madrid, 2003, p. 315.

²²⁶ *Ibidem*, p. 117.

²²⁷ Tzvetan Todorov, *Los abusos de la Memoria*, traducción de Miguel Salazar, Paidós, Barcelona, 2000, p. 15.

²²⁸ Tzvetan Todorov, *Op. Cit.*, p. 16.

El pensamiento de todos estos autores está atravesado por un nivel, decíamos, ético-político. Existe para todos un *deber ser* de la memoria; un vínculo claro entre la hermenéutica en la Historia, la praxis y la memoria individual y compartida. *Es necesaria la memoria*. En la mayoría de los textos a los que se ha hecho referencia, aparece también la responsabilidad ética del investigador: la ineludible crítica que debe hacerse a las fuentes del relato. Vale decir: se asoma la necesidad de una epistemología del conocimiento para enfrentar, distinguir y ordenar los aportes de la memoria colectiva, la memoria particular, la memoria histórica y, en la mayoría de los horizontes, la memoria viva de los supervivientes. Sólo así debe reconocerse, responsablemente, a la memoria como “matriz de la historia”²²⁹.

Ahora bien: ¿qué puente se tiende entre estos parámetros teóricos y la realidad de Chile contemporáneo? Existen múltiples planos de análisis para el tema de la memoria colectiva y su papel en la postdictadura chilena; desde los procesos personales de sobrevivientes -donde el testimonio y los silencios han sido centrales- hasta representaciones simbólicas y culturales, pasando por muchas prácticas institucionales (juicios, reparaciones económicas, monumentos, conmemoraciones oficiales, nuevas legislaciones, etc.). En todos los niveles late una imposición anhelada de *La Memoria*, una única narrativa del pasado.

Chile es un ejemplo de lo que ocurre en sociedades en que la represión busca cicatrizar los recuerdos: por parte de los actores oficiales, la memoria se encauza hacia intentos de “sutura” del pasado: “clausurar y dar vuelta a la página”. Pero mientras se escribe la historia oficial -la de los vencedores-, por doquier se articulan versiones alternativas de lo que ocurrió, cada una con sus propios olvidos y olvidados.

Hablar de la memoria en Chile supone acercarse a muchas memorias distintas. Hay que inmiscuirse en narrativas personales y relatos grupales. Analizar escamoteando; definiendo tanto lo que se evoca como lo que se ha olvidado. En las siguientes líneas rastreamos la emergencia de memorias/verdades oficiales y alternativas en el país, desde los años de la dictadura hasta la actualidad. Atenderemos la complejidad de impulsar memorias alternas hacia el dominio público y nos abocaremos a rescatar el testimonio como fuente documental para reconstruir historias de persecución, coacción, división social y luchas por el regreso y la consolidación de la democracia.

²²⁹ La idea es de Paul Ricoeur. Véase: *La Historia...*, p. 119.

Lo que sigue apunta a tres niveles distintos. En primer lugar, el plano de la subjetividad, donde lo traumático interviene de manera central en lo que el sujeto puede y no puede recordar, silenciar, olvidar o elaborar. En segundo lugar, el nivel institucional y político, en el que “las ‘cuentas con el pasado’ -en términos de responsabilidades, reconocimientos y justicia institucional- se ligan normalmente a urgencias éticas y demandas morales, pero también a urgencias prácticas y consideraciones estratégicas.”²³⁰ Y está como tercer punto el plano de lo simbólico: las representaciones y narraciones que se construyen sobre el pasado -así como los huecos y dificultades de representar lo “irrepresentable”-, que intentan darle sentido en relación con presente y futuro.

Como el plano de lo institucional lo abordamos con relativo detenimiento en el segundo capítulo, dedicaremos las siguientes páginas a trazar más enfáticamente referencias a la memoria subjetiva –personal- y la memoria simbólica -o *memorialización*- en Chile actual.

MEMORIA Y/EN CHILE

De la idea de la memoria como nutriente básico de la praxis social, sigue que en Chile la memoria funda un proyecto de país, porque en esencia elige los rasgos identitarios que norman el comportamiento social y esbozan el plan histórico que sustenta los avances durante el proceso democratizador. Es en función de la [re]creación nacional que la memoria adquiere la relevancia que ha llamado tanto la atención de académicos y políticos en todo el mundo. Lo cual, claro está, no es un fenómeno que se circunscriba a Chile.

A este respecto, por ejemplo, podemos citar el debate que sostuvieron Walter Benjamin y Max Horkheimer en su momento a propósito del contenido y alcances de la memoria.²³¹ Benjamin exponía que, a diferencia de las ciencias históricas, la memoria “puede abrir expedientes que las primeras dan por cerrados”. Puede mantener vivos derechos o reivindicaciones que para la ciencia han prescrito o están

²³⁰ Elizabeth Jelin, “La lucha por las memorias” EN: *Telar*, No. 2-3, Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional de Tucumán, Véase: http://www.filo.unt.edu.ar/centinti/iela/revista_telar/revistas/telar2-3.pdf

²³¹ La síntesis se la debemos a Manuel Reyes Mate. Véase: “En torno a una justicia anamnética”, EN: Manuel Reyes Mate y José Ma. Mardones (eds.), *La Ética ante las Víctimas*, pp. 115-120.

saldados. Horkheimer le replicó que sólo sobreviven al tiempo los derechos de los vencedores que suelen ser dominantes en el presente. Los de las víctimas, empero, decaen, ya que los muertos, muertos están. “La afirmación de que el pasado no está cancelado es idealista”, escribió. “La injusticia pasada ocurrió y se acabó. Los vencidos están definitivamente vencidos.”²³²

Dejando de lado por ahora los referentes históricos directos de esta discusión, queda claro que sus contenidos son tremendamente válidos para el tema que nos convoca en esta investigación. Evidentemente, ambos pensadores tienen consideraciones sobre la memoria que pueden ubicarse en el Chile contemporáneo. Ahí, una vez abierto el escenario de la transición a la democracia, las memorias adquirieron dimensiones tanto combativas como legitimadoras del status quo. Las voces hasta entonces oficialmente censuradas se opusieron a las del autoritarismo, en una disputa por *La Memoria* que se heredaría al país en [re]construcción.

Tras la elección de Patricio Aylwin, Chile entró en una etapa de reconciliación de opuestos. La diversidad de actores “incluyó una presencia fuerte y visible del movimiento de Derechos Humanos como actor político y como gestor de memoria, un papel protagónico de los actores autoritarios –los militares y la derecha- y un papel a menudo ambiguo de los partidos políticos tradicionales.”²³³ La transición a la democracia fijó la mirada en el futuro y recurrió a la figura conceptual del libro (“dar vuelta a la página”) para retener “la metáfora del volumen histórico en el que se depositan sentidos ordenados para consultas futuras.”²³⁴

Si se hiciese una compilación lineal de la *discursividad de la memoria* en el Chile postdictatorial, habría que apuntar como primera coordenada el uso de la memoria cautiva: oficial, documentada y final. Memoria que *sirve*. Más allá de lo que *es, funciona*. Aporta a la identidad de una democracia que desde sus inicios buscó separarse de tajo del pasado autoritario contra el cual había luchado en el proceso transicional de la década de los ochenta. Sustenta su legitimidad en la medida en que ataca, por lo menos en el ámbito oficial de “la verdad y la reconciliación”, todo cabo que ligue lo nuevo con lo viejo.²³⁵

²³² *Ibidem*, pp. 115-116.

²³³ Elizabeth Jelin, “Las luchas por las memorias”.

²³⁴ Nelly Richard, “Roturas, enlaces y discontinuidades”, EN: *Fracturas de la Memoria*, Siglo XXI, Argentina, 2007, p.128.

²³⁵ Vale revisar los apuntes que se hicieron al respecto en el capítulo dos, particularmente en: “Reconciliación Nacional: Proyectos de Estado”.

En este sentido, conviene tener presentes los problemas que advierte Paul Ricoeur cuando aborda la edificación de la memoria como criterio de identidad²³⁶: ésta nace frágil porque no es en sí un sujeto de reflexión; es un objeto usufructuado por otros. El pasado al servicio de una identidad construida –impuesta- desplaza el conflicto de un punto a otro: de la fragilidad de la memoria a la fragilidad de la identidad.

Los recuerdos nos sitúan en una evolución histórica, nos dan continuidad en el tiempo y, con ello, hacen de la memoria una herramienta básica para la creación de la identidad personal y colectiva. Al respecto, Ricoeur escribió que “la relación con el tiempo constituye una dificultad en virtud del carácter equívoco de la noción misma, implícita en la de lo idéntico. Porque en efecto, ¿qué significa permanecer el mismo a través del tiempo?”²³⁷ ¿A qué nos referimos cuando relacionamos memoria con identidad? En definitiva, no a parámetros del *Yo* basados en “ser el mismo” en su sentido de *idem*, *same*, *gleich*; más bien a los que rescatan “el mismo” en el sentido de *ipse*, *self*, *Selbst*.²³⁸ La memoria nutre la experiencia porque permite el aprendizaje; abre cauces al crecimiento –particular o social- y, más aún, evita que el *Yo* reproduzca patrones que hubieran parecido óptimos en un escenario sin pasado conciente. [Re]pasar por el corazón –*re-cordar* lo acaecido-; rescatar al *Yo Mismo* de los errores latentes de una vida sin memoria, de un *Idem* permanente.

En Chile, el juego equívoco que enarbola la manipulación de la memoria ha vuelto confusos los límites entre mismidad e ipseidad²³⁹. La memoria oficialista impuesta desde las agendas administrativas busca desesperadamente satisfacer tentaciones identitarias (del gobierno, del sistema democrático, de los personajes políticos sentados en la cabecera; en fin). Pero el “desatino identitario” –diría Jacques Le Goff²⁴⁰- de buscar rellenar las fracturas mediante una memoria hegemónica, conciliatoria, que repliega la identidad *ipse* ante la identidad *idem*, aniquila el derecho a la diferencia: renuncia a cualquier discurso que se oponga a la voluntad absoluta de

²³⁶ “El centro del problema es la movilización de la memoria al servicio de la búsqueda, del requerimiento, de la reivindicación de identidad.” Paul Ricoeur, *La Memoria...*, p. 111.

²³⁷ *Ibidem*.

²³⁸ *Ibidem*.

²³⁹ Como vimos, Le Goff trata el tema de la ipseidad como la práctica que permite permanecer el mismo a través del tiempo (*Idem*, *same*, *gleich*). En este caso, la *mismidad* no es equivalente a la *ipseidad*, en tanto la mismidad soporta una identidad propia que, con el paso del tiempo, se nutre de cambios y asimilaciones que no modifican su esencia. La *ipseidad* busca la estaticidad de las características propias; la mismidad sólo la continuidad de la esencia.

²⁴⁰ Jacques Le Goff, *Histoire et Mémoire*, EN: Paul Ricoeur, *La Memoria...*, p. 113.

un Estado y anula, finalmente, cualquier participación de la ciudadanía en la producción de la memoria colectiva.

El resultado es una memoria trunca, superficial, que sostiene frágilmente una identidad basada en la anulación de lo alterno. Ricoeur diría quizá que, en casos como el chileno, las humillaciones y los atentados contra la estima conquistaron para la intolerancia el campo de lo social²⁴¹: la confianza se trocó por traiciones soterradas y la violencia fundacional del Golpe de Estado se filtró al cuerpo social como una incapacidad total de conceder al otro el derecho a hablar o recordar con el ancla en sus vivencias personales.

Esta suerte de monopolio de la palabra, o de jerarquía impuesta a su uso, circula en múltiples niveles. En las organizaciones civiles –segunda coordinada operativa de la memoria en Chile- ocurre también. Gloria Elgueta, directora del Colectivo memorial *Londres 38*, lo describió así hace algunos meses: “Se da una especie de ‘legitimidad’. Si tú no eres víctima, o familiar, o no fuiste militante, casi no tienes derecho a hablar. Operan ciertas jerarquías, y eso es un problema. No es la intención, pero sucede. Finalmente, cuando los espacios se constituyen es como si algunos tuvieran más derecho a decir y a decidir lo que se hace. Y bueno, un espacio con esas características nunca es deseable como espacio de participación. Estar pensando: ‘tengo que demostrar mi legitimidad para opinar’ es de lo menos democrático que hay.”²⁴²

Así ha venido sucediendo desde hace veinte años. La memoria se asentó en un libro al que, una vez “pasada la página”, pocos han vuelto a sacar del estante. Y no es que en Chile no haya habido momentos de reflexión que se preguntan justamente por los orígenes y repercusiones de tremendo *texto*; más bien pasa que los que se lo preguntan son casi siempre los mismos. Los forasteros, diría Simmel; los contados “resentidos” que no ven reflejada en el tejido discursivo de la Historia oficial su experiencia personal.²⁴³

En este sentido, y siguiendo a Gloria Elgueta, el testimonio –o la memoria personal- juega un papel relevante en la dilucidación de una memoria social más

²⁴¹ “Son sin duda las humillaciones, los atentados reales o imaginarios contra la estima de sí, bajo los golpes de la alteridad mal tolerada, los que hacen cambiar radicalmente de la acogida al rechazo, a la exclusión, la relación que el mismo mantiene con el otro.” Véase: Paul Ricoeur, *La Memoria...*, p. 112.

²⁴² Mariana Rodríguez Aguilera, “Conversación con Gloria Elgueta”. Véase entrevista anexa.

²⁴³ La idea del resentimiento como una herramienta contra el olvido la expone Manuel Reyes Mate EN: “En torno a una justicia anamnética”, EN: Manuel Reyes Mate y José Ma. Mardones, *La Ética ante las víctimas*.

democrática u horizontal. El reconocimiento del derecho de todo ciudadano a la toma de la palabra repercute en la generalización de un sentimiento democrático: todos tenemos memoria y, por ende, todos hacemos la Historia. Entonces, no sólo debe validarse el testimonio como fuente de información, sino que éste amerita –necesita– compararse, convivir y armonizarse en el marco colectivo de memorias no necesariamente *traumadas*, “menos personales”, pero igualmente válidas para la creación de una memoria democrática. Así, a la narrativa testimonial le corresponde dialogar con relatos históricos, “comprobados” mediante el análisis crítico de las “huellas del pasado”²⁴⁴ y con memorias que circulan en una suerte de inconciente colectivo (relatos compartidos, comunes, asumidos por la mayoría de la población). Sólo así se logra una comparación efectiva y verdaderamente compartida, de la Historia conocida, que lleve a una memoria social legítima y “reconciliada”.

La democracia que se filtra en los niveles del discurso memorístico tiene que ver, en el fondo, con el problema de la representación ciudadana. ¿Qué tan válido es el relato que aporta cada individuo para su inclusión en “la memoria colectiva”? ¿Cómo se escogen las memorias “a compartir”? ¿Cuál es la relación entre olvido, memoria y representación social? En los siguientes párrafos, dibujaremos algunas líneas generales para la comprensión de esta materia.

OLVIDO, MEMORIA Y REPRESENTACIÓN

La ilación que podemos construir entre olvido, memoria y representación explica en sí misma la lógica operativa de la justicia y la ciudadanía en las sociedades post-conflicto. La relación que se entabla entre estos conceptos sostiene y exhibe la esencia idiosincrática de un pueblo para con los temas de justicia y Derechos Humanos, de conservación del pasado y/o su uso para la construcción de presente y futuro.

Manuel Reyes Mate, filósofo español, lo describe así: “Sin memoria no hay justicia porque el olvido ataca; destruye o disuelve la verdad y la existencia de la injusticia. [...] Según el concepto judío de memoria, la memoria es ante todo un asunto hermenéutico, pues consiste en ver en lo hasta ahora considerado in-

²⁴⁴ Véase referencia anterior. Paul Ricoeur, *La Memoria, La Historia, El Olvido*.

significante algo altamente significativo. [...] Sin memoria las injusticias pasadas dejan de ser injusticias y dejan de existir.”²⁴⁵

En este sentido, la ilación memoria-justicia se construye considerando las implicaciones del olvido; dilucidando formas de representación e inserción de las experiencias particulares a escala colectiva. La voz, la socialización de la memoria y la proyección de la ciudadanía están intercaladas en esta lógica: el recuerdo para la proyección de la historia en sociedad-la historia para el reconocimiento identitario-la identidad para el proyecto de nación. Todas están conectadas y ameritan, entonces, una explicación pausada. Reflexionemos entonces sobre lo siguiente:

EL OLVIDO

El tópico del olvido designa, junto con el del perdón, el horizonte de toda nuestra investigación. Delinea los planteamientos sobre la justicia, la reconciliación y atraviesa también, en definitiva, el asunto central de la memoria. En los tres capítulos de esta tesis, olvido y perdón han llevado la pauta de forma separada y conjunta. Separadamente, porque cada uno deriva de una problemática distinta: para el olvido, la de la memoria y de la fidelidad al pasado; para el perdón, la de la culpabilidad y la reconciliación con el pasado.²⁴⁶ Y conjuntamente, también, en cuanto que sus itinerarios respectivos se entrecruzan en el problemático ambiente de la memoria, el duelo y la praxis.

Cabe detenernos en este tema particular porque, como hemos venido revisando, la tarea de la reconstrucción democrática tiene varias dimensiones que incumben al olvido. En el primer capítulo vimos cómo el aparato dictatorial pinochetista supo filtrar ideológicamente los engranajes del sistema democratizador durante la transición: la imposición del desafecto como política anti-memorial está reflejada –entre otros sitios- en la Constitución y los proyectos educativos. Por su parte, el segundo apartado de la investigación añadió al escenario la compleja discursividad de la reconciliación nacional, amparada tanto en el perdón como en el olvido. Nos detuvimos en ejemplos precisos que ilustraron cuán complicada es la relación memoria-perdón-olvido y, más aún, cuán trabajoso resulta proyectarla a

²⁴⁵ Reyes Mate, “¿Existe una responsabilidad histórica?”, EN: Francisco Abad Nebot: “Las palabras de un filósofo. Ilustración léxica de los vocablos castellanos ‘justicia’, ‘injusticia’, ‘memoria’, ‘amnesia’, ‘responsabilidad’ y ‘olvido’”, EN: Alberto Sucasas y José A. Zamora, *Memoria-Política-Justicia. En diálogo con Reyes Mate*, p. 75.

²⁴⁶ Paul Ricoeur, *La Historia...*, p. 539.

niveles colectivos. Ahora, en este tercer y último capítulo, sirve que retomemos todo ello y continuemos con la siguientes interrogantes: ¿cómo entender el olvido en Chile actual? ¿Qué relación tiene con la “crisis de la política” descrita por Tomás Moulián²⁴⁷? ¿Cómo pueden observarse los vínculos entre memoria –particular y compartida- y olvido en el país?

De todo esto habría que decir, primeramente, que el olvido está intrínseco en cualquiera de las historias que nos encontremos sobre el pasado: oficiales, personales, privadas o grupales. La percepción que se tiene del olvido como un atentado a la fiabilidad de la memoria es demasiado cómoda. Olvido no es sinónimo de golpe o debilidad. O, por lo menos, no lo es por definición.²⁴⁸ Consecuentemente, los vocablos a contrastar no son memoria-olvido; son supresión-conservación. La memoria es, en esencia, fruto de la interacción entre ambos²⁴⁹.

El pasado nos es accesible sólo en tanto transita por relatos mediadores entre el fenómeno ocurrido y el tiempo presente. Es esta función intercesora del relato uno de los lazos que vinculan invariablemente la memoria con sus olvidos: para contar algo, por fuerza se omite otra cosa. La idea del relato exhaustivo, como la de la memoria “absoluta” o “completa”, es performativamente imposible.

En casos como el chileno, el olvido puede presentarse en niveles distintos del cuerpo social, que tienen también diferentes consecuencias en el marco reconstructivo del proyecto democrático postdictatorial. Paul Ricoeur marca tres: el olvido en su relación con la memoria impedida –personal, traumática-; el olvido en la memoria manipulada –los *abusos* de la memoria trabajados por Todorov- y el olvido en la memoria “justicialista” –impuesto: la amnistía-²⁵⁰. A manera de breviarío, se propone el bosquejo de la relación olvido-memoria en cada una de estas acepciones.

Comencemos por la memoria personal. El trauma, trabajado tanto por Ricoeur como por Dominick LaCapra²⁵¹, representa para la memoria una suerte de placebo: aporta *reminiscencias* de lo acontecido no siempre fieles a datos fácticos o “reales”. “El trauma permanece incluso cuando es inaccesible. En su lugar, surgen fenómenos de sustitución, síntomas que enmascaran el retorno de lo inhibido bajo formas

²⁴⁷ Véase: Tomás Moulián, “La crisis de la política”, EN: *Chile actual, anatomía de un mito*, LOM, Santiago, Tercera edición, 2002.

²⁴⁸ Paul Ricoeur. Véase: *La Memoria...*, pp. 539-591.

²⁴⁹ Tzvetan Todorov, *Op. Cit.*, p. 14.

²⁵⁰ Paul Ricoeur, *La Memoria...*, pp. 576-591.

²⁵¹ Dominick LaCapra, *Historia y Memoria después de Auschwitz*, traducción de Marcos Mayer, Prometeo, Buenos Aires, 2009.

diversas ofrecidas al desciframiento realizado [...] por el paciente”²⁵², dice Ricoeur. O, en palabras de LaCapra: “Lo que se niega o se reprime en el *lapsus* de la memoria no desaparece; regresa de un modo transformado, a veces desfigurado o disfrazado.”²⁵³ El esclarecimiento de estos “errores” de la memoria, dice Ricoeur, depende de una tarea minuciosa, ligada a la disciplina histórica: Sólo ella, y más precisamente la historia de la memoria, es capaz de explicar y esclarecer los borramientos inconcientes de la memoria individual²⁵⁴.

Pasando a la escala colectiva, digamos que los usos y abusos de la memoria se aparejan siempre de usos y abusos de olvido. La manipulación de la memoria, principalmente por vía ideológica, consiste en explotar la cualidad “selectiva” del relato y armar, a conciencia, una narrativa parcial que genere memorias manipuladas. La unión de proyectos totalitarios con la edición de la memoria se consagra cuando el derecho natural de un individuo de seleccionar información y construir su propio relato es usufructuado –robado- por elites poderosas que resaltan ciertos elementos de la historia a conveniencia de la minoría. “Ninguna institución superior, dentro del Estado,” escribe Todorov, “debería poder decir: usted no tiene derecho a buscar por sí mismo la verdad de los hechos; aquellos que no acepten la versión oficial del pasado serán castigados.”²⁵⁵

El olvido impuesto, por último, tiene una relación muy cercana con el perdón. Se franquea la frontera entre ambos en la medida en que el aparato judicial impone -o retira- una pena que “mide” los límites del relato a recordar y dispone de los medios para castigar las culpas generadas por la memoria de un suceso particular. Aquí también es una minoría en el poder quien decide la aplicación de la amnistía, el otorgamiento del perdón por la vía de las instituciones de representación social. Más aún, dice Ricoeur, “la amnistía alcanza las raíces mismas de lo político. [...] La proximidad más que fonética –incluso semántica- entre amnistía y amnesia señala la existencia de un pacto secreto con la negación de la memoria.”²⁵⁶ El olvido impuesto, finalmente, agranda la distancia entre memoria y verdad: simula la justicia mediante el blanqueamiento (la prescripción) del crimen.

²⁵² Paul Ricoeur, *La Memoria...*, p. 578.

²⁵³ Dominick LaCapra., *Op. Cit.*, p. 23.

²⁵⁴ Véase: Ricoeur, *La Memoria...*, p. 581.

²⁵⁵ Tzvetan Todorov, *Op. Cit.*, p. 16.

²⁵⁶ Paul Ricoeur, *La Memoria...*, p. 588.

Siguiendo con la idea de *lo político*, de cómo la memoria se filtra en las raíces mismas del sistema de representación y “construcción del orden deseado”²⁵⁷, sirve atender ahora algunos de los vínculos que unen a la memoria con la promoción y el ejercicio de la ciudadanía.

MEMORIA Y CIUDADANÍA

Partamos de una idea que nos han facilitado las teorías del Derecho y la filosofía política: como ciudadanos, los sujetos se forman en el derecho de participación autónoma y responsable en la vida del país. Actúan *libremente* para la construcción de un ideal nacional. Cuando el proyecto cambia, la ciudadanía se vuelve el motor de su elaboración desde la etapa embrionaria hasta su culminación. Así, en Chile se construye –y se ha construido desde el regreso de la democracia- una nueva ciudadanía, tejida con valores sociales que codifican el comportamiento político de los habitantes y los vinculan con un futuro utópico. En términos muy sencillos, la ciudadanía adquiere entonces dos categorías: la estadista u oficial y la ciudadanía subyugada o postergada; pospuesta²⁵⁸.

La necesidad de abordar el tema de la ciudadanía como agente que condiciona la memoria surge, por tanto, de esta dicotomía. Mientras una es la vía asequible al ciudadano para canalizar sus inquietudes y proyectos ante y para el aparato de Estado (el camino cobijado, promovido por el gobierno de la Concertación y sus múltiples brazos para la reconstrucción y reconciliación), otra completamente distinta es la que supone la ciudadanía *abyecta*²⁵⁹, sumergida en un clandestinaje que milita por la construcción de un Chile de memorias populares, disidentes y nunca oficiales. Ambas visiones confluyen en la promoción de políticas públicas y lazos con la memoria – las dos reconocen a la memoria como plataforma de desarrollo y actualización constante de los ideales ciudadanos.

La nueva ciudadanía del Chile postautoritario admite -en directa oposición a la ciudadanía de la dictadura- que tanto la sociedad como el Estado esperan que cada

²⁵⁷ La frase se toma de Norbert Lechner. *Las sombras del mañana*, EN: Lechner, *Obras escogidas*, LOM, primera edición, 2006, p. 474.

²⁵⁸ La idea de las ciudadanías abyectas –pospuestas o subyugadas- se trabaja en un texto de Ileana Rodríguez titulado “Intervención de la memoria cultural y testimonial en la res pública”, EN: Ileana Rodríguez y Mónica Szurmuk (eds.), *Memoria y Ciudadanía*, Cuarto Propio, Chile, 2008. En este texto, la autora hace un análisis de la responsabilidad ética de atender la memoria testimonial en Colombia como tarea terapéutica en la dimensión colectiva. A su aportación debemos varias reflexiones que aparecen en esta investigación.

²⁵⁹ *Ibidem*.

persona se reconozca como un sujeto de derechos y que se perciba con capacidad de participar e influir en las decisiones políticas y en la gestión pública. También se espera que los individuos ejerzan sus libertades de expresión y asociación, de manera que contribuyan a robustecer la asociatividad democrática y la opinión pública de la sociedad. Pero, como sostiene Alejandro Monsiváis, las expectativas sustantivas de los derechos de ciudadanía exigen todavía más: un verdadero respeto a los Derechos Humanos y a las garantías individuales, por un lado; y por el otro, un conjunto de condiciones que permitan que cada persona cuente con un mínimo de bienestar social, de manera que las desigualdades económicas no se traduzcan en desigualdades políticas.²⁶⁰

En efecto, Chile actual ofrece pautas jurídicas que prometen a sus ciudadanos todos estos derechos, comenzando por la Constitución. Los Derechos Civiles, amenazados sistemáticamente durante el régimen militar, han recuperado fuerza y los Derechos Humanos son un tema de debate social abierto. Sin embargo, es evidente que mucho del engranaje operativo de la legalidad en Chile es eufemístico, además de que actúa en complicidad con la lógica neoliberal que privilegia a las minorías. La gente se siente desamparada; no cree en la política ni en la representatividad (como dijimos en el primer capítulo) y se refugia en una rutina de consumo exitista que no hace más que exacerbar las diferencias entre los que tienen dinero y los que no. La carta de ciudadanía de los pobres, diría Tomás Moulián, es la tarjeta de crédito.²⁶¹

Sucede, en realidad, que la voluntad de pertenencia que reproducen las marcas de moda y la rutina de adquisición de bienes materiales niega, sobre todo, el derecho ciudadano a ser diferente. El *ser* chileno se impone como un producto a ser consumido por todos. Pero, ¿cómo pensar en el “ser chileno” desde la doble ilación de la homogenización consumista y la arrolladora intolerancia a la diversidad -mucho más profunda que lo que marca el anhelo exacerbado del *tener*-?

En apariencia el problema es sencillo: el inmediatismo reemplaza pasado y futuro. La satisfacción del presente obnubila el poder de la memoria (retrospectiva) o la crítica cultural (proyectiva). La gente busca satisfacción instantánea: una gratificación identitaria capaz de hacerles olvidar el vacío que la ciudadanía apolítica (o crisis política) ha dejado en su capacidad de ser felices. Borra con ello también

²⁶⁰ Véase: Alejandro Monsiváis, “La ciudadanía a debate: memoria, no-dominación y esfera pública”, EN: Ileana Rodríguez y Mónica Szurmuk (eds.), *Memoria y Ciudadanía*, pp. 39-64.

²⁶¹ La idea se trabaja en “La masificación de consumo”. Véase: Tomás Moulián, *Chile actual: anatomía de un mito*, LOM, Chile, 1997, pp. 100-103.

cualquier prueba de que, alguna vez, las cosas no fueron como son ahora; incentiva la negación de lo incómodo y, por tanto, borra todo lo que es diferente. La ciudadanía en Chile -Constitución y memoria reconciliatoria de por medio- se ha convertido en un discurso ensimismado que escamotea la problemática esencial del olvido colectivo.

La problemática de fondo, mucho más compleja, radica en la voluntad del ciudadano promedio de reproducir este patrón de “inclusión social”. ¿Cómo se sostiene “la imposición de la media”? Desde el inicio de los gobiernos democráticos, ha sido arrolladora la imposición de un canon establecido. Las encuestas de opinión ciudadana reflejaron siempre una compulsión al promedio o, digamos, un terror al pronunciamiento explícito del disenso, los miedos y las críticas. El primer Estudio Social y de Opinión Pública del Centro de Estudios Públicos en Santiago (agosto de 1992), arrojó, por ejemplo, los siguientes datos:

A la pregunta “Considerando todos los aspectos de su vida, ¿cuán satisfecho o insatisfecho se encuentra Ud. actualmente?”, casi el 30% de los encuestados respondió “indiferente”. A la pregunta de “¿cómo calificaría Ud. la actual situación económica del país?”, la mayoría contestó “Ni buena ni mala”. A “¿Cómo calificaría Ud. su actual situación económica en comparación con la que tenía hace un año?” y “¿cómo cree que será su situación económica en un año más?”, casi la mitad de los encuestados contestaron “igual”. Finalmente, a la interrogante “Usted ¿aprueba o desaprueba la forma como está conduciendo Patricio Aylwin el gobierno?”, el 48% de las personas respondieron “Ni aprueba ni desaprueba”²⁶².

Esto, dice Norbert Lechner, se llama “el miedo a la exclusión”²⁶³. En efecto, “la modernización del país [...] agilizó el funcionamiento de diversos sistemas. Sin embargo, la gente desconfía. No confía en lograr una educación y capacitación adecuada. Incluso quienes tienen empleo temen quedar excluidos de un mercado laboral muy dinámico y competitivo. [...] Excluidos del consumo de bienes y servicios de una sociedad donde prestigio social y autoestima se encuentran muy vinculados al estilo de vida. En suma, las personas temen quedar excluidas del futuro.”²⁶⁴

²⁶² Centro de Estudios Públicos, *Estudio Social y de Opinión Pública, Agosto 1992*, documento de trabajo No. 186. El texto se encuentra en línea: http://www.cepchile.cl/dms/lang_1/doc_2929.html

²⁶³ Norbert Lechner, “Nuestros Miedos”, EN: Lechner, *Obras escogidas*, v. 1, LOM, Chile, 2006, pp. 513-517.

²⁶⁴ *Ibidem*, p. 513.

El consenso, ritualizado hasta el hastío²⁶⁵, también impide el ejercicio real de la ciudadanía. El miedo, paralizante y totalizador, lleva a memorias deficientes en su compromiso político de democratización. Reproduce, en el fondo, la memoria manipulada impuesta desde el orden dictatorial (véase capítulo 1) y multiplica la desconfianza de la gente en la política como medio para materializar sus sueños en sociedad. La ciudadanía del consumo²⁶⁶ quiebra el horizonte de la praxis y convierte a la memoria en un recurso caduco, sin funciones concretas en la vida cotidiana.

Siguiendo con esta idea, será útil revisar algunos de los mecanismos en que la memoria –vía organizaciones civiles y gubernamentales- encuentra canales de proyección para, no obstante la violenta rutina *desmemoriada* y productivista, hacer del presente un espacio de convivencia con el pasado. Atendamos, pues, el tema de la memorialización. Como hemos hecho hasta ahora, pasaremos de apuntes generales a consideraciones particulares para el escenario chileno.

MEMORIA Y MEMORIALIZACIÓN

La relación entre memorialización y memoria se finca en el carácter social del recuerdo –trabajado por Maurice Halbwachs- y los escritos de Aleida y Jan Assman sobre el carácter preformativo o “ritualista” de la memoria que se inserta en la cultura socialmente reproducida. La idea que sostiene la creación de memoriales, o sitios de memoria, es que “no hay memoria que no sea social”²⁶⁷: cada “yo” está conectado a un “nosotros” y el recuerdo se matiza mediante la interlocución con los grupos de pertenencia. En otras palabras, los individuos recuerdan en un marco grupal específico, que da sentido al pasado y lo acoge en función del presente. “El pasado se

²⁶⁵ “La ritualización del consenso” es una frase de Nelly Richard. Ver: *Políticas y Estéticas de la Memoria*, Cuarto Propio, Chile, 2000, p. 9.

²⁶⁶ Esta idea se toma, principalmente, de dos autores chilenos. Tomás Moulián escribe “Se da una forma particular de ciudadanía. ¿Cuál? La del placer y el sacrificio del consumo”. Revítese: Tomás Moulián, *Chile actual...*, p. 100. Juan Carlos Gómez Leyton, por su parte, anota que “Frente al ‘ciudadano pobre’ políticamente, el neoliberalismo ha construido los ‘ciudadanos ricos’ mercantilmente hablando. [...] La ciudadanía, por tanto, no se realiza en el acto de la participación política o cívica, [...] sino en el acto de consumir. Se es ciudadano en la medida en que se participa en el mercado.” Juan Carlos Gómez Leyton, “Política y ciudadanía en una sociedad neoliberal avanzada. Chile 1990-2007”, EN: Cuadernos del CENDES, Año 25, no. 67, 2008, pp. 71-72.

²⁶⁷ Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, EN: Alejandro Baer, *Op. Cit.*, p. 132.

actualiza desde el presente y en éste encuentra sus principios de selección, descripción e interpretación”²⁶⁸.

Los memoriales se edifican para dar cauce a la historia de un grupo social; volcar el pasado hacia el futuro mediante el conocimiento y la discusión de su injerencia en el presente. Pierre Nora describió la funcionalidad de los *lugares de la memoria*²⁶⁹ como un espacio –físico y simbólico- donde los recuerdos cobran dimensiones distintas y devienen un refuerzo identitario para un grupo social.

En décadas recientes, los memoriales públicos, eventos conmemorativos o los llamados “sitios de conciencia”²⁷⁰ se han convertido en factores decisivos de las luchas por los Derechos Humanos y la democracia. Los gobiernos de transición y órganos civiles alrededor del mundo han considerado los sitios memoriales como un cause de la memoria hacia un mensaje concreto; una suerte de moraleja o, por lo menos, de advertencia sobre los riesgos de cometer nuevamente los errores del pasado. Comúnmente, los memoriales se consideran clave para el aprendizaje colectivo y la sanación efectiva de un pasado traumático. Tomemos por ejemplo que, en un estudio de víctimas de la violencia, los entrevistados vieron en las iniciativas de memorialización la segunda forma de reparación más importante procedente del Estado, después de la compensación financiera²⁷¹.

La memorialización, en su forma discursiva, puede cobijar proyectos que buscan fines distintos: rectificar una narrativa prevaleciente, buscar el reconocimiento de un conjunto de prácticas y experiencias que han sido marginadas, llamar a la formación de una sociedad reconciliada, abogar por el “*Nunca Más*” de los errores del pasado; entre otros. Es decir, la memorialización se adentra en debates discursivos que rebasan el fin puramente descriptivo o interpretativo, y se entrega a la meta de conjurar una nueva *res* ciudadana.

En palabras de Alejandro Monsiváis, “al promover nuevas interpretaciones de los hechos y *de los marcos valorativos en los que éstos tienen sentido*, las políticas de la memoria también tienen consecuencias políticas. Las políticas de la memoria

²⁶⁸ Alejandro Baer, *Op. Cit.*, p. 132.

²⁶⁹ Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, Gallimard, Paris, 1984.

²⁷⁰ International Center for Transitional Justice, *Memorialización y Democracia. Políticas de Estado y Acción Civil*, Informe basado en la Conferencia Internacional “Memorialización y Democracia”, 20-22 de junio de 2007, Santiago de Chile, p. 1. Véase: <http://www.ictj.org/images/content/1/0/1086.pdf>.

²⁷¹ Ernesto Kiza, Corene Rathgeber y Holger-C. Rhone, *Victims of War: An Empirical Study on War-Victimization and Victim's Attitudes. Toward addressing atrocities*, EN: Sebastian Brett et. al., “Memorialización y democracia...”.

pueden transformar cualitativamente el sentido de las relaciones sociales o promover acciones directas del Estado para modificar, en un sentido o en otro, el *status quo* prevaleciente.²⁷²

La memorialización puede reproducir los patrones –efectivos o disfuncionales- de la democracia existente. Proyecta múltiples voces, que en innumerables ocasiones entrarán en conflicto. Además de la legitimación del *status quo* o la memoria oficial, los memoriales pueden lanzar al escenario social sus versiones alternativas, abyectas, de lo ocurrido. En realidad, la relación entre memorialización y democracia sostiene tres imperativos²⁷³:

a) La memorialización puede jugar un papel constructivo para moldear las culturas democráticas y por lo tanto debe ser seriamente considerada en cualquier proyecto de construcción de democracia.

b) Se requieren estrategias locales, nacionales e internacionales para garantizar que los memoriales no debiliten otros esfuerzos de construcción de democracia, sino más bien que los complementen. Uno de los actores claves para esto es el gobierno, que puede desempeñar un importante papel al apoyar iniciativas mediante políticas públicas.

c) Estas estrategias necesitan la participación de una amplia variedad de actores de diferentes disciplinas y lugares, quienes deben ser los apropiados para contextos políticos y culturales extremadamente diversos.

Chile ha recorrido un camino de avances y tropiezos en estas tres lógicas. La Convención Americana sobre Derechos Humanos, por ejemplo, a la cual Chile está suscrita desde el fin de la dictadura militar, volcó sobre el país una serie de obligaciones genéricas de respetar y garantizar los derechos recogidos en este instrumento. Entre las tareas que le correspondieron –que le corresponden hasta hoy-, el gobierno debió investigar toda violación a los Derechos Humanos cometida dentro del territorio del Estado y hacer del conocimiento de los familiares el resultado de dichas investigaciones²⁷⁴. Tiene también el compromiso de tomar acciones para la recuperación de la memoria histórica y para la no repetición de las violaciones ocurridas en el pasado. En este sentido, la democracia conllevó para Chile una triple

²⁷² Alejandro Monsiváis, *Op. Cit.*, p. 50. El subrayado es mío.

²⁷³ La teoría la expone el Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ, por sus siglas en inglés), en su informe “Memorialización y democracia...”.

²⁷⁴ Cecilia Medina y Claudio Nash, *Sistema interamericano de Derechos Humanos*, EN: Jorge Contesse Singh (ed.), *Informe Anual sobre Derechos Humanos en Chile 2010*, Universidad Diego Portales, Chile, 2010, p. 21.

obligación, jurídicamente validada en la Convención; un estándar inalterable para todos los gobiernos postdictatoriales.

Una de las tareas impostergables en materia de conservación y promoción de una memoria fundida con los ideales del cuidado a los Derechos Humanos fue, justamente, la creación de memoriales que volcasen al espacio común la memoria nacida de recuerdos más bien individuales. La socialización de la experiencia fue la base del aprendizaje colectivo sobre los errores cometidos en el pasado, proyecto en el cual la memorialización juega un papel primordial. Además, la memorialización se planteó desde el inicio como un proyecto vinculado a muchos otros que, en conjunto, buscaban el “Nunca más” a las violaciones de Derechos Humanos en el país. En este sentido, las políticas públicas enunciadas en la segunda propuesta (b) devinieron fundamentales para el éxito o fracaso de los sitios de memoria. La tercera idea (c), que trae a la mesa la inclusión de diversos actores en la proyección de memoriales, es quizá la propuesta más conflictiva de todas. ¿Quién tiene derecho a la manifestación física de sus versiones sobre el pasado? ¿Cómo se otorga ese derecho?

Acerquémonos, entonces, a este tema y sus características en el escenario chileno.

MEMORIALIZACIÓN EN CHILE

El abordaje de la memoria en el espacio público es una tarea eminentemente social; un trabajo político en tanto depende del consenso para hacer aparecer el recuerdo en planos de interacción compartida. En Chile, el proyecto reconciliatorio de la sociedad posdictatorial implicó la tarea de hacer emerger los espacios de memoria desde la desaparición forzada, ideológica y estratégica, que desde la dictadura hasta los primeros años de gobierno democrático se mantuvieron ocultos.

“La acción de silenciar, notoria en el espacio público de la ciudad, se ve reflejada en la desaparición de los lugares que acogieron los eventos de la política de exterminio ejecutada durante la dictadura. En un catastro nacional se han establecido más de doscientos recintos y sólo en Santiago existen más de ochenta y cinco lugares, entre los cuales hay diversas tipologías: centros de detención, campos de

concentración, canchas deportivas, estadios, edificios públicos, recintos militares, viviendas e incluso barcos”, escriben María Fernanda Rojas y Macarena Silva²⁷⁵.

En la disputa por re-visibilizar la memoria de estos lugares, tantas veces blanqueada por proyectos políticos tanto en dictadura como en democracia, han proliferado múltiples proyectos de memorialización durante las últimas décadas. Ellos abarcan desde sitios de simbolización e interpretación (como el Parque por la Paz Villa Grimaldi) hasta la construcción de memoriales como los que se ubican en Pisagua y Lonquén²⁷⁶, que buscan reconocer la heterogeneidad regional y social de la represión en los años de gobierno militar. En estos años, varios grupos de la sociedad civil y del Estado han incorporado la memorialización en el trabajo de construcción – y/o consolidación- del régimen democrático en el país. Entre ellas, instituciones como la Secretaría General de Presidencia, el Ministerio de Bienes Nacionales (responsable de los sitios públicos y del territorio fiscal), el Ministerio del Interior mediante su Programa de Derechos Humanos, el Ministerio de Vivienda y Urbanismo y el Ministerio de Relaciones Exteriores; y organizaciones como la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos, el Colectivo Londres 38 y la organización Mujeres de Memoria; todos han adoptado en alguna de sus propuestas el plan de creación de sitios memoriales.

La memorialización en Chile ha estado constantemente aparejada con las necesidades de la agenda política de turno. Por ende, la cristalización de propuestas distintas en los sitios memoriales (unas más polémicas que otras) ha dependido de variados factores. Villa Grimaldi, por ejemplo, fue convertida en un Parque por la Paz en 1997, siguiendo justamente la lógica de “reconciliación”, “perdón” y “vuelta a la página” que abanderaba a los primeros gobiernos democráticos de la Concertación. El lugar promueve la vida sobre la muerte, la belleza sobre el horror y el perdón sobre el resentimiento. Londres 38, por su parte, recupera emociones mucho más viscerales cuando se acerca a la memoria de las víctimas, y lo hace porque la sociedad entera, a

²⁷⁵ Arquitectas. Diseñadoras del memorial de la calle Londres #38, en el centro de Santiago. La cita se toma de: María Fernanda Rojas y Macarena Silva, “Espacio público y políticas de memoria en Chile”, publicado –con algunas modificaciones- EN: Ricard Vinyes (comp.), *El Estado y la Memoria: gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*, RBA, Barcelona, 2009.

²⁷⁶ Existe una colección de fotografías de los memoriales que se han hecho en Chile desde el regreso de la democracia (incluidos los de Pisagua y Lonquén). Será útil revisarlo para atisbar las diferencias de forma y contenido entre los diferentes sitios, teniendo en cuenta especialmente la fecha de su inauguración. Véase: Alejandro Hoppe (fotógrafo), *Memoriales en Chile*, Ocho Libros/FLACSO Chile, Segunda edición, Chile, 2007.

más de veinte años de la salida de Pinochet, puede (sabe, se atreve) a hablar de modo distinto a como se expresaba a poco de la caída de la dictadura.

Los análisis de los memoriales chilenos deben hacerse, por tanto, con cautela. Los parámetros de comprensión cambian: la funcionalidad del sitio, la lección social promovida, la memoria construida, todo se modifica con los años. Y es este cambio, justamente, lo que refleja la madurez de la sociedad postdictatorial y la capacidad de respuesta de su gente ante los temas más desgarradores de su pasado reciente.

En las siguientes líneas, haremos un recorrido breve por algunos de los lugares más reconocidos de la memorialización en Chile, para vislumbrar el camino andado y las metas aún pendientes de los proyectos *monumentales* de la memoria en el país.

VILLA GRIMALDI

La carga simbólica del reencuentro con el ex centro de tortura Villa Grimaldi le da al espacio mismo una dimensión distinta a otros sitios memoriales de Chile. Hoy, el espacio que una vez fue ocupado por la DINA para torturar, “desaparecer” y asesinar civiles se ha convertido en un campo abierto a la convivencia con ese pasado doloroso, llamado “Parque por la Paz”.

Dos veces se presentó la oportunidad de visitar este lugar. La primera ocasión (otoño de 2009) fue dolorosa; casi traumática. Con un pie adentro del Parque, lo primero que sorprendió a la investigadora que ahora escribe fue el profundo contraste de las imágenes difundidas por su directiva -de ocasiones especiales celebradas en el sitio o del día de su apertura al público general- con la apariencia del Parque en un día común y nublado de otoño en Santiago. Los costos de mantenimiento evidentemente habían rebasado lo anticipado. Las fuentes estaban secas, el pasto necesitaba de cuidados y los pasillos de una buena escombrada. En las cuatro horas dedicadas a pasear por sus caminos, el Parque recibió sólo 3 visitas, todas extranjeras.

Hasta ese momento, “la Torre” (reproducción de una edificación alta y estrecha donde se encerraba a los prisioneros en celdas de aislamiento) había estado permanentemente cerrada con candado, porque, según contaba el velador, era raro que algún curioso pidiera entrar a visitarla. Los letreros de mosaico, antes tan coloridos y significativos, apenas podían leerse debido al desgaste que había supuesto la intemperie. Las oficinas administrativas estaban abiertas casi siempre, aunque cualquier información debía pedirse días antes para que el personal tuviera tiempo de prepararla.

Varios meses después, en la primavera de 2010, el Parque mostraba una nueva cara. Las instalaciones habían crecido y ¡por fin! se había logrado una pedagogía propia para encauzar las visitas guiadas. Los fondos que la Presidenta Michelle Bachelet había entregado al sitio habían sido la cuna de proyectos variados, incluyendo la restauración general del lugar y la creación de un video informativo para los educadores que buscaran informar a sus estudiantes sobre el sitio (antes de programar una visita grupal que los acercara físicamente al tema de la memoria en la Villa). Hoy día se impulsa la reflexión sobre tres temas distintos en ese espacio: historia, memoria y Derechos Humanos²⁷⁷.

El grupo que ha trabajado la Villa Grimaldi como sitio de memoria “tiene el mérito de haber sido el primero”, decía Macarena Silva (arquitecta del memorial de Londres 38) en una entrevista. Con el paso del tiempo, “de a poco han tenido que ir haciendo reversiones. Recorrieron el camino al revés”.²⁷⁸ Reconstruyeron muros, instalaron mapas y maquetas, repensaron la visita. Todo como respuesta a las críticas feroces recibidas por parte de académicos, víctimas y promotores de Derechos Humanos en Chile.

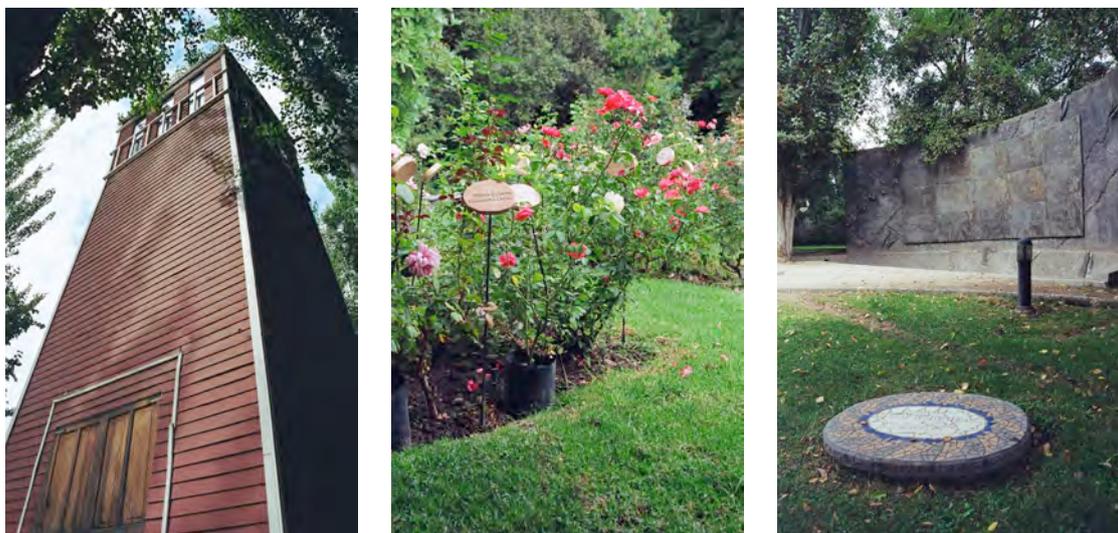
Los ataques nacían, realmente, de un dilema fuerte: como parte del “eje conciliatorio” de la agenda gubernamental chilena y del proyecto inicial del Parque, la “complacencia de las imágenes”²⁷⁹ medió entre los dolores del pasado y los planes para el futuro del país para hacer de lo atroz algo inteligible –y útil– en la postdictadura. La creación de un espacio en que pasado y presente convivan “en paz” priorizó al consenso por sobre la claridad de lo que ahí ocurrió, suavizando así el golpe a la memoria de Chile. Además, según relata Luis Santibáñez (principal arquitecto del Parque), en los primeros años de su apertura al público la gente a menudo olvidaba que el sitio se había edificado en conmemoración de las víctimas del aparato dictatorial de Pinochet. “El parque solía llenarse en las tardes y los fines de semana, pero igual que cualquier otro parque, no como un parque de la memoria. En ese contexto se produjeron muchos desmanes y se lo llenó de graffitis, lo cual nos

²⁷⁷ Conversación con Carolina Aguilera, miembro de la Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi, Santiago de Chile, 15 de diciembre de 2010.

²⁷⁸ Mariana Rodríguez Aguilera, Entrevista a Macarena Silva y María Fernanda Rojas (Arquitectas. Diseñadoras y miembros del Grupo Creativo del Memorial en el ex Centro de Detención y Tortura Londres 38), Santiago de Chile, 9 de diciembre de 2010. Véase entrevista anexa.

²⁷⁹ La expresión se toma de Nelly Richard, “Resistirse a la complacencia de las imágenes”, EN: *Crítica de la Memoria*, Universidad Diego Portales, Chile, 2010.

obligó a limitar las visitas.”²⁸⁰ Luego, cuando para hacer más clara la meta pedagógica de memorialización del Parque, se colocaron “la Torre” y una maqueta que ilustraba la distribución del lugar como sitio de torturas, el número de visitantes disminuyó significativamente, hasta dejar el vacío comprobado en la primera visita.



De izquierda a derecha:
Villa Grimaldi: “La Torre”, “El jardín de las rosas” y el “Muro de los Nombres”.
FOTOS: Mariana Rodríguez Aguilera

La cantidad de visitantes no ha aumentado drásticamente en ningún momento desde la apertura del Parque, pero sí ha mejorado de forma gradual. Hoy día se han reemplazado algunos muros por cercas semi-transparentes, que permiten al peatón darse cuenta de que hay algo para visitar detrás de los portones. No obstante, es notable que un porcentaje importante de los paseantes no viven en Chile. Ya sean ciudadanos chilenos que han permanecido en el extranjero desde sus años de exilio político, hijos de torturados o detenidos-desaparecidos que viajan a Chile para visitar el sitio y homenajear a sus familiares, estudiantes de temas relativos a dictaduras o Derechos Humanos o meros turistas que han escuchado de la fama del lugar; pareciera que el tema de los derechos ultrajados en la Villa Grimaldi interesa mucho más a quienes no viven en el país que es directamente heredero de ese pasado tan conflictivo.

²⁸⁰ Entrevista Lazzara-Santibáñez. Véase: Michael J. Lazzara, *Prismas de la Memoria*, Cuarto Propio, Chile, 2007, p. 211.

La memoria en el lugar aún necesita trabajo y sintonización con los proyectos que otros corporativos están llevando a cabo en la capital. El Parque sigue señalizado deficientemente y queda lejos de las zonas visitadas habitualmente por los santiaguinos. De cualquier modo, el aliento que supone la inversión reciente en este espacio merece reconocimiento, junto con el enorme esfuerzo de pedagogos, psicólogos, arquitectos, historiadores y víctimas de violaciones a Derechos Humanos que trabajan día a día por superar los errores que este sitio, por haber sido el primero, enfrentó solo durante muchos años.

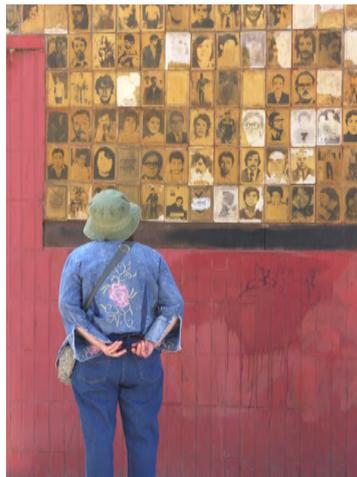
PUENTE BULNES

“El puente Bulnes²⁸¹ es un lugar múltiplemente signado por las marcas de la violencia militar y su rememoración”, escribió Nelly Richard recientemente.²⁸² Varias placas conmemoran la muerte del Padre Juan Alsina (cura obrero ejecutado en 1973), siete funcionarios del Hospital San Juan de Dios, cinco sacerdotes y catorce pobladores de Puente Alto; muertes todas ocurridas en ese sitio durante diferentes momentos de la dictadura. La carga simbólica de un espacio desgajado por crímenes de Estado resuena en las imágenes impactantes de los varios memoriales instalados ahí.

El Mural fotográfico de Claudio Pérez y Rodrigo Gómez, montado en uno de los costados del puente que cruza el Río Mapocho, consta de los retratos de 936 detenidos-desaparecidos, impresos en pequeñas baldosas de cerámica. La memoria es efectiva: las imágenes de las víctimas personifican el crimen y lo hacen interlocutor de la vida cotidiana de los transeúntes. Colocado además junto a un parque donde los niños juegan y los perros corren los días domingo, las imágenes cobran vida con el tiempo que los transeúntes dedican -pueden dedicar- para contemplarlas.

²⁸¹ El monumento se ubica en la plaza Padre Juan Alsina, bajo el puente de la intersección de la calle Bulnes con Avenida Balmaceda, en Santiago.

²⁸² Nelly Richard, “Marcas, arquitecturas y relatos”, EN: *Crítica de la Memoria*, p. 262.



“Muro de la Memoria” de Claudio Pérez y Rodrigo Gómez.
Puente Bulnes, Santiago de Chile.
FOTOS: Mariana Rodríguez Aguilera

Con todo, el espacio no escapa al mismo desgaste que describíamos en la Villa Grimaldi. Los rostros están rayados, borrados o modificados. De cualquier forma, la reaparición del “desaparecido” mediante una colección de fotografías restituye la identidad personal de las víctimas, tantas veces borrada por placas conmemorativas o cifras estadísticas que refieren al periodo de represión militar. La interacción de la gente con el Muro significa por lo menos que la sociedad ha notado las “nuevas presencias”; la foto ha logrado interpelar al peatón y, en ese sentido, ha cumplido un objetivo pocas veces logrado con otros memoriales.

La armonización lograda entre el Muro, las imágenes plasmadas en un mural vecino y las placas conmemorativas de las demás víctimas asesinadas ahí juega un papel importante en la contextualización de los tremendos golpes que la dictadura dio a sus ciudadanos en ese espacio. Casi mil personas reaparecen *in situ*: obreros, curas, políticos, estudiantes, médicos, enfermeros... La ciudadanía arrancada por el aparato

represor emerge colectivamente, dándole a las nuevas generaciones la oportunidad de conocerlas. En ese tenor, la tachadura de una fotografía o la imagen desfigurada de alguna de las víctimas entra en la misma lógica de interacción que buscaron, desde el principio, los creadores del memorial: unir ambas generaciones (reaparecer a los desaparecidos y confrontarlos con la sociedad actual), incluso si con ello se producen sólo fricciones, vandalismos o nuevas negaciones.

Sobra decir que la propuesta detrás del Puente Bulnes es completamente diferente a la que se impulsa desde el Parque por la Paz.

MUSEO DE LA MEMORIA Y LOS DERECHOS HUMANOS

El Museo de la Memoria en Santiago satisface muchas de las expectativas que circulan alrededor del tema de “reparación”, “reconciliación” o conservación de los Derechos Humanos en Chile actual, post dictadura. Eso es ya un elogio enorme, pues la variedad de exigencias que implica el acercamiento a estos tópicos muchas veces rebasa la capacidad o el interés de los gestores de memoriales públicos. Empero, si uno sigue la lógica crítica con que muchos deshacen la memoria edificada en Villa Grimaldi u otros espacios semejantes de reflexión, hay varias cosas que apuntar sobre el Museo también.

Para empezar, hay que poner atención al dispositivo formal empleado por el Museo para contar las historias que ilustran la ruta de los Derechos Humanos desde el golpe de Estado de 1973 hasta la fecha. El edificio está dividido en varios pisos, tres de los cuales están dedicados a episodios históricos precisos en que se violaron sistemáticamente los derechos de miles de chilenos. El primer piso relata las horas del golpe militar; el segundo nivel se dedica a las violaciones de Derechos Humanos durante la dictadura y el tercero se centra en la llamada “transición a la democracia”, iniciada pocos meses antes del plebiscito de 1988. La narrativa de la problemática de los Derechos Humanos termina en 1990, con el ascenso de Patricio Aylwin a la presidencia y la apertura simbólica del régimen democrático.

La primera crítica que puede hacerse tiene que ver justamente con esto: ¿Por qué terminar la exposición del tema y el debate sobre la promoción de los Derechos Humanos al mismo tiempo que se termina la narrativa sobre el régimen de Pinochet? ¿Cesan, acaso, las violaciones a los Derechos Humanos en cuanto se acaba el gobierno castrense? En este sentido, pareciera que el Museo no pretende construir un relato de la historia de Chile, sino evidenciar una práctica de violaciones masivas a los

Derechos Humanos tolerada por el Estado durante décadas. Tiempo, claro está, que no se refiere a la época actual, sino que corre a la par de un periodo histórico condenable “que nada tiene que ver con el presente”. Con ello, el Museo secunda el “post” de la postdictadura y cercena la continuidad del tema de los Derechos Humanos en la actualidad. Cosifica las violaciones, documentándolas y aislándolas de lo que se vive fuera de las paredes del recinto.

La inauguración misma del edificio (celebrada en enero de 2010) buscó ser la culminación de este mismo itinerario, documentado por el Museo en los tres niveles de su exposición permanente. Michelle Bachelet, presidenta en turno, acudió al lugar en compañía de los otros tres presidentes de la Concertación (Patricio Aylwin, Eduardo Frei-Ruiz Tagle y Ricardo Lagos), “en señal de progreso en el trayecto compartido hacia la verdad, la justicia y la reparación”²⁸³. La memoria se planteó así como el fruto final de un consenso trabajado desde 1990 hasta el 2010, que llegaba a su destino con la aprobación institucional y legitimante del marco museográfico: “La inauguración de este museo es una poderosa señal del vigor de un país unido”²⁸⁴. Sin embargo, el discurso inaugural de la Presidenta se vio interrumpido por la sorpresiva protesta de dos mujeres que interpelaban al público desde la cima de una de las torres de iluminación del patio central del Museo. Catalina Catrileo (hermana del fallecido activista mapuche Matías Catrileo) y Ana Vergara Toledo (hermana de Rafael y Eduardo Vergara Toledo, asesinados durante la dictadura) pidieron justicia por los presos políticos del pueblo mapuche y acusaron a los gobiernos de la Concertación de violar los Derechos Humanos en Chile: “¡Soy hermana de Matías Catrileo, asesinado en su gobierno, señora Bachelet!”, gritó la primera mujer desde la torre²⁸⁵.

La transparencia del Museo, buscada tan trabajosamente con la utilización del vidrio para la estructura general del edificio, implica en su concepción la apertura del tema de Memoria y Derechos Humanos al diálogo e interlocución social. No obstante, hechos como el ocurrido durante la inauguración del sitio dejan claro que el vidrio, aparte de transparente, es terriblemente frágil. La Memoria rebasa claramente los límites institucionales del Museo, y ahí radica la falla más evidente de este proyecto.

²⁸³ Nelly Richard, “Marcas, arquitecturas y relatos”, p. 269.

²⁸⁴ Discurso de Michelle Bachelet en la inauguración del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, Diario *La Nación*, 25 de marzo de 2010.

²⁸⁵ *Ibidem*.

LONDRES 38

Una de las principales características de este sitio de la memoria es su ubicación: en plano centro de Santiago, a unas cuadras del palacio presidencial de La Moneda, cerca de los Ministerios, los Tribunales de Justicia, la Bolsa de Comercio y la ex sede de gobierno de la Junta Militar. ¿Cómo pudo consumarse tan secretamente el exterminio sin que el vecindario entero se diera cuenta de lo grave que ocurría en esas instalaciones? Y, ¿cómo puede proyectarse –memorializarse- hoy la experiencia de lo que ahí pasó, considerando que es una zona de paso, por donde la gente siempre lleva prisa?

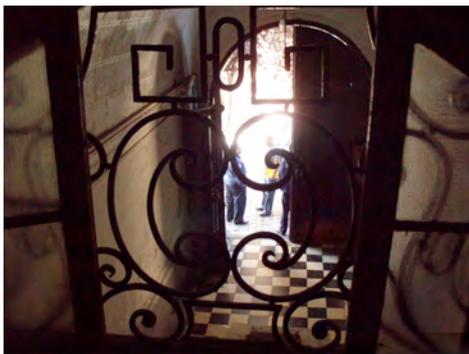
El Colectivo Londres 38 está formado por sobrevivientes y familiares de detenidos-desaparecidos y ejecutados políticos del recinto clandestino de exterminio y tortura que operó en la casa #38 de la calle Londres. Su conformación es tardía si se compara con otros grupos u organizaciones que volcaron sus experiencias de violaciones a los Derechos Humanos en el espacio común desde hace varios años. Este Colectivo, por tanto, ha tenido el privilegio de aprender de los errores de otros; observar, criticar y replantear los triunfos y fracasos de los demás memoriales edificados en la zona metropolitana.

Lo anterior es importante porque, aunque no resta trascendencia a lo que el Colectivo ha logrado por iniciativa propia, sí sitúa sus acciones en el marco de una operatividad compleja de creación de memoriales en Santiago desde la caída de la dictadura, y vuelve absolutamente incomparable la experiencia de Londres 38 con lo que pasó con la Villa Grimaldi, por ejemplo. Ahora bien: considerando todo ello, el memorial construido en la calle Londres es mucho más visible que otros, más exitoso en tanto interrumpe la cotidianeidad de la gente que transita por el centro y atrae su atención sobre los Derechos Humanos, con o sin interés previo del espectador.

Es así, quizá, porque la memoria ocupa el lugar central de las reflexiones promovidas desde la casa. “Lo importante en todo esto es conservar como objeto central del memorial a la memoria y la experiencia. No nuestra mano de arquitecto; sino lo que ahí pasó. Así, independientemente de si queda bonito o no, siempre lo más importante va a ser lo otro”, dijo Macarena Silva. “Y sólo así tiene sentido. Tiene que tenerlo, porque nace de algo que efectivamente ocurrió. No nace de una idea mía, de

‘quiero poner.... Un árbol de la paz’. No. Nace de la historia”, añadió María Fernanda Rojas²⁸⁶.

Aquí, la proyección de la memoria se hace a nivel del suelo, con la articulación de baldosas blancas y negras entre los adoquines grisáceos de la calle empedrada. Las baldosas hacen referencia directamente a la narrativa testimonial compartida por los sobrevivientes del centro, que recuerdan vívidamente el color de la cerámica del piso de la casa (única característica que podían ver a pesar de la venda que les cubría los ojos). La *personalidad* de la memoria, expresada a través de la socialización de la experiencia particular del preso político que una vez pasó por ahí – en este caso, de su óptica-, se entrega al espacio comunal justamente con la exteriorización de las baldosas: la casa, su experiencia, sus dolores y su memoria, se extienden a la calle misma.



De izquierda a derecha:

Londres #38: Baldosas de la entrada principal de la casa, vistas desde el segundo nivel.
Instalación de las baldosas en el espacio público: Calle Londres, frente al número 38.

FOTOS: Arq. María Fernanda Rojas; colección personal.

Los destellos de color entre las piedras opacas llaman la atención del peatón, que casi siempre va cabizbajo, de prisa, distraído con las tareas pendientes o con el consumismo exacerbado que ofrece el centro de Santiago. La memoria ataca de abajo para arriba, con baldosas que van concentrándose más conforme uno se acerca a la puerta del ex recinto secreto de detención, tortura y desaparición. La memoria se vuelve un obstáculo para el tránsito: el presente tropieza con el pasado, al cual la mayoría había querido volverse completamente insensible.

²⁸⁶ Mariana Rodríguez Aguilera, *Entrevista a Macarena Silva y María Fernanda Rojas*. Véase transcripción anexa.

La gestión de los memoriales se articula siempre, pues, con la idea de la ciudadanía; de sus patrones, sueños y preocupaciones. Se apareja de tiempos, necesidades y rutinas. Considera las características de la vida cotidiana para proyectar un mensaje que revuelva el campo de lo conocido e inserte el pasado dentro de las interrogantes que el ciudadano promedio busca despejar.

A veces, esto deviene en un uso fetichista de la memoria: el desglose de la médula memorística llega hasta el punto de su reducción máxima (la más “digerible”) para volverla una mercancía más de consumo, un objeto de trueque que, aunque logra el propósito de socialización del conocimiento básico, despoja a la memoria de sus contenidos más viscerales y, por ende, le roba parte importante de su trascendencia. A esto hemos llamado “los mercados de la memoria”.

LOS MERCADOS DE LA MEMORIA

La banalización o desvanecimiento de dimensiones significativas de la memoria y su abstracción de las relaciones de poder ha sido una consecuencia gravísima –aunque no exclusiva– de las políticas memorialistas de Chile actual. Quien desee conocer un ejemplo de ello puede visitar la ciudad de Santiago y contratar un “tour de la memoria histórica” o “tour de los Derechos Humanos”. La publicidad de las agencias de turismo ofrece una “profunda mirada en el pasado y presente de Chile, así como en las fuerzas que construyen el futuro”²⁸⁷. La visita guiada en distintos idiomas incluye el Altar de la Patria, La Moneda, la estatua de Salvador Allende, el Parque por la Paz Villa Grimaldi y un recorrido por el Cementerio General. Luego de la visita a la Fundación Pinochet sigue la Academia Nacional Militar. El valor del tour de 4 horas es de \$60 dólares americanos por persona o \$95 dólares americanos si la excursión se realiza durante el día completo, opción que incluye una “típica comida chilena en un restaurante como Don Peyo, que fue fundado al final de la década de los setenta como un refugio ‘clandestino’ para profesores exonerados de las universidades.”²⁸⁸

El pasado también se ha convertido en un bien de consumo. Las experiencias se atomizan; el canje trivializa su continuidad en el presente. Se convierten en espejos de fascinación, objetos de entretenimiento que, en cuanto se socializan a escalas mayores, *aburren* y deben ser reemplazados por algo nuevo. El fin de estos bienes

²⁸⁷ <http://www.chip.cl/tours/memory.html>. Véase: Isabel Piper Shafir, *Obstinaciones de la Memoria: la dictadura militar chilena en las tramas del recuerdo*, p. 48.

²⁸⁸ Isabel Piper Shafir, *Op. Cit.*, p. 49.

“memoriales” es, en definitiva, garantizar la estabilidad del mercado de consumo, no promover una conciencia sobre lo acaecido ni, mucho menos, vincular todo ello con los patrones sociales de la actualidad. “Se trataría, dicho sintéticamente, de un mercado y de una espectacularización de la memoria”²⁸⁹.

Todo ello tiene que ver no sólo con el usufructo del relato memorístico en aras de la exacerbación de ganancias o el crecimiento del ingreso, como uno supondría si considera sólo el marco neoliberal en el que se edifica este “mercado” para la memoria. Se relaciona, en el fondo, con la complejísima dialéctica Historia - Memoria.

El apremio de la sociedad chilena por *historificar* los hechos ocurridos desde el triunfo de la Unidad Popular hasta el fin de la dictadura militar ha resultado en la negación de la multidimensionalidad del recuerdo²⁹⁰. Es decir: la memoria ha sido convertida en historia (documentada, comprobada, cuantificada) para el fin social del “Nunca más”; ha estado motivada por fines humanistas o justicialistas que, más que reconocer la composición laberíntica de la memoria en sí misma, la simplifican para su comprensión y uso en el proyecto democratizador de la “reconciliación nacional”. En palabras de Finkelkraut, “el acontecimiento pasa de ser real a ser histórico. [...] Ya no tiene que ver con la memoria, se ha trascendido el marco experiencial (de los protagonistas y/o las nuevas generaciones) para estabilizar el tiempo del acontecimiento, para abrir paso al tiempo objetivado y proceder a una resignificación o, *in extremis*, vaciarlo de significado”²⁹¹.

El mercado de la memoria, aunado a los proyectos oficiales de “la vuelta a la página”, clausura la propuesta de una actualización de la memoria, útil para la consagración de una ciudadanía democrática y la imaginación de un nuevo orden deseado. Esencialmente, brindan un *sentido* estático, caduco a la narrativa del pasado y legitiman la exclusión como el patrón reinante del comportamiento social en Chile actual.

²⁸⁹ Félix Vázquez, *La memoria como acción social: relaciones, significados e imaginario*, Paidós, Barcelona, 2001, p. 60.

²⁹⁰ Esta propuesta la trabaja Isabel Piper EN: *Op. Cit.*, pp. 46-48.

²⁹¹ Alain Finkelkraut, EN: Félix Vázquez, *Op. Cit.*, p. 60.

Hemos apuntado varias veces que la memoria social nutre a la construcción de un camino colectivo; aporta a la creación de imaginarios compartidos que sostienen proyectos de nación. La memoria, entonces, tiene un *sentido*: participa en la construcción del futuro analizando críticamente el pasado y el presente. Secunda los ideales de ciudadanía y sociedad.

En esta lógica, la representatividad que pueda tener –o no- la memoria [las memorias] en el plano social repercute directamente en la idiosincrasia nacional. Los “no representativos”, “los sin-voz”, “los excluidos” del discurso memorístico son borrados también del proyecto ciudadano del futuro social. La dilucidación de los márgenes de la memoria se antoja entonces sumamente importante: la exclusión de la memoria disidente da el mismo sentido supresor a la ciudadanía. Atendamos entonces a la interrogante: ¿cuál es el sentido de la memoria en Chile? ¿Qué patrón, si alguno, podemos encontrar?

MEMORIA: TESTIMONIO Y EXCLUSIÓN

La construcción de la memoria chilena tiene múltiples sujetos. Unos son “visibles”, “representativos”²⁹² o simplemente más conocidos. Otros son oficiales: promotores de la memoria institucional y útil a los idearios políticos de la nación “reconciliada”. Otros más vierten sus recuerdos en espacios confinados o forzosamente excluidos de la *memoria nacional*. De cualquier modo, la pregunta clave para este tópico es la siguiente: ¿quiénes se reconocen en el discurso de “la memoria” en Chile? ¿A qué “nosotros” alude esa memoria (y sus consecuentes vínculos con los movimientos de Derechos Humanos, la promoción de memoriales, en fin)? ¿Quiénes tienen el derecho/el poder/la legitimidad para modificar el patrón existente?

El tema de la validez o autoridad para la toma de la palabra aparece en varias de las entrevistas logradas para fines de esta investigación. Víctor Maturana (Director del Centro de Investigación y Promoción de los Derechos Humanos de Temuco, Chile) declaró que “una de las cosas que nos llevó a vivir lo que vivimos fue la

²⁹² Nuevamente, enfatizo la importancia del seminario de investigación permanente “Ética y Política: el sur y otros contextos culturales”, entre los años de 2008 y 2011, por insistir en el valor de las narrativas menos “representativas” como portavoces de la memoria y la ciudadanía abyecta.

intolerancia, y nosotros a veces caemos en el error de comportarnos igual. Debemos incluir a la gente, a personas que hasta ahora hemos ahuyentado. [Lo que le sucede al mundo de los Derechos Humanos] no sólo es culpa de los diarios que no nos dan espacios o del neoliberalismo que idiotiza a todo el mundo, también hay responsabilidades nuestras²⁹³.

Con todo, el tema de memoria y exclusión permite la siguiente deliberación: Nadie duda del dolor de la víctima, ni de su derecho a recuperar las verdades de lo ocurrido. Tampoco está en discusión el papel protagónico (en términos históricos) que en diferentes casos tuvieron las “víctimas directas” y sus familiares como voces iniciales en los emprendimientos de las memorias. El tema, más bien, es otro, y es doble. Por un lado, ¿quién es el “nosotros” con legitimidad para recordar? ¿Es un nosotros excluyente en el que sólo pueden participar quienes “vivieron” el acontecimiento? ¿O es un “nosotros” amplio, colectivo, construido con un diálogo horizontal más que sobre la identificación vertical? Por otro lado, está el tema planteado por Todorov²⁹⁴: ¿en qué medida la memoria sirve para ampliar el horizonte de experiencias y expectativas, o se restringe al acontecimiento? Aquí la memoria entra a jugar en otro escenario: el de la justicia y las instituciones. Porque cuando se plantea la generalización y universalización, la memoria y la justicia confluyen en oposición al olvido intencional.²⁹⁵ Sólo con memoria, decía Reyes Mate²⁹⁶, puede reconocerse la injusticia para repararla.

Pensemos, por un lado, en la figura del testigo en el proyecto de construcción de la memoria social. Siempre que se trabaja con el pasado desde la memoria presencial o testimonial se establece una complicidad ética con el narrador. Quien busca escuchar sobre algo que ocurrió le confiesa a su interlocutor que su versión de los hechos y sus recuerdos son una herramienta legítima, fundamental para entender un conflicto en el presente: le confiere sensibilidad (en su doble dimensión de sensatez y fragilidad) a la memoria y, sobre todo, al personaje que le permite conocerla a través de sus relatos. Aceptar, así, que lo rememorado en el testimonio no está referido a un contexto explicativo universal, hace de la memoria un canal de aprehensión del pasado que celebra la veracidad, utilidad y relevancia del sujeto que

²⁹³ Mariana Rodríguez Aguilera, *Entrevista con Víctor Maturana*, Santiago de Chile, 9 de diciembre de 2010. Véase entrevista anexa.

²⁹⁴ Nos referimos a la necesidad de aprender de lo ocurrido. El lector puede referirse al texto citado anteriormente: Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, pp. 12-18.

²⁹⁵ Elizabeth Jelin, “Las luchas por las memorias”.

²⁹⁶ La cita se mencionó en el apartado “Olvido, memoria y representación”.

la proyecta; reconoce al testimonio como constructor de un pasado otrora inaccesible, haciendo de él una pieza imprescindible en el análisis de la sociedad presente.

Retomando los planteamientos de Ileana Rodríguez, podemos decir que esta complicidad se inserta justamente en la lógica fundante de la ciudadanía abyecta. Si lo vivencial es la categoría que organiza el relato sobre lo sucedido y su proyección hacia el presente, entonces los silencios, hitos, exageraciones y demás “fallas de la memoria *real*” permiten mapear el pasado con más profundidad y lo sustraen -en palabras de Rodríguez- de la “abigarrada red del registro de lo legal”²⁹⁷. Quien entabla una conversación abierta con la memoria del testigo le da inmediatamente el estatuto de verdad que los focos de la administración gubernamental se han empeñado en negarle. Rescata, como escribíamos unas líneas atrás, la constitución múltiple de la memoria.

Ahora: el acercamiento a la temática de memoria y representación amerita también una reflexión sobre la autoridad de *La Memoria y La Verdad*, tema que tiene en sí mismo una dimensión inquietante. Como sugeríamos con anterioridad, el sufrimiento personal (especialmente cuando se lo vivió en “carne propia” o a partir de vínculos de parentesco sanguíneo) puede llegar a convertirse para muchos en el determinante básico de una legitimidad única, hegemónica y absolutamente jerárquica. Paradójicamente, si la legitimidad para expresar la memoria colectiva es socialmente asignada a aquellos que tuvieron una experiencia personal de sufrimiento corporal, esta autoridad simbólica puede fácilmente deslizarse (consciente o inconscientemente) a un reclamo monopólico del sentido y del contenido de la memoria y de la verdad. El “nosotros” reconocido es, entonces, excluyente e intransferible.

La memoria pasa a ser herramienta para el reconocimiento de un grupo monopólico que “posee” el pasado o, por lo menos, el derecho a referirse a él con verdad, honestidad o validez. Se fetichiza²⁹⁸ y, consecuentemente, se debilita. Además, resulta interesante cómo esta visión totalizadora de los derechos a la expresión memorística choca recurrentemente con ataques que invalidan al testimonio como fuente documental para la comprensión de la Historia. En verdad, la concesión jerárquica de la toma de la palabra acaba por invalidar todas las formas de

²⁹⁷ Ileana Rodríguez titulado “Intervención de la memoria cultural y testimonial en la *res pública*”, EN: Ileana Rodríguez y Mónica Szurmuk (editoras), *Memoria y Ciudadanía*, p. 25.

²⁹⁸ La definición de fetiche al cual aludimos la expone Enrique Dussel. Véase: “La fetichización de la política”, EN: *20 Tesis de Política*, Siglo XXI, tercera reimpresión, México, 2010.

expresión de los relatos sobre el pasado, porque atribuye al protagonista histórico la legitimidad única del relato y arranca a los demás su derecho a la interlocución crítica.

Otra tangente del problema parece ser que, a pesar de los esfuerzos de los testigos de una época por traducir su periplo, muchos analistas insisten en remarcar la distancia entre la forma en que los testimonios comparten su verdad y las expectativas que los lectores u oyentes tienen en relación a qué es la verdad y cómo debe transmitirse. En general, se espera del testimonio -como de cualquier producto de nuestra cultura actual- que tenga un uso *práctico*. La sociedad quiere que *sirva de evidencia* y se siente autorizada a condenar a aquellos que no coinciden con pruebas logradas “por otras vías”. Como sostiene Nora Strejilevich, “la palabra del testigo se transforma en falible, inadecuada.” No se tiene en cuenta que el testimonio no es un medio destinado a proveer información y conocimiento basado en hechos –aunque pueda hacerlo en ciertas circunstancias-; su papel es, más bien, “documentar ciertos aspectos de la mente humana que se desarrollan cuando los individuos son excluidos de la sociedad para que el poder soberano pueda afirmarse. Este tipo de narración pone en escena la exclusión más radical cuando intenta hablar por los muertos, ya que los testigos de la máxima destrucción no pueden dar testimonio.”²⁹⁹

Primo Lévi³⁰⁰ adelantaba ya apuntes importantes a este respecto: *los salvados* son responsables del relato porque se ven comprometidos –por lo menos históricamente- a recordar sucesos, dolores e historias cuyos máximos concedores sucumbieron a la muerte y delegaron en ellos la máxima pena del testimonio; de lo que vivieron en carne propia -y de lo que no, también-. La tarea social que corresponde a todos después de fracturas históricas tan fuertes como la de Chile es, entonces, la comunión entre las historias personales y las colectivas; la comparación minuciosa y justa entre los relatos para la construcción de una Historia común.

Este proceso debe comprender la irrenunciable *verdad* del testimonio, aunque a veces éste no se establezca corroborando hechos o sucesos de facto. La historia, pues, requiere de una responsabilidad casi emocional con el tema de la pérdida y el duelo social. Le corresponde reconocer, aunque no necesariamente incluir en su relato más *documental*, el registro personal y vivencial de la destrucción que aporta el testimonio. Strejilevich lo advierte perfectamente al decir que “el horror pretende

²⁹⁹ Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar: literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y 90*, p. 13.

³⁰⁰ Primo Lévi, *Los hundidos y los salvados*. Puede verse la edición de El Aleph, Barcelona, 2008.

borrar las huellas del enemigo para que la historia pueda asegurar que ese otro jamás existió. El testimonio, en cambio, expone las marcas, desafiando la aniquilación y admitiendo sus efectos. Aunque se sienta derrotado en su empresa, la suya es la única forma viable de hacerse cargo de la pérdida.”³⁰¹ La historia, junto con la memoria, se edifica considerando estos quiebres discursivos, porque sin ellos la realidad histórica se vuelve fetiche.

En síntesis, el diagnóstico que hemos bosquejado urge a un reconocimiento de la multidimensionalidad de las memorias, considerando especialmente que en el caso específico de Chile éstas vienen de narrativas que han sobrevivido experiencias de profundo dolor y repercusiones casi inimaginables. Se han alojado hasta hoy en cuerpos salvados³⁰², para hablarnos de un pasado de otra suerte extranjero e impersonal. Las voces de la memoria presentan un conjunto de recuerdos que llegan directamente desde el pasado: son prismas de lo sucedido que no se interpretan con los códigos del presente, sino sumergiéndonos en el magma del relato personal, único e intransferible del testigo.

“CRÍTICA DESDE LOS MÁRGENES”: MEMORIA Y EXILIO

Recordemos que entre 1973 y 1990 por lo menos 200,000 personas dejaron Chile y se exiliaron en distintos países del mundo³⁰³. Las comunidades de chilenos que se formaron en países como Suecia, Francia, Italia, México, Venezuela y Cuba despertaron sentimientos de solidaridad y alerta entre muchos extranjeros, quienes comenzaron a tomar, junto con ellos, una postura política clara contra el régimen militar. La diáspora³⁰⁴ se convirtió en la única voz de oposición que se escuchaba con claridad. Mientras en Chile se imponía el oficialismo, el miedo a la represión o quizá la muerte, afuera el testigo figuraba como la única ventana a verdades silenciadas.

Contar la historia del exilio, de la dimensión combativa de los exiliados en las disputas por la retoma de la palabra, es un tema que amerita una investigación en sí misma. No pretendemos abarcar más que lo que compete a una revisión sintética, esencial, de la memoria en Chile desde el golpe militar: que “La verdad” como propuesta de grupos de oposición a la dictadura comenzó en el escenario

³⁰¹ Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar*, p. 17.

³⁰² Primo Lévi, *Los hundidos y los salvados*.

³⁰³ Steve Stern, *Battling for Hearts and Minds*, p. 93.

³⁰⁴ Este término se refiere, originalmente, a la comunidad judía. En este contexto particular, nos referimos a la dispersión de un pueblo por varios lugares del mundo.

internacional, con testigos que compartían sus recuerdos con un público que confiaba en su memoria y que, ultimadamente, daban crédito al testimonio como única fuente de realidad sobre las atrocidades que ocurrían en el país.

Steve Stern describe la experiencia exiliar como un “nudo de memoria”³⁰⁵: el tejido de un relato contra oficial y anti autoritario que dio cuna a miles de itinerarios distintos de despojo y desarraigo. A todos los cobijaba el deseo por la narrativa testimonial; un miedo generalizado al mutismo. “Me sentí agarrotado de pronto por el silencio, el peor enemigo del exiliado, porque si hemos sobrevivido es para poder hablar, es para poder escribir, es para poder encarnarnos en representaciones y símbolos, rescatar a la patria prisionera en el arte ya que no era posible, todavía, en la realidad de cada día”, escribió, por ejemplo, Ariel Dorfman³⁰⁶.

La socialización de la experiencia ocurrida, del profundo trauma que acarrea la separación forzada del terruño, fue una forma de continuar con la lucha desgajada por el golpe: “Nos mandaron a morir al extranjero. Convertimos esa muerte que deseó para nosotros la dictadura en una pequeña victoria cotidiana”³⁰⁷. El exilio individual fue transformándose en un mapa de referencias compartidas, donde experiencias y recuerdos se unían en aras de una sola meta: el regreso de la democracia a Chile y el término de la dictadura. “Solidaridad con Chile”; “Boicot al fascismo de Pinochet”; “Fin del exilio”.



³⁰⁵ “Memory knot”, en inglés. Véase: Steve Stern, *Battling for Hearts and Minds*, p. 100.

³⁰⁶ Ariel Dorfman, “Prólogo”, EN: Estela Aguirre y Sonia Chamorro, *Memoria gráfica del exilio chileno. 1973-1989*, Ocho Libros, Chile, 2008.

³⁰⁷ *Ibidem*.



De derecha a izquierda: Cartel pro Solidaridad con Chile (Ámsterdam); afiche que invita a boicotear el juego por el paso a la final de la Copa Davis de 1975, entre el equipo chileno y el de Suecia (Suecia); Fotografía de una manifestación relámpago en Santiago de Chile, exigiendo el fin del exilio (Foto: Vicaría de la Solidaridad, Chile).

FUENTE: *Memoria Gráfica del Exilio Chileno. 1973-1990.*

En ese sentido, existe también en este eslabón memorial (o, podríamos decir, nace aquí, en el espectro exiliario) el giro político del “Nunca Más”. Los referentes históricos son otros y más inmediatos que los que circulan hoy, pero se atisba también desde este horizonte el sentido democratizador de la memoria colectiva. Además, se añaden las múltiples peticiones hiladas a Derechos Humanos y Civiles, como ilustra el conocido afiche del Comité Pro Retorno de Exiliados titulado “El derecho a vivir en mi Tierra” o la fotografía de Fernando Orellana que captura una manifestación en Francia y lanza la interrogante “Por quoi je ne peux pas habiter au Chili?” [¿Por qué no puedo vivir en Chile?]³⁰⁸.



³⁰⁸ Ambas imágenes se toman de *Memoria gráfica del exilio chileno*, pp. 51 y 132, respectivamente.

La lucha por la memoria que se gesta en el exilio tiene, como característica importante, profundos y ricos ejercicios de creatividad cultural y académica. Todas -o casi todas- las disciplinas artísticas, científicas y humanistas fueron abordadas por los exiliados, en muchos casos con logros relevantes. Por mencionar sólo uno, la aportación del exilio chileno al campo académico de México (especialmente al que toca las Ciencias Sociales y Humanidades) permanece, hasta hoy, uno de los grandes hitos en la historia intelectual del país.

En el escenario que surge del encuentro del exilio sudamericano con el país de acogida, nace una memoria que no sólo es testimonial (del asilado), sino supranacional, regional y colectiva. Los oídos del mundo se funden con las voces chilenas y, al final, logran la construcción de *marcos* de memoria que superan las fronteras o las adherencias identitarias a un territorio particular. Es decir, se gesta una memoria latinoamericana, universal, que aporta al pensamiento hondo de la condición humana en sí misma. Sin pretenderlo, el exilio sustenta un puente que, de ahí en adelante, se vuelve irrenunciable: la responsabilidad de la comunidad internacional con los crímenes perpetrados en Chile: “Chile somos todos”.

Esta lógica detona varios apuntes importantes. El primero: que la memoria referida en esta tesis se construye dentro y fuera de los límites territoriales de la nación chilena. El exilio, si bien forzado a la militancia memorial en contextos extraños a Chile como entidad geográfica, aporta a la escritura de la historia tanto como los personajes que se mueven dentro de las fronteras nacionales. La enorme difusión que alcanzaron los mensajes de protesta, boicot y repudio a los crímenes de lesa humanidad del régimen pinochetista dan fe de ello. El segundo: que el exilio chileno no es –no fue nunca ni será-, un agente “accesorio” de esta temática: no puede confinarse a escenarios residuales ni abordarse como un epifenómeno de la memoria en Chile. Los “márgenes” a los que alude el encabezado de estas líneas (con los que, por lo demás, hemos buscado otorgar un lugar de enunciación a la memoria exiliar) no son, entonces, propios de la identidad chilena misma; no colocan al exilio en un espacio extraño a la patria que por tantos años le arrebató la dictadura. Más bien, refieren a aristas no contempladas en el discurso oficial de la memoria nacional. Secundan la idea de que, como expusimos en el apartado *Memoria: Testimonio y Exclusión*, existen retratos memoriales sólo asequibles mediante la experiencia

personal, cuya narrativa es menester incluir en el esbozo de una memoria colectiva, democrática y reparadora de las hondas fisuras que dejó la guerra civil en Chile.

Además, podemos anotar una tercera idea. No sólo jugó el exilio un relevantísimo papel en la difusión de una conciencia compartida acerca de lo que ocurría *adentro* durante los años más feroces de la dictadura, sino que, décadas más tarde, sus recuerdos siguen reflejándose en preguntas fundamentales. “Ver Chile desde afuera es ver otro Chile”, dicen varios testimonios.

En realidad, el descubrimiento de que, como escribe Pablo Yankelevich, no hay desexilios sino sólo nuevos exilios³⁰⁹, da lugar a reflexiones agudas y profundamente desequilibrantes de lo que sucede en Chile actual. La memoria penetrante que arrojan las voces exiliadas se refiere sobre todo a pensar al recuerdo como un hilo de los muchos que componen la *condición existencial del exilio*, porque éste no se quita ni se cura. Más que una categoría jurídica o política, es una descripción ontológica a la que se adscriben incontables experiencias. Junto con ello, además, la radical separación de un chileno de su patria conlleva también una capacidad hermenéutica formidable. Resentimiento e incomprensión, productos del quiebre exiliar, llevan al nacimiento de nuevos códigos interpretativos, valiosísimos en la construcción de una memoria que secunde espacios y sueños comunes.

En el proyecto de conmemorar el pasado que enarbolábamos hace pocas páginas, de actualizarlo pensando en la democratización social, la inclusión de las voces del exilio es fundamental.

CONCLUSIONES

El brevísimo recorrido que hemos hecho entorno a la memoria en Chile, considerando los márgenes y políticas que le dan forma, sustenta algunas de las siguientes consideraciones:

1. La memoria colectiva, en tanto relato y conciencia compartida, es crítica y siempre jerarquizante. La compilación enciclopédica de datos no redundará en la comprensión social del pasado ni en un criterio útil para el análisis de los traumas

³⁰⁹ Pablo Yankelevich, “México en los pliegues de la memoria exiliar”, EN: Sandra Lorenzano y Ralph Buchenhorst (eds.), *Políticas de la Memoria. Tensiones en la palabra y la imagen*, Universidad del Claustro de Sor Juana/GORLA, Argentina, 2007, p. 399.

colectivos. Más bien, como advertía Todorov, enturbia la capacidad comprensiva de las sociedades post conflicto y, por ende, entorpece la praxis política en su proyecto democratizador. La memoria social que se busca en comunidades como la chilena debe ser, pues, una que se vincule con las necesidades históricas del país; una que aporte al proyecto de nación, cuestionando pasado y presente.

2. Chile nos permite observar tres ejes claros y bien diferenciados entre sí, en lo que toca a la observación del tema de la memoria. El primero se refiere al plano institucional, donde la memoria se construye mirando siempre el proyecto político-administrativo de turno y adquiere un matiz servicial, utilitario. En realidad, la memoria para la reconciliación nacional (evidente en los Informes de Verdad y Reconciliación o la reapertura de sitios clausurados como la entrada al Palacio Presidencial de La Moneda ubicada en la calle de Morandé #80) no tiene un valor cualquiera: es esencial al proyecto democrático y aporta pautas imprescindibles para la comprensión –factual, numérica, general- del pasado reciente de Chile.

La siguiente coordenada se ubica en las memorias que proyectan las organizaciones civiles. La Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, el Colectivo Londres 38, La Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos, entre otros, aportan su relato personal a la edificación de la memoria social. La hacen suya, de modo tal que la memoria se materializa en rostros, anécdotas o fotografías. Estas organizaciones aportan, por tanto, la irrenunciable cualidad *vivencial* a los recuerdos históricos, constituyendo así otro de los pilares relevantes para el análisis del cuadro chileno.

Como tercer y último eslabón de la memoria, esta tesis propuso el acercamiento a las memorias *residuales*; vale decir, no consignadas³¹⁰ en discursos o agrupadas en el orden colectivo. Nuestro acercamiento a esta tangente implicó la elaboración de entrevistas propias que diversificaran la información existente y, además, permitiera la inserción de voces “no representativas” en la dinámica coloquial, comparativa, que en este apartado se maneja para el estudio de la memoria.

Hemos visto cómo, en los tres campos memorísticos, existen jerarquías que disponen del derecho a la enunciación: es difícil encontrar un espacio que valide la

³¹⁰ La expresión es de Nelly Richard. Ella describe los testimonios como una puesta-en-relato “de las zonas más residuales de la memoria social. El testimonio milita a favor de lo no-consignado, de lo que el curso de la historia desecha como índice residual, carente de la generalidad suficiente para ser portador de una verdad incontrovertible.” Véase: “Introducción”, EN: Nelly Richard y Alberto Moreiras (eds.), *Pensar en/la Postdictadura*, p. 12.

inserción de opiniones nuevas en el dominio público. El orden absoluto de la narrativa (en su acepción totalizante; totalitario) recrea la mediocridad del sistema democrático en los campos cultivados por la memoria; secunda la exclusión como proyecto ordenador de la sociedad y cercena, finalmente, la posibilidad de una memoria realmente participativa. A pesar de que los tres escenarios adoptan la bandera del “Nunca Más”, graban nuevamente la intolerancia en el cuerpo social y separan a la memoria de las tareas buscadas por la mayoría.

3. El olvido y su intrincada relación con la memoria deben ser sujetos de cavilaciones cuidadosas. Para empezar, todo reconocimiento del poder del olvido debe partir de una premisa básica: *el olvido es necesario*. No hay memoria que eluda completamente los borramientos nacidos del paso del tiempo o del procesamiento de experiencias traumáticas. Lo que hay que trabajar, dice Todorov, son los abusos de la memoria; la usurpación del albedrío libre del sujeto para decidir lo que retiene –o no– su memoria individual. La explotación del olvido es una característica de los regímenes autoritarios y corresponde a las sociedades actuales una revisión detallada de las herencias del pasado para validar nuevamente las experiencias, los aprendizajes y las enseñanzas aniquiladas con el olvido impuesto desde la esfera gubernamental. Sólo con el uso crítico de la Historia y la proyección de la memoria hacia presente y futuro se evita la amnesia colectiva (sólo la memoria evidencia la injusticia, porque sin ella la injusticia misma se olvida y deja de existir, diría Manuel Reyes Mate).

4. La vida cotidiana es un tejido de memorias y desmemorias. El olvido está infiltrado en la rutina consumista, en el endeudamiento exacerbado de las clases medias, en la apoliticidad aparente de las mayorías y en la desvinculación afectiva con proyectos políticos y de participación ciudadana. “El miedo a la exclusión” descrito por Norbert Lechner es también un miedo a la memoria. Significa la negación a indagar sobre la identidad propia o los anhelos; la incapacidad de creer en un programa democrático porque, según se repite en incontables escenarios que *abusan* del olvido, los sueños llevan casi siempre al fracaso. El uso arbitrario y totalitario del olvido, amparado también en un sistema neoliberal avasallante, ha devenido en una sociedad individualista que no podrá desenredar el olvido de su composición hasta que ejerza una ciudadanía participativa y verdaderamente democrática.

5. En este sentido, las políticas de memorialización conviven con las metas de una memoria colectiva consciente que aporte a la consolidación de la democracia. Re-

visibilizan espacios y experiencias blanqueados por el aparato represivo de la dictadura y oponen arquitectura, diseño y psicología a las políticas amnésicas reproducidas también por las administraciones democráticas.

Ahora bien, el deterioro de las huellas de la memoria -su abuso político- también respalda la desmemoria. Si bien no podemos olvidar intencionalmente, el mal uso de los instrumentos a los que confiamos la conservación de la memoria destruye formas de exteriorización del recuerdo compartido, y, a la zaga, “cierne sobre un grupo, o sobre toda la sociedad, el riesgo de una amnesia colectiva.”³¹¹ La distorsión de la verdad en la simbolización excesiva de algunos memoriales también es un síntoma de amnesia, porque con ello se pierden los referentes absolutos de la historia.

Memorialización no equivale a museificación de la Historia. La construcción del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, inaugurado a inicios del 2010, expone la fragilidad de una narrativa memorística fetichizada y desvinculada de los procesos sociales actuales. El meollo de la problemática memorialista tiene que ver, entonces, con la búsqueda de un balance crítico: hacer del memorial una expresión de la memoria en sí (de la experiencia misma y no de la estética particular de sus diseñadores) y construir lazos que suturen las brechas temporales entre el hecho conmemorado y los marcos sociales en que se desenvuelven sus visitantes.

6. El *sentido* de la memoria es justamente éste: hacer del pasado un plano de interacción constante con el presente para la proyección de la sociedad hacia el futuro. La memoria post Pinochet en Chile está comprometida con los anhelos democráticos de su pueblo. Los patrones de inclusión/exclusión, reconocimiento/negación o legitimación/problematización deben favorecer la vocación socializante de la democracia: abrir cauces a la expresión y representación horizontal.

7. Esta memoria democrática aporta a la promulgación de una Historia legítima, basada en la acumulación, estudio y elección³¹² de datos útiles a la política contemporánea. La memoria significativa, con sentido actualizado y democratizante, conlleva también una responsabilidad ética para la ciudadanía: fija el compromiso social con el pasado y lo torna en una empresa compartida. Reconoce, en el fondo, que las profundísimas marcas de los procesos dictatoriales no fueron hechas sólo por militares o agentes represivos, sino que nacieron de una sociedad empapada de

³¹¹ Pablo Montesperelli, *Sociología de la Memoria*, Nueva Visión, Argentina, 2003, p. 51.

³¹² Nos referimos a la tarea selectiva de la memoria en su relación con la Historia, trabajada por Paul Ricoeur y expuesta en el primer apartado de este capítulo.

lógicas de violencia. La militancia de izquierda, los partidos políticos, algunos núcleos sindicales, las Fuerzas Armadas, sectores de las clases medias; la comunidad chilena toda amparó comportamientos que la vuelven responsable –de distintas maneras y con modalidades específicas- del desgarramiento consagrado.

8. No hay responsabilidad social sino responsabilidades diferentes, plurales y particulares, que comprenden a distintos actores. La memoria analítica, exhaustiva, permite comprender que unas responsabilidades no diluyen a otras. Así, y tomando prestadas algunas palabras de Pilar Calveiro, “no es posible construir una memoria sino memorias, también plurales que, si pretenden algún ‘pasaje’ de lo vivido, no eludan la reflexión sobre lo actuado, por más incómoda que pueda resultar.”³¹³

9. “Practicar la memoria es hacer vibrar la simbólica del recuerdo en toda su potencialidad crítica de reconstrucción y deconstrucción de las narrativas en curso. Es evitar que la historia se agote en la lógica del documento o el monumento. Es mantener la relación entre presente y pasado abierta a la fuerza del recuerdo como desencaje y expectación.”³¹⁴ La memoria se vuelve, diría Nelly Richard, un arma contra la reproducción acrítica de la Historia³¹⁵; una herramienta en contra del sabotaje histórico de un pueblo; el núcleo de la esperanza para el fortalecimiento de la praxis.

³¹³ Pilar Calveiro, “Memoria, política y violencia”, EN: Sandra Lorenzano y Ralph Buchenhorst (editores), *Políticas de la Memoria. Tensiones en la palabra y la imagen*, p. 58.

³¹⁴ Nelly Richard, *Políticas y Estéticas de la Memoria*, p. 12.

³¹⁵ Véase: *Idem*.

CONCLUSIONES GENERALES

En su *Homo Sacer 1. Poder soberano y Nuda Vida*, Giorgio Agamben indaga en una de las claves interpretativas más sagaces en lo que toca al análisis de los gobiernos del siglo XX. “El Estado de excepción”, escribe, “tiende cada vez más a presentarse como el paradigma de gobierno dominante de la política contemporánea [...].” Vivimos en una suerte de totalitarismo moderno, que ha instaurado una guerra civil legal a través del Estado de excepción. Eso “permite la eliminación física no sólo de adversarios políticos, sino de categorías enteras de ciudadanos que por cualquier razón resultan no integrables en el sistema político.”³¹⁶

Ésta es la idea que rige los capítulos de nuestra investigación. La borradura, blanqueamiento o amnesia deliberada de enormes trozos de la historia de un país, de sus protagonistas y representantes, de sus sobrevivientes y víctimas, es, en sí mismo, un estado excepcional. Es, ante todo, un acto opuesto a la “normalidad”: un atentado contra el curso “natural” de los fenómenos sociales y, en esencia, la imposición de una *razón* -única y aplastante- sobre múltiples otras.

En Chile, la profunda guerra civil vivida durante los setenta y ochenta desencadenó proyectos de manipulación histórica y memorística desde las cabeceras institucionales hacia las bases sociales menos organizadas. La excepción comenzó por la suspensión de los derechos y las garantías constitucionales y terminó con la desmemoria colectiva. Itinerario que, por lo demás, se refleja en el camino que hemos tomado para exponer las hipótesis fundamentales de esta pesquisa. Sirva entonces, acaso de repaso, la exposición sintética de las propuestas centrales trabajadas en las páginas anteriores.

1. CHILE ACTUAL.

La concepción de lo contemporáneo que liga automáticamente la democracia con lo post-autoritario (es decir, la *Postdictadura* como creación semántica), es un eslabón de Chile actual que pareció urgente atender. Los apartados del primer capítulo sustentan la idea de que es un error combinar ambos conceptos de manera mecánica. Un ejercicio repetido multitudinariamente en Chile, que refrenda la ignorancia

³¹⁶ Giorgio Agamben, *Estado de excepción*, tomado de: *Homo Sacer 1. Poder soberano y Nuda Vida*. La edición citada es la de Adriana Hidalgo editores, Argentina, 2007, p. 25.

generalizada respecto de los legados de la dictadura en el Chile de hoy y que, en un estudio del tipo del que venimos haciendo, debe cuestionarse hasta sus últimas consecuencias.

¿Qué es, pues, Chile Actual? Un país de matriz compleja, cuyo patrón de comportamiento se ancla en los intereses de tres esferas principales: militares, intelectuales neoliberales y empresarios nacionales o transnacionales³¹⁷. Una nación engendrada con el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, que reproduce las lógicas totalitarias de su guerra civil y las mezcla con prácticas políticas propias de una democracia des-ciudadanizada.

Chile post dictadura es el marco de naturalización máxima de la violencia de frentes variados. La economía atosiga a las clases medias y bajas; las extorsiona mediante rutinas de consumo avasallantes y polariza, cada día más, la distribución de la riqueza nacional. Los medios de comunicación niegan la palabra a todo aquel que haga, o pudiera hacer, explotar materiales insurgentes, subversivos o, acaso, disidentes. Masifican la rutinaria convocatoria al consenso y truncan la expresión de cualquier movimiento verdaderamente democrático. La educación, por su parte, niega al ciudadano su derecho de *hacer historia*; separa los hechos del pasado de los individuos que lo protagonizaron e impide, de modo radical, cualquier muestra de afecto hacia él o hacia la proyección de una nación para el futuro. La lengua además, voz de las experiencias personales, se guarda en un baúl de oficialismos y pactos, evitando así la discusión pública de categorías históricas que puedan incidir en la praxis social. Dictador o Patriarca... ¿qué importa ya? “Demos vuelta a la página; miremos hacia delante.”

El panorama que resulta de los malos manejos de la política transicional y “democrática” de los tiempos post Pinochet es desalentador. En su momento, las fuerzas en el gobierno no presentaron una estrategia de tratamiento global de los enclaves autoritarios y no pusieron la reforma institucional como tarea prioritaria, desaprovechando así el periodo de gracia del gobierno inaugurado en marzo de 1990 y la ausencia de la crisis económica que caracterizó a casi todas las otras transiciones latinoamericanas.

Hoy prevalece un clima de enemistad pública que, amparado en la impronta militar exhibida por la identidad chilena desde hace décadas, sustenta la exclusión

³¹⁷ Estamos haciendo referencia, nuevamente, al texto de Tomás Moulián trabajado en el capítulo 1. Véase: *Chile Actual...*, p. 27.

como régimen de interacción comunitaria. La sociedad está despolitizada; teme a las etiquetas que le recuerden sus años de militancia y activismo político y, en síntesis, presenta una debilidad nunca antes atestiguada. La asociatividad es casi nula; el individualismo es generalizado y el sentimiento más común es el miedo. Chile Actual es, en una palabra, fatalista. Y es obvio por qué: sin pasado, no puede haber futuro.

2. GUERRA CIVIL Y POSTDICTADURA.

Chile es un país dividido. Lo fue desde el arranque del proyecto socialista encabezado por Salvador Allende; cuna de las rivalidades políticas que desataron, después, la guerra civil tantas veces referida. Las fracturas de estos tiempos se dejan ver aún, en postdictadura, a pesar de los reiterados esfuerzos de los “abogados de la transición”. El segundo capítulo de esta tesis expuso cinco campos en que el fantasma de la guerra interrumpe la actualidad de Chile: el ineludible juicio histórico y sus implicaciones para el pensamiento ético-moral, el marco legislativo –reinado por una Constitución todavía pinochetista-, la imperiosa espacialización del duelo y el procesamiento de la muerte, el vacío de los desaparecidos y la tarea urgente restituir sitios de interacción política y proyección ciudadana.

En estos y otros escenarios, como el del tratamiento de los Derechos Humanos, la guerra civil está presente como trasfondo de los programas reconciliadores. Éstos abanderan un ideal *exorcista*: “limpiar” a la sociedad de sus propios errores y depositar en pocas figuras simbólicas una culpa que es de todos. Nelly Richard lo expone lúcidamente³¹⁸:

La secuencia de la memoria pública e institucional de la transición combinó fechas y conmemoraciones (el 11 de septiembre de 1973, los treinta años del golpe militar), Informes, Comisiones y Tribunales (el Informe Rettig, el Informe Valech, la Mesa de Diálogo); recordatorios y monumentos (Parque por la Paz Villa Grimaldi, el Memorial del Cementerio General, el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos), para fijar así los usos del recuerdo en función del ideal reconciliatorio del consenso como modo de integración forzada de lo políticamente escindido, de lo socialmente desintegrado, a la plenitud de una comunidad dañada y luego curada en sus heridas por la moral del perdón.

La plataforma del proyecto reconciliatorio es una definición abstracta y absoluta del perdón. Éste se impone casi como una tarea ciudadana: “dejar atrás para avanzar hacia delante.” Empero, las reflexiones que hemos dedicado al abordaje de este tópico justifican la idea de que, con esta “normalización” del ejercicio del perdón,

³¹⁸ Nelly Richard, *Crítica de la Memoria*, Universidad Diego Portales, Chile, 2010, p. 17

no solamente se atacan los derechos que tiene cada víctima de reflexionar sobre lo que le ha ocurrido, sino que se estandarizan -falsa y manipuladoramente- las categorías de víctimas y no-víctimas. Es decir, el perdón se reconoce como una tarea de quienes fueron afectados directamente por la saña dictatorial y se le niega, en la práctica, a la comunidad restante. En este capítulo expusimos que, más allá de la dimensión “sacrificial” del autoritarismo pinochetista, la dictadura dejó lagunas en la sociedad que son mucho más difíciles de asir y que deben ser objeto de reflexión por parte de la población entera. “Resemantizar las pérdidas”, decíamos entonces.

La reducción del perdón a un grupo de “protagonistas” de la dictadura violenta la idea de comunidad, porque hace de unos pocos los únicos agentes históricos de ese tiempo. En verdad, entorpece el llamado reconciliatorio de los gobiernos transicionales, porque fragmenta la ingerencia de los ciudadanos en el pasado y, con ello, en el presente. La estandarización del perdón, pues, impide la cristalización de un sentido colectivo.

Todo ello queda evidenciado en las múltiples tentativas fallidas – gubernamentales y civiles- por clausurar el pasado. Ante los Informes y los días de conmemoración (como el Día de la Unidad Nacional), la mitad de la gente se manifiesta en contra y la otra, a favor. Casi el 60% de las personas ven en estos sucesos “irruptivos”, memoriales, más consecuencias negativas que positivas³¹⁹.

3. MEMORIA CHILENA.

El tercer apartado de esta exposición se detuvo en el tema de la(s) memoria(s) en Chile. Haciendo un repaso de los principales exponentes de la teoría filosófico-política sobre el tópico, establecimos las pautas para comprender la relación entre memoria, olvido, ciudadanía e Historia (en lo que toca al “Nunca Más” de los errores del pasado). Dedicamos algunas páginas al esclarecimiento de la memoria individual y colectiva y a los mecanismos de que dispone una sociedad para recordar, interpersonal e intergeneracionalmente. Recordamos, con Todorov, que la memoria no sólo *se hace*, sino que *se usa*. Sirve a propósitos políticos y administrativos y funge, siempre, como la base para los proyectos de nación.

³¹⁹ Hacemos alusión a la encuesta del Centro de Estudios Públicos citado en el capítulo 2. Véase: Encuesta CEP No. 37, mayo de 2009.

El recuento de algunas ideas fundamentales de los estudios de la memoria sirvió para situar a Chile en un contexto general. Luego, con apuntes particulares sobre este escenario específico, deliberamos lo siguiente:

La memoria chilena reproduce patrones de exclusión, jerarquización y marginalización que se asemejan a los impuestos por la cuadrícula neoliberal en la economía o el régimen de desafecto reproducido por el sistema educativo. Lo que se recuerda, como lo que se olvida, se inserta en el marco operativo del Chile post-dictatorial, como proyecto ideal a construir. Es decir que, igual que el andamiaje macroestructural, la memoria media –intervenida por la cúpula de poder– para reproducir ciudadanos abstraídos de su Historia. No se trata de una tergiversación obvia de los recuerdos: más bien, resulta de un largo proceso de despolitización, antidemocratización y amnesia, inaugurado con el golpe de Estado del '73 y enraizado, a casi 40 años, en la matriz nacional.

Por ello, la hilación *olvido-memoria-representación* atraviesa, como los apuntes de Agamben sobre el Estado de excepción, todos los pensamientos entorno al tema de Chile postdictatorial. Si existe memoria, existe olvido. Y si existe olvido, existe también un campo memorial modificado, ajustado a los intereses dominantes; una representación alterada de los órdenes ciudadanos: “unos tienen más derecho a hablar que otros”.

En el paisaje chileno, la praxis que rodea al tema de la memoria ilustra cuánto incide, en realidad, la temática de la ciudadanía en la concreción de, por ejemplo, los “sitios de memoria”. Cada memorial tiene una historia propia, filtrada por el orden imperante al momento de su ejecución. Villa Grimaldi es un cuadro completamente distinto al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos o a Londres 38. Cada lugar franquea el tópico de la dictadura y sus resonancias en democracia como puede, como quiere, y como se lo permiten. En ellos actúan ejes reconciliatorios, experiencias “resentidas” que se niegan a aceptar el inaplazable avance del olvido y, a veces, militancias que buscan separar, de una vez por todas, el tema de la memoria y los DDHH de los estudios dictatoriales.

A modo general, esta última sección abogó por una nueva semántica de la memoria: una que reconozca que cualquier ejercicio que se ocupe de un análisis crítico de lo ocurrido en el pasado (unos más que otros pero, digamos, cualquiera) es importante, porque aporta a la dimensión democrática, necesaria e impostergable, de la memoria post-trauma.

CONSIDERACIONES FINALES.

Decíamos en los primeros párrafos de esta investigación que el *presente* es el lienzo sobre el cual se dibuja la historia reciente de Chile. Todo pasado está sujeto a los intereses de hoy y, consecuentemente, la batalla entre las memorias sobre el pasado modifica siempre los escenarios políticos susceptibles de análisis como el nuestro.

Así sucede con la reaparición de escenarios memorísticos como las velatonas por los “desaparecidos” de la dictadura y, años más tarde, por los del terremoto de febrero de 2010. Así pasa también con la vuelta de personajes e ideologías políticas que revitalizan el pasado y lo vuelven materia contemporánea (la victoria presidencial de Michelle Bachelet, por ejemplo) o con la resonancia de fechas simbólicas que recargan el ambiente con recuerdos de pasados aún no digeridos socialmente (11 de septiembre). El presente [re]construye el pasado.

Y si bien, en esta lógica, el tiempo que estamos viviendo “modifica” los sucesos ya ocurridos o hace de éstos una serie de datos útiles para la comprensión del presente, no logra (ni intenta, por lo demás) vaciar el contenido “factual” de lo acaecido ni usufructuarlo en pro de intereses efímeros o pasajeros. Es decir: la historia reciente, al margen de su interacción con la memoria y las perspectivas personales de sus protagonistas, es, sencillamente, historia. La misma materia que la historia antigua o medieval; el mismo diamante en bruto que su hermana historia decimonónica o independentista. En palabras de Marc Bloch y E.H. Carr, *toda* historia es contemporánea³²⁰. ¿O se niega, acaso, que un historiador del pasado distante pueda apasionarse en sus juicios respecto de Pedro de Valdivia o Diego Portales, tanto como un historiador del pasado reciente puede hacerlo en sus opiniones sobre Salvador Allende o Augusto Pinochet?

La solución, por ende, no es evitar la historia contemporánea en aras de “dejar asentar el polvo en los archivos” o “dejar que el tiempo despeje nuestras mentes”. Más bien, debemos reconocer que lo máximo a lo que aspira un estudio de caso, cualquiera que sea, es a una interpretación parcial de un hecho que, por resultar interesante y estimular el estudio, generará necesariamente opiniones contradictorias y ricos debates.

³²⁰ E.H. Carr, *¿Qué es la Historia?*, y Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, EN: Peter Winn, “El pasado está Presente. Historia y memoria en el Chile contemporáneo”, EN: Anne Pérotin-Dumon (dir.), *Historizar el pasado vivo en América Latina*, p. 34. Véase: http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php

Esta tesis defiende, por tanto, a la memoria personal e interpersonal como fuentes fidedignas de información (y, finalmente, de agendas que puedan y deban traducirse a políticas memoriales por parte del Estado) y responde a una de las preguntas iniciales (planteadas en la introducción general: “¿cuánta y qué memoria es necesaria?”) con la siguiente aseveración: En Chile, la memoria colectiva ha sido el producto de una álgida disputa social, en la que las voces de los más fuertes han moldeado el sentimiento compartido sobre los hechos del pasado. En este sentido, la memoria se nutre de la socialización de los recuerdos personales para *historizar* lo que se conoce del pasado: comparar, discernir, cuestionar. Empero, la jerarquización de las memorias, abordada como tema en nuestro tercer capítulo, ha impedido la consagración de una memoria verdaderamente grupal, democrática. ¿Qué memoria es necesaria? La de los “no representativos”, la de los olvidados, la de los marginados de un sistema de representación aún precario que omite, como lo ha hecho hasta ahora la Historia oficial, la multidimensionalidad de lo ocurrido. A diferencia de quienes formulan (protegen y proyectan) esta memoria hoy, Chile necesita de sus jóvenes y de sus militantes de bajo perfil para generalizar el ejercicio memorístico y, con ello, retomar el poder sobre la escritura de la historia que le fue arrancado al pueblo con la imposición de la dictadura.

La tarea pendiente es la democratización de la palabra y la memoria porque, en esencia, toda memoria es aleccionadora: todas trabajan por la conciencia de que “no hay reglas” y que, como sucedió en el pasado, lo que parece imposible puede imponerse, a sorpresa de todos. La memoria nos advierte de las posibilidades del futuro. Pongamos por caso el siguiente:

A partir de la instauración del régimen militar, Chile se convirtió en uno de los ejemplos latinoamericanos de lo que Steve Stern llama “el problema alemán”.³²¹ Y es así porque tanto el Holocausto y la experiencia Nazi como la dictadura chilena arrojaron sobre nuestra cultura una interrogante profundamente problemática. ¿Cómo comprender que un país capaz de logros tan fantásticos en el campo de la ciencia o la cultura se convirtiera en la cuna de la barbarie más cruda? ¿Pueden conciliarse -o acaso separarse- la Alemania que educó a Beethoven o a Wagner con la Alemania de Hitler y Goebbels? ¿Cabén en una misma historia nacional Pablo Neruda, Gabriela Mistral y Augusto Pinochet? Tanto los nacionales como los extranjeros han sostenido

³²¹ Véase: Steve Stern, *Battling for Hearts and Minds*, pp. xxv-xxvi.

reiteradamente el mito de la excepcionalidad de Chile en el “patrón” de caos e inestabilidad política de América Latina. Históricamente el país mostró fidelidad a la democracia durante décadas; formó líderes marxistas y antimarxistas de arraigada tradición parlamentaria; educó intelectuales admirados en la Comisión Económica para América Latina de la ONU y mantuvo a su ejército separado de la esfera político-administrativa nacional. Durante años se pensó que en Chile las movilizaciones sociales podían convivir con el poder establecido: su constitucionalismo democrático era casi perfecto.

Sobra enfatizar que el núcleo del país -civilizado, democrático e incapaz de un atentado contra las leyes o la dignidad humana más básica- desapareció como coordenada fundamental de la identidad chilena durante mucho tiempo. También está de más que ahondemos ahora en la moraleja de este caso: más allá de que la historia oficial nos aporte bases para la toma de decisiones o la construcción de proyectos futuros, está lejos de ser un medio para prever los alcances de nuestros errores. Sólo la memoria, la sensibilidad y la compasión que viven en corazón y mente de los sobrevivientes nos preparan para saber que no estamos lejos de caer en las mismas trampas.

La memoria tiene como función principal la desmitificación del pasado. El truco del oficialismo por la ingerencia colectiva en la escritura de la Historia. O, siguiendo a Todorov, la memoria “es algo sustancial a la propia definición de la vida en democracia: los individuos y los grupos tienen el derecho a saber, y por tanto de conocer y dar a conocer su propia historia.”³²²

Memoria y retoma de la palabra, o la democratización de la lengua. Ésta es la tarea más urgente que apuntan los numerosos estudios sobre la postdictadura, las cuantiosas protestas en contra de la institucionalización de la memoria y la mediatización del perdón.

La democracia se finca, una vez más, en estatutos jerárquicos y elitistas, amparados en proyectos de duelo huecos y memorias maniqueas que no otorgan a las voces críticas, habitantes de los márgenes de la identidad nacional, el derecho natural a la libre expresión. Es más: no reconocen su existencia; no se enteran de su presencia.

³²² Todorov, *Los abusos de la Memoria*, p. 16.

La esperanza reside, pues, no en las propuestas institucionales de “vuelta a la página”, sino en la efervescencia de ciudadanías nuevas, politizadas e insertas en un marco operativo propio. Está en las universidades, en las organizaciones civiles y en las artes. Habita los álbumes fotográficos, el cine y la música. Está en las fuentes eruditas pero casi siempre soterradas, vulnerables ante el consumo y la lógica del canje inmediateista. Con problemas en todos los frentes, pero existe.

Siempre resulta aleccionador adentrarse en los archivos de la Universidad Católica o de la Universidad de Chile, donde una cantidad importante de historiadores de tendencia centrista y de izquierda dedican incontables horas al estudio de la segunda mitad del siglo XX. En la Universidad Finis Terrae, la derecha ha creado su propio centro de estudios históricos. La Academia de Humanismo Cristiano y la Universidad Alberto Hurtado también participan de importantes proyectos, junto con otras varias universidades más pequeñas. El Museo Vicuña Mackenna y el Centro Barros Arana de la Biblioteca Nacional aportan también a la discusión del pasado reciente³²³. En ellos se ve la puerta que apuesta a una construcción más colectiva del pasado.

Si, aunque sea en medida mínima, esta tesis aporta a la preservación de estas experiencias, a su avistamiento, reconocimiento e inclusión en la memoria – académica, discursiva, oficial, disidente- de Chile, habremos cumplido la encomienda principal. Desapaciguar la historia; denunciar los fraudes y avanzar en los quehaceres pendientes. Sea éste un grito que se sume a los de muchos más.

³²³ Esta enumeración se rescata del texto de Peter Winn, *El Pasado está Presente...*, pp. 40-41.

ANEXOS

ENTREVISTAS

La colección de conversaciones que se han transcrito para la presentación final de esta investigación se logró gracias al apoyo, la confianza y la entrega de personas que valoro entrañablemente. En gran medida, las opiniones y sugerencias que se fueron desarrollando en estas entrevistas dieron forma a las inquietudes que busqué resolver con esta pesquisa. Las conversaciones que se anexan constituyen, por tanto, fuentes importantísimas para este escrito y son, creo yo, el aporte fundamental que esta tesis puede hacer al tan estudiado tema de la postdictadura chilena.

Las transcripciones se han hecho con cuidado, buscando siempre la fidelidad a las palabras e ideas del entrevistado. Rara vez se modificaron oraciones o secuencias, aunque a veces fue necesario editar las participaciones para hacer más clara la exposición y linealidad de sus argumentos. Preservé las expresiones coloquiales usadas, como es natural, en una conversación entre colegas. Creí importante conservar, así, el sentido de confianza y complicidad que muchas veces se sintió en el marco de las pláticas entabladas.

Lo que el lector tiene en sus manos resulta de varios meses de organización de eventos académicos, entrevistas y pláticas. Las conversaciones entre la investigadora y Herman Carrasco (ex militante del Partido Comunista de Chile), Víctor Maturana (Director del Centro de Investigación y Promoción de los Derechos Humanos; Temuco, Chile) y Luís Alberto Alarcón (ex militante del Partido Socialista chileno, ex mirista y ex miembro de la guardia presidencial -Grupos de Amigos Personales- del Presidente Salvador Allende) se dieron en varios escenarios, todos en el marco de una visita a Chile a finales del año 2010. Algunas siguieron una pauta pensada previamente por quien escribe; otras más se desarrollaron sobre la marcha. En especial, el encuentro con Víctor Maturana fue casi espontáneo, aunque resultó en información aportativa y muy valiosa para el desarrollo de las ideas que se manifestaron ulteriormente en la redacción final de esta tesis.

Las charlas compartidas con Macarena Silva, María Fernanda Rojas y Gloria Elgueta (todas integrantes del Corporativo de Londres 38), por su parte, sucedieron en encuentros planeados pero siempre coloquiales, y se incluyen aquí por fidelidad a las

fuentes y como reconocimiento al inmenso agradecimiento que les tengo por haber compartido sus ideas conmigo.

Hago partícipe al lector de la admiración y la profunda gratitud que siento por todos ellos.

Entrevista: Luis Alberto Alarcón (ex militante del Partido Socialista chileno, ex MIR, ex- miembro del Grupo de Amigos Personales del Presidente Allende –GAP-).

*Oficinas de Herman Carrasco. Santiago Centro.
Santiago de Chile. 20 de noviembre de 2010.*

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: En la última oportunidad que conversamos, quedé con la sensación de que me faltó explicarle un poco el hilo conductor de mi proyecto y las causas por las cuales me interesaba mucho venir a Chile. Comienzo por decirle que soy alumna de la UNAM y estudié una carrera que se llama Estudios Latinoamericanos, que dura alrededor de cinco años. En ese proceso de formación, conviví con varios profesores de Chile, exiliados. Creo que es en parte por eso que ha crecido en mí la curiosidad por las “ramas” del exilio chileno: me llama la atención el exilio, el retorno, “los que se quedaron”... Me intriga mucho cómo se construyen éstas –y otras- “categorías”; saber qué pasa, hoy incluso, entre la gente que se fue, la que se quedó, la que regresó y encontró un país completamente distinto al que habían conocido. Muchas de las personas que conozco en México regresaron a Chile, estuvieron algunos años acá, y al final “no se adaptaron”... Para ellos éste es otro país. Entonces, esta visión que me han compartido ellos es desde allá, desde México. Ahora justamente toca complementar un poco el balance; ver con ojos distintos el diagnóstico que se hace de Chile actual y de lo que aquí pasó hace ya tantos años. Mi tesis se inserta en esta lógica: tratar de hacer una evaluación del papel de la memoria en la Transición; ver cómo se maneja el recuerdo de lo que ustedes vivieron y cómo se construye el puente entre mi generación y la suya.

En este sentido es que quisiera hacerle algunas preguntas. Podríamos empezar, si quiere, por que usted me cuente un poquito acerca de su experiencia durante el gobierno de la Unidad Popular... Usted fue miembro del Grupo de Amigos Personales³²⁴ de Allende, ¿cierto?

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Mira, yo parto diciéndote que yo no vivo en Chile. Estoy de paso y de vacaciones. Es un premio que me propuse darme hace algunos años, cuando se acercaba el momento de mi jubilación y pensé que ya era necesario venir. Vengo relativamente seguido –cada tres o cuatro años-, pero casi siempre venía apurado porque allá se me acababan los días libres. Yo trabajé 27 años en la escuela de educación básica en Ámsterdam, y me dije “en cuanto me jubile, me voy tres meses a Chile”.

Mi participación política comenzó mucho antes de la Unidad Popular. En mis últimos dos años de la enseñanza media, a mis 16 años, ya tenía actividad política (sin vínculo). Nací en una familia con un padre político. Dos temas políticos se trataban en mi casa: Escuchábamos a todos los comentaristas políticos en la radio, asistíamos a los actos, a los desfiles... todo eso. Era un período democrático republicano. Y el segundo tema que se trataba en la casa era el fútbol. Esos dos temas los heredé de mi padre. En este momento no sé cual es el orden; política y fútbol o fútbol y política. En todo caso, están a un nivel muy similar.

En el año 1963 ingresé oficialmente a las Juventudes Socialistas. Fue el año previo a la elección presidencial del '64 y a la segunda postulación grande de Salvador Allende. Segunda, pues, porque ya en el año '54 había sido candidato por una fracción del Partido Socialista (la parte pequeña que él lideraba, y apoyado desde

³²⁴ A partir de ahora se utilizarán sus siglas: GAP.

la clandestinidad por el Partido Comunista). Entonces había sacado poco más de 50,000 votos. En el '64 subió a más de 300,000 votos, con sólo una diferencia de alrededor de 30,000 votos con el ganador (el derechista Jorge Alessandri). Las expectativas de ese entonces eran muy grandes.

En ese tiempo me transformé rápidamente en dirigente de las Juventudes Socialistas, cosa que, visto desde hoy día, fue un error. Ahora veo que alguien con una militancia tan simple no debió ser dirigente del Partido Socialista. Digo, evidentemente había un grado de capacidad que me podía quizá diferencial del resto... Comencé a estudiar Pedagogía en Educación Básica y fui convertido rápidamente en dirigente del Centro de Estudios.

La derrota electoral del año '64 comienza en el Partido Socialista. Particularmente en mi provincia, en Temuco (a 600 kilómetros al sur de Santiago), no se vio como "una derrota más". Quizá pecamos un poco de ilusos, pero pensamos en esta ocasión las cosas eran distintas, y hubo una confrontación con los viejos cuadros del Partido. A partir de eso, la permanencia en el Partido dejó de ser una de mis aspiraciones, y me separé del Partido junto con una fracción en la que volqué mis esperanzas de poder compartir ansiedades y proyectos políticos. Nada de eso pasó, y seguí buscando.

En el año '68 me empecé a vincular inorgánicamente con el MIR, y a fines del '68 me plantearon la posibilidad de que fuera militante. Y eso fui. Terminé mis estudios de Pedagogía en Educación Básica y trabajé un tiempo en una escuela primaria en Temuco. Las actividades políticas comenzaron a ser cada día más permanentes. En términos sociológicos, el ascenso de la lucha de clases se fue notando.

En el sur, en esa zona donde no pasaba absolutamente nada, ya se respiraba algo distinto. Comenzábamos a tener vínculos con sectores del campo, con trabajadores obreros y especialmente con los Mapuche. Trabajábamos con los que llamábamos entonces "los propietarios sin tierra". Y mi actividad siguió en las tareas en el campo. Participé en las primeras corridas de cerco (recuperación de tierras) de comunidades Mapuche.

En el año '70, con el triunfo electoral de Allende, se abre una nueva posibilidad. Personalmente me golpea; yo no creía en el triunfo de Allende. Me cambió el panorama en absoluto. Pero poco a poco fui entendiendo las discusiones, y me fui integrando también a la dirección del MIR. Vivimos un periodo que debimos aprender a aprovechar. Se ampliaron las libertades democráticas.

Entonces, en noviembre de ese año, la dirección del MIR me planteó a necesidad de me incorporara al grupo de seguridad del Presidente Allende. Nunca tuve un impedimento al respecto. Para ese momento, yo ya me había dado cuenta que mi futuro no estaba en la Universidad, en un liceo, en una escuela... Estaba completamente involucrado con la actividad política permanente. Me incorporo al grupo de seguridad presidencial (no a la escolta; hay muchas secciones), y permanezco ahí hasta agosto de 1971, cuando el MIR –por discrepancias políticas– requiere a la parte más importante de sus miembros que tiene en el GAP.

Viajo al sur y realizo algunas actividades en la provincia de Cautín. Se produce entonces un hecho muy lamentable para el MIR –para la izquierda–: por un accidente estúpido, consecuencia del cansancio y la desconcentración que nacían de la actividad permanente de esos días, muere uno de los líderes más importantes de la comisión política. Una estufa de gas que estaba prendida en su habitación se apaga, él no logra despertar, y el gas sigue saliendo. Muere asfixiado. Su funeral, el funeral de Luciano Cruz, es quizá la manifestación más grande del MIR. Llegaron trenes de

campesinos desde el sur; la gente tomó los trenes para llegar. Fue una marcha de treinta mil a cuarenta mil personas. Fue una gran conmoción política. El Presidente Allende concurrió también al velatorio.

Eso determina que el comité central del MIR dicte que cada miembro de la comisión política debe tener un ayudante, con el fin de evitar ese tipo de accidentes absurdos. Quizá si esa noche el compañero hubiera estado acompañado, el accidente no habría acontecido. El cúmulo de actividades hasta altas horas de la madrugada te impedían poder reaccionar normalmente.

Un miembro de la comisión política, que había sido Secretario Regional en Cautín, que yo conocía de antes y que era mi amigo, me había planteado la posibilidad de que yo me transformara en su ayudante. Yo le dije que sí inmediatamente. Así estuve alrededor de un año, hasta que en octubre de 1972 la Dirección General de Cautín gestiona la posibilidad de que yo regresara al sur.

Después de “tiras y aflojas”, la Comisión Política aceptó y fui destinado como Jefe de Comité local en la precordillera, en la zona de Junco. Ahí estuve de noviembre del '72 a mayo del '73. Me pasé a transformar en miembro sin cartera del Comité Regional, vinculado al trabajo estudiantil. Posteriormente, en agosto -a menos de un mes del golpe de Estado- me trasladan a la provincia de Malleuco, al norte de Cautín. Y en esas actividades fui detenido en Temuco por personal de la Policía Civil de Investigaciones, el viernes 4 de octubre de 1973.

El 17 de septiembre de 1975, dos años después, fui expulsado del país. Llegué a Francia, donde el gobierno me estaba tratando -de manera no oficial- como ciudadano francés, por ser tercera generación de franceses (no registrados; mi abuela paterna y su familia emigraron a Argentina cuando ella era muy niña... atravesaron a pie la cordillera para llegar a Chile, a la zona minera de Coronel. Vengo de una familia muy humilde. Y bueno, todos ellos venían de Francia, aunque ni ellos ni mi padre se vincularon nunca a un consulado o una embajada que les diera el reconocimiento de nacionalidad). Estuve alrededor de dos meses en el Gran París y después viajé a Holanda, donde estaba mi hermano (que había estado ocho meses asilado en la embajada). Eso fue a principios de diciembre del año '75, y desde entonces vivo en Holanda.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: A usted, ¿por qué lo detienen? ¿Lo andaban buscando; alguien lo delató?

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Mi nombre no estaba en ningún bando de los que llamaron a presentarse ante la policía. Fui sorprendido e intenté escapar, pero no pude. Tuve la mala suerte de que un policía de investigación había sido compañero mío en la escuela primaria y me reconoció. Después vieron que mi nombre era conocido, en el plano político, por haber sido dirigente estudiantil y por haber enfrentado en la calle, en 1968 y en el marco de las luchas por la reforma universitaria, al Presidente de la República.

En ese evento mi hermano, dos compañeros más y yo fuimos detenidos, y tuvo una resonancia relativamente nacional específicamente porque mi padre era funcionario del gobierno y nosotros, sus hijos, andábamos en la calle enfrentando al Presidente. En realidad fue una cosa casi circunstancial. Andábamos en la calle protestando, efectivamente, a eso íbamos. Pero el hecho de que nos encontráramos con Eduardo Frei Montalva fue pura casualidad... lo grave fue que le detuvimos el vehículo en pleno centro de Temuco, y como llevaba un chofer de Temuco (no policial), se paró. Si hubiera sido un conductor policial, nos arrasa.

Y bueno, ese fue el hecho por el cual yo tenía un antecedente. Sin eso, a lo mejor no hubiera sido aprehendido. Lo pongo en duda; no sé. Mi hermano posteriormente fue buscado con afiches y fotografías.

El primer interrogatorio, la primera sesión de tortura, estuvo referido a si yo había sido miembro del GAP. Cosa que me espantó, porque ese mismo día yo había almorzado con un compañero, y escuchado por la radio el bando militar donde informaban de la muerte de tres o cuatro compañeros que habían intentado escaparse. Uno de ellos era el director de la Universidad de Concepción en Los Ángeles, muy amigo mío, que estaba detenido desde el 11 de septiembre en Los Ángeles y después en Temuco (justo anoche tuve la suerte y la alegría de encontrarme con su compañera, a quien no veía desde el año '70 o '71). Y en ese mismo bando informaban la muerte de un compañero cuyo nombre no recuerdo, que no reconocía, y a quien estaban señalando como miembro del GAP. Cuatro horas y media más tarde yo estaba detenido y me estaban haciendo preguntas sobre lo mismo.

El interrogatorio verbal fue absolutamente parvulario; infantil. El comisario tenía una carpeta y estaba sentado al frente de ella. Había unas tres personas al lado de él y unas cinco o seis detrás. Fue absurdo: abrió la carpeta y dijo “tenemos todos tus antecedentes... Fuiste dirigente estudiantil de la Universidad de Chile.” “¡Obvio!”, pensé yo. Todos los docentes y estudiantes de los últimos seis años sabían que yo era dirigente estudiantil. “Detenido en tal fecha por intento de agresión al Presidente de la República”. Pues claro, si *El Mercurio*, *La Nación*, *La Tercera* o *La Segunda* y todas las radios nacionales habían cubierto esa noticia. Bah... es que toda la información que tenían la había leído hasta un ciego. Y el comisario me dijo: “Mira, muchacho: sabemos todo de ti. No me voy a cansar leyéndote el resto; mejor cuéntamelo tú mismo”.

Yo en son de broma siempre digo que de imbécil solamente tengo la parte externa de la cara. Y me di cuenta inmediatamente que a partir del año '68 o '69 desconocían toda mi historia. Me había facilitado las cosas el hecho de que, en diciembre de 1970, me había ido de Temuco para venir a Santiago. A partir de ahí no aparecí en fotos ni nada. Es probable que alguna información se haya filtrado a través de mi familia o del partido, pero no había muchos datos. En Santiago no hice ostentación de mi militancia ni enseñé mis credenciales, pero por algún lado se filtró la información.

Entonces, al día siguiente del interrogatorio me mandaron a la sala de tortura. Yo había leído sobre cosas que habían pasado con la policía civil en el gobierno de Frei... de compañeros que habían detenido y que habían sido torturados. Había leído reportajes en la revista *Punto Final* sobre los métodos de tortura que usaban los escuadrones en Brasil. Desde el punto de vista teórico yo estaba al tanto de todo; en la práctica, no. Te ayuda saber todo eso, pero no basta. Y ahí, como error propio de la inexperiencia, me muerdo intensamente la lengua y me la corto a la mitad. Sangro profusamente. Me acuerdo que ese día usaba ropa de verano blanca, que quedó completamente manchada de rojo.

Al día siguiente, me llevan al regimiento. Era un día sábado, y para mi fortuna ni los torturadores ni el resto de los “funcionarios públicos” trabajaban el día sábado. Entonces logré pasar directo a la oficina del Jefe de la oficina de Inteligencia. Ese señor lamentablemente hoy está fallecido; no pudimos nunca completar un proceso contra él. Se llevó a la tumba todos los secretos que todavía hoy andamos buscando. Y bueno, rápidamente me di cuenta que este señor no sólo desconocía mis actividades políticas, sino que desconocía mi existencia como persona. Él me vincula solamente a mi hermano. Mi hermano había sido el interventor de un fundo que los militares

allanaron dos semanas antes del golpe de Estado, usando helicópteros de la base aérea de Temuco. Desde esa fecha, ¡dos semanas antes del golpe!, ya se estaba torturando a gente en Temuco. En pleno gobierno democrático, en pleno periodo de la Unidad Popular, los militares torturaban en el sur. Colgaban a campesinos de los helicópteros y los echaban al mar.

Pero el único vínculo que tenían conmigo era el de mi hermano. Los interrogatorios, las torturas posteriores, todo fue para lograr saber dónde estaba él.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Su hermano estuvo preso?

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: No, mi hermano nunca. Él estuvo ocho meses asilado en la embajada de Holanda y en el mes de julio de 1974 recibió el salvoconducto para abandonar Chile. Si a él lo hubieran detenido, en este momento no tendría hermano. Además, estaba magnificada su actividad política. Según ellos, tenía vínculos con todo el mundo.

Yo leí una declaración jurada de un ex preso político que había estado detenido en esa zona, en la costa de Cautín. Él fue interrogado por el ex fiscal que ahora está preso en Europa³²⁵. Podlech le pedía que entregara información acerca de un submarino ruso que andaba rondando la costa, y él no sabía ni qué responder. ¡Imagínate! Creían que de verdad estábamos vinculados con todo. Era absurdo. El productor de una película surrealista italiana no habría encontrado mejor tema que los interrogatorios que nos hacían a nosotros.

Yo sabía entonces que el tiempo jugaba un rol importante. En algún momento iba a llegar algo de información, producto de la tortura a los presos y producto de la delación. Y así fue. Llegó un momento en que el médico de la cárcel me examinó y me envió a la enfermería. Era como un pequeño hospital. Y dio la orden de que no me sacaran en un tiempo prudente, porque yo estaba muy mal. No creo que fuera para salvarme, más bien era porque yo no estaba en condiciones de poder decir nada útil.

Además, yo era un tipo con suerte. Siempre lo he sido. Mi madre era cirujano dentista; la única que tenía, en ese entonces, la especialidad en maxilofacial del hospital regional de Temuco. Ella había trabajado con este doctor y lo conocía bien. A pesar de que ella fue expulsada de su trabajo pocos días después de que yo fui detenido, siempre quedó ese contacto profesional con él. Y este médico sabía que yo era pariente de su amiga doctora. El trato hacia mí era distinto: ya no era un paciente más; era el hijo de la colega. Me dijo: “aunque estés apresado, me alegra que estés aquí”.

Nosotros teníamos días de visita los miércoles entre dos y cuatro de la tarde. Estaba en la enfermería cuando me llamaron para decirme que tenía visita en el patio. Había cientos de personas ahí. Caminaba con dificultad y traía poca ropa puesta. Después de la visita regresé a la enfermería, ya con ropa limpia y más aseado. Me detuvo un gendarme, me preguntó mi nombre y me dijo: “vaya a cambiarse de nuevo; póngase algo más de abrigo porque tiene que irse a la fiscalía”. Fiscalía era la palabra que usaban para decirte que ibas al regimiento a ser interrogado.

Me preocupé, porque normalmente a uno lo sacaban a interrogatorio a las ocho u ocho y media de la mañana, y eran casi las cinco de la tarde. La experiencia me decía que la gente que salía a esa hora no volvía. Me acuerdo que ese mismo día había conversado con mi padre y le había dicho que el círculo se estaba cerrando. Yo

³²⁵ El entrevistado se refiere a Alfonso Podlech, cuyo caso se analiza más detenidamente en la conversación de la investigadora con Herman Carrasco y Víctor Maturana. Véase la entrevista transcrita.

ya comenzaba a percibir señales de que había menos gente, un círculo más apretado del que podía empezar a salir información. Le dije: “intenta hacer algún contacto en la Iglesia que pueda hacer notar que estoy acá adentro”.

Me acuerdo también que en ese momento, entre los cadetes que estaban haciendo el servicio militar en el regimiento, me encontré con una persona a la que conocía. Era estudiante de la universidad. Y como yo había sido miembro encargado del Comité local del Partido en la zona de la precordillera, sabía que él había sido el jefe de los organismos de trabajo. Cuando lo vi ahí, me pareció más que mera coincidencia. Quise pensar que era coincidencia, pero no. Media hora después nos sacaron y nos subieron a un helicóptero que aterrizó en medio del regimiento. Ahí, en el helicóptero, ya venía otro pasajero. Los dos nuevos pasajeros lo conocíamos, porque él era de esa zona y era, entre otras cosas, el Presidente del Consejo Comunal Campesino. Ahí supe que nada era coincidencia.

Hasta ese momento, a un mes y medio de mi detención, aún no tenían información sobre mí. No sabían con quién vincularme. Me ligaban a la izquierda, pero eso iba desde los de derecha arrepentidos hasta la ultra izquierda. Era un espectro demasiado amplio. Y bueno, me di cuenta inmediatamente que nos llevaban hacia la cordillera, a la zona de precordillera. Aterrizamos en una oficina de carabineros y sale un comité de recepción con unos oficiales del ejército y el ex alcalde del pueblo. Dicen: “aquí vienen llegando los terroristas de Temuco”.

Esa noche, en la sesión de interrogatorio y tortura, me hicieron preguntas a causa de la delación de otros. Un compañero del MIR les había entregado información completa sobre mí; prácticamente les recitó mi currículum. Probablemente en un principio habló por la tortura, pero posteriormente se puso a trabajar al servicio de ellos. No sólo delató, sino que fue con ellos a buscar compañeros nuestros. Entregó gente. Yo permanecí 24 horas detenido en esa celda y lo vi golpear campesinos. Después supe que había trabajado en Argentina, también buscando gente.

Vendado, amarrado y colgado, escucho que él delata parte de mis actividades políticas. Dentro de mí, la cabeza me empezó a dar vueltas. “¡Lo conozco; lo conozco! ¡¿Quién es?!” Podía ser una trampa para hacerme confesar. Pero me quedaban dos opciones: desconocer lo que estaba diciendo (lo cual era absurdo, porque ahí me conocían todos) o pensar cómo seguir resistiendo. Con diez kilos de peso menos, con un corte de pelo malísimo, sin mi bigote de mirista, yo pensaba cómo resistir. Los pacos golpeaban a mansalva y uno tenía que pensar, a cómo diera lugar, qué hacer para no caer.

En ese momento reconozco la voz y me doy cuenta que ya saben todo de mí. Me agarran y me gritan: “¡un mes llevas haciéndome perder el tiempo!”. Y bueno, así sigue el interrogatorio. Ahí tuve una experiencia que después fue muy importante para mí: fui el primero que vio, porque estaba sin venda en los ojos, a uno de los jefes operativos del Regimiento de Tucapel. Él dirigió la tortura de ese día. No me torturo físicamente él, pero sí psicológicamente.

En esos días, a esa edad y con esas convicciones, todos nosotros estábamos dispuestos a morir. Pero no sé, en ese momento a uno le pasa de todo por la mente. “No me puedo mostrar débil. Tengo que morir dignamente”. No te digo que por dentro, el miedo era extremo. Y ahí estaba, intentando comportarme de lo más tranquilo posible. El individuo tiritaba y tiritaba, hasta que un oficial que estaba por ahí le dijo: “mi teniente, tranquilícese; ya tenemos suficiente información”. Y ahí me vine a dar cuenta que el individuo que estaba dirigiendo la tortura esa vez, y que la

había dirigido por lo menos la noche anterior también, era teniente del ejército. Eso fue en noviembre del '73.

El 10 de diciembre de 2007, aquí en Santiago, nos enfrentamos en un careo él y yo. Vine desde Holanda a encontrarme con él y lo acusé de las mismas cosas que te he contado hasta ahora. La diferencia entre nosotros era que él estaba ahora como inculpado y yo era uno de los testigos acusadores. Hasta el día de hoy, él sigue negando haber estado en la zona; dice que no me conoce y que él nunca tuvo nada que ver con los presos políticos. De cualquier forma, hoy lo están procesando por el asesinato de siete militantes comunistas en el regimiento de Tucapel. Está detenido en Temuco, con un arraigo que le impide salir del país.

El ministro que está a cargo de todas las investigaciones de los procesos penales de este tipo me está convocando para el próximo martes en Temuco, para que rinda declaración. Tenemos la certeza de que va a ser condenado.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Por qué no ha sido condenado hasta ahora? ¿Qué falta?

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Puff... ¿Por qué no ha sido condenado hasta ahora? ¿Tú sabes que hay dos miembros de las Fuerzas Armadas -¡dos!- que están cumpliendo condena por haber torturado? Dos.

Seis años atrás, la Comisión Valech reconoció como presos políticos y/o torturados a 28,000 chilenos. Tengo la impresión que la segunda etapa de la Comisión, que terminó su período hace un mes, va a doblar la cantidad de reconocidos como ex presos políticos y/o torturados. Imagina que en esa época, la Iglesia Católica sostenía que en Chile llegaron a haber 100,000 presos políticos. Los 28,000 reconocidos son apenas una parte de eso. ¿Cuántos de ellos fallecieron a causa de la tortura o desde el recuento de la cifra? Hay que pensar en eso: muchos ya no están para contar su historia. ¿Cuántos murieron en el exilio? ¿Cuántos de ellos no supieron de la existencia de la Comisión Valech? ¿Y cuántos de ellos no se atrevieron a hablar? ¿Cuánta gente vive con miedo, diez o veinte años después del término administrativo de la dictadura? Hoy día tienen que haber más testimonios de los que fueron “aprobados” en el informe de la Comisión hace seis años atrás.

Si ya en los primeros meses de la dictadura en el exterior se hablaba de 100,000 presos políticos. ¿Sabes de eso, no? Lo que tanta gente llamó “la campaña comunista”: decir afuera lo que pasaba acá adentro. Sólo en la cárcel de Temuco – construida para alrededor de 300 presos comunes- mis compañeros y yo llegamos a ver alrededor de 600 presos políticos.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Me imagino que la gente confía muy poco en esas comisiones, dado que hay muy pocos procesados a raíz de los informes y que, en realidad, han aportado poco a la justicia penal...

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Claro. Es que, ¿por qué no han sido procesados? ¿Por qué no están condenados? Por una decisión política de la Concertación.

El primer presidente post dictadura, Patricio Aylwin, fue el jefe político de la oposición intransigente al gobierno de Allende. Cuando se planteó durante su presidencia el tema de las violaciones a los Derechos Humanos, él dijo: “se hará justicia en la medida de lo posible”. ¿Qué esperamos del poder judicial? ¿Qué esperamos de quienes saludaron con beneplácito el 11 de septiembre? Si el entonces Presidente de la Corte Suprema, Enrique Urrutia Manzano, encabezó la delegación

chilena para la transmisión del mando en Argentina? ¡Encabezó a la reacción chilena oficial cuando Perón asumió la Presidencia en Argentina!

Yo estuve, en septiembre del año '75, en un recinto carcelario construido para detenidos por crímenes con cheques, fraudes, etc. Y ahí llegaron ex ministros de Pinochet durante la dictadura. Los magnates llegaban ahí. Era un hotel de cinco estrellas, comparado con las cárceles donde se tenía los demás. Y eso que la justicia chilena dictaba dos visitas anuales obligadas, para que algunos auditores revisaran las cárceles y aprobaran las condiciones, los materiales y la forma de vida que se tenía en esos lugares. Por más que la población del penal exponga sus quejas o peticiones, no hay cambios. Bueno, hay cambios diez días antes del chequeo, porque todos los directores están sobre advertencia. Ahí nos tenían a todos: limpiando, lavando, escombrando. Dos días antes, veíamos carne, agua, pan recién hecho.

Y bueno, esa cárcel de magnates se transformó entonces en un lugar de tránsito para presos políticos que iban desde la cárcel de Temuco al aeropuerto. Entonces, el Presidente de la Corte Suprema, [José María] Eyzaguirre, fue a inspeccionar el penal. Entró, vio la primera sala, dio media vuelta y se fue, dando por terminada la visita. Yo estuve presente para las visitas del '74 y del '75. Y el Presidente de la Corte de Apelaciones, ¡el jefe del poder judicial de la zona!, fue al penal a comer un día. Me acuerdo que dijo algo como: “¡Nunca, ni en mi casa, había comido mejor que aquí!” Pero cuando un preso iba a presentar una queja, el oficial de gendarmería estaba ahí para tomarle los datos. En cuanto el preso salía de ahí, lo llevaban a torturar, y así aprendía uno a nunca jamás quejarse.

Todo estaba podrido. ¿Y cuándo se produce un cambio real? Cuando el juez Garzón ordena la detención de Pinochet en Inglaterra. En el plano judicial, en el plano de los Derechos Humanos y en el de la justicia chilena, hay un antes y un después de ese día. Se multiplicaron por cientos las querellas contra Pinochet. Llegó un momento, ha unos años, en que la Corte Suprema determina designar ministros con fuero especial. Miembros de la Corte de Apelaciones que se dediquen exclusivamente a investigar los atropellos a los Derechos Humanos.

En función de eso, en un viaje del Ministro [Héctor] Carreño a Temuco el año 2007, se convoca a prestar declaraciones. Eso fue en mayo/junio. El 10 de diciembre de 2007 vine nuevamente a Chile, al careo que te contaba hace rato. Fue hermoso. El día de la celebración de los Derechos Humanos y el primer aniversario de la muerte del dictador Pinochet.

Todos declaramos en esa convocatoria. Y no sabes, de verdad no puedo expresarte, los deseos que tengo de que el martes que viene el Ministro me diga: “Señor Alarcón, ¿hasta cuándo está usted en Chile? Quiero carearlo nuevamente con el fiscal.” Eso espero, de verdad. Pero si no acontece, no me preocupa. Tengo ya la convicción, la certeza, que este miembro del poder judicial está haciendo todo lo posible por encontrar la verdad. O parte de la verdad.

En Cautín, en la novena región, no hay padres sin hijos desaparecidos. La mayoría son Mapuche. Intelectuales, alumnos que completaron la universidad, luchadores sociales incansables. Y no hay, no habrá nunca, ni una calle escondida en lo más remoto que lleve sus nombres. Ellos fueron parte fundamental de un movimiento; creían en algo, creían en el futuro. Querían ir en otra dirección. Y hoy día tenemos la dictadura más perfecta y disfrazada que existe en el mundo.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Cuáles son las características de esta nueva dictadura?

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Son terribles. No hay ni un periódico donde tenga acogida la oposición. La Concertación tiene el dominio de todo. Y eso que uno mismo no sabe cuál es la frontera entre la Concertación y la oposición. Hay matices, claro, pero el contenido básico es el mismo. Y todos leen lo mismo. Tú dime: ¿cuántos chilenos crees que leen la Revista *Punto Final*? ¿Mil personas? Y de esas mil, quizá algunos lo compartan con sus conocidos. Vamos a pensar que la leen 5 mil chilenos. 5 mil de entre 16 millones.

Los medios de comunicación empezaron a cubrir la huelga de hambre de los compañeros Mapuche a los setenta o setenta y cinco días. Mucho antes cubrieron lo que pasó con los 33 mineros; todo el mundo estaba al pendiente de que salieran vivos. Pero, ¿cuántos queríamos ese *show*? No son tontos, ¿eh? No son nada tontos. Todo lo usan. Y son efectivos a tal punto, que en la encuesta del mes de octubre, Piñera subió su nivel de aceptación. Quizá no lo quieren tanto como a Michelle Bachelet, pero ya va subiendo.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Aprovechó para dar una gira por el mundo, ¿no?

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Exacto. Pero, ¿qué pasa en el fondo? Nada. ¿Qué pasa con la reconstrucción? ¿Qué pasa con las mineras que están ahora protestando en las minas del norte? ¡Es que no se sabe nada! A la gente no le interesa: mientras haya *Ripley* o *Falabella*³²⁶ y puedan pagar todo en cuotas, todo está bien. ¿Qué va a pasar cuando se cansen de los 33 compañeros mineros? Imagínate el porrazo que se van a pegar. Ellos ahora están convencidos de que se están codeando con la cumbre del poder. Canta para ellos Olivia Newton-John, les hacen fiesta en todos lados... Qué horror.

Ese es el Chile de hoy. Mira: acabo de entrar a una tienda en Temuco. Así, ignorante e ingenuo, sin idea de cómo son ahora las formas de comercialización. Fui a buscar una casaca, porque tú sabes que la primavera de Temuco no es igual a la de Santiago. Costaba 25,000 pesos y estaba rebajada a 14,000. “¡Ah, la compro!”, pensé yo. Intenté pagar con una tarjeta de mi banco, pero me dijeron que así costaba más. Yo estaba confundidísimo. Antes, si comprabas algo de contado era más barato. Ahora, el descuento sólo lo hacen si compras el objeto en cuotas. A plazos cuesta menos, dicen, pero en realidad te amarran con intereses. Qué ingenuo fui; ¡yo aún traigo en la cabeza el Chile republicano!

¿Y cuál es la diferencia entre Chile y el mundo occidental desarrollado? En esos términos, ninguna. Todos somos igual de consumistas. Pero en Holanda, donde vivo yo, la gente está informada de lo que acontece. Yo lo estoy, o por lo menos tengo acceso a la información sobre prácticamente todo lo que pasa. En Holanda, aunque se consume tanto como aquí, el poder político es transparente. Acá –y esto lo leí hace unos días- el ex Ministro de Minería del gobierno de Lagos era propietario de una mina cuando ejercía como Ministro. Hubo informes –muchos- que decían que su mina emanaba gases tóxicos y tenía que ser cerrada, pero ya sabemos cómo se opera aquí. Quiero ver que un Ministro abogue por que se cierre su propiedad. Esos documentos estuvieron escondidos muchos años. ¡Y estamos hablando de la Concertación!

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: En este escenario que usted me describe, ¿cómo encaja el pasado? Es decir: la gente ha hecho del consumo un nuevo mecanismo de proyección o participación ciudadana; está despolitizada, ensimismada. Cree en la

³²⁶ Dos de las tiendas departamentales más grandes de Chile.

igualdad porque la vive a través de la capacidad adquisitiva de la tarjeta de crédito, pero no la busca a través de la política o la reconciliación con el pasado. ¿Cómo, por dónde o para qué, podemos pensar la memoria en Chile actual?

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Mira, la gente tiene derecho a vivir una vida digna; decente. La gente no tiene por qué tener que usar los mismos zapatos los siete días de la semana. Pero, ¿a costa de qué estamos consumiendo así?

Este fue un país y un pueblo tremendamente politizado. Tú escuchabas a sociólogos, políticos, pensadores de todas partes decir que en Chile había una capacidad de análisis asombrosa. Hablaban entonces de un movimiento de masas fuertísimo. Los trabajadores lograron sobrepasar la fuerza del imperio norteamericano y lograron instalar a un marxista en la presidencia de la república. Como dice la canción: “No era un presidente más”. Se iniciaba un camino nuevo. ¿Y qué pasó? A la gente ahora le interesa más Falabella y los *mall*. Leen *La Cuarta*³²⁷, porque ahí es donde está la noticia sensacional. Nadie se preocupa, ni siquiera, por leer *El Mercurio*. ¿Qué nos pasó?

Pasó la represión más fuerte y brutal. No en términos de números, claro está. Los compañeros argentinos perdieron a más de treinta mil personas y nosotros como a dos mil. Pero si en términos sociales; culturales. En Argentina la represión fue selectiva; aquí pasaron todos por lo mismo. No hay familia que no tenga algún vínculo con la represión. Todos son o reprimidos o represores.

Aquí se acabó con la organización del pueblo. Cerraron todos los caminos. Nos desarmaron. ¿Por qué se ensaya aquí la implantación del modelo neoliberal? Porque estaban dadas todas las condiciones políticas para ello. En ninguna otra parte del mundo hubiera funcionado así: existen sindicatos, partidos políticos, organización y justicia. Pero aquí no hubo nada de eso. Suprimieron lo uno, prohibieron lo otro y negaron lo demás. No quedó nada.

Si un obrero o un trabajador protesta, es muy fácil: lo hacen mirar por la ventana y le recuerdan que la fila esa, la que está afuera y abarca unas diez cuadras, está llena de gente que está esperando que él se queje y lo echen, para ocupar su lugar. Acá pensar significa perder el trabajo. Recordar o criticar es casi como renunciar a una vida digna.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Claro, es que ahí está el conflicto. ¿Cómo conciliar la memoria o la crítica con el bienestar? ¿Cómo rebasar el inmediatismo del consumo?

El Museo de la Memoria y los memoriales están hablando de otro país, uno que la gente de mi edad –nacida en Chile en los últimos años de la dictadura o en los primeros años de democracia administrativa- no reconoce y no entiende. ¿Cómo logramos vincular dos países distintos que tienen en sí mismos valores, propósitos, proyectos y sustentos diferentes?

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Parece imposible. Yo intento creer que la vinculación entre los “dos Chile” es posible, que la hay o que se va a dar. El capitalismo no es perfecto. Va a llegar un momento –o quizá ya ha llegado- en que la gente se va a dar cuenta que no todos comparten un trocito de la torta. Las Farmacias Ahumada está en

³²⁷ *La Cuarta* es “el diario popular” de Chile, según escriben sus propios editores en su página de Internet. Puede verse: www.lacuarta.cl

huelga en estos momentos, por ejemplo. *El Ciudadano*, la [revista] *Punto Final*, todo eso está teniendo sus efectos.

Pero claro, cuando uno ve *El Mercurio*, *La Segunda*, *La Tercera*, *La Cuarta*... es para deprimirse. Ver el poder que tienen *El Mercurio* y *La Tercera* a nivel nacional. ¿Cuántos medios hablaron de la toma de las carreteras en el norte, por parte de los mineros hace unos días? Nadie, todos seguían metidos con el rescate sensacionalista de los 33 compañeros mineros. ¿Y dónde están los diarios que cubren la reconstrucción? No hay. Va a llegar el invierno y hay miles de personas que no tienen un techo, pero nadie dice nada.

De cualquier modo, creo que hay gérmenes. La diferencia con la década de los '50, los '60 o los '70 es que en esa época había organización política. El Partido Comunista era fuerte, estaba el Partido Socialista... Había un fuerte arraigo en los sindicatos. Ellos fueron el motor de la conciencia construida lenta y paulatinamente, de la conciencia tenaz y permanente. En el '58 casi se conquistaron las elecciones. En el '64 también; ya en el '70 se logró. Pero hoy día no convocan a nadie. ¡A nadie!

Imagínate que, después del Soviético y algunos casos europeos como el italiano, el Partido Comunista chileno era el más fuerte de todos. ¡El más fuerte! Y ahora, ¿a cuántos convoca? Algo similar pasó con el Partido Socialista. O con la Central Única de Trabajadores. ¿Cuántos trabajadores están representados hoy ahí? ¿Qué beneficio les genera estar afiliados?

Pero, a pesar de todo eso, sí hay otro tipo de organización. Están las huelgas de las mujeres en las minas o la huelga de las Farmacias Ahumada. Está la casi-revolución de los pingüinos. Si en Chile hubiera habido una organización de trabajadores, el curso de la Concertación hubiera sido otro. Mira que los trabajadores no han tenido ningún discurso, eh... Han sido los cabros mocosos, esos a los que nadie hacía caso, los "hijos de la democracia", los organizados. Ellos, que ni siquiera habían nacido en el último año del dictador.

Ahora se han quitado tres horas de historia a la semana para dárselas al lenguaje y las matemáticas, como si el problema fuera la cantidad de horas. El problema en Chile es la pésima calidad de los educadores. Si tú no logras que los muchachos aprendan matemáticas en una determinada cantidad de horas, ¿realmente crees que las van a aprender con tres horas más a la semana? El problema entonces, ¿cuál es? La pedagogía. ¿Por qué cuando uno está en la Universidad cambia de profesor cuando uno no entiende las cosas? Porque el problema no es el tiempo, es la pedagogía. O sea: hemos negado la causa última de la mala educación. Ponemos más horas de estudio y listo, ¿ves?

Nunca vamos a las raíces, pero es eso lo que tenemos que hacer. Y bueno, no le pidamos peras al olmo. Tenemos a Piñera en la presidencia... La cosa es que, a pesar de los agentes políticos de turno, a pesar de todo, tenemos que empezar a hacernos cargo de los problemas más fundamentales.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Entonces, el Estado mismo no está haciendo nada para provocar un diálogo. No hay un impulso institucional a que la gente se organice; al contrario. De ahí no va a venir un proyecto de memoria o, en este caso, ni siquiera de historia...

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: ¿Qué ha hecho el Estado para preservar o promover la memoria? ¿El Museo de la Memoria? ¿Algunas donaciones para la construcción de memoriales? Sí, y es bueno que se haya hecho. Esas cosas son buenas. Buenas, pero no suficientes.

Recuerdo cuando ví un trabajo mío colocado en uno de los muros del Museo de la Memoria. Casi lloré. Es como si a un pintor pobre, desconocido y autodidacta de una pequeña provincia del país más remoto del mundo le colocan su obra en el [Museo del] Louvre. Es así de remota la posibilidad de que tú estés representado en un sitio de estos. Y sí, casi lloré.

Chile está plagado de memoriales. Y faltan más todavía. Y no quedará mucho tiempo antes de que alguien se ponga a crear una empresa llamada “Memoriales tours”.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Claro, hacer de la memoria un mercado, también.

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Un tour de la memoria: “Los llevamos por aquí y por allá”.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: De hecho existió ese tour.

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: ¿¡Existió!?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Sí, recuerdo haber visto la propaganda. Un paseo por La Moneda, el Estadio Nacional, Londres 38, etc. Y te llevaban a comer a algo así como “un restaurante famoso entre la izquierda chilena de los setentas”.

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Ufff, qué horror. Y podrían hacer uno también que abarcara desde Arica hasta Magallanes. Acá se torturó en todas partes. Pero bueno, lo que digo es que es bueno que existan memoriales. Es bueno que haya todo lo que hay. Pero la memoria, la otra, la real, se expresa sólo en el proyecto de no olvidar lo acontecido y de recuperar lo perdido.

Yo estuve hace tres semanas atrás en una charla en la sede de la Universidad de Concepción en Los Ángeles. Hablamos de un proceso por violaciones a los Derechos Humanos, a cargo del abogado Roberto Garretón, que se inició hace varias semanas. Nos informaron que el proceso terminaría con la inauguración de un monolito memorial, en homenaje a cuatro estudiantes desaparecidos y al director de esa sede. Ahí en la charla me encontré con gente a la que no había visto desde el año '70 o '71. Todos coincidimos que el memorial iba a ser algo genial. Se va a abrir el 3 de diciembre allá en Los Ángeles y todos intentaremos estar ahí. Y Garretón también nos contó que el memorial que a él le gusta más está acá en Santiago, pero que siente una lástima profunda de que esté allá en el Cementerio [General]. Y sí, ¿de qué sirve un memorial tan lindo en un lugar por donde nadie pasa?

Un memorial tiene que cumplir la función de que la gente se pregunte por las cosas. Que pase por ahí y piense: ¿por qué está esto aquí? Tiene que hacer que la gente lo recorra y termine pensando: “Nunca Más”. Además, para mí la memoria no tiene solamente que ver con los nombres de los detenidos-desaparecidos o los ejecutados políticos. Tiene que ver con nuestra historia.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Preguntar: ¿por qué murieron? ¿Para qué?

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Sólo así la historia tiene sentido. Los muertos no son cifras, son luchas, sacrificios. Y hay que escribir eso en algún lado, porque basta ya de que la historia sea escrita siempre por los vencedores.

A nosotros nos enseñaron que éramos superiores a los argentinos, peruanos y bolivianos. Que los bolivianos y los peruanos habían cometido las atrocidades más grandes contra Chile en la Guerra del Pacífico y que el pueblo chileno no había sido más que heroico. Nos ocultaron la verdad de la misma forma que después nos ocultaron las atrocidades de la dictadura; las masacres y las persecuciones. Mintieron acerca de los culpables y nos pintaron otro cuento. ¿Desde cuándo somos los chilenos los ángeles del mundo? Los vencedores siempre se han burlado de los vencidos.

Me acuerdo de alguien que alguna vez dijo: “Chile inició el siglo XXI en peores condiciones de las que tenía cuando inició el siglo XX”. El siglo XX se inició con un movimiento obrero y abundancia de información. El siglo XXI empezó con un pueblo aplastado, desinteresado, temeroso e ignorante. Y no es culpa de los sujetos que hoy deberían ser parte de un movimiento social que nos cambiara; es consecuencia de nuestra historia y nuestros errores presentes.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Usted estaría de acuerdo con la idea de que la dictadura chilena fue la más efectiva, la más contrarrevolucionaria y exitosa de todas las de América Latina?

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Sí, es evidente. En todos los planos es clarísimo. Chile fue revolucionario hasta 1973. Fuimos guevaristas, sandinistas, republicanos con la muerte de Franco. Vivíamos el lema de París: “seamos realistas; pidamos lo imposible”. De todo eso ahora no queda casi nada.

Todavía sentimos lo mismo. O por lo menos yo. Si dejo el plural y hablo por mí, claro: sigo sintiendo todo eso. Me uno al zapatismo o al movimiento de los pingüinos.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Sólo así se puede hablar de la resistencia en Chile? ¿En singular y primera persona?

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Pues... digamos que yo no represento a nadie. No sé si hoy hay lo que alguna vez hubo. Siento las cosas por mí, pero ya no hablo de colectivos.

Llega un momento en la historia personal en que uno se pone a pensar. En mi trayectoria política, un día me dije: “Hasta aquí. Ni un paso más con la militancia.” Sigo convencido de que no será posible un cambio real sin un partido político, pero creo que lo que hay ahora en Chile no da para que yo milite ahí. Yo ya no voy a ver el cambio por el que tantos peleamos.

Cometí errores. Muchos. Errores en mi vida política, en el plano personal; en todos los campos. Fui muy militante. Pero cuando uno se ve enfrentado a las consecuencias de sus acciones, a la desaparición y muerte de sus compañeros, tiene que pensar en lo que hizo. Tiene que saber lo que hizo bien y todo lo que hizo mal para que las cosas se dieran así. Reconocer las propias debilidades. Aquí, muchos siguen pensándose víctimas sin saber pensar en sus errores; en que cada cosa que hacemos tiene consecuencias. Todo lo que yo hice llevó a algo. Y lo bueno y lo malo que pasó también es culpa mía.

La diferencia entre el intelecto de nuestro Secretario General [Miguel Enríquez] y el de muchos de los militantes del Partido era tan abismalmente grande que no pudimos llevar a otra cosa. Mientras uno no sea un colectivo, no genere ideas y piense críticamente desde una comunidad, es difícil llevar a algo. Siempre ha habido grandes líderes: Fidel, el Che, Marcos, Zapata, Juárez, Sandino, Martí, Allende... Lo

que falta a veces es saber seguir. Entender. Participar. Comprometerse. No se trata de cumplir instrucciones, sino de sentirse involucrado. Y eso, justamente, es lo que presiento que no veré más. Aquí no hay compromiso, y esa es una de las razones por las cuales yo no vuelvo a Chile.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Nunca pensó en regresar? ¿Con el plebiscito quizá?

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Nunca, pero no porque no haya querido. Éste es mi país. Veo la cordillera, mi tierra del Copihue, el mote con huesillo, las empanadas... me siento en casa. Pero creo que, sobre todo, son las raíces culturales las que me llaman de Chile. Lo demás quizá se consiga en otro lado, pero la cultura de Chile no. Incluso yo tengo a la familia en Holanda; mi mamá y mi hermano están allá conmigo. Pero el país está acá y se extraña.

Fui parte de algo y quisiera ser parte de eso hoy. Bueno, lo soy en alguna medida. Sigo formando parte de un grupo muy especial, que se esmera por dar pasos en el plano de la verdad y de la justicia. Pero mis hijos nacieron allá. Y me imagino que uno, por lo menos, me hará abuelo en algún momento. Ellos no son de acá, aunque yo sí lo sea. Y yo no quiero, soy incapaz, de partirlas la vida a ellos como me la partieron a mí. Mis nietos siempre tendrán a sus abuelos; no vivirán separados de sus abuelos como sí lo vivieron mis hijos. Cientos de miles de chilenos crecieron en el exilio, sin familia y sin anclaje. Yo no voy a hacerle eso a mi familia, y por eso no vuelvo. Si regreso a Chile repetiría el ciclo: quiebre y distancia. No, yo no.

Si yo fuera millonario, si me sacara el billete de lotería (difícil, porque nunca lo he comprado [se ríe]), vendría muchos meses al año. Viajaría “en primera clase”³²⁸. Pero nadie me asegura que, si nosotros viviéramos en Chile, mis hijos y mis nietos estarán en condiciones financieras o anímicas para visitarnos con frecuencia.

Mis hijos tienen 33 y 30 años. En esos treinta años, quizá han estado en Chile seis o siete meses en total. Seis o siete meses de su vida que han podido disfrutar a sus abuelos. ¿Qué es eso? Algo como... un mes cada cuatro años.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Mi asesora de tesis³²⁹ dijo alguna vez que ella sentía la condición del exilio como un desequilibrio emocional. Me ha dado a entender que el exilio rebasa una cuestión de pertenencia; de “ser de aquí o de allá”. Es algo relacionado con sentimientos de pérdida, duelo, robo... Con el ultraje que representó el golpe militar, con ese día que a tantos les robó libertades, vidas y la patria.

Además, hay que agregar el quiebre que el exilio supuso entre la misma izquierda chilena: las diferencias construidas entre “los que se quedaron” y “los que se fueron”. El MIR, por ejemplo, llamó a no asilarse, ¿no? Y los que salieron de Chile sufrieron el rechazo de mucha gente que se quedó. No sé; en realidad es muy complejo. Pero he visto cómo duele. ¿Usted ha vivido eso?

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Sí, claro. Todos lo vivimos. El exilio es la pérdida hasta de la propia identidad. Pero esa pérdida, en lo que a mí respecta, creo que en mayor o menor grado depende de uno mismo.

³²⁸ Las comillas las pidió el entrevistado.

³²⁹ La entrevistadora se refiere a su entonces asesora de investigación, Rossana Cassigoli, directora del seminario de Investigación Permanente “Ética y Política: el sur y otros contextos culturales”, radicado en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM.

Mira: yo llegué a un lugar que no tiene ninguna similitud con Chile. La geografía es distinta; las montañas, las alturas, el aire, todo es diferente. Cada vez que llego a Santiago y me toca a subir un edificio, ¡me apunto! [Se ríe] Imagínate, si llevo veinticinco años viviendo casi debajo del nivel del mar. Pero todo depende de uno. ¿Qué tan fuerte puedo ser?

Hay que asumir el exilio como consecuencia de tu militancia política. Creer que era más importante lo que estábamos construyendo que el dolor que nos genera el exilio ahora. ¡Porque lo era! No podemos andar por la calle pensando en el copihue, en la cordillera de Los Andes, en el mote, en las empanadas... Si uno sigue pensando que las manzanas chilenas son las más ricas del mundo; si uno sigue vanagloriando a la bandera chilena por haber ganado premios que ni siquiera existieron; si uno piensa que las mujeres chilenas son las más hermosas del mundo... ¿Qué queda? El suicidio. Uno acaba por suicidarse física, emocional o mentalmente. Nadie puede vivir en la añoranza; nadie soporta rechazar todo por tanto tiempo. Existió un movimiento social; existieron los partidos políticos; existió nuestra pasión; existió nuestra entrega. Si uno estaba dispuesto a perder la vida por ello, tiene que estar dispuesto a vivir también el exilio.

Yo tengo problemas auditivos a consecuencia de la tortura; ya te has dado cuenta. Tengo un oído que está prácticamente al cero por ciento. Estoy en lista de espera para que me pongan un implante y oír mejor. Tuve problemas de espalda durante muchos años. Desde la cárcel, incluso, ya me sacaban al hospital para hacerme fisioterapia. Eso duró mucho tiempo. Pero estoy vivo y viví lo que viví. Lo asumo, porque es necesario hacerlo. Siempre me dije que había que salir adelante; siempre me repetí que yo había hecho todo lo posible.

Y claro, me gustaría venir más a Chile. Siempre tengo ganas de venir, pero no puedo. Desde el punto de vista financiero es imposible: vivo con una pensión modesta de profesor jubilado. No me quejo; con las ayudas sociales de Holanda me va muy bien. Pero bueno, otra cosa es venir a Chile con frecuencia. Y si emigrara, si regresara a Chile, tendría que vivir con la pensión sola; sin las prestaciones sociales. En estos días tan caros, imagínate. Yo no podría pagarme ni una casita. Así que las dos cosas me retienen allá: lo caro que es venir a Chile y la afectividad emocional que me liga a Europa.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Así que, si existieran las condiciones, usted viviría en Chile sin problema, ¿verdad? Me llama la atención eso, porque yo he oído decir a la mayoría de los exiliados que conozco que para ellos el retorno es imposible. Gente que yo admiro me ha dicho, por ejemplo, que cada vez que nace un nuevo edificio, sus ojos ven -más que la construcción nueva- lo que había ahí debajo. Que el Chile de hace tantos años vive en las retinas de la gente que se fue, y que eso es doloroso o traumático³³⁰.

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Pues sí, creo que eso es un trauma. Es que entonces no hay solución. Esa mirada que retiene el pasado así, hace imposible el regreso. ¿Y entonces, qué? ¿Hay que vivir en la luna? Entiendo que debajo de muchos de estos edificios hayan historias terribles. Restos, muertos, olvidos. Pero hay que habitar los lugares; recuperarlos, no huir de ellos.

³³⁰ Reflexiones compartidas por Rossana Cassigoli, titular del seminario “Ética y Política”, durante eventos académicos en el año 2010.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: El Museo de la Memoria, de hecho, se construyó ahí por eso, ¿no? Creo que iba a ser una estación de buses o algo así. Encontraron restos humanos durante la excavación profunda y hubo que parar el proyecto...

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: No lo sé bien, pero suena muy probable.

La cosa es lograr que a uno no le dé miedo la historia. Sabemos lo que pasó; lo que *nos* pasó. Pero bueno, hay que seguir pa'lante. ¿Si no qué? Y mira que a mí me cuesta, también. Siempre veo el lado negativo de las cosas; siempre critico. Pero también hay que hacerse responsable de lo que ocurrió, y eso conlleva algo de bondad y positividad. Si a mí me preguntan quién soy o qué he hecho, voy a colocar en mi currículum: "Sobreviviente". Eso he hecho siempre, y para eso estoy hecho.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Nos detenemos aquí?

LUÍS ALBERTO ALARCÓN: Sería lo mejor; ya no te oigo bien.³³¹ Pero sigamos otro día, ¿ya? Sobre Chile siempre hay cosas que decir.

³³¹ [Necesita recargar la prótesis auricular; ya se le ha acabado la pila].

*Entrevista a Herman Carrasco: Parte I.
Ex militante de las Juventudes Comunistas de Chile, ex preso político.
Colaborador de la Revista Punto Final.*

*Oficinas de Herman Carrasco. Santiago Centro.
Santiago de Chile, a 4 de diciembre de 2010.*

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Quisiera explicarle, antes que nada, un poco sobre mi tesis. Yo estudié Estudios Latinoamericanos en la UNAM, que es una carrera que dura como cinco años. En esos cinco años analizamos la historia, la cultura y la política de América Latina en general, aunque a mí siempre me llamó mucho la atención el cono sur, y específicamente Chile. En parte creo que es porque tuve mucha influencia de exiliados chilenos en México, que siguen allá después de tantos años.

Esta tesis, entonces, intenta hacer un diagnóstico de Chile actual, sobre todo en el sentido de memoria y justicia. Para ello estoy tratando de entrevistar, o platicar nomás, con gente que me dé opiniones distintas a las que conozco; quiero conocer a gente que me cuente la historia “desde acá” y no “desde allá”. El exilio me ha dado una base importante para situar el problema que quiero analizar, aunque ahora quiero evitar que ese discurso sea el único que sustente mi opinión. En realidad, su punto de vista ha sido clave para lo que estoy haciendo, porque el dolor que atraviesa las experiencias del exilio hace que su relato sea bien crítico y lúcido. De ahí también que me interese mucho esta división dentro la izquierda chilena misma, producto del fenómeno del exilio, que se describe como “los que se fueron” y “los que se quedaron”.

Y bueno, mi idea es tratar de ver -incluso generacionalmente- cómo construir una memoria de lo que pasó desde la Unidad Popular hasta la postdictadura, pasando por el golpe de Estado y la dictadura, cuando hay tantas brechas sin suturar. ¿Cómo construir una memoria juntos, una memoria colectiva, cuando hay tantas identidades fragmentadas, antagónicas, irreconciliadas?

Yo veo que los discursos de la memoria que se promueven institucionalmente, desde el Museo de la Memoria o los memoriales por ejemplo, están súper aislados de un contexto social. Siento que la juventud no se siente involucrada en eso, que no entiende bien cuál es la memoria que se quiere crear ni para qué sirve. Entonces, generacionalmente, desde mi edad y desde mi visión, me pregunto cómo construir un relato de la memoria y la historia de este país.

Entonces traigo tres propuestas de tema de los que podemos hablar, si a usted le conviene y está de acuerdo. El primero: su experiencia con el gobierno de la Unidad Popular. Así podré ubicar mejor desde dónde -desde qué experiencia- estaremos hablando de los temas que abordemos más adelante. El segundo: la Revista *Punto Final*, que usted hizo favor de regalarme hace unos días y que he estado revisando. Me gustaría mucho que habláramos un poco de esta publicación y del contexto en el que se inserta; de los medios de comunicación ahora, de lo que significan para la ciudadanía y de si permiten o no el disenso o la interlocución crítica. Y el tercero: el juicio del que usted está formando parte ahora, contra el ex fiscal militar Alfonso Podlech. Me llama la atención saber más sobre lo que se ha hecho en materia de justicia, en materia de reparación social y punitiva. (Conversando con Luís Alberto [Alarcón], él me decía que han sido muy infructíferos estos juicios, y que se ha dudado mucho de si es el canal institucional o penal el que va a aportar algo a la justicia social y a la memoria nacional. Me decía que la gente no ha querido

hablar y que ve todo esto como un callejón sin salida). Entonces bueno, si le parece bien, podemos ahondar en ello.

HERMAN CARRASCO: Sí, me parece muy bien. Bueno, no tenía mucho interés en hablar de mí, pero entiendo por qué es importante.

Mira, primero que nada, quiero que sepas que todo lo que signifique ayudar a que jóvenes como tú –que están en la carrera por transformarse en seres que aporten a un destino social distinto- se desarrollen; todo lo que yo pueda hacer por alguien como tú, es un regalo que me da la vida. Contarte sobre lo que sé, sobre mi experiencia o sobre el periodo histórico que me ha tocado vivir en este país, es un regalo. Por lo tanto, te agradezco mucho que te des tu tiempo para platicar conmigo, que te intereses en todo esto.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Al contrario; muchas gracias.

HERMAN CARRASCO: Mira, quiero partir señalando que yo soy un chileno común y corriente, nacido de la clase trabajadora. Mi padre fue un peón agrícola que cuando le tocó hacer su servicio militar se quedó en el Regimiento de militar, con el objeto de asegurar el sustento diario. Ser militar siempre ha sido una manera de asegurarse el pan diario para la gente pobre, y eso hizo mi padre. Como decimos acá en Chile: “pan duro, pero seguro”.

Y bueno, naturalmente que para iniciar esta conversación tenemos que viajar en el tiempo; situarnos en el proceso de conquistas sociales y desarrollo de conciencia ciudadana de los más desposeídos de este país. En Chile se desarrolló un proceso de industrialización muy similar y paralelo a los que se dan en el resto de América Latina, con la particularidad de que surge en el norte de Chile un obrero tipógrafo tremendamente visionario –de esos seres especiales que logran penetrar en el pensamiento y hacer de él una praxis-, que empieza a organizar a los trabajadores. Él tuvo una visión tremendamente lúcida de lo que tenía que hacer la clase trabajadora para prosperar. Se trata de don Luís Emilio Recabarren, un hombre que no sólo ayudó a lo que fue el inicio del movimiento obrero en Chile, sino que también participó en la fundación del Partido Comunista en Argentina y Uruguay. Su aporte es tan significativo que termina con la creación de distintas organizaciones sociales, partiendo por órganos de prensa como *El Despertar de Tarapacá* y un montón de otros periódicos.

Ese proceso acaba con la creación de un partido que vendrá a jugar un papel muy importante en la lucha popular, que es el Partido Comunista de Chile (primero se llamó Partido Democrático). A partir de ese hito histórico se empiezan a desarrollar diferentes formas de organización –que no son exclusivas del Partido Comunista- y se plantea el cambio de la sociedad, más allá de la lucha reivindicativa o economicista. Este período se extiende durante décadas y, en un proceso de acumulación de fuerza en una política muy amplia de convergencia (y aplicando una fuerte política de alianzas que vaya más allá de la clase trabajadora), se logra la conquista del gobierno popular.

Al gobierno de Allende yo siempre me refiero como “el gobierno popular”, porque visto desde mi punto de vista él es un hijo de la clase obrera, hijo de los desposeídos de este país, que tuvo la oportunidad de llegar a la Universidad y desarrollarse. Para mí la conquista de ese gobierno es el hito más importante en la historia de este país. Los otros hitos que tenemos son los mismos que se dan en América Latina: luchas independentistas, anticolonialistas, qué sé yo.

En esas circunstancias –y enhorabuena-, a la edad de más o menos catorce años me incorporé a esta gran corriente purificadora³³² del ser humano que para mí fue el movimiento popular. Fue un conglomerado de lo más diverso, variopinto como dicen algunos, pero tenía como sostén a los dos partidos de fuerza obrera de Chile: el Partido comunista y el Partido socialista. Con él se logra la conquista de parte del poder político, con la elección del 4 de septiembre de 1970. Ahí se produce lo que para mí es la máxima gesta histórica en la historia de Chile –más allá de la propia independencia, que siempre ha sido una independencia entre comillas-, y se inicia en Chile un proceso de profundas transformaciones sociales. En primera instancia se plantean cuarenta medidas, las famosas 40 medidas de la Unidad Popular. Se inicia la apertura popular a la esperanza, porque el pueblo (hablo de la clase trabajadora, no de la burguesía) se ve reflejado por primera vez en el poder. El pueblo, los desposeídos, los que viven solamente de su fuerza de trabajo; todos teníamos esperanza.

Y bueno, el gobierno de Allende, el gobierno popular, consigue como el 36% de los votos. Desde entonces existía el Chile dividido políticamente en tres tercios: un tercio la derecha, otro el centro y otro la izquierda. Sin embargo, las primeras medidas de la Unidad Popular significan un avance tan para los trabajadores que, en las elecciones del año '71, la Unidad Popular sube del 36% al 51% de las votaciones. Naturalmente, esto significaba una base social tremenda para los avances que quedaban pendientes.

Hay un dicho acá en Chile que seguramente tiene su equivalente en México, porque son de esas frases sabias de nuestros pueblos: “Para hacer tortilla hay que quebrar huevos.” Aquí, para redistribuir el ingreso del país, para avanzar en las conquistas sociales y cumplir con el programa ofrecido al pueblo, se empezaron a tocar intereses prácticamente monárquicos, de familias poderosísimas; empezamos a tocar intereses de los dueños del capital nacional y foráneo y, por lo tanto, a meternos con el imperio norteamericano, que había hecho enormes esfuerzos por impedir el ascenso de la Unidad Popular al poder presidencial. En esa lógica estaba el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, René Schneider; un oficial constitucionalista que reafirmó siempre la subordinación del poder militar al poder político y se mostró dispuesto a aceptar el veredicto popular y respetar a Allende como cabecera del gobierno electo.

Entonces se configura el cuadro interno típico, digamos, con una fuerte ingerencia norteamericana en la resistencia a las medidas de la Unidad Popular. Entre las medidas más significativas, como se vio más adelante, fue la nacionalización del cobre, aprobada el 11 de julio de 1971.

Entre paréntesis: a mí me tocó vivir esa experiencia y fue algo tremendamente emocionante. Yo había egresado del liceo de hombres de mi ciudad, donde había sido dirigente por varios años, y junto con varios jóvenes organizados en los partidos políticos que apoyaban a la Unidad Popular participé en la Primera jornada Nacional de Trabajo Voluntario. Todas las ciudades de Chile se volcaron a esta tarea, que era patriótica y bien profunda. Por primera vez en mi vida yo vi nevar en mi ciudad: para mí fue como que hasta la naturaleza saludara este gesto tan potentemente significativo, que pretendía recuperar para Chile lo que era de Chile.

Y bueno, en esas circunstancias Estados Unidos refuerza su maquinaria en función de producir el golpe de Estado, y empiezan a trabajar violentamente. Ya se

³³² “No soy mesiánico”, aclaró Herman Carrasco. “Soy un hombre de pensamiento marxista, pero utilizo algunas palabras de mi formación cristiana de niño. Hablo del proceso de emancipación de la clase trabajadora y del país; un país tremendamente dependiente del capital foráneo, que es el patio trasero del imperio norteamericano”.

había visto que esto era un proceso irreversible desde el punto de vista de las urnas; ya se había intentado de todo (desestabilización, acaparamiento de alimentos, paros de transportistas, campañas mediáticas descaradas; de todo). Y como a pesar de todo eso el gobierno de la Unidad Popular seguía sumando votos y el pueblo se seguía manifestando por el cambio, la burguesía empezó a apretar.

Las medidas del gobierno eran tremendamente revolucionarias; dignificadoras del pueblo. Yo me acuerdo que, como soy un hombre de provincia, nosotros veíamos que poco a poco las cosas fueron cambiando. Pasamos de tener dos o tres compañeros Mapuche en la universidad (entre miles) a 360 jóvenes Mapuche tras algunos meses de gobierno popular, todos becados y estudiando en la sede de la Universidad de Chile en Temuco, donde yo era dirigente estudiantil. Muchachos proletarios como yo, que también estudié con una beca de la Unidad Popular.

Eso: eran medidas profundamente revolucionarias que iban hiriendo paulatinamente los intereses de los que más tenían, que iban dignificando a los trabajadores y a su trabajo. Y bueno, cuando yo viajaba a Santiago me producía una tremenda emoción ver, a la salida de la obra, a los trabajadores. Eso hoy día ya no se ve; se acabó con el golpe. Y me acuerdo también que los restaurantes estaban llenos; la gente estaba ahí, comiendo su pollo con papas fritas, yendo al cine, yendo al teatro... Había actividades de obreros y trabajadores, obras de teatro para centros de madres, se crearon centros de veraneo en la costa para trabajadores... Por primera vez miles de personas conocieron el mar: mujeres pobladoras, mujeres trabajadoras, campesinos...

Y ya que hablamos de campesinos, tenemos que decir que el gobierno popular realizó también una profunda reforma agraria, lo cual significó expropiar cientos de miles de hectáreas. Y digamos lo que casi nadie dice: se expropiaron las tierras menos productivas. La reforma agraria de estos años no fue una reforma a campo arrasado, ni mucho menos; al dueño de los fundos se le permitía conservar las mejores tierras (las tierras de riesgo básico; las que siempre tienen agua). Ochenta hectáreas de riego básico, se podían quedar. Y bueno, muchos dueños tenían treinta o cuarenta mil hectáreas, mientras que los mapuche habían sido acorralados en media hectárea por familia.

Todo esto fue haciendo que la reacción interna y el imperialismo iniciaran una campaña de influencia y estímulo tremendo a las Fuerzas Armadas, con el objeto de que derrocaran al gobierno electo del presidente Allende. Y, junto con esta gran ofensiva, hubieron sectores de la sociedad que jugaron un papel bastante “facilitador” para el golpe, particularmente la derecha y la ultra izquierda. Los más ultras entre los ultras, digamos.

Y bueno, ya que hablamos de todo esto, tenemos que hablar de algunos factores internos, o que estaban dentro de la propia fuerza de la izquierda. Primero: al interior de la Unidad Popular se desarrolla una tendencia por ir más allá del programa. Se quería ir más allá del programa que ya se había cumplido, en una lucha tremendamente aventurera que estaba encabezada por el Secretario General del Partido Socialista, Carlos Altamirano³³³. También estaba el MIR, cuyo Secretario

³³³ “A mis más de cincuenta años, y a la luz de lo que me ha tocado vivir desde entonces, creo que este personaje tiene una procedencia bien dudosa; un actuar extraño en el marco de los acontecimientos en que se vio involucrado. Pasó de ser un abogado de empresas trasnacionales –de la Copper Company–, al Secretario General del partido más poderoso de la Unidad Popular, y su discurso se volvió cada vez más radicalizado; buscó meter presión para “avanzar sin transar”, como ellos decían, pero acabó creando una sensación de desestabilización que no ayudó a nadie. Su fraseología ultra-revolucionaria creó, al final, un caos mayor.”

General declaró, a días del golpe, que “el señor Allende intenta obligar a la Unidad Popular a retroceder. Allende llama a retroceder, a continuar la capitulación a través del diálogo y el plebiscito”. Pero es que estaba claro que el diálogo era lo único que nos salvaba. Hablar con la Democracia Cristiana era lo único que iba a permitir no llegar a lo que tenemos hoy día: un gobierno donde todos gobiernan con todos y nomás se fortalece el capitalismo. Pero bueno, de eso hablaremos más adelante.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: El cuadro que usted me describe, así tan claramente, ¿lo vio siempre así? ¿O es algo que usted ha ido armando después de la derrota, como para tratar de explicarse lo que sucedió?

HERMAN CARRASCO: No, yo siempre tuve diferencias profundísimas con el MIR, especialmente en mis años de militancia política en la Universidad. Era una pelea cotidiana en ese tiempo y desde antes del triunfo de Allende, porque el MIR no fue allendista ni en su génesis ni en su desempeño posterior. Hubo miristas allendistas, claro, pero el partido en sí mismo no lo era. Ellos catalogaban al gobierno de Allende como un gobierno burgués que capituló, además, su programa, cosa que es falsa. Tan es falsa que dieron el golpe, ¿no? Si el gobierno no hubiese sido fiel a lo que le ofreció al pueblo, no le hubiesen dado el golpe. Los hechos están ahí.

Y bueno, los militares democráticos que existían dentro de las Fuerzas Armadas de Chile (que no eran muchos; hay que recordar la confirmación tremendamente prusiana y germánica de los militares en el país) fueron anulados tempranamente también. Ya antes del golpe, un importante grupo de marinos habían llamado la atención del gobierno popular respecto de la conjura que se estaba tramando en la Armada y cómo se había descubierto el plan sedicioso de la Marina, encabezado por José Toribio Medina, para derrocar a Allende.

Eso. Después de todo esto, y muchas otras cosas que merecen horas de análisis, se produce el golpe de Estado. Se viene todo un proceso de represión en contra de los partidarios de la Unidad Popular, partidarios que iban más allá de los propios partidos. Se buscaba descabezar cualquier posibilidad de resistencia contra la dictadura.

Para muchos, y para mí en lo personal, correspondió pagar el costo histórico que pagan los que se alzan contra el sistema establecido de la dominación imperialista. Yo fui detenido durante dos años, y viví lo que vivimos muchos prisioneros políticos durante ese tiempo. Nos llamaron de todo: prisioneros políticos, prisioneros de guerra, no sé qué tantas cosas.

Los primeros años de la dictadura fueron violentísimos, debido a este anhelo de liquidar cualquier intento de resistencia y borrar lo que ellos llamaban el “cáncer marxista”. Y, para terminar con esta parte más “personal” de la historia que estoy contando, yo salgo de la cárcel en julio del año ’75 y decido quedarme en el país. Me quedé clandestinamente durante los primeros cuatro años y fracción de mi libertad, y luego pasé a la semi-clandestinidad (necesitaba alimentar a mi familia; ya era padre de dos niñas que hoy día son un poco mayores que tú, seguramente).

En alguna medida, conocer todo lo que vivió nuestro país, ininterrumpidamente desde la constitución de la Unidad Popular hasta hoy -pasando por las conquistas sociales durante el gobierno de la Unidad Popular, la represión, la tortura, las luchas por recuperar la democracia y la llegada a esta democracia tan especial y *sui generis* que tenemos ahora en Chile-, me ha dado cierta capacidad de observación y crítica.

Podemos, si quieres, cerrar esta primera etapa de la entrevista acá. ¿O quieres preguntarme alguna otra cosa?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Quizá sólo sobre su decisión de quedarse en Chile. ¿Nunca pensó en asilarse o salir?

HERMAN CARRASCO: Mira, yo creo que en ésta, como en todas las cosas, hay que tratar de hablar con la verdad.

Estando preso, yo entendí que, si quería salvar mi vida, necesitaba asilarme o salir clandestinamente. Así lo hablé con la familia durante mi periodo de cárcel en Temuco. Sin embargo, como dice la gente acá, “otra cosa es con guitarra”. Cuando yo salí me di cuenta que había habido muchas muertes de compañeros, que había una necesidad de cooperar para mantener viva, aunque sea en mínima medida, a la organización a la que pertenecía (la juventud comunista). Además de eso, empecé a darme cuenta de que no quería salir; me negaba. Consideré que dos años de cárcel habían sido un castigo que no me merecía, y que yo había pagado el precio de levantarme contra un estado injusto de las cosas. Después me reencontré con un compañero, hermano de la vida, con quien compartí la cárcel, y decidimos entre los dos quedarnos.

Entonces eso: optamos por quedarnos. Y una vez asumidas ciertas responsabilidades, uno empieza a olvidarse de irse. Llega un momento en que ya se te hace tan cotidiano andar alerta, tener una doble vida, participar de un colectivo que hace lo mismo que tú, convivir con seres humanos que empiezas a considerar heroicos y a quienes empiezas a amar, con quienes desarrollas intereses y secretos compartidos... llega ese momento y ya se te hace imposible pensar en irte. Se producen lazos muy poderosos que te hacen entender que tú eres parte de ese edificio que se está tratando de levantar y, aunque eres solamente una de las miles de vigas que están sosteniendo ese edificio, uno se sabe importante en la consistencia del proyecto. Poco a poco, y a pesar de la compartimentación del trabajo clandestino, vas viendo cómo hay mujeres embarazadas, minusválidos, gente de edad, hombres desahuciados, jóvenes; vas viendo que todos van dando su aporte, y eso te llena de una vitalidad y una predisposición que es difícil de describir. Ahora que te cuento esto, que me acuerdo de todo, siento una profunda emoción por haber participado en todo eso. Me reconforta, y siento que también fui un privilegiado por haber salido con vida.

Ese es el motivo por el cual nos quedamos: sentir que estábamos construyendo. Vinieron golpes tremendos en contra nuestra; desaparecieron tres direcciones nacionales del Partido Comunista (desde su subsecretario general, el compañero Víctor Díaz, pasando por Mario Zamorano, Manuel Guerrero –que fue degollado- y José Manuel Parada, por nombrar algunos).

Entonces bueno, entre los que nos quedamos se fue produciendo una hermandad, un compromiso o caso una especie de juramentación. A pesar de todo lo que hicieron, todo lo salvajes que fueron (como lo que hicieron con la compañera Marta Ugarte), ahí nos mantuvimos. ¿Conoces esa historia?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Creo que sí... Apareció en la playa, ¿no?

HERMAN CARRASCO: Sí, la asesinaron de la manera más brutal y apareció en la Playa de las Ballenas, en el norte.

Esas noticias, que para el común de los ciudadanos en el país eran “crímenes pasionales” o como los llamaran los medios, para nosotros significaron siempre montajes, amenazas y torturas.

Ahí se producía algo extraño; algo en la psique humana cambia y se comienza a aceptar la posibilidad del martirio. Yo lo he pensado bastante, porque muchos dirán “¡pucha que este tipo es irresponsable, ah! ¡Con dos hijas chiquitas y andaba metido en la lucha contra la dictadura!”. Pero no, se produce una situación psicológica a partir de esta pertenencia a un grupo, a partir de la necesidad de ir sustituyendo a los que van cayendo, de ir tomando el lugar del que cae y poner el pellejo... Uno se va acostumbrando a la posibilidad de morir en el intento.

En mi caso, tuve la suerte de entender que no era primero una cosa y luego la otra; que no era primero la familia y luego la política. Creo que ahí radicó mi tranquilidad: traté de empujar ambos proyectos juntos. Mi compañero, que es mi yunta, hizo lo mismo con su familia, y logramos los dos salir adelante, salir de la dictadura y sacar a nuestra familia sin dejar nunca de luchar.

En esas condiciones viví hasta el año '80, cuando pude entrar a trabajar de manera semi-legal gracias a un ex compañero de la universidad. Empecé a combinar el trabajo de resistencia a la dictadura con la sobrevivencia económica, que solventaba en una fábrica. Antes de eso yo había vivido de zapatero remendón, trabajando en un tallerzuelo con herramientas bien rudimentarias. Ahí más o menos sacaba para alimentar a la familia y el resto lo conseguíamos de las ferias libres, que cuando se levantaban en la tarde dejaban un montón de rastros (manzanas, tomates, qué sé yo). De eso vivimos mucho tiempo. ¡Yo creo que por eso tengo una hija de ojos verdes! [Se ríe] ¡Comió harta verdura en esos años!

Y bueno, uno va entendiendo que esa es la situación que le toca vivir. Además, se da la cosa esta psicológica, que es fuerte. No sé si alguien te lo haya dicho así (yo mismo creo que es la primera vez que lo verbalizo), pero uno empieza a pensar que lo que está haciendo es tan valioso, tan importante, que el hambre no lo paraliza; el miedo no puede con eso. Uno anda muerto de miedo en la calle, sí, con terror a que lo detengan, pero no se paraliza. Es como una especie de ruleta rusa que uno va jugando diariamente.

Son reflexiones que estoy haciendo ahora, ¿eh? Fíjate. Tal vez porque me estimula estar aquí hablando de esto, que te intereses, que escuches, que yo mismo tenga que buscarle el sentido a todo esto. Pero bueno, éstas son cosas un poco paralelas. Lo concreto es entender que, si todos se van (porque lamentablemente hubo gente a la que nadie la andaba buscando, y que el terror la hizo salir), no queda nada. Yo no soy juez, ¿eh? No quiero hacer juicios. Son reflexiones en voz alta.

El terror no es medible; hay gente que no puede con él, hay otros que lo manejan bien, otros que viven con el terror a costas. Eso nos pasó a todos los que nos quedamos acá, porque nadie puede decir que no tenía miedo. Es lo mismo que quien dice que en la sesión de tortura gritó “¡Viva el partido!”; no le creo. Acá todos tuvimos miedo. Lo importante era no hablar, no delatar a los compañeros y, junto con eso, pasar lo más desapercibido posible para que no lo volvieran a agarrar. “Yo no sé nada; no conozco a nadie”.

Y bueno, eso. Me planteaste también que querías hablar un poco respecto al exilio, ¿cierto?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Sí.

HERMAN CARRASCO: Yo puedo hablar de eso solamente como un hombre que se quedó acá. Así, lo único que pienso es que, habiendo visto lo que les pasó a los compañeros que se fueron, el exilio es abominable. Pienso que lo peor que puede pasarle a un ser humano es tener que irse de su país.

La inmensa mayoría de la gente que se fue tiene los hogares destruidos. Hay una buena cantidad de exiliados en Suecia, Alemania, Holanda, Venezuela, en distintos lugares, y tienen hijos entes. Está el problema del consumo de la droga, “la desadaptación”... Me pongo en el lugar de un niño que está empezando a dar sus primeros pasos en el lenguaje, y cuando ya puede decir “mamá”, “papá” “tata”, “papel”, “comida”, cualquier cosa, le cambian el lenguaje. Yo creo que eso es bien traumático: empezar a relacionarse con niños que no hablan su propio lenguaje, que se burlan de él (porque los niños pueden ser crueles)... Conozco el caso patético de un compañero de Temuco, “el foquita” (porque cuando se bañaba tiraba agua para todos lados), que salió a Estados Unidos. Hasta hoy, el foquita sigue sin hablar inglés. Con todo y que todavía vive en Estados Unidos, en Texas, no puede hablar. ¿Qué pasa ahí? Cuando quiere entender algo, la hija tiene que traducirle las cosas.

Y como dije, no soy juez de nadie. Cada quien lleva distinto esto del terror. Pero honestamente, fuera de los compañeros que tuvieron que salir al exilio directo desde la cárcel, o de algunos que se tuvieron que asilar porque eran terriblemente buscados, creo que a la inmensa masa de los exiliados no los buscaba nadie. Vaya, ni siquiera las casas comerciales para cobrarles cuentas.

Se producen dos fenómenos: esta situación de terror desatada por el golpe (los cientos de muertos en las calles, los miles de torturados, familias diezmadas –hay familias completas que han sido hechas desaparecer-), es natural. Se puede llevar con irse con quedarse. Pero irse termina siendo terrible; la vida te pasa la cuenta más temprano que tarde. Por eso, porque muchos se fueron sin tener motivo de más fondo que el terror. Insisto, empero, en que no soy juez de nadie, porque el terror es algo terrible, inmanejable, y depende de cada ser humano. La condición humana nos hace actuar a todos de distinta manera. Lo único concreto es que yo me quedé. Con miles de otros, me quedé. Con la mayoría, vaya; la mayoría se quedó. Lo demás no es cuantificable, no es comparable.

Me acuerdo que hubo gente durante la lucha contra la dictadura a la que metimos a enfrentamientos armados, y al primer cuetazo que oyó salieron disparados. “Oye, no, yo me cago de miedo. Si quieres que guarde documentos, que transcriba, que traduzca, que analice, a todo me aviento”, me decían, “pero a los tunazos no me aviento. ¡Me dio una diarrea al primer disparo que me encontré!”. Y esa gente es valiosa, pues, no se puede negar. Cada quien con sus alcances y limitaciones. Así que eso, el miedo no se puede medir.

También hubo gente que me dijo “¿pero cómo seguís en la misma hueá? ¡Irresponsable!”. Pero bueno, yo le encontraba sentido a mi lucha. Era parte de un movimiento de miles de seres humanos que estaban, en alguna medida, evitando que sus hijos vivieran la censura, que sus hijos desaparecieran... Tú no has conocido a una dictadura por dentro, Mariana, pero te basta ver una película de los nazis para sentirlo: así como ellos tenían las ciudades ocupadas, así vivíamos nosotros. Camiones militares artillados, llenos de gente detenida, gente saliendo de las cárceles con el cuerpo destrozado, gente desaparecida...

¡Todavía hoy día encuentran casos de detenidos-desaparecidos! Hace dos meses atrás salió a la luz el caso de siete jóvenes cuyas familias pensaron siempre que se habían ido a Argentina. Están enterrados clandestinamente ahí en una isla de la zona de Temuco. Imagínate.

Bueno, entonces para mí esto del exilio es un castigo tremendo que se impuso a quienes habían luchado por hacer otra cosa. Algunas personas también se lo auto impusieron, por esta imposibilidad de poder manejar el miedo.

Conozco también el caso de una compañera que se fue a México. Nosotros habíamos hecho muchos simulacros antes el golpe, para hacer lo que se llamaba “la Dirección alternativa”. Vale decir, los que éramos públicamente conocidos tendríamos que entrar a la clandestinidad, y los que eran menos conocidos tendrían que pasar a asumir responsabilidades nuevas. Y la que iba a ocupar el primer lugar de la Dirección alternativa, la que iba a sustituir al Secretario General, se asiló al tercer día del golpe. O sea, ella en teoría estaba preparada, pero su padre se asiló y la convenció de hacer lo mismo. Y bueno, dejó todo botado. Apareció después acá, diciendo que ella había hecho mucho desde el exilio. No creo que alguien la estuviera acusando de lo contrario, pero la cosa es que ella vino acá diciendo eso como una forma de justificarse. Y la verdad, uno ya está curado de espanto con estas cosas. Yo supe siempre que ella no movió un dedo afuera de Chile, que se dedicó a pasarla bien.

También sé de otros compañeros que se suicidaron afuera, porque el exilio es terrible. Está el caso del diputado del partido comunista Edmundo Salinas, por nombrar uno de los menos conocidos, y está también el caso de la hija del compañero Salvador Allende, la Tati Allende, que se suicidó en Cuba. La hermana de Allende también se suicida. Entonces, cada ser humano es un mundo en sí mismo. Hubo tantos casos distintos... ¡Ah! Y otros compañeros que, forzados al exilio y como no pudieron venir a luchar en Chile, se fueron a hacer la revolución a Mozambique o Nicaragua, que aportaron en Cuba, en Angola y en tantos otros pueblos donde se dieron movimientos de liberación.

En el exilio confluyen todas las virtudes y los defectos que tenemos como seres humanos. Hay de todo, y bueno... Yo doy gracias por lo que a mí me tocó, porque yo no habría podido vivir en el exilio. Una de las cosas que me amarró a este país, además de la decisión de poder ayudar al término de la dictadura, fue la relación con mis padres, que era –y es, porque mi madre aún vive- muy poderosa, afectiva e ideológicamente. Mi padre fue militar hasta 1962 (ocho años antes de quedar electo Allende), cuando se metió al Partido Comunista. El golpe a él lo pilla siendo dirigente de pobladores del Partido.

Eso nomás.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Quisiera preguntarle acerca de la transición que vivió el país durante los primeros años de la dictadura. Usted hablaba de cómo se fueron creando distintas organizaciones, que cobijaban tanto los sueños políticos de la gente como su necesidad de afecto o de sentirse parte de una comunidad. Se fueron creando organizaciones como las que usted describía, en la clandestinidad, en la resistencia. Grupos como la AFI también, que se juntan para resistir desde sus capacidades particulares. Pelear desde donde se pueda, ¿no? Tomando fotos, imprimiendo panfletos, en enfrentamientos armados, no sé. Pero, ¿cómo se insertan estas redes de solidaridad y de lucha en el panorama general de un Chile que está cambiando tanto, que está en dictadura, y que también incluye a esta gente que -como usted me dijo una vez- “aprende a agachar la cabeza”? O sea, en este proceso dictatorial de crear hombres apolíticos, individualizados, mecánicos, consumistas; ¿dónde ubicamos a este “otro Chile”, que pelea por lo contrario?

HERMAN CARRASCO: Yo creo que, por decirlo de alguna manera, aquí se vivieron varios procesos dentro del “Gran Proceso”.

Por un lado, esta acción heroica de resistencia a la dictadura, que se ve tan bien reflejada en las acciones de la AFI, que tú nombraste. Detengámonos en eso un momento, si me permites. En la AFI hay héroes; héroes de carne y hueso que nunca dudaron en tomar una foto de denuncia, a pesar de poner en riesgo su vida, su familia, su integridad. Ellos con la fotografía salvaron muchas vidas; evitaron apaleos, linchamientos. La foto fue un arma, que más de una vez detuvo la mano que estaba por golpear la cabeza de un poblador.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Tanto fue su poder que se anunció la censura total de fotos durante un tiempo, ¿no? Salieron revistas con páginas en blanco y el puro pie de foto.

HERMAN CARRASCO: ¡Claro, fue tremendo! Las revistas sin fotos, los fotógrafos perseguidos y asesinados... Me acordé ahora de José Carrasco Tapia, un editor de la revista Análisis y militante del MIR, destacado luchador social, que fue asesinado. O Rodrigo Rojas... eso fue terrible. ¿Conoces su caso?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Al que quemaron vivo?

HERMAN CARRASCO: ¡Sí! Ufff, eso fue de terror.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Sí, terrible. Súper joven, ¿no? ¿19 años?

HERMAN CARRASCO: Exacto, exacto.

Entonces bueno, sigamos con lo que decíamos. Aquí hay diferentes formas de lucha contra la dictadura. La primera es la sobrevivencia misma.

Yo estuve preso prácticamente los primeros dos años de la dictadura, porque el mismo 11 de septiembre tuve una detención en la Fuerza Aérea, después estuve un año 8 meses en una cárcel de Temuco, y luego otras detenciones más cortas. Pero bueno, mi caso -como el de toda la gente que se quedó a luchar- se basó, primero, en el repliegue para poder mantener los contactos, para ver cómo se podía reorganizar la cosa. Todo fue bien rudimentario e improvisado; sobre la marcha. Hubo una enorme irresponsabilidad de las direcciones políticas de los partidos de la Unidad Popular, en particular del Partido Comunista y el Partido Socialista, que tenían sobre sus hombros la sobrevivencia de la causa. Teníamos una preparación casi nula para recibir un golpe de Estado. Siempre, como en el fútbol nacional, esperamos que el enemigo se caiga, que empate, que se divida, que se olvide. No teníamos una fuerza propia suficiente.

Así, y perdón que me desvíe un poco, el golpe de Estado nos pilló con tremendas deficiencias de preparación y funcionamiento. No estábamos listos para lo que venía. Muchos dijeron “hay que tomar las armas y enfrentarse a eso inmediatamente”, pero no iba por ahí tampoco. Varios lo intentaron y murieron en el intento; una muerte heroica pero inútil. No había posibilidades reales de resistencia ahí. Otros dijeron “esperemos a ver si cierran el Congreso pa’ ver qué hacemos”. Gente de alto nivel, ¿eh? Son frases que demuestran la carencia de coordinación o proyecto, de verdadera preparación para la resistencia. Por lo menos en el plano organizativo, no tuvimos forma de resistir a este cruel, arrollador y sanguinario golpe de Estado.

Ahora, cuando te decía que hubo varias formas de resistir, es porque paulatinamente se van recomponiendo algunas redes en algunos sectores del campo,

de la ciudad, en la industria. Siempre fueron los trabajadores de la industria los más preparados, los que habían alcanzado un nivel alto de politización y –en el buen sentido de la palabra– de ideologización. Ellos fueron la médula del gobierno de Allende. Hoy día nadie se dice obrero; “todos son clase media”. Pero en ese tiempo, decir “soy obrero” era un orgullo, porque gobernaba justamente la clase obrera. Allende le dio sus cuatro ministerios más importantes (entre ellos el Ministerio de Economía) a obreros.

Entonces, con el tiempo se van produciendo distintas formas de resistencia. La primera, la sobrevivencia, se fue haciendo cada vez más “rutinaria” y se combinó con otras. Otra forma fue mantener los vínculos con la gente que luchó con la Unidad Popular. Gracias a eso se crearon talleres literarios, clubes deportivos, comedores populares (como el que tuvo la Vicaría de la Solidaridad) donde empieza a converger la gran masa de desempleados y gente sin recursos que, muchas veces, se debía a que tenían que vivir en la clandestinidad. Ahí nos acercamos todos; confluó una masa muy golpeada, que no tenía en ese momento otro camino más que la organización.

Empezamos a ver cómo juntar plata pa’ comer, para la Navidad de los niños, para viajar a la costa, qué sé yo. Y ya, después empezamos a decir “oye, hay que vincularse a los sindicatos”, “hay un sindicato que va a hacer una huelga por mejores salarios; hay que apoyarlos”, “hay que empezar a llevar la opinión política a organizaciones sociales”, y así. Sabíamos que había un ejército de informantes dentro de la población, pero no podíamos hacer otra cosa. Nos fuimos involucrando.

Así surgieron hombres heroicos también: Clotario Blech, por ejemplo, legendario líder sindical, que combinaba sus condiciones de cristiano activo con las tareas de luchador social. Luego está otro hombre genial, a quien apodábamos “El loco Cuevas” porque era prácticamente suicida en su actividad sindical, quien mantiene viva la Organización de Trabajadores de la Construcción después del golpe. Ahí germinaron las semillas de lo que fue después la Coordinadora Nacional Sindical. O Manuel Bustos, un hombre esclarecido dentro de los trabajadores, que luego llegó a ser diputado y que estuvo preso mucho tiempo en el Estado Nacional. Hubo muchos, y así se fue calentando de nuevo el movimiento popular. Estos viejos son los que empiezan a crear nuevamente la efervescencia de la masa.

Surgen también organizaciones que nosotros empujamos desde abajo, desde la clandestinidad, como fueron las Bolsas de Cesantes y luego las Coordinadoras de Bolsas de Cesantes. Estamos hablando de un periodo en el que desaparecían compañeros cercanos a nosotros, en el que cada vez que un compañero desaparecía había que cambiar todo nuestro hábito: domicilio, rutina, vestimenta, todo. Significaba que siempre teníamos que reiniciar el trabajo por otra punta del mantel.

Nace también, durante los primeros años de la dictadura, una agrupación que va a ser emblemática hasta el día de hoy: la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Ahí se juntaron muchas compañeras heroicas, que hicieron de la cotidianeidad la denuncia y la lucha resuelta contra la dictadura.

En esas condiciones se empieza a rearmar el tejido social y empiezan a aparecer luego nuevas formas de lucha, que se manifiestan de manera tremendamente fuerte a partir del año ’83, cuando se empiezan a implementar las jornadas nacionales de protesta. Ahí ya se empieza a ver el pueblo levantado, que alza la cabeza; se ven los frutos de lo que plantamos, poco a poco, tantos ciudadanos temerosos, a veces dubitativos, pero siempre resueltos contra el régimen militar. Van quedando en el camino compañeros entrañables, asesinados, torturados, detenidos, expulsados. Las secuelas de la tortura se manifiestan hasta el día de hoy. Pero bueno, así es.

Se reconstituye la FECH; aparecen dirigentes que van marcado toda una nueva forma de enfrentar a Pinochet... Es un proceso natural, porque con el avance del tiempo muchos fuimos comprendiendo que la dictadura había puesto en marcha un proyecto tan de largo alcance que no iba a dar lugar a una salida no-violenta. Tuvimos que aprender a utilizar todas las formas de resistencia que significaran acorralar a la dictadura, obligarla a devolver el poder a la civilidad.

Nació lo que se llamó la “política de rebelión popular”. Su expresión más significativa fue lo que se llamó el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, que viene a jugar un papel históricamente muy importante, aunque se le haya tratado de minimizar o de caber parecer una organización infiltrada. La verdad es que la existencia del Frente Patriótico y su operatividad a nivel nacional fue significativa, considerando la abrumadora superioridad de las Fuerzas Armadas. Ellos le demuestran al imperialismo y a la propia dictadura que se está entrando en un periodo de movilización social, debido en parte al desgaste de la propia dictadura y en parte también a la organización de la gente.

El Frente, junto con la política de rebelión popular de masa, hace que se produzcan hechos importantes de desobediencia civil que se hacen coincidir con grandes protestas nacionales. En las jornadas de protesta muere mucha gente, pero la cosa sigue. Se unen miles de jóvenes resueltos a dar su vida por el cese de la dictadura, como sucedió en tantos otros países (Nicaragua, la propia Cuba). Y en ese marco, hay varios hechos que gatillan la revisión de lo que estaba ocurriendo, por parte del imperialismo, y la relación que Estados Unidos tenía con Pinochet.

Estados Unidos empieza a ver cómo trabajar una salida “pactada” de la dictadura, porque se estaba viendo que la fuerza popular podía llevar a una salida “a la Nicaragüense”. La solidaridad de Europa también se hace significativamente más fuerte y se da la condena a Chile en las Naciones Unidas (basada en los informes que año con año se hacían acá, y que iban desnudando lo que en realidad pasaba en el país).

Y luego, a eso se agregó un corolario impactante, que orilló a los gobernantes a pensar cómo pactar la salida sin incluir al pueblo, que venía desarrollando grados cada vez más significativos de lucha, de autonomía y predisposición a terminar con la dictadura por cualquier medio. Se vino un intento de tiranicidio en el cajón del Maipo, del cual Pinochet apenas sale con vida –gracias a la pericia de su chofer- y donde se produce la única batalla del Ejército de Chile en igualdad de condiciones con el Frente Patriótico. Fue increíble eh, los militares salieron corriendo como ratas; huyeron despavoridos, se tiraron al precipicio salvando el pellejo. El Frente no sufrió ninguna baja, pero la caravana quedó destrozada y varios servidores de la dictadura murieron. Por lo tanto, podemos decir que única batalla real del Ejército de Chile, que tanto se dice invencible, la perdieron de forma absoluta.

Eso, más el descubrimiento de una gran cantidad de armamento en el norte de Chile, que venía a fortalecer al Frente, hacen necesario –por parte de la dictadura- un acercamiento a los sectores civiles para negociar una salida pacífica. Y bueno, de ahí el resto es historia.

Regresaron personajes bastante conspicuos, que habían estado gozando de un exilio dorado, a ser “negociantes de la transición”. Entre ellos está el propio Ricardo Lagos. El poder se queda arriba, y ellos se transforman en interlocutores “válidos” para decidir el rumbo de Chile. En lo personal, no tengo duda de que Lagos fue cooptado en Estados Unidos. No puedo decir que sea miembro de miembro del Pentágono o la CIA, pero sí permaneció mucho tiempo ahí, con cargos prestigiosos y bastante cómodos. Además, durante el gobierno de la Unidad Popular Lagos fue un

personaje anónimo del Partido Radical, que luego se acerca –en una actitud que considero oportunista- al Partido Socialista. Y luego él viene aquí a encabezar una negociación que él nunca sembró; hubo miles de muertos, miles de torturados, miles de perseguidos que entregaron su vida para salir de la dictadura, a quienes nadie les pidió consejo. No hubo forma de participar en eso.

Una de las condicionantes que pusieron las Fuerzas Armadas y el imperialismo norteamericano es que los comunistas fueran excluidos de esta negociación, quienes habían sido los más tenaces en la lucha y quienes habían logrado incluso la posibilidad de la salida mediante la lucha armada y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Y bueno, así empezó “la imposición de la media”. “Los iluminados” empezaron a arrojar ideas para que la dictadura saliera de forma decorosa, y así salió Pinochet.

Veinte años después, se mantiene este sistema de concomitancia, complicidades, arreglos, negociaciones entre cuatro paredes, de negociaciones debajo del mantel, donde el pueblo ha estado cada vez más ausente. Junto con eso, se siguió con la aplicación de un modelo económico que exagera los sentimientos más innobles del ser humano: el individualismo, el consumismo, trepar por encima del vecino, del compañero, pensar en quién tiene más, quién viste mejor, quién tiene mejor auto... Hoy día nos damos cuenta que decir en Chile que uno es trabajador, obrero, es peyorativo. “Ahora somos todos clase media”. Hay gente que gana aquí un sueldo de 200,000 pesos³³⁴, que es un sueldo de hambre (porque, para hacer la comparación, un arriendo medianamente digno vale como 150,000 pesos, y la gente tiene que gastar los otros 50,000, de a poco, en comida para todo el mes), y se dice clase media porque tiene que ir de corbata al trabajo.

Entonces bueno, estos personajes (especímenes para mí, porque no les tengo mucho afecto), se adueñan del proceso de transición y empiezan a cogobernar con la derecha más recalcitrante. Nos hemos ido dando cuenta que se entrecruzan en todo, ahora hasta en el fútbol (un escándalo en Chile: nos encontramos que conspicuos miembros de la Concertación participan junto con los más recalcitrantes y ultra defensores de la dictadura en desbancar al Presidente de la Federación de Fútbol). O está el caso del representante del Estado en la Comisión del Cobre, miembro del Comité Central del Partido Socialista, se ha manifestado en contra de que las empresas internacionales paguen impuestos en Chile. Un socialista diciendo eso, ¿ves? Nos hemos dado cuenta también que, durante los gobiernos de la Concertación, la privatización de las riquezas básicas y de todo el aparataje estatal que existía para el bienestar de los trabajadores –que era poco, pero algo había- se exacerbó. Lo que no pudo hacer la dictadura lo terminó de hacer la Concertación. Acá se privatizó todo, incluida el agua. Falta que nos privaticen el aire (si pudieran hacerlo, no hay duda que lo harían).

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Entonces, esta suerte de “ritualización del consenso”³³⁵ acabó por desdibujar las identidades políticas, ¿no?

HERMAN CARRASCO: Sí, justamente.

³³⁴ A finales de 2010, 200,000 pesos chilenos eran aproximadamente 380 dólares americanos.

³³⁵ La expresión “ritualización del consenso” la acuña Nelly Richard, EN: *Fracturas de la Memoria*, Siglo XXI, Argentina 2007, p. 10.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Y, ¿en esa lógica se explica que Michelle Bachelet –que salió con el ochenta y tantos por ciento de aprobación- le entregue el poder a la derecha?

HERMAN CARRASCO: Bueno, es que eso es falso. Esas cifras son una manipulación mediática terrible. Ya llegaremos a eso. Pero sigue, sigue.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Bueno, es que cuando uno estaba tratando de comprender el proceso electoral desde afuera, todo parecía extrañísimo. Bachelet llevaba mucho tiempo siendo un personaje político importante, desde que fue Ministra de Defensa -y más atrás aún-, y además era un personaje que tenía más relación –aunque fuera simbólica: su padre fue asesinado, su madre y ella torturadas, etc.- con la resistencia a la dictadura que otros personajes de su tiempo. Me acuerdo también que cuando ganó las elecciones, la gente salió a celebrar con pancartas y afiches con la cara de Allende. Y luego, tras su gobierno, no pudo pasarle ni la mitad de su aprobación a su candidato y el poder se le entrega a Piñera. Es decir, ¿cómo se entiende eso?

Supongo que cabe en la lógica que usted describía, según la cual se impone la media y cualquier opinión de disenso es ignorada o acallada. Acá se planteó la “reconciliación nacional” como único proyecto social, y eso acabó por dejar a la política en segundo plano. ¿Es algo así?

HERMAN CARRASCO: Creo que sí, que tienes razón. Según lo veo yo, la salida de la dictadura tiene algo que ver con idear pactos, con generar leyes secretas que amarran el proceso. Ningún ciudadano de este país las conoce, fuera de los que estuvieron metidos en esos claustros y que manejan la superestructura de esta sociedad. Hubieron reuniones de altos oficiales del ejército, en España, con estos personajes que vinieron aquí a adueñarse de la transición (entre otros, Ricardo Lagos). Ahí se pactó todo a oscuras. Hay que mencionar el caso de un personaje, Jaime García Covarrubias, que trabajó para la DINA y la CNI, violador de los Derechos Humanos, un ser monstruoso que tiene acusaciones de crímenes de Lesa Humanidad en Chile, que es ahora sociólogo y trabaja en el Pentágono dando clases. Con ese tipo de gente se reunieron estos personajes, y pactaron nuestra democracia dándoles a los militares un certificado de buena conducta.

A eso, agrégale que al término de la dictadura también se incorporan a la oposición sectores de la propia derecha. Ya lo sanguinario del régimen y los problemas graves que tenía el país habían sensibilizado a algunos sectores que al principio habían estado a favor del golpe, pero que jamás tuvieron ningún interés en que variara el sistema económico. Acá lo que les interesó siempre fue salvaguardar el sistema económico: el neoliberalismo ante todo.

En esas condiciones se van haciendo estos pactos, que nacen del temor de la propia dictadura -y de aquellos a quienes ésta siempre benefició- a perder el poder mediante un nuevo golpe de Estado. Así se dio toda una política para dismantelar a las organizaciones sociales. Una política conciente desde un núcleo poderosísimo dentro del Partido Socialista, que termina siendo cooptado. Hoy día debería llamarse “Partido Neoliberalista”, ¿no? Los socialistas se engolosinaron con el poder.

Y también tengo que decir una cosa que me es dolorosa, pero que debo reconocer: el Partido Socialista ha sido, desde su fundación, un Partido zigzagueante en la política nacional y de un oportunismo tremendo. Ahí hubo desde posiciones de derecha hasta posiciones de ultra izquierda durante el gobierno de Allende. El Partido

Socialista no nace fundamentalmente como un partido para hacer el cambio social, sino que buscan disputarle la hegemonía al Partido Comunista, de formación marxista-leninista. Ellos gobiernan con Carlos Ibáñez del Campo; otra buena parte (salvo Allende y otros) gobierna con Gabriel González Videla, que acaba traicionando a los comunistas, acosándolos, persiguiéndolos.

Con Allende, el Partido Socialista se transformó en un Partido ultra izquierdista, que quería ir “más allá” con la consigna esta de “avanzar sin trazar”. Pero luego de la lucha contra la dictadura fue capaz de trazarlo todo, ¡todo!, por el poder. Y nos encontramos con personas como Michelle Bachelet, que desde el punto de vista político, ideológico y de honor mismo se transforma en un fraude. Los dos gobiernos encabezados por socialistas fueron más privatizadores, más neoliberalistas, que los dos gobiernos encabezados por demócratacristianos. Y en el caso de la Bachelet, permíteme contarte –sin dárme las de Pitoniso- que yo tuve discusiones bien fuertes con compañeras, fundamentalmente con mujeres socialistas, porque consideré siempre que ella no había surgido desde abajo. Cuando salió la noticia de que sería la candidata a la Presidencia, yo les decía “¡pero es que ella surge de El Mercurio y la Tercera!”. Acá nada surge sin que ese duopolio esté de acuerdo.

Esa es la otra herencia de la Concertación: ellos se preocuparon por acabar con toda la prensa escrita de izquierda. Hoy día sobreviven apenas dos publicaciones “progresistas” o contrarias al sistema, pero son publicaciones quincenales. No hay ni un diario ni una revista del tipo que sí hubo al término de la dictadura. Llega a tal punto la cosa, que el gobierno belga se ofrece a salvar la revista Análisis (revista de tremendo contenido humanista y de avanzada) con una donación de tres millones de dólares, y el gobierno de Aylwin les responde con una carta, diciendo que cualquier donación a esa revista sería considerada como una intromisión de Bélgica en los asuntos internos de Chile. ¡Imagínate! Eso está ahí y es real.

La desnacionalización del cobre la culmina Michelle Bachelet. O el accidente que se produce en la minería del cobre... Eso tuvo repercusión mundial debido a que este país ha transformado las derrotas en victorias. Hemos llegado a ser, yo creo, el hazmerreír de los verdaderos pensadores, porque nunca hablamos con la verdad. Ahí el problema de fondo son las condiciones inhumanas en las que trabaja la gente. ¡Ése es el problema de fondo! Esas son personas que fortuitamente cayeron ahí; les tocó caerse ahí, ¡pero no son héroes de nada! ¡Y menos el Ministro, que llora ante las cámaras y dice que sólo queda rezar! ¡Somos un país de caricatura!

Y bueno, como te dije, no es que quiera ser Pitoniso, pero yo le dije a estas compañeras: “después de Michelle Bachelet, viene la derecha a gobernar”. Es que era típico: sacan a una mujer mediocre de la nada, que representa la lucha contra la dictadura, que representa el crimen de la dictadura en su propia familia (su madre, su padre, ella misma), pero que además tiene unos antecedentes extrañísimos...

No es que yo ande mirando debajo del pavimento, pero creo que gracias a la forma en que me tocó luchar contra la dictadura tengo una tendencia a mirar las cosas que no se dicen. Y me parecía sumamente sugestivo que una pediatra se fuera a Estados Unidos a estudiar sobre políticas militares. Luego que egresara de ahí para venirse a hacer cargo de dos Ministerios, que se le viera jugando como una niña con soldaditos de plomo arriba de un tanque –en una actitud infantil y de caricatura-, que llegara a ser Presidenta y que, finalmente, le entregara el gobierno a la derecha.

Entonces, la mentalidad humana, “la condición humana” – como dijo Hannah Arendt-, pareciera que da para todo. Hay grandes sectores que participan en política y que el poder los engolosina. Hoy día vemos esta caricatura del partido comunista tan bien domesticado, que considera que con tres diputados la Constitución es poco

menos que “llevable”. Seguimos con la misma Constitución de la dictadura, la del '80. Y creo que la tarea más grandiosa que tiene que hacer este pueblo, y para la cual hemos estado haciendo labor mucho tiempo, es lograr una asamblea constituyente para nombrar una nueva Constitución, porque ésta es la piedra angular para el comportamiento del país; es el estatuto que guía a sus habitantes. Y a esta Constitución el propio Lagos le puso su firma nuevamente, con un maquillaje y siguiendo el mismo sistema de gatopardismo de siempre. “Todo cambia para que nada cambie”.

Nos encontramos con que estos individuos, entre los que está la señora Bachelet, son una mediocridad. A ella la premian en las Naciones Unidas, pero ¿quién la premia? ¿Quién maneja las Naciones Unidas? El imperio, pues. Y seguimos cosechando nuestra domesticación. Transando principios, maquillando todo, vivimos la dictadura perfecta.

A las Fuerzas Armadas nadie las toca: siguen diciendo que si un día “olieran algo extraño por ahí, se justificaría una intervención”, y nadie dice nada. Éste es un país que no tiene acceso a los medios de comunicación, que ha farandulizado todo, donde existe una o dos radios que medianamente tiran alguna noticia con algún grado de importancia, donde se invisibiliza el conflicto social... Tenemos casos patéticos de los que nadie se entera. A ti te ha tocado vivirlos en estos días, ¿no?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Supe de la huelga de las Farmacias Ahumada...

HERMAN CARRASCO: Claro, es una huelga que paralizó parte importante de los servicios farmacéuticos, una huelga grande que no salió en ningún medio de comunicación. No existe, ¿verdad? ¡Es la dictadura perfecta! No necesitan mandar bandos para acallar a la gente, porque acá no se habla de nada. Tenemos un Estado sin leyes, porque todo lo regula el mercado. Y como la prensa se mantiene con fondos privados, los dueños del poder –que son los que sueltan la plata-, dejan de apoyarlos nomás, si se les ocurre publicar algo sobre sus negocios.

O como la historia de los mineros, ¿no? A mí me da hartito gusto que hayan salido; qué bueno, pero ésa es parte de la historia, ya. ¿Por qué no hablan del minero que murió ayer, o del que murió anteayer? El conflicto Mapuche se supo porque de afuera llegó la presión; hubo cadenas de solidaridad desde Europa, desde América Latina, de otros países. Por eso se supo, ¡pero el conflicto Mapuche no existía! Durante sesenta y tantos días estuvieron los compañeros en huelga de hambre, casi se mueren, y nada. Hoy día hay huelga de hambre en contra de las compañías mineras, pero nada se sabe. La dictadura perfecta. Los militares siguen recibiendo un chorro de dinero para malgastar (porque realmente las Fuerzas Armadas son un estamento zángano del país, no producen nada). Y la Michelle Bachelet hace vista gorda de la corrupción, negándola aún más al Estado su papel de control. La contraloría investiga todo lo que sea de civiles, pero los grandes negociadores, los de las grandes estafas, son los de las Fuerzas Armadas. Son problemáticas que aquejan a toda América Latina, pero Chile no está exento de eso.

Si tú caminas por las calles de Santiago, la gente anda idiotizada con el consumismo. Las tiendas están llenas, la gente tiene 5 tarjetas de crédito... Hay gente que paga hasta el pan con tarjeta de crédito.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Y con cuotas.

HERMAN CARRASCO: ¡Y con cuotas, claro! Éste debe ser uno de los países donde el consumismo se manifiesta más masivamente. Entonces, la salida de la dictadura tuvo que ver siempre con que los gobernantes renunciaran a los principios que dijeron apoyar.

Y sirve, antes de que terminemos, recordar al presidente Allende. Él siempre dijo: “sólo acribillándome a balazos podrán sacarme de La Moneda”; “sólo asesinándome impedirán que cumpla el programa ofrecido al pueblo”. Pero lo cumplió todo. Y ellos, que se dicen socialistas, que fueron ultraizquierdistas durante el gobierno de Allende, fueron los que ayudaron a consumir el golpe, con su discurso incendiario e irresponsable. Y hoy lo han traicionado todo.

Yo no sé ni quiénes son, ya. Es doloroso preguntarlo, ¿no? Pero ¿quién es Michelle Bachelet? Una mujer que pierde a su padre, que es domesticada en Estados Unidos... ¿No es extraño que le permitieran estudiar precisamente en Estados Unidos, habiendo sido la mujer de un ex militar y con toda su lucha contra la dictadura? ¿No es extraño que la haya amparado el Pentágono y que haya llegado a ser la presidenta de este país gracias a una campaña inflada desde la derecha, que la hace parecer como surgida del pueblo? Bastaba escucharla hablar para saber que era más que nada una madre hablándole a sus polluelos, una cuidadora de párvulos, pero que nunca tuvo la estatura ética ni política para afrontar los desafíos reales de este país.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: ¿Y de dónde vienen esas cifras de aceptación tan altas? ¿De este duopolio mediático?

HERMAN CARRASCO: ¡Claro! Es que eso fue todo manejado. Mira: las encuestas dependen de la pregunta que tú le hagas al entrevistado. Depende de cómo formules las cosas para ir acomodando las respuestas. Depende en qué estrato las hagas, también.

Entonces, ¿cómo nos explicamos lo de esta señora? Son datos que están hechos para la gente que nomás traga información sin pensarla. ¿Cómo nos explicamos que esta mujer tenga el ochenta por ciento de aprobación? ¡Eso quiere decir que terminó con las diferencias sociales! ¡Que la aceptan todos, desde la burguesía hasta el último pelafustán de entre nosotros! Pero además de eso, ¿cómo podemos pensar que no haya logrado pasarle a su candidato ni siquiera la mitad de su porcentaje aprobatorio? ¡Frei sacó el 29%!

Es más: no puedo decir que lo hicieron a propósito, pero por algún motivo pusieron de candidato al más malo de los candidatos. Yo creo que cualquier otro candidato, el propio Guzmán quizá, habría sido mejor que Frei. O sea, todo para que gane la derecha.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: He hablado con mucha gente que dice eso, que lo hicieron a propósito.

HERMAN CARRASCO: Sí, en el fondo yo también pienso lo mismo. Porque aquí lo que se hace tras bambalinas, entre cuatro paredes, da para pensar eso y mucho más. Hoy día mismo: nos encontramos con que Jaime Guzmán tiene no sé cuántas avenidas aquí en Santiago. ¡Un tipo que justificó la tortura! A él le hacen no sé cuántos monumentos, pero ¿dónde está la calle Alberto Bachelet? ¿Dónde está el monumento a los militares constitucionalistas que cayeron? ¡En el periodo de Bachelet se fue a inaugurar otro monumento a Jaime Guzmán! Volvemos a lo mismo: la dictadura perfecta.

*Conversación con Macarena Silva y María Fernanda Rojas
Arquitectas.*

*Diseñadoras y miembros del Grupo Creativo del Memorial
en el ex Centro de Detención y Tortura Londres 38*

*Viña del Mar #36, Providencia.
Santiago de Chile, 9 de diciembre de 2010.*

[La conversación comenzó a grabarse tardíamente, pero podemos rescatar como punto de partida lo siguiente:

La memorialización en Chile, según reflexionaba la investigadora, tiene la tarea de unir dos “mundos” tremendamente aislados: la gente se siente desvinculada con el tema de las violaciones a los Derechos Humanos durante la dictadura –y las que se cometen a diario-, y tampoco se ve reflejada, necesariamente, en el proyecto de responsabilidad colectiva que implica “la memoria para el Nunca Más”. ¿Cómo pensar los memoriales, entonces, en la lógica de una “unión entre generaciones”, de un adhesivo para el tejido social roto?]

MACARENA SILVA: Justo lo que tú estás diciendo es bien importante: cómo uno se siente fuera del tema. En algún momento nosotras también nos sentíamos aisladas del tema. Nosotras empezamos con una investigación antes del memorial, que estudiaba cómo a este centro de tortura lo desaparecieron de la memoria y lo desaparecieron físicamente también.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Bueno, de la memoria oficial, no de la memoria de las personas que sabían de él.

MACARENA SILVA: Después inventamos una metodología para enfrentarnos a un proyecto de arquitectura, porque teníamos que presentar un proyecto estrictamente arquitectónico. Después, pensamos que ninguna de las dos ha tenido tampoco una vinculación directa con el lugar (desde el punto de vista ideológico a lo mejor sí, porque nuestros papás siempre nos informaron. Pero no desde el punto de vista de la historia, porque nosotros no tenemos familiares exiliados ni detenidos desaparecidos). Cuando nosotros íbamos a investigar, íbamos a todas las cosas que se armaban; seminarios, no sé qué... íbamos a todo. Pero muchas veces, sentíamos que por no tener una relación tan directa con los hechos quedábamos fuera del tema. Eso también ocurre porque los círculos que tratan el tema son bastante cerrados. Y nosotros tratábamos, además, de darle una visión disciplinar al tema: ¿cuál es la importancia de esto desde la arquitectura? No desde una versión personal-emotiva, sino ver cuál es el rol de la arquitectura en estas cuestiones. Y dijimos “bueno, la arquitectura debe tener algo que ver, ¿no? Si ahí hay objetos cambiados, desaparecidos, algo tendrá que decir la arquitectura”. No obstante, nos apoyamos en otras disciplinas porque por supuesto la arquitectura no podía responder sola. Entonces el tema fue que nosotros decíamos “bueno, es verdad que nos sentimos ajenas, pero desde el punto de vista disciplinar sí tenemos algo que decir”.

Además, nosotros considerábamos que el rol que debían cumplir los memoriales, o uno de los roles, era la interlocución con el resto de las generaciones. Y sí, me hace sentido lo que tú me estás diciendo, porque justamente uno de los roles que buscábamos activar era ése. ¿Por qué teníamos que seguir con este tema? Porque

las nuevas generaciones eran uno de los actores que estaban quedando ajenos, y porque la apropiación de los espacios públicos debería ser inclusiva y cerrar esa brecha.

Cuando nosotros estábamos en eso e hicimos la publicación de la tesis, nos ganamos un premio porque era la primera tesis en Derechos Humanos que tomaba el tema desde la arquitectura. No desde la reparación social, la psicología, la antropología o el derecho, sino desde la arquitectura. Después de que nos ganamos ese premio, seguíamos yendo a las reuniones porque nos involucramos con el tema. De repente conocimos a Gloria Elgueta, que es una de las personas de la agrupación de Londres 38.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Que en ese momento no estaban constituidas aún como agrupación; estaban empezando.

MACARENA SILVA: Y ellos tenían el objetivo de hacer que la memoria de la casa [ubicada en Londres 38] saliera a la luz. Para ello, lo único que podíamos hacer en ese momento era intervenir el espacio público.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Sí, Londres tiene una historia bien particular. El número que hacía referencia a su ubicación en la calle, el 38, fue cambiado por el número 40. No existía ya. Y esa acción de simulación quiso desaparecer al inmueble del espacio urbano donde una vez estuvo. Por eso ese número lo tuvimos siempre bien presente. Quizá no teníamos un proyecto sobre qué hacer ahí, pero sabíamos que era un aspecto importante.

MACARENA SILVA: Sí, necesitábamos una metodología para enfrentar todo eso desde la arquitectura. Sobre todo para que no fuera tan arbitrario, porque nosotros veíamos que los memoriales que se hacían siempre terminaban saliendo con el ego del arquitecto. Es decir: se daba preferencia a la estética: se simbolizaban cositas, tenían que quedar bonitos... Nunca era la memoria el centro y el objeto del memorial. En el fondo, tratar a la memoria como protagonista del espacio hace desaparecer un poco al arquitecto, cosa que a los arquitectos no les gusta mucho. Entonces decíamos que todo esto no podía ser tan arbitrario, que el centro de todo debía ser la memoria. Y con este proyecto pusimos a prueba esa metodología.

Cuando pensamos los objetivos, vimos que había que territorializar el espacio público, designar la casa (apuntarle: “¡esa es la casa!”) y aparecerla desde su desaparición (dijimos “si esta cuestión está simulada, hay que devolverle su identidad anterior”).

MARÍA FERNANDA ROJAS: Y, aparte de designar y eso, había que indicar la vivencia de lo ocurrido. Indicar que ahí había habido un centro de detención, que había muerto gente, que habían habido detenidos desaparecidos... Esa vivencia no estaba narrada físicamente en ningún lado.

Entonces fuimos, conocimos a Gloria [Elgueta] y cuando ella leyó nuestro seminario nos convocó a un mini concurso con otros arquitectos para ver el proyecto. Y nosotros lo que hicimos fue ver la metodología y cumplirla. Ellos confiaron en nosotras y empezamos a colaborar.

MACARENA SILVA: Eso. Y lo primero que trabajamos fue la desaparición del número. Creíamos que había que devolverle el número original, pero sin borrar el acto de

desaparecer. Lo que les propusimos (y que no se ha hecho aún, pero yo creo que en cualquier momento se va a retomar) era sobreponer los dos números: poner una placa sobre el número 40 que dijera “éste es el número con que se desapareció, y este otro es el número de su identidad original”.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Bueno, la placa estaba a discusión, era parte del proyecto. Pero la intención de denuncia era esa.

MACARENA SILVA: Después pensamos en cómo intervenir el espacio público. Nos pusimos a revisar testimonios, porque no podíamos trazar ninguna línea sin un fundamento metodológico y sin saber de dónde la estábamos sacando. Nada podía salir de nosotros arbitrariamente.

MARÍA FERNANDA ROJAS: De hecho la metodología planteaba una búsqueda previa de los soportes del proyecto. ¿Dónde estaba guardada esta memoria de la vivencia? Había que buscar en cualquier lado: fotografías, planos, libros, poesía, arte, lo que fuera. Y uno de los testimonios más recurrentes sobre lo que había ocurrido en la casa de Londres 38 era el tema de las baldosas blancas y negras.

El acceso principal de la casa tiene baldosas blancas y negras en el suelo, lo cual era lo único que los detenidos podían ver debajo de la venda [que llevaban sobre los ojos]. Entonces el elemento para poder saber dónde estuvieron presos fue muchas veces el suelo.

MACARENA SILVA: El tema del suelo era *heavy*. Las baldosas blancas y negras eran importantes, pero en general el tema era el pavimento. Y eso es generalizado en todos los centros de tortura, pero en este caso era marcado, porque afuera hay adoquines (es bien incómodo caminar, los vehículos hacen un sonido bien particular al pasar por ahí, etc), adentro hay colores, en fin. Todas esas cosas.

MARÍA FERNANDA ROJAS: De ahí empezamos a plantear la forma de externalizar esto. Además estaba el hecho de que la casa en ese momento era de un privado, no era del Estado. La Agrupación de Londres 38 tampoco tenía cómo intervenir el espacio de la casa, porque era privada. Entonces también por eso tenía mucho sentido hacer el proyecto en el espacio público, designar la casa desde el pavimento de la calle, sin tocarla. De ahí salió el proyecto de sacar a la calle las narraciones testimoniales de las baldosas blancas y negras. Lo demás era más bien una cuestión de diseño. Había que señalar la casa con alguna placa y además traer a la atención de la gente a todo lo que había pasado ahí, la gente que había desaparecido y de la cual éste era el último paradero conocido. De ellas son los 94 nombres que están en el suelo.

Empezamos a trabajar con los familiares, con la misma Agrupación que ya se había constituido como tal, para ver cuál era el contenido que iban a tener las placas. Para nosotros era muy importante, además, resaltar lo que tú decías antes, Mariana. Decir: “éstas eran personas que podían ser como tú. Tenían cierta edad, ciertas vivencias, ciertos proyectos”. Poner la edad fue una decisión que tomamos en ese sentido. Los nombres ya decían “eran personas”, pero además, era gente muy joven. Y finalmente se decidió también poner la militancia política, para recordar sus acciones y convicciones. No eran personas que estaban comiendo helado en la calle cuando las agarró el golpe de Estado. Los detuvieron por tener una ideología específica, contenida en los partidos políticos que se nombran en la placa.

MACARENA SILVA: Nosotros teníamos muy pocos elementos de diseño. Nos limitamos a lo que designaba nuestra metodología y nada más. Teníamos el pavimento, las placas blancas y negras, el número, y debíamos inventar un soporte para poner los nombres. Y se acabó.

Luego tuvimos que pensar en otros detalles, como la sensibilidad de la gente de pisar los nombres, el material donde los escribiríamos, etc. A mucha gente le causa cierto rechazo el hecho de pisar nombres de personas, entonces teníamos que buscar materiales para que eso no pasara, que no lo encontraran indigno. El metal, por ejemplo, se pone más brillante justo en el pedazo en que lo pisas.

También se buscaba que el mensaje fuera sutil, dentro de lo fuerte que podía ser su contenido. Si tú vas caminando por la calle, mirando el suelo, de repente se te aparece esta cuestión, de forma sutil pero conservando el impacto que tiene leer el nombre de una persona muerta. Y tienes que tomar una decisión, porque esto te interpela. Tienes que decir “pucha, ¿pasaré por el lado? ¿Lo piso? ¿No lo piso?” Y hay de las más diversas reacciones.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Eso es parte de la reactivación constante que tiene la memoria al estar en el espacio público.

MACARENA SILVA: Te obliga a tomar una decisión al respecto.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Porque este lugar está en el centro; tiene constante tránsito. Y la idea es tener una memoria activa y no pasiva.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Claro, entiendo. Justamente acabo de leer un artículo de Nelly Richard en el último libro que publicó, que se llama *Crítica de la Memoria*. Ahí compara varios memoriales y rescata una idea que, si bien no es de ella, queda súper bien articulada: sacar a la memoria de los sitios monumentales, que finalmente no interpelan la cotidianeidad de la gente. El problema con hacer un memorial en el Cementero General de Santiago es que está allá, lejos, en un espacio que no interviene en la vida cotidiana de la mayoría. Ir a visitar el memorial implica un conocimiento previo de lo que pasó con esa gente, porque no “se te aparece” la información para contártelo si no lo sabes. Entonces Nelly Richard rescata los memoriales de Londres 38 y del Puente Bulnes, porque son dos sitios que *interrumpen* el paso de la gente.

Además, a mí me gusta mucho el uso de los adoquines en el piso afuera de Londres 38, porque me parece que además se relaciona con la idea de la rutina, de la mecánica de la vida cabizbaja, productiva, de trabajo y consumo del centro de Santiago. Entonces, si uno pone las cosas en el piso, es el único lugar donde la gente las ve. Ya nadie sube la mirada.

La primera vez que yo fui a Londres 38, fueron precisamente las baldosas las que me hicieron saber donde estaba. Yo había oído de Londres, pero no sabía dónde estaba (¡y menos que estaba en el centro, a dos cuadras del edificio de la UNCTAD donde operaba la junta militar y a otras pocas de La Moneda!). Cuando vi la calle de Londres, me puse a buscar el número 38, que en ese momento no estaba. Ahora ya lo cambiaron, ¿no? Dice 38, pero cuando yo lo vi aún tenía el 40. Y eso, la forma en que me enteré donde estaba el sitio fueron las placas.

Me gusta mucho que además se refiera a un fenómeno mucho más socioeconómico que estrictamente memorístico, la rutina del consumo y la

producción neoliberal, y que haya usado un ataque “desde abajo” para hacer conciencia en el peatón que sigue día con día su rutina.

Y Nelly Richard decía más o menos eso. Que Londres 38, todo el proyecto - desde la etapa embrionaria en la que participaron ustedes hasta ahora-, ha buscado interpelar de forma distinta. Sacar a la memoria de la burbuja “memorializadora”, en la que sólo entra la gente con conocimiento previo de los hechos.

MARÍA FERNANDA SILVA: Claro. Nosotros pensamos en todo esto cuando empezamos el proyecto, en cómo los soportes que daban pie a los memoriales transmitían o no transmitían los mensajes de la memoria. Por eso también tomamos la decisión de poner el mensaje en un paseo, no sólo en una placa frente a la casa que la gente a veces ni lee.

MACARENA SILVA: Exacto. Nosotros estudiamos todo esto que dices. Hicimos una clasificación de lo que existe en el mundo en términos de expresiones físicas de la memoria, y qué efecto causaban. Hicimos la clasificación del símbolo, de la reproducción morbosa (por ejemplo: la casa de la tortura no sé qué, en donde se hacía esto, y ahí donde usted está parado les hacían tal cosa a los prisioneros...), de todo. Y hay cosas que producen mucho rechazo; la gente dice “es que esto a mí no me pasa”, y el efecto no se consigue.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: La incomodas en vez de informarla...

MACARENA SILVA: Exactamente. Y bueno, también está la placa. Pero la placa sola es un dato; no es la memoria ni la vivencia. No hace ninguna referencia a lo que pasó en términos de experiencia física, de arquitectura.

MARIA FERNANDA ROJAS: Cuando empezamos, las personas del sitio estaban pensando en poner la típica placa con los nombres de los desaparecidos, y nosotros dijimos que no, que eso no refería a ninguna experiencia. La experiencia era la de las personas que habían ido caminando por ahí, con los vendajes en los ojos, viendo los adoquines.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Queríamos desprender al memorial de su uso netamente conmemorativo.

MACARENA SILVA: Sí, porque eso sirve solamente para los familiares. El muro con los nombres, a donde la gente lleva flores, está solamente para que la gente vaya y tenga un espacio de reflexión interna. No hace ninguna alusión a la experiencia.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Otra cosa que también se ha criticado en varios memoriales es la “estetización”. Esa crítica se le hace mucho, por ejemplo, a la Villa Grimaldi. En una entrevista que yo leí con el arquitecto del Parque por la Paz [Villa Grimaldi], él decía que en un principio el sitio había quedado como un parque normal, a donde la gente iba a pasear los domingos y llevaba a sus hijos y que, en ese sentido, no había logrado consolidar un fin pedagógico que refiriera a lo que ahí había pasado. A fin de lograrlo, se colocó la maqueta [del cuartel militar donde se torturó] y La Torre, pero que la gente no lo aceptó y bajó tremendamente el número de visitantes. Las personas se asustaron porque hasta entonces no habían tenido idea de a dónde

iban. Entonces, veo que otro de los peligros que hay que aprender a surcar es el de “hacer un memorial demasiado bonito”.

MACARENA SILVA: Sí. Por eso decíamos nosotras que lo importante en todo esto es conservar como objeto central del memorial a la memoria y la experiencia. No nuestra mano de arquitecto; sino lo que ahí pasó. Así, independientemente de si queda bonito o no, siempre lo más importante va a ser lo otro.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Y sólo así tiene sentido. Tiene que tenerlo, porque nace de algo que efectivamente ocurrió. No nace de una idea mía, de “quiero poner.... Un árbol de la paz”. No. Nace de la historia.

MACARENA SILVA: Ahora, en el caso de Villa Grimaldi, ellos tienen el mérito de haber sido los primeros. Yo te encuentro toda la razón; de hecho nosotros hicimos el análisis del efecto de Villa Grimaldi y concluimos incluso que la memoria está borrada ahí, porque quisieron atacar el dolor con belleza. Pusieron el Parque por sobre lo que pasó.

MARÍA FERNANDA ROJAS: De hecho nosotras visitamos el Parque antes y después de La Torre.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: ¿Y sí cambió mucho?

MARÍA FERNANDA ROJAS: Claro, porque el relato tiene sentido sólo cuando hay una referencia clara, visual. La Torre le da una dimensión comprensible a lo que pasó, y el ser humano necesita de esas referencias para inscribir las vivencias de los demás en las suyas propias.

MACARENA SILVA: Y ellos de a poco han tenido que ir haciendo reversiones. “Bueno, entonces hay que sacar a la luz este muro; hay que reconstruir La Torre...”; así sucesivamente. Ellos recorrieron el camino al revés, pues.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Villa Grimaldi es un laboratorio. Su extensión lo ha permitido también. Incluso lo tienen dividido; hay partes que tienen placas conmemorativas organizadas por Partidos Políticos, hay lugares como más de “museo de sitio”, etc. Tiene como de todo.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Ahora le metieron mucho dinero a Villa Grimaldi, ¿no? Yo fui hace un año y medio y ahora volví, y se nota mucho la diferencia.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Bueno, también les pasaron unos locales de al lado para que se organizaran mejor... Creo que se habían quedado sin financiamiento, como Londres 38, pero parece que ya amarraron el presupuesto para el 2011.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Y, volviendo a Londres 38, hasta la fecha sigue vacía la casa, ¿verdad?

MACARENA SILVA: Siempre hacen actividades. De hecho, este viernes habrá visitas guiadas.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Ah sí, por el Día de los Derechos Humanos, ¿no? Alguien me lo había comentado. Claro que iré, gracias.

También la cosa que me gustaba de Londres 38 era ese vacío, una ausencia que incomoda. No trataron de llenar el espacio con flores, con algo conmemorativo o museográfico necesariamente, sino que mantuvieron la incomodidad de lo vacío. Supongo que es un poco la idea detrás de las bancas del Estadio Nacional, ¿no? Dejaron las bancas viejas sin remodelar, unas bancas en las que nadie se sienta, para recordar a los ausentes que, quizá, estarían hoy en el Estadio de no haber desaparecido. Que la ausencia se vea.

Pero me surge la duda de qué tan políticamente viable o efectivo sea este “manejo del vacío”. O bueno, no sé si hablamos específicamente de política. Pero cuando yo platico con jóvenes, los siento súper hartos de este tema. Me conflictúa su hastío con el tema de los Derechos Humanos o la dictadura, me sorprende que ellos sientan que no tienen nada que ver con eso. Y entonces, no sé si estas “ausencias”, a veces muy sutiles, logran realmente interpelar a la sociedad, o si son efectivos sólo con gente más emocionalmente expuesta a estos temas.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Es que todo lo que pasó es muy ajeno al Chile de hoy. No sé cuántos chilenos sean capaces de dar la vida por un proyecto.

MACARENA SILVA: Y no solamente eso: yo creo que el desarrollo económico de Chile ha hecho que la masa que accede a los bienes esté en un estado de bienestar tal, que se han puesto individualistas. Y por eso votan por la derecha. Todo eso de la dictadura se ve, pero no se siente. O sea, en Chile no hay vida cívica. La gente no alega, no nada.

Entonces una razón puede ser este lo que dices tú, el cambio generacional y social, y otra razón puede ser lo que le pasa a todos los países cuando alcanzan cierto nivel de desarrollo y se ponen individualistas. Tú quieres disfrutar y no te importa lo demás.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Es bien difícil darse a la tarea de crear un memorial que acerque dos generaciones y dos estilos de vida tan dispares...

MACARENA SILVA: Claro, pero para eso son. Para decir: “les guste o no les guste, ahí está”. Aunque sea para producir reacciones en contra, pero no podemos dejar que no haya nada.

MARÍA FERNANDA ROJAS: A nosotras nos ha pasado de todo desde que empezamos a instalar las plaquitas. Cuando las pusimos, para los maestros esto empezó a ser un tema de clase, porque toda la gente les preguntaba. Y eso no tiene que ver con la edad, con la clase social, con nada de eso. Por último, el memorial sirvió para que la gente se haga el cuestionamiento de lo que pasó ahí. Si de ahí se ponen a llorar o se sigan a la esquina a comprarse un dulce, da lo mismo. Por lo menos está la interrogante.

MACARENA SILVA: Es que haciendo eso ya cumplió el objetivo. De hecho, el proyecto una vez salió en la Revista de Decoración del domingo, porque un arquitecto lo criticó mucho. Pero bueno, en vez de sentirnos mal porque nos criticaron el proyecto, nosotros sentimos que cumplió el objetivo. Evidentemente, no podemos

esperar que un proyecto como éste le guste a todo el mundo. Con que se hable del tema, logramos lo que queríamos.

MARÍA FERNANDA ROJAS: No es un objetivo estético, ni tiene que ver con el bienestar sensorial. Esto es el transmisor de una vivencia que pasó.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Claro, porque el vehículo del memorial es la memoria, no la estética. No hay que convencer a nadie de nada, sino revivir el pasado.

MACARENA SILVA: Eso, porque cada quien tendrá sus propias interpretaciones al respecto. Lo mismo con el Estadio Nacional: tú tienes ahí un vacío. Tú lo interpretaste como el vacío de las personas que no están, pero a lo mejor otros dicen “pucha, se les acabó el presupuesto”. Hay miles de interpretaciones, y esa es la gracia de la memoria. No es completa; a la memoria no se le puede completar con un discurso, porque es subjetiva. Cada uno tiene una distinta.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Y, con el regreso de la derecha a la presidencia, ¿creen que el presupuesto que se le da a lugares como estos baje mucho?

MACARENA SILVA: No sé.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Porque ya le recortaron el presupuesto al Museo de la Memoria, ¿o no?

MARÍA FERNANDA ROJAS: Me parece que el Museo está sacando presupuesto de otros lados. Además de que bueno, nosotros creemos que el Museo de la Memoria tiene ese fin de oficializar el discurso, dejar a todos tranquilos y callados. Yo personalmente creo que conviene a la derecha, y que no le van a quitar el financiamiento a un lugar tan oficial. Los que sí corren peligro son otro tipo de sitios de memoria, donde hay más reivindicación de lo que no se habla normalmente. Muchos se quedan sin el presupuesto que necesitan para funcionar.

Ahora hay un proyecto que está próximo a ejecutarse en la casa [de Londres]. Tampoco hay una idea de llenar y llenar de cosas; igual se trabaja mucho con el vacío. Se discutió ampliamente lo que se iba a hacer ahí en mesas de trabajo, en las que además participó el gobierno. O sea que no creo que de repente nos quiten todo.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: En algún momento se mencionó la idea de poner e Instituto de Derechos Humanos ahí, ¿no?

MACARENA SILVA: Sí, pero no pasó de ser una mala idea.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Se había trabajado mucho para encontrar el sentido de la casa, y después de algunas reuniones la Presidenta entendió que no, que no era ése el uso más adecuado y que había que darle un uso más participativo a la casa.

MACARENA SILVA: Que antes que un uso institucional, este espacio tenía una misión de memoria. Y sí, entendieron que se debían ir a poner el Instituto en otro lado.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Cuando yo empecé a hacer las entrevistas acá en Chile, yo traía mucho el tema de la memoria. Creo que tenía que ver con la formación académica que tuve.

MACARENA SILVA: ¿Qué estudiaste tú?

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Estudios Latinoamericanos, que tiene un tronco de historia, pero que termina por extenderse hacia varias otras disciplinas. A mí me impactó mucho el relato de gente chilena exiliada en México, que tenía un discurso muy atravesado por el dolor y el rechazo (ellos rechazan Chile; se sienten rechazados cuando vienen; en fin). Y bueno, yo vi –primero a través de ellos y luego en otros grupos- que había muchas identidades fragmentadas, que buscan representación en algo. Pero cuando empecé a hacer las entrevistas, preguntaba: “¿Qué entiende usted por memoria? ¿Qué clase de memoria debemos buscar? ¿Para qué sirve la memoria?”. Y poco a poco me di cuenta que esas generaciones que habían vivido el Golpe, o que habían militado en la época de la Unidad Popular, ni siquiera tenían la palabra memoria en el vocabulario de más uso. Se sienten separados de lo que ahora se entiende por memoria y por memorialización; no se ven en las expresiones más *monumentales* de la memoria. Y bueno, casi todos me han dicho que es bueno que por parte de las instituciones se reconozca que aquí hubo crímenes de Estado, etc. Pero no se sienten representados por el discurso o los Estudios de la Memoria. Y luego, viendo que las generaciones jóvenes tampoco se sienten vinculadas con eso, me persigue la duda: ¿Para qué memorializar? Evidentemente comparto los intereses que a ustedes, como a tantos, las mueven a actuar como lo hicieron en Londres, pero me parecen esfuerzos tremendamente desvinculados de la vida social de país...

MACARENA SILVA: Es que creo que hay una memoria oficial y otra *under*, la misma que empieza a salir de agrupaciones como Villa Grimaldi, Londres 38, Cuartel Ollagüe, etc. Y ahí creo que más sobrevivientes se sienten identificados con el proyecto, porque ha surgido desde ellos mismos. Nosotros como arquitectos somos un instrumento nomás: damos orden técnico a lo que ellos quieren. En cambio, ese otro nivel de la oficialización de la memoria no tiene nada que ver con nadie.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Es un mero discurso político, que sirve a la idea de la reconciliación social pero no le es fiel a las distintas realidades de la gente. Pero a ver... Esto también tiene un matiz generacional, ¿verdad? Los jóvenes con los que he hablado, dicen “bueno, pero es que esta gente que milita tanto (la Agrupación de Familiares de detenidos Desaparecidos, la de Londres 38 o la de Villa Grimaldi, etc.) ya están llegando a cierta edad. ¿Pero qué va a pasar cuando esa generación no esté?”. Y no sé... No sé si al final se va a dar “vuelta a la página” de una vez por todas, porque no veo un relevo.

MACARENA SILVA: Bueno, yo creo que hay un relevo profesional que está tomando esos temas. Nosotras, desde la arquitectura, hemos visto a muchos compañeros que se acercan a esto y tratan de desglosarlo de la dimensión afectiva que tiene, especialmente porque ya son pocos los que tienen una relación directa con ese pasado. Estudiamos el tema y proponemos cosas desde las disciplinas, desde el ámbito técnico-académico, etc. Y nos preguntamos: si este país tiene este problema, ¿qué es lo que hay que hacer para seguir adelante? Desde la antropología, la psicología, el cine... Y bueno, eso es lo que está haciendo la nueva generación. Claro, no es algo

generalizado... Si vas y le preguntas a la niñita que está sentada ahí adelante seguramente te va a mandar a la mierda, pero sí hay un grupo que está tomando decisiones. Además, creo que hay distintos roles generacionales. La de ellos es transmitir; la nuestra es recoger. Recoger desde la técnica, ver qué hacer con lo que tenemos.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: También se ha discutido mucho que no se trata de una memoria contra el olvido. No hay una dicotomía tan fácil; más bien hay que preguntarse qué recordar y cómo hacerlo. Y esa es la decisión que tiene que tomar el memorial, me imagino... Recordar qué y para generar qué. Generar resentimiento, dolor, reflexión, conciencia, dudas...

MARÍA FERNANDA ROJAS: Es que ése es el papel de esta generación. Escoger lo relevante, separarlo de lo que solamente causa dolor, ver las diferencias con lo que causa resentimiento, etc.

MACARENA SILVA: Por eso la nuestra es una propuesta. Hay gente que no opina lo mismo que nosotros. Por ejemplo, nosotros creemos que hay que sacar lo significativo de una experiencia. Lo significativo nomás, digo, no podemos tenerlo todo. Ni modo que hagamos pasar a la gente para torturarla y que reflexionen sobre todo lo que pasó así, pues no se puede tenerlo todo. Hay que recuperar lo significativo de la experiencia, porque por algo se grabó en un soporte de memoria. Por algo alguien lo pintó, lo escribió o lo relató. Y si tomamos eso, alguien más lo completará. Ya con eso es suficiente pues. Es que es tan difícil lograr al menos eso...

MARÍA FERNANDA ROJAS: Y sabes que esa visión, que a lo mejor fue un poco compleja, fue súper bien comprendida por los familiares y la gente que fue torturada en Londres. Ellos siempre tuvieron súper claros los objetivos y nos dieron todas las herramientas para seguir adelante. Lo otro, ya si era blanco, azul, negro, fueron detalles estéticos. Pero la idea detrás de todo, el fin de hacer que esto no fuera una simbolización, una cosa “bonita”, la tuvimos siempre. El proyecto no pretende ser más de lo que es, ni incluirlo todo a través de lo abstracto. Creo que fue honesto con ellos, con los objetivos y con nosotras.

MACARENA SILVA: Además, cumplió con nuestros objetivos y con muchas cosas más. Surgieron cosas que no sabíamos que iban a pasar y vivimos cosas inesperadas. Entonces bueno, la metodología funcionó. No sé si va a funcionar siempre, pero hasta ahora ha ido bien. Y habrá gente que no comparta esta postura, como el arquitecto que te contaba que atacó el proyecto desde lo técnico porque consideraba que un memorial no tenía por qué interpelar –casi forzosamente– al ciudadano común y corriente que no tenía ganas de verlo. Esa es su postura y está bien, pero uno también tiene que hacer lo que cree que va.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Y bueno, tampoco sabemos bien qué será de este memorial, porque el proyecto que nosotros planteamos se hizo pensando en un escenario que ya no es el escenario actual. Quizá más adelante habrá que repensar los objetivos porque, por ejemplo, ahora ya se recuperó la casa, está recibiendo apoyo del Estado, etc.

MACARENA SILVA: Sí, de alguna manera se está oficializando también.

MARÍA FERNANDA ROJAS: O quizá el contenido del interior va a pasar a tener mucho más importancia que lo que está afuera. Pero bueno, lo que se ha buscado es que todo sea complementario. De todos modos, igual las cosas hay que dejarlas ir; que tomen su curso y cobren vida propia.

MACARENA SILVA: Y como decíamos, para nosotros ya fue algo importante que haya habido cosas inesperadas. Me acuerdo que cuando primero pensamos en hacer las placas afuera, en la calle, algunas Agrupaciones se pusieron a pintar las baldosas, blanco y negro, blanco y negro. Se apropiaron del espacio antes de que nosotras ejecutáramos la idea; construyeron todo antes que nosotros.

Y también: cuando estábamos haciendo las pruebas con los papelitos negros y blancos, la gente se detenía a ver lo que estábamos haciendo y tenían reacciones cuáticas, súper interesantes.

MARÍA FERNANDA ROJAS: ¡Ah! También nos pasó lo inesperado de tener que mejorar el espacio público de afuera; hubo que mejorar el pavimento, los adoquines que iban a quedar junto a las plaquitas, todo. Hubo que hacer un montón de trabajo con la Municipalidad de Santiago, que es un Municipio de derecha. Igual nos apoyaron porque no les quedó otra, pero fue trabajoso.

O las expresiones de la gente que iba a limpiar la calle, ¿te acuerdas, Maca? O los maestros, que empezaron a preguntar... Sí, hubo de todo.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Se supone que, por lo menos desde su concepción teórica, la creación de memoriales debe aportar a la preservación y promoción de los Derechos Humanos, ¿no? Aportar al “Nunca Más”. Entonces, ¿cuál creen que es el vínculo que une a esta interpelación que ustedes hacen a la vida social del centro de la ciudad con el fin último de que estos crímenes no vuelvan a suceder?

MACARENA SILVA: Bueno, es que yo no sé si podemos pretender que eso pase. Con la memoria puede pasar cualquier cosa. Tú puedes pretender que se haga memoria, pero de ahí para adelante es demasiada pretensión. O sea: ojalá que la memoria ayude a que la gente diga “nunca más”, que ayude a construir nuevos valores, pero no puedes tener certeza de que eso pase.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Es que creo que nuestro rol nunca fue ese. Más bien era el otro, de recolectar y transmitir el sentido de la casa y lo que ahí pasó. Y claro, esperamos que el conocimiento que eso genere pueda ir en virtud de esto, de tener más y mejores herramientas, de saber lo que pasó, de hacer redes de trabajo, y bueno, de crear una Institución más estable que promueva todo esto. Y eso es lo que va a pasar en esa casa; va a ser un sitio de memoria con redes propias, con mecanismos para presionar al Estado, etc. Pero eso es una mecánica que va surgiendo con el tiempo, que no pasa solamente porque haya un memorial. A lo mejor el memorial es gatillante, pero no nace sólo de eso.

MACARENA SILVA: Nos parece que es suficiente haber logrado acoplar las demandas de ellos y darle una visión técnica. A pesar de que todos compartían una visión, había siempre pequeñas diferencias que fueron bien complejas a veces. Entonces, yo creo que uno no puede pretender que con llenar la ciudad de memoriales el tema de los

Derechos Humanos ya quedó. Que los memoriales mejoran a la ciudadanía y al mundo. No tenemos manera de creer eso; es cuestión de echar un ojo a la historia.

Los memoriales sirven para que la gente pueda reflexionar acerca de todo esto. Y ya; esa es la pretensión.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Y bueno, el tener que validar un memorial que se hace en el espacio público es distinto a hacer un memorial en el privado. Hay que conseguir permisos de distintos sectores, y eso igual hace que la gente piense en todo esto. Ya el hecho de que en la Municipalidad de Santiago hayan tenido que debatir sobre el tema es una ganancia.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Y, ¿debatir con esos distintos sectores nunca les implicó tener que hacer modificaciones al proyecto que ustedes no querían hacer?

MARÍA FERNANDA ROJAS: En algún momento pensamos que se podía abortar el proyecto. La Municipalidad de Santiago nos pidió a nosotros como arquitectas –y a la Agrupación completa- que arregláramos toda la calle Londres, diciendo que sin eso el proyecto no duraría en el tiempo. Y bueno, evidentemente que para nuestro presupuesto de diez millones de pesos, eso ya hacía que todo fuera imposible. Sin embargo, ellos mismos fueron aportando cosas poco a poco, y finalmente nos dieron hasta los adoquines. Fue una odisea, pero salió. Lo único que sí pasó fue que se alargó mucho el proyecto.

MACARENA SILVA: Sí, hubo que pasar por muchos dictámenes por la zona, también. Porque la calle está en una zona típica, protegida también por su arquitectura y su belleza. Entonces el proyecto tenía que pasar piola dentro de todo esto también.

MARÍA FERNANDA ROJAS: Me acuerdo que cuando empezamos a planear todo teníamos propuestas para poner cosas en la fachada de la casa y en el piso. Pero el hecho de no tener la aprobación del Instituto O'Higiniano [que en ese momento ocupaba el inmueble] implicó, de una u otra forma, tomar una decisión que fue super acertada al final: decir “ya, ¿no tenemos permiso? Entonces todo pa'l suelo y el número lo vemos después.” Y bueno, ha sido difícil volver al número. Sigue incompleto el proyecto porque falta el 40 ahí, que acompañe al 38. Nos pesa, pero bueno, están dándole hacia allá.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Creo que el problema con la Villa Grimaldi (tomando en cuenta que, como ustedes dicen, éste fue el primer “museo de sitio” y lugar de memoria en Chile) fue justamente que tuvo que negociar mucho con los sectores en el poder, ¿no? Se ha dicho que mucho del “embellecimiento” que se tuvo que hacer del lugar fue porque, si no, no les aprobaban el dinero.

MACARENA SILVA: Claro. Es que, por ser la primera, la Villa tuvo que tener un contexto de memoria más o menos oficial. En cambio, nosotros estamos en un contexto súper favorable, porque teníamos varios que ya se habían hecho.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Quizá, para que yo me oriente un poquito, podríamos empezar por lo que usted hizo...

VÍCTOR MATURANA: Sólo si me tratas de tú.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¡Perdón! [Se ríe] Siempre caigo en lo mismo.

De acuerdo. Para mí sería muy bueno que me contaras algo sobre tu militancia política o sobre lo que viviste durante el gobierno de la Unidad Popular, para ir ubicando por dónde llevar las preguntas. Después podríamos hablar sobre cómo consideras que cambió el país durante la dictadura, en materia de justicia y memoria. O sea: ¿cómo has vivido tú la lucha por la reivindicación de los Derechos Humanos, tanto en dictadura como en postdictadura?

VÍCTOR MATURANA: Perfecto, pues comenzamos entonces.

Yo soy Víctor Maturana. Soy de Temuco; nacido y criado siempre en Temuco. Para comenzar, nos vamos a situar en el tiempo de la Unidad Popular. En ese entonces, yo estudiaba en la Universidad, trabajaba y militaba en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el MIR. Cuando llega el golpe de Estado, me sorprende siendo estudiante de la Universidad, siendo trabajador de la Universidad y siendo militante del MIR. El golpe de Estado fue el día once de septiembre, y yo el 13 de septiembre ya estaba encarcelado.

La situación de mi encarcelamiento es bien particular y la tengo que explicar bien. El día doce de septiembre, 24 horas después del golpe de Estado, mi casa fue allanada porque me estaban buscando los militares. Temuco no era, en ese tiempo, tan grande como es ahora. Ahí nos conocíamos todos perfectamente, y todos sabían que era militante del MIR, que era social y políticamente muy activo. Por eso me andaban buscando. Pero yo no estaba en la casa; ya había salido de ahí y me había ido a una casa de seguridad. Al día siguiente, apenas se levanta el toque de queda, se me va a avisar a la casa donde yo estaba que mi casa había sido allanada la noche anterior y que se habían llevado a un hermano mío detenido como rehén. Me dicen que los militares habían dejado la orden de que, si yo no me presentaba ante ellos al día siguiente del allanamiento –y antes de las tres de la tarde, que era la hora en que comenzaba el toque de queda-, iban a fusilar a mi hermano.

Mi hermano no tenía nada que ver; no tenía actividad política. Era un académico de la Universidad de Concepción que en ese momento estaba en la casa nuestra porque la Universidad estaba paralizada, y había decidido pasar esos días con nosotros allá. Obviamente, ante esa situación, tuve que presentarme. Mis compañeros me plantearon algunas alternativas para salir de Temuco, pero no dudé un instante en entregarme. Tenía que ir por mi hermano; era yo quien tenía que responder y no él.

Entonces, el día trece de septiembre, a las dos de la tarde, me presento al Regimiento Tucapel, ante la autoridad militar. Quedé detenido, obviamente, y fui enviado a la cárcel. Después de eso, mi hermano quedó en libertad. Afortunadamente

respetaron su palabra, cosa rara en los militares. Así empezó mi vida de preso político: el 13 de septiembre de 1973 yo ya estaba preso. Comienza ahí rápidamente un procesamiento en mi contra, de manera que el día 13 de octubre de 1973, apenas un mes después, yo ya soy sometido al primer Consejo de Guerra que se realiza en Temuco. Se me procesa, con toda la parafernalia militar, con todo el aparato propio de los militares, en el primer Consejo de Guerra dentro del Regimiento Tucapel de Temuco, con el único propósito de condenarme a mí.

El fiscal acusador, por esas cosas de la vida, hoy día está preso en Italia. Está preso en Roma, a punto de ser procesado por violación grave a los Derechos Humanos por el caso de un ciudadano italiano-chileno que está desaparecido. Se llama Alfonso Podlech. Ese fiscal, vestido rigurosamente de militar, hace toda una serie de acusaciones absurdas en contra mía y pide para mí la pena de muerte, acusándome del delito de Traición a la Patria.

Mi defensa parece que hizo un trabajo brillante; todos lo dicen. Pero no valió de nada. Volví a la cárcel, a una celda de aislamiento, esperando la resolución del Consejo, porque no se pronunció de inmediato. A los cinco días, soy llevado de nuevo al Regimiento y se me comunica la pena: presidio perpetuo. El Consejo no acogió la petición del fiscal y se me bajó la pena al grado inmediatamente inferior, que era presidio perpetuo. Y quedé condenado.

No creo que sea necesario hablar de el mes que pasó entre mi detención y la resolución del Consejo de Guerra: supongo que lo imaginas. Procesos de interrogatorios, tortura... ¿Es necesario?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: No; necesario no. Yo estoy para escuchar lo que usted quiera decirme, no más.

VÍCTOR MATURANA: Pues tengo varias secuelas de ese tiempo. No escucho con el oído derecho; tengo que ponerme de lado si quiero escuchar lo que me dicen las personas. Todavía tengo marcas de las quemaduras con cigarro, en fin. Hay todo un proceso muy acelerado de tortura, de interrogatorios, de tomar declaraciones de la manera más absurda, nociva y degradante posible... Todo eso concluye con ese "show" del Consejo de Guerra.

Comienzo a cumplir mi condena y en el año '75, bien avanzado ese año (dos años después de que yo ya estoy cumpliendo condena), se acerca alguien del personal de la Embajada de Canadá a entrevistarme dentro de la cárcel. Con eso, en el año '76 se me conmuta la pena; paso de tener la pena de presidio perpetuo a la de extrañamiento. Me expulsan del país y voy a asomar mi cabeza a Canadá después de casi tres años de cárcel.

Cuando salí, me dijeron que tenía completamente prohibido volver a Chile. No obstante, volví a Chile en el año '80 de manera clandestina. Me incorporé a la lucha de resistencia contra la dictadura, porque yo entendía que esa era mi obligación moral, política y social. Entonces hice eso: tratar de terminar con la dictadura de Pinochet desde la lucha clandestina que llevaba a cabo el MIR. Estoy en esos trabajos en la ciudad de Santiago cuando en 1982 soy nuevamente detenido. Me procesa una fiscalía militar de Santiago y me condenan a veinte años de cárcel, por Ingreso Clandestino al País y por Violación a la Ley de Control de Armas, porque obviamente yo, haciendo tareas de resistencia, tenía que estar preparado para cualquier situación.

Empiezo a cumplir mi condena aquí en la cárcel de Santiago y a cinco años de estar cumpliendo condena soy trasladado a la cárcel de Temuco. En noviembre de 1989 salgo en libertad, después de más de siete años de cárcel. Me quedo a vivir en

Chile, a pesar de que tenía visa de varios países para poder salir después de haber estado preso. Yo ya había vivido la experiencia del exilio, que había sido un exilio bien particular. De los cuatro años que estuve fuera antes de volver a Chile, dos los pasé en Canadá y dos los pasé en Cuba. Entonces, salgo a fines de 1989, con conciencia y una rica experiencia de lo que había ocurrido durante la dictadura: sabía todo lo que había pasado en términos de violaciones a los Derechos Humanos. Lo que yo había vivido me comprometía a quedarme en Chile y empezar a trabajar el tema de los Derechos Humanos: supe lo que eran las violaciones a los derechos y la anulación de la divinidad de los prisioneros, supe que la vida humana no valía nada para ellos. Con la consigna de que algo tenía que hacer a respecto, me quedé.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Salió en el '89... porque se acabó la dictadura?

VÍCTOR MATURANA: ¡Ah! Claro... ¿por qué no cumplí los veinte años? Salí cuando estaba terminando la dictadura, en noviembre del '89. Se dio una situación bien especial: Con la aceptación del plebiscito, y en una medida de carácter demagógico, la dictadura levantó la prohibición de ingreso que había para los chilenos que vivían en el extranjero. Antes, la gente que estaba en el exilio sólo podía volver si la dictadura lo autorizaba; publicaban listados de los que podían regresar. Pero llegó un momento, poco antes del plebiscito del '88, en que se dice: “se levanta esta exigencia de las listas, y el que quiera volver, que vuelva.” Se terminaba el exilio, por así decirlo. Entonces, en razón de eso, los presos políticos que estábamos encarcelados en Chile por Ingreso Clandestino al País (que era mi caso) le explicamos nuestra situación a algunas autoridades (al Presidente de la Corte Suprema, por ejemplo, que era más o menos receptivo al tema) e iniciamos una petición a la dictadura: si ya terminó el exilio, lo lógico era que el delito de ingreso clandestino se anule y nosotros saliéramos en libertad. Para sorpresa de todos, la dictadura accedió, y de esa manera recuperé mi libertad.

Entonces, salgo en libertad en el '89 y ya en el '90 me incorporo a este trabajo de Derechos Humanos con un grupo de 6 compañeros en Temuco (algunas personas que habían retornado desde el exilio, otras personas que tenían familiares detenidos-desaparecidos o ejecutados políticos). Constituimos un grupo para trabajar esta temática, llamado Centro de Investigación y Promoción de los Derechos Humanos, cuya dirección está a mi cargo aún hoy. Me he transformado en eterno ahí, ¿no? Llevo 19 años al frente de este organismo, y de los 6 fundadores soy el único que queda. Por varias razones, mis compañeros del principio ya no están.

Y es así como comienzo a echar las bases para contribuir a este organismo y al tema de los Derechos Humanos. Tratamos de aportar desde este Centro a lo que es verdad, justicia, memoria, reparación y democracia. Esos son los ejes centrales que mueven nuestro trabajo. Y algo hemos hecho; algo hemos avanzado.

La verdad es que hoy día, allá en la región de la Araucanía donde estamos nosotros, estamos bastante legitimados como organismo de Derechos Humanos. Habiendo otros organismos en Temuco, se nos ve a nosotros como “el referente”, por así decirlo. En 19 años, algo hemos aportado. Sobre todo yo, que conozco muchos casos de detenidos-desaparecidos, de ejecutados políticos, que fueron compañeros míos. Tengo mucho que aportar a esto de la verdad y la justicia. Y como organismo también estamos haciendo aportes en ese sentido.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Perdón... ¿qué se entiende por “reparación”?

VÍCTOR MATURANA: Hay diferentes formas de reparación, pero la reparación por excelencia, la reparación más aspirada y más soñada por las víctimas y los familiares de las víctimas, es la justicia. Ésa es una forma de reparación. Reparar el daño causado se hace esclareciendo la verdad y haciendo justicia respecto de los responsables de los crímenes.

Pero también hay otras formas de reparación. Hacerles reconocimiento público a las víctimas de que, efectivamente, fueron víctimas del Estado; esa es otra. Esto en alguna medida ha ocurrido en Chile a partir de 1990. No en la medida ni en la forma deseada, pero se ha avanzado en ese sentido. Se ha logrado que el Estado reconozca que fallaron como Estado y que fueron sus agentes los que violaron los Derechos Humanos. Se ha logrado también que el Estado repare o reconozca a las víctimas a través de la creación de memoriales, o mediante la entrega de becas para retomar estudios a quienes no pudieron terminarlos porque el Estado les arrebató esa posibilidad durante la dictadura. También en términos económicos, el Estado entrega formas de reparación: a nosotros, los presos políticos, nos entrega una compensación económica. En su momento, el Presidente Ricardo Lagos dijo que iba a ser “una reparación austera y simbólica”. Y sí, fue muy austera y muy simbólica. ¡Muy austera y muy simbólica! [Se ríe] O se da también la reparación en el plano de la salud: el Estado ha creado programas de salud especiales para dar atención psicológica, psiquiátrica, para quien necesite de estos apoyos profesionales para superar los traumas con que quedamos cada uno de nosotros.

A eso me refiero cuando hablo de reparación. Lo que más interesa son estas formas de reparación pública que tiene que llevar a cabo el Estado. El hecho de que se hayan llevado a cabo comisiones especiales como la Comisión Rettig, la Corporación de Reparación y Reconciliación, la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, son formas de reparación. El Estado está reconociendo que falló y por lo menos lo está reparando simbólicamente.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Ya, entiendo. Quizá me queda la duda de si esta reparación se dirige sólo a las “víctimas absolutas” de la represión (las que sufrieron el exilio, la tortura, las desapariciones forzadas...). Es decir, ¿cómo reparar, aparte del daño a estas víctimas, el tejido social fracturado? ¿Cómo suturar la enorme brecha generacional que existe entre lo que se vivió entonces y mi generación? Yo siento que la gente de mi edad acá está bien desvinculada de esos temas; hay una sensación general de que ellos no tienen nada que ver con esa historia. Y me imagino que la reparación pública, en tanto aborda la creación de memoriales o el reconocimiento público de la gran falla del Estado como Estado, tiene que ver con acercar a los que están tan separados, con reparar el tejido social. Pero tengo la impresión de que se ha avanzado más en la reparación que va hacia la “víctima absoluta” que en la meta general de reconciliar o, efectivamente, “reparar” a la sociedad rota. ¿Qué me dice usted?

VÍCTOR MATURANA: Efectivamente. Ese reencuentro que tenemos que tener como sociedad, porque seguimos fracturados como sociedad, no se ha dado. Esa forma, que sería la forma máxima de reparación, se dará sólo cuando se diluya esta divisoria máxima que se estableció con el golpe, entre “ellos” y “nosotros”. Ese va a ser un proceso más largo y mucho más complejo. Nosotros lo conversamos siempre, y creemos que ya no lo vamos a ver. Quizá ustedes sí; la generación que viene después de nosotros. Pero avanzar en ello ya no es sólo tarea de Estado; es obligación de cada uno de nosotros.

Tenemos que aprender de ese pasado, con todo el dolor que significa y todo el drama que conlleva. Lo que ocurrió en Chile a partir del 11 de septiembre de 1973 nos entrega lecciones y enseñanzas valiosas, y tenemos que ser capaces de leer ese mensaje. Porque si no los captamos, si no los internalizamos, podemos caer en la práctica que nos llevó a esa situación tan extrema. Tenemos que ser capaces de erradicar prácticas que, como hemos visto, contribuyen al totalitarismo, la exclusión y la intolerancia.

Pero que quede claro que no estoy hablando de un empate o de que todos tenemos la misma responsabilidad. No. Aquí se cometieron errores, y nosotros (la izquierda, la Unidad Popular; nosotros) tenemos que reconocer que los cometimos. La diferencia está en que nosotros erramos bajo tremendas buenas intenciones y ellos cometieron horrores. Y a ellos les corresponde una cuota mayor de autocrítica; deben mandar señales que prueben que no están dispuestos a repetir ese pasado. Ese es un proceso complejo y largo. Por eso digo que no lograré ver a una sociedad plenamente reencontrada y sanada. Las heridas todavía están abiertas.

A nosotros como sociedad nos hicieron pedazos. Se va a necesitar mucho tiempo para repararla, pero hay que empezar a trabajar en esa dirección. Saber que para no repetir el pasado, hay que conocerlo mucho. Por eso nosotros, que trabajamos con Derechos Humanos, con justicia, que buscamos a nuestros detenidos-desaparecidos, buscamos más a fondo en el pasado. Nos acusan siempre de andar “revolviendo el pasado”, de no soltarlo, pero es que todavía es necesario hacerlo. Queda mucho por conocer; mucho que hacer. Sólo así reconstruiremos el tejido social. Porque se va a lograr, yo creo. Se va a lograr.

Un elemento muy claro de que seguimos divididos como país -aunque acá se diga algunas veces que no y que está todo resuelto- ocurrió hace tres años, con la muerte de Augusto Pinochet. Justamente mañana, 10 de diciembre, se cumple un aniversario de la muerte del dictador. El día internacional de los Derechos Humanos, ¿verdad? Una paradoja terrible. Bueno, pero cuando muere Pinochet se asomaron claramente los dos Chile. Hubo un grupo muy mayoritario que salió espontáneamente a la calle a celebrar el hecho, a expresar su satisfacción y su alegría por lo que había ocurrido. Pero hubo otro sector de la sociedad, muy minoritario y encerrado en sí mismo, que fue a llorar. Y ahí quedó demostrado claramente que estaban los dos Chile presentes. Uno muy mayoritario y el otro inmensamente minoritario, pero dueño de todo el poder.

¡Ah! Quedó demostrado en otro hecho también.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿En la aprehensión de Pinochet en Londres?

VÍCTOR MATURANA: ¡Sí, también ahí! Salieron las viudas de Pinochet a llorar su encierro y las víctimas de Pinochet a celebrar, a saludar ese gesto de grandeza que tuvo la justicia inglesa y que nunca tuvo la justicia chilena.

Y hay otro más; un tercer elemento que mostró claramente cómo estábamos de divididos todavía. El velatorio del dictador fue en la Escuela Militar. Habló un oficial del ejército, vestido de militar, que era el nieto de Pinochet. Defendió la obra del dictador. Y fue otro chileno, el nieto del General Pratts –asesinado en Buenos Aires, Argentina-, a visitar el féretro y lo escupió. Se ve claramente, ¿no? Hace tres años solamente de esto, y seguimos completamente divididos. Así que el tejido social que dices tú sigue roto, y falta mucho para que sea de otra manera. Peor hay que trabajar para llegar a eso, y seguir escarbando en el pasado. No para quedarnos ahí, no porque

tengamos una conducta necrófila, sino para descubrir lo que pasó, asumirlo y aprender de él.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Podemos hablar un poquito sobre “la reparación” y su relación con los medios de comunicación actuales? En este informe³³⁶ estaba leyendo que uno de los temas a tratar en materia de Derechos Humanos es la libertad de expresión: que los medios de comunicación representen todos los intereses de una sociedad y que aborden el tema de las deudas pendientes que tiene la Historia y el Estado con Chile actual, en este caso. Y bueno, hoy el poderío que tiene *El Mercurio* y este duopolio mediático no hace eso: no da permiso de hablar a los insatisfechos. Entonces, ¿cuál es la relación que usted ve entre la lucha por la reivindicación de los Derechos Humanos y la condición de los medios de comunicación en Chile?

VÍCTOR MATURANA: Sí, creo que sobre todo los medios escritos juegan, o jugarían idealmente, un papel primordial. Pero en Chile no han asumido la responsabilidad que les toca. Sí lo asumieron con mucha fuerza en el periodo de la dictadura: se convirtieron en meros portavoces del aparato de Pinochet. Y hasta hoy no han tenido ni el más mínimo gesto de reconocimiento de sus errores.

Ocurre que los medios de comunicación en Chile, y en particular los medios impresos, están controlados por dos grandes grupos económicos: el duopolio *La Tercera-El Mercurio*. Y no estamos hablando solamente de esos periódicos, sino de todas las ediciones que tienen en Chile, de punta a punta del país. Agustín Edwards, el dueño de *El Mercurio*, fue a Estados Unidos a entrevistarse con Kissinger y le pidió apoyo económico para incentivar el golpe de Estado contra Allende. Y la otra cadena de prensa escrita es el grupo Copesa, dueños de *La Tercera* y una serie de otras publicaciones, que estuvieron al servicio de la dictadura y ahora están evidentemente al servicio de los grupos económicos dominantes (grupos como ellos mismos).

Y bueno, de parte de ellos no ha habido ningún gesto de reparación: nada. Ni una explicación de por qué hicieron lo que hicieron, por último. Tampoco hay cabida para el tema de los Derechos Humanos; no hay espacios para que se expresen las organizaciones. Si acaso nos toca un espacio pequeño, en raras ocasiones, perdido en una página interior. Así que no, ahí no existe una voluntad de reparación.

De los medios de comunicación no se puede esperar un aporte a este proceso de “reencuentro social”. Y mira que ellos estarían obligados a hacerlo, porque fueron cómplices de los crímenes de la dictadura. Las publicaciones de estos señores estuvieron al servicio de todo el aparato represor, de manera que ellos están obligados, desde el punto de vista moral y social, a llevar a cabo formas de reparación. Pero no, no lo han hecho en absoluto. Se mantienen encerrados en su poder económico, su soberbia y su prepotencia. Así que de ellos no podemos esperar ningún gesto reparatorio que pudieran contribuir a este proceso de reencuentro que todos queremos para nuestra sociedad.

En ese sentido, lo que hacemos los organismos de Derechos Humanos aparece como algo muy marginal ante la sociedad, porque no tenemos posibilidad de salir públicamente con nuestras exigencias, demandas o planteamientos. Antes había un medio de comunicación importante, que todos esperábamos con ansiedad los días domingo: *La Nación Domingo*. Todo el mundo social y políticamente inquieto lo

³³⁶ La entrevistadora se refiere al *Informe Anual sobre Derechos Humanos en Chile 2010*, editado por la Universidad Diego Portales, Chile, 2010.

esperaba, porque desarrolló una fuerte crítica en el plano de los Derechos Humanos. Pero un día, con la asunción de este nuevo gobierno, dejó de existir en papel y ahora existe sólo en versión electrónica.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Ya. ¿Cuál es la relación entre las asociaciones promotoras de Derechos Humanos como en la que usted trabaja (digamos, las organizaciones locales) y las instituciones de alcance nacional, como el Instituto de Derechos Humanos? ¿Cómo se relaciona su trabajo con el de las asociaciones “más oficiales”?

VÍCTOR MATORANA: A ver. Primero te voy a contar un poco sobre mi organización. Nosotros somos una asociación de provincia, pequeña, que tiene como medio de acción la región de la Araucanía. No tenemos ingerencia en otras ciudades de Chile; solamente en la Araucanía y tenemos la sede en Temuco. Es un organismo que está integrado sólo por voluntarios; no nos pagan. Hacemos este trabajo más bien por un compromiso moral. En ese sentido, pues sí, nos cuesta mucho desarrollar nuestro trabajo. No tenemos apoyo del Estado, y cuesta mucho pagar el arriendo, el teléfono, algunos viajes... No tenemos recursos, y las veces que lo hemos solicitado se nos dijo que no había dinero. Para eso no hay: para muchas otras cosas sí, y mucho.

Además, trabajar con voluntarios en una sociedad como la chilena, cruzada por el determinismo económico, elitista, egoísta, individualista, arribista y competitiva, es bien difícil. Y desarrollar el voluntariado en esta sociedad y en el campo de los Derechos Humanos es extremadamente complicado. De verdad que hay que tener voluntad para desarrollarlo. Y ahí andamos nosotros; llevamos 19 años de lucha contra la corriente. Cansa remar tanto eh, pero bueno... el compromiso es superior y estamos en eso.

A pesar de todo, tenemos una muy buena relación con algunos organismos o instancias oficiales. Por ejemplo: hoy día asistimos al lanzamiento del Primer Informe Anual del Instituto Nacional de los Derechos Humanos. También participamos activamente en lo que fue la elección de los Consejeros del mismo Instituto. Contribuimos, con nuestro voto, a elegir a los que iban a trabajar ahí. Estamos reconocidos oficialmente, a nivel de gobierno, como un organismo válido.

Tenemos una buena relación también con el Programa de Derechos Humanos del Ministerio del Interior. En el plano jurídico, fundamentalmente, colaboramos con la entrega de antecedentes para las querellas contra los responsables de violaciones a Derechos Humanos. Y tenemos buen contacto con la Comisión Valech, la Comisión Nacional de Prisión Política y Tortura. Ah, y por supuesto, con las Agrupaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos de muchas partes de Chile también tenemos relación, un vínculo permanente. La semana pasada nomás me invitaron a Los Ángeles (ciudad cercana a Temuco) a la inauguración de un memorial en la sede universitaria que hay ahí de la Universidad de Temuco, en memoria de los profesores y universitarios detenidos-desaparecidos y ejecutados políticos durante la dictadura.

En este plano de las relaciones entre organizaciones, quisiera decir que nosotros tenemos allá muchas acciones como organismo. En la región de la Araucanía –no sé si será la única, pero debe serlo- tiene tres memoriales erigidos como homenaje a las víctimas de la represión: uno en Temuco, uno en Villarrica y otro en Lautaro. Los tres son producto del trabajo de nuestra organización. Gracias a los vínculos que tenemos con ciertas instancias oficiales como el Programa de Derechos Humanos del gobierno o el Ministerio de Obras Públicas. Trabajamos mucho juntos.

Bueno, eso fue antes. Ahora con este cambio político, con ese nuevo escenario en que debemos movernos, parece que la cosa va a ser mucho más difícil. No lo sabemos todavía; ojalá me equivoque. Ellos tienen otra concepción de los Derechos Humanos.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Y, ¿cómo les ha ido con los memoriales? ¿La gente los visita?

VÍCTOR MATURANA: Sí, sí. Ha sido muy impactante. Nosotros temíamos que no fuera así, especialmente porque la región de la Araucanía tiene una derecha política muy fuerte (recordemos que para el plebiscito del Sí/No de 1988 ésta fue la única región donde ganó el Sí a Pinochet; que en la elección de Bachelet ésta fue la región donde perdió por más amplia mayoría; que en la elección de Piñera ésta fue la región en que más apoyo tuvo). Entonces, en este contexto, pensamos que estos memoriales no iban a durar. “¿Cuánto tiempo va a pasar antes de que los vandalicen?”, pensábamos. Pero no ocurrió nada. El de Temuco ya lleva nueve años y los otros dos ya llevan un rato también, y los tres están intactos.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Y los jóvenes los visitan?

VÍCTOR MATURANA: Sí. Ocurre que muchos jóvenes van a nuestras oficinas en Temuco (y les toca hablar siempre conmigo, porque yo soy el único que está ahí todos los días) a preguntar por los memoriales, a saber qué pasó o qué significan. Los profesores los mandan a hacer trabajos sobre eso, entonces van a buscar apoyo con nosotros.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿La gente con la que usted trabaja es de todas las generaciones?

VÍCTOR MATURANA: No. Lamentablemente, tenemos ese problema. Yo creo que ahí tenemos mucha responsabilidad los organismos de Derechos Humanos. En general, los organismos como el nuestro, pequeños, no hemos sabido producir un cambio generacional. No ha entrado la nueva generación a sumir el papel de conductor de estos problemas. Y es necesario hacerlo, especialmente porque en las agrupaciones como la de Familiares de Detenidos Desaparecidos la gente se ha desgastado, están cansadas y grandes. “Las viejitas”, como les decimos nosotros, están gastadas física y emocionalmente. Ya han llorado mucho, la han pasado difícil, y sus corazones ya no responden como hace veinte o treinta años. Por eso ha bajado mucho su incidencia o presencia en la sociedad y, como consecuencia, el mensaje que estamos transmitiendo entre todos a la sociedad está muy deteriorado.

La organización en la que trabajo yo tampoco está ajena a ese problema. Los integrantes del organismo somos gente “que ya tiene cierta experiencia de la vida” [se ríe]. Todos vivimos experiencias fuertes en la dictadura. Pero no, jóvenes no hay.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Me voy a atrever a repetir algo que oí -que no sé qué tan cierto sea, pero que se repite mucho y está incidiendo en la apreciación que tienen los jóvenes de las organizaciones que defienden los Derechos Humanos-. He escuchado, en distintos escenarios, una crítica a las agrupaciones conformadas por gente vinculada con las “víctimas absolutas” (o sea: la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos o la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos, por

ejemplo). He oído que las nuevas generaciones tienen “miedo” o reticencia a acercarse; que se sienten desvinculadas de eso, quizá porque son hijos de la dictadura y su cultura es otra, pero también porque sienten que se han otorgado “credenciales para hablar”. Hay un sentimiento general de que las víctimas absolutas -los muertos, detenidos-desaparecidos o torturados, junto con sus familias- se han adjudicado un derecho mayor a hablar, y que los otros no tienen ya nada que aportar. ¿Usted cree que esto sea así? ¿Hay una suerte de “jerarquía” para la toma de la palabra en estos círculos?

VÍCTOR MATORANA: Mira: si hay gente que lo ha planteado así, yo debo hacerme cargo de esa crítica. Creo que hay cuota de verdad en ello, sí. A veces es posible encontrarse con personas que por haber sido víctima directa de violaciones a los Derechos Humanos o por ser familiar directo que alguien que sufrió esto cree que su discurso es absoluto; innegable o verdadero. Hay gente que cree que tiene más derecho que otros. No es generalizado, pero sí se da.

Yo particularmente estoy completamente en contra de eso. No pretendemos erigirnos como los poseedores de la verdad aunque hayamos sufrido o hayamos estado muchos años presos. Pero como formamos parte del mismo círculo que estas personas “que hablan desde el escenario de la verdad absoluta”, acepto la crítica y creo, sobre todo, que nos ha faltado flexibilidad en el discurso, más tolerancia en la palabra y en la acción.

Una de las cosas que nos llevó a vivir lo que vivimos fue la intolerancia, y nosotros a veces caemos en el error de comportarnos igual. Debemos incluir a la gente, a personas que hasta ahora hemos ahuyentado. Trabajar con jóvenes que puedan estar interesados en participar en el mundo de los Derechos Humanos.

Nuestro mundo, el de los Derechos Humanos, está en una situación de debilidad extrema en Chile y tenemos que ser autocríticos. No sólo es culpa de los diarios que no nos dan espacios o del neoliberalismo que idiotiza a todo el mundo, también hay responsabilidades nuestras. Y otra crítica que tenemos que hacernos es el hecho de que, como organismo, nos hemos quedado muy anclados en lo que fue la violación a los Derechos Humanos en el periodo de la dictadura.

Es cierto: el derecho a la vida es el fundamento de todos los derechos; es el más importante. Y durante la dictadura el derecho a la vida fue llevado a su más mínima expresión. Es cierto que quedan muchas cosas por hacer; hay muchas deudas pendientes en el plano de la verdad, la justicia y los procesamientos penales. Pero no hemos sido capaces de combinar el trabajo de estas demandas con las de hoy o mañana. No vemos el presente como vemos el pasado. Y tenemos que ser capaces, como agrupaciones de Derechos Humanos, de incorporar la globalidad de todos los derechos. No solamente el derecho a la vida o el derecho a la libertad, sino proteger también los derechos civiles, culturales, económicos. ¡Esas son las demandas que nos hace la sociedad de hoy! Sobre todo en Chile, que hoy día campea el neoliberalismo – sistema que no tiene oídos, no tiene ojos ni tiene corazón-, tenemos que voltear a la vez el derecho a la integridad física, a la educación, a la salud, al trabajo digno, a la remuneración justa. Tenemos que ser capaces de asumir las demandas que surgen hoy en el seno de la sociedad e incorporarlo en nuestro trabajo diario.

Nuestro organismo lo está tratando de hacer en el sur, pero como somos una organización que funciona con más corazón que otra cosa, no tenemos recursos. Lo que hemos hecho -que es bastante- demuestra que sí se puede funcionar sin dinero, pero hay cosas mucho más difíciles que otras. Es cuestión de tener voluntad.

En Temuco nos interesa mucho lo que es la difusión, la educación en Derechos Humanos. Sobre todo con jóvenes y niños, porque creemos que ellos son los que más hay que trabajar para crear una nueva cultura de respeto a los Derechos Humanos. Y con ellos hemos tenido experiencias muy interesantes. Durante los últimos cinco años (este año ya no lo hicimos porque no nos llegaron más recursos) buscamos entre 20 y 25 jóvenes de enseñanza media (entre 15 y 18 años) y los llevábamos a las afueras de Temuco a desarrollar Campamentos Juveniles de Derechos Humanos. Conseguíamos escuelas con internado para alojarlos, la comida para todos, en fin. Y hablábamos de sus derechos, de cosas importantes para ellos y para nosotros. Drogadicción, embarazo adolescente, el desarrollo del movimiento social chileno, movimientos indígenas... todo. Había mucho interés; era una experiencia enriquecedora para ellos, bien recibida por los jóvenes y bien evaluada por los padres. No las armas que les entregábamos –buenas, malas o regulares- ellos ya salían al mundo con información diferente a los que no habían tenido esta experiencia; veían las cosas de otro modo. Por ahí hay que ir forjando futuros líderes.

Este año propuse hacer otra cosa también, pero no encontramos apoyo. Queremos trabajar con niños de algunas escuelas para hacer concursos de dibujos sobre los Derechos Humanos. Hablar con ellos y contarles cosas desde el punto de vista teórico-conceptual (sobre todo respecto de los derechos de los niños) y después ver cómo ellos representan eso en sus dibujos. Darles premios, motivarlos, y luego hacer una exposición con todo lo que ellos dibujaron. En las dos escuelas donde lo presentamos nos dijeron que no.

Hay muchos sectores de la sociedad que asocian mecánicamente Derechos Humanos con comunismo. Y eso también es culpa nuestra; la verdad es que hay que ser autocríticos. No hay información; la gente no quiere hablar de eso. Y entonces tampoco pudimos realizar esta experiencia de los dibujos en las escuelas. No nos damos por vencidos; el próximo año vamos a insistir.

Entonces, desde ese punto de vista, quiero responderte que nosotros en general, como mundo de los Derechos Humanos (aunque no soy quién para hablar en nombre del mundo de los Derechos Humanos, pero ni modo), no hemos sido capaces de incorporar a las legítimas demandas respecto de lo que ocurrió en el pasado las demandas de hoy, las necesidades del conjunto de la sociedad actual. Trabajadores, ambientalistas, mujeres...

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: De los Mapuche...

VÍCTOR MATURANA: De los Mapuche también, claro. Es que la crítica es legítima, cuando se nos dice que estamos “muy pegados al pasado”. Tenemos que actualizarnos.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: La vez pasada [en la entrevista con Herman Carrasco] estábamos hablando de ustedes, que tuvieron la experiencia de quedarse en Chile y resistir a la dictadura. Decíamos que había dos Chile, en ese momento, ¿no? Uno era todo este mundo de resistencia, articulado en distintas formas de solidaridad, marchas, protestas, activismos políticos variados, que luchaba a diario por la caída de Pinochet. Y el otro Chile, paralelo, iba siendo formado por la dictadura misma y devino en el conjunto de “sujetos de la postdictadura” que ahora conocemos. Son todo lo que usted decía: neoliberales, individualistas, exitistas... Y en eso nos habíamos quedado en la conversación pasada. Pensábamos: ¿cuál es el balance de esos dos ejes: un Chile fuertemente movilizado y resistente, por un lado, y un Chile tan

desarticulado políticamente, por el otro? ¿Por qué el sujeto de la postdictadura es como es, si había otras opciones?

VÍCTOR MATORANA: Claro. ¿por qué estamos en lo que estamos?

A ver: primero hay que decir algo de manera tajante y definitiva. Yo no hice todo lo que hice, no entregué todo lo que entregué en la lucha antidictatorial (ni Herman hizo lo que hizo ni dio todo lo que dio), no sufrí lo que sufrimos miles de chilenos, para atestiguar esta mierda de realidad que tenemos. Perdona que te lo diga así, pero esto es una mierda de sociedad. No era para eso. Todos nos sentimos tremendamente defraudados. Estamos dolidos, traicionados.

Es muy claro por qué ocurrió eso. Tú conoces bien a esta sociedad ya, ¿no es cierto? ¿Por qué escogimos esto en vez de la efervescencia que una vez tuvimos, en vez de ese movimiento tan claramente antidictatorial –¡que además era bien lindo!-? Era bueno eso: cuando habían esas protestas nacionales y se incendiaba la imagen del dictador por todos lados. Fíjate que cuando todo esto estaba pasando yo estaba preso, y cuando oíamos que había marchas en la calle, cuando sentíamos el movimiento, nos sumábamos a las protestas desde dentro de la cárcel. Hacíamos sonar las cacerolas que teníamos, cortábamos la luz, pasaba de todo.

Pero todo eso se perdió. Se perdió porque, en definitiva, lo que triunfó aquí fue la estrategia que idearon para derrotar a la dictadura desde la propia institucionalidad autoritaria, manifiesta en la Constitución del '80. No la derrotaron desde afuera, con el movimiento social que ya venía irrumpiendo desde abajo.

Hubo un momento en que todo esto estaba prendiendo, estaba ganando mucha fuerza. Y ciertos sectores de la política nacional se dieron cuenta que esto podía tomar ese rumbo (popular, quizá armado) y se desprenden del mismo movimiento con el cual ellos también habían estado en un primer momento. En el año '86 empezó a intervenir el Departamento de Estado y la iglesia católica, y decidieron no seguir con esta política de la confrontación a la dictadura –la activación del movimiento social– para incorporarse a la lucha “antidictatorial” desde la lógica misma de Pinochet. Se inscriben en los intereses de los militares, aceptan el plebiscito del '88 y lo derrotan con “pactos”.

El primer llamado de alerta de lo que había pasado con nuestra sociedad fue el altísimo porcentaje que sacó el “Sí” a Pinochet en ese plebiscito. Nosotros estábamos presos en ese momento y, por muchas visitas que recibiéramos o muchos libros que leyéramos –todos adentro leíamos mucho–, en realidad no estábamos al tanto de lo que pasaba en lo profundo de nuestra sociedad. A pesar del triunfo del “No”, los pinochetistas sacaron un porcentaje altísimo, que no debió hacer sacado nunca.

E inmediatamente que se produce el triunfo del “No” empezaron las negociaciones con la dictadura. Estaba claro que en las elecciones presidenciales que venían el año siguiente iba a ganar la Concertación, y los milicos necesitaban negociar. Durante todo el año '89 ellos negociaron la transición. Las primeras conversaciones se habían producido en España años antes, en algunos encuentros medio turbios entre militares y socialistas. Pero bueno, en el '89 se negocia y “se raya la cancha”. En realidad los militares nunca perdieron el poder; perdieron las elecciones nomás.

Una de las primeras cosas que se negoció en esas conversaciones fue justamente el tema de los Derechos Humanos. Durante el plebiscito, uno de los elementos que más se esgrimió en la campaña para ganar el “No” fue el tema de los Derechos Humanos. Ése fue siempre el flanco más abierto de la dictadura: nunca pudo recomponerse de las acusaciones que se hacían desde Chile y, sobre todo, desde

el extranjero. Entonces esa bandera de los Derechos Humanos fue el de la campaña concertacionista. Mucha gente votó en contra de la dictadura por lo que había ocurrido con los derechos de la gente, porque todo ya se conocía en detalle. Y ese tema, al que la dictadura le tenía tanto miedo, fue el primer tema que se negoció.

En un primer momento, la Concertación hablaba de juzgar a todos los responsables de violaciones a los Derechos Humanos, de derogar la Ley de Amnistía. Después de que ganaron las elecciones y asumió Aylwin, no se habló nunca más de eso. En marzo de 1990 empieza un proceso de “administración del modelo”, de llevar adelante lo impuesto por los militares y no ver nunca más para atrás. A partir de entonces, todo está marcado por el determinismo económico: no interesa nada más que la economía y el fin justifica los medios.

Es cierto: la Concertación le hizo unos maquillajes al tema, pero el problema sigue ahí en lo medular. Ellos han sido muy buenos administradores; dejan muy contentos a los grandes empresarios. Cuando más se ha enriquecido la clase alta ha sido en estos veinte años de administración del modelo. La Concertación fue el somnífero que nos hicieron tomar a todos. Hoy somos una sociedad plana, chata, que se incorporó al carro del consumismo sin dudarle. Somos egoístas, individualistas, egocéntricos y enajenados con la tarjeta de crédito. Nos creímos el cuento, ¿eh? “¡Somos los jaguares de América Latina!”.

Nuestra transición se presenta como un cambio ejemplar, a pesar de que todo estuvo marcado y decidido por la fuerza militar. Ahí está la razón de por qué nosotros somos así: sin aspiraciones, sin sueños, sin nada. Eso, aunado a la fragmentación de la izquierda, nos hizo como somos. La izquierda viene de derrotas sucesivas, desde el golpe de Estado hasta hoy. La dictadura nos derrotó en el plano político, en el plano militar, en el plano ideológico y en el plano social. Y aquello que pudo haber sobrevivido a la dictadura lo acabó la Concertación. Hoy día tenemos este Chile. ¿Qué tal, no? Vuelvo a lo mismo: nosotros no luchamos por esta mierda.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Herman [Carrasco] me señaló algo en la conversación pasada que me dejó pensando mucho. Yo le pregunté: ¿cómo se puede entender que Bachelet haya salido con el ochenta y tantos por ciento de aprobación? Y él me decía: “bueno, es que eso no es cierto. Si lo fuera, significaría que la gente se quedó sin reivindicaciones propias, que la aplaude desde el empresario más rico hasta el pobre más pobre”. Entonces me quedé pensando: ¿todas las luchas internas, los intereses de clase, todas las identidades propias se anularon con la transición? ¿Se tomaron el “somnífero”, como decía usted, y ahora todo mundo está de acuerdo con la misma persona? Pensaba también en la idea de que en Chile todo mundo se autodefine como clasemediero. “No hay pobres en Chile”, ¿no?

VÍCTOR MATURANA: ¡Sí, exacto! Es que somos tremendamente arribistas. No nos damos cuenta de nuestra realidad. O la vemos pero no la asumimos. Vemos a los de arriba y sentimos pertenencia. Es cierto lo que dices, realmente creemos que en Chile no hay pobres.

Lo que ocurre con Bachelet es un fenómeno bien especial. Primero, hay que reconocer que la mujer es tremendamente simpática. La gente se identifica con ella. Hasta el día de hoy, ¿verdad? La gente todavía no se la saca de la cabeza. Ya están diciendo: “¡Bachelet 2014!”. Realmente llegó muchísimo. Todo eso contribuyó a una suerte de “legitimidad” y reconocimiento social, que no sé si hubiera tenido si uno mira las acciones de su gobierno sin más.

Lo otro es que ella demostró en la práctica algo que la sociedad chilena quería: no quedarse anclado en el dolor del pasado. Tú sabes que su padre murió en manos de la dictadura, que ella misma y su madre estuvieron presas en cárceles secretas y fueron torturadas. Pero esta mujer demostró en su día a día que estaba más allá del dolor. Fue capaz de dar pasos en la política más allá de lo que le había pasado, a veces junto a aquellos mismos que le infringieron ese dolor. Esos son procesos individuales: superar traumas, dolores, perdonar, no perdonar... pero ella los mostró al país casi como un ejemplo a seguir. Eso fue muy bien valorado por la sociedad en general. Le encantó a Chile que no viniera de parte de ella ningún gesto, ninguno, que tuviera un ánimo de revancha o antagonismo político.

Bachelet es un fenómeno en esta sociedad. Ella sola lo es. Tan de ella es la aceptación que no fue capaz de pasarle ni la mitad de su respaldo social al candidato de la Concertación que la iba a suceder. Bueno, también tiene que ver con que Frei nunca ha tenido ni la más mínima empatía por parte de la gente. Pero esa es otra cosa. Bachelet ha sabido jugar muy bien, y eso explica en parte el “éxito” de su gestión.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Ahora que menciona el perdón, me llaman la atención varias cosas. Primero: sí, la gente ha querido trabajar el perdón como una tarea social, colectiva. Perdonar “lo que pasó”. Pero, ¿qué pasó y a quiénes? Siento que el perdón es un derecho exclusivo de la víctima y en ese sentido sigue cursos muy particulares. No se puede perdonar socialmente; no se puede atar al perdón con un proyecto social como “la reconciliación” y tampoco se puede “pedir perdón en nombre del Estado”, como hizo Aylwin.

VÍCTOR MATURANA: Exactamente. Lo dices bien: el perdón no es colectivo.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Entonces, ¿cómo se trabaja la relación entre Derechos Humanos y perdón? Es decir, ¿cómo se hila la lucha por la reivindicación de los derechos, pasados y presentes, con la necesidad de duelo, de procesar el dolor y, quizá, “perdonar”?

VÍCTOR MATURANA: Comparto la idea de que perdonar es una decisión, un proceso, completamente individual. Justamente a propósito de eso me hicieron una entrevista hace poco tiempo, en un diario de Temuco llamado *El Austral*. Me dieron una página completa, lo cual me sorprendió. ¡Salió con foto y todo! [Se ríe] Bueno, ellos querían recoger la opinión de nuestra organización, y la mía personal, acerca del perdón. Concretamente, querían saber lo que pensábamos acerca de la petición que hizo la iglesia al presidente Piñera sobre el Indulto Bicentenario³³⁷.

³³⁷ En julio de 2010, la Iglesia Católica entregó al Presidente Sebastián Piñera un documento titulado “Chile, una mesa para todos en el Bicentenario”, que buscaba, en el marco de las celebraciones del Bicentenario de la Independencia, la reducción de la pena o el indulto absoluto a personas que hoy día están cumpliendo condena por crímenes de lesa humanidad en Chile. La propuesta reavivó las cenizas del debate sobre las violaciones a los Derechos Humanos durante la dictadura militar y terminó con una declaración de Piñera que señalaba, entre otras cosas, lo siguiente: “En nuestro país y en menos de 10 años, ya se han realizado tres concesiones generales de indulto y perdón. [...] Considerando por sobre todo el interés de la patria y el bienestar de los chilenos, he llegado al convencimiento de que, en los tiempos y circunstancias actuales, no es prudente ni conveniente promover el otorgamiento de un nuevo indulto de carácter general”. Puede verse el discurso completo en la página electrónica del gobierno de Chile: <http://www.gobiernodechile.cl/destacados/2010/07/25/indulto-y-bicentenario-pensando-en-lo-mejor-para-chile.htm> .

Ellos pidieron mi opinión y yo les dije justamente lo que estamos diciendo ahora: yo voy a hablar por mí, porque esto de los procesos de perdón es algo absolutamente personal. Cada uno tuvo su vivencia, cada uno la asume, cada uno la internaliza, vive y elabora.

Lo que yo he vivido en estos años, las experiencias que he pasado, me llevan a decir que yo personalmente sí he perdonado. Perdoné respecto de mi caso, no del de otros, y he perdonado a quienes me provocaron los daños que me provocaron. Lo que sí hay que dejar claro es que perdonar no significa -¡nunca!- dar vuelta a la página. No significa que aquí se superó esto y que ahora somos todos iguales. Yo, aunque haya perdonado, no renunciaré a seguir luchando por verdad, justicia, memoria, democracia y reparación.

Lo que espero, más que nada, es que aquellos que hicieron tanto daño se den cuenta de lo que hicieron.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Que pidan perdón...

VÍCTOR MATURANA: Eso. *Pedir* perdón. Claro, porque si no es una lucha contra la pared. Mientras ello no ocurra, va a ser poco lo que podamos avanzar.

Yo sí, creo honestamente que he perdonado. Quizá por lo siguiente: sé que el daño que se me provocó, que el daño que se le hizo a cientos de miles de chilenos, fue producto del odio. Fue el producto de quienes no supieron expresar su rencor más que de esta forma. Y yo no quiero anidar ni un minuto de odio en mi corazón, porque eso nos hace –nos hizo- daño a todos. Yo no le daré cabida al odio jamás y por eso puedo perdonar. Creo que es así de simple.

Hay muchos que están de acuerdo y muchos que no, pero eso creo yo. A propósito de esta entrevista, salieron muchos a discutir conmigo y muchos otros que estuvieron conmigo.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Usted hablaba de que los Derechos Humanos también luchan por la memoria, ¿verdad? Era una de las ramas de su trabajo. Memoria, justicia, reparación...

VÍCTOR MATURANA: ...Verdad y democracia.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Gracias. Cuando hablamos de memoria, ¿de qué estamos hablando? ¿Cuál memoria? ¿Una memoria colectiva, en el sentido que mencionábamos antes, que aporte a la reconstrucción del tejido social? ¿Una memoria inter-generacional? ¿Una memoria histórica –o más enciclopédica- de lo que pasó?

VÍCTOR MATURANA: Creo que a esta última memoria me refiero yo. Hay que tener una memoria que rescate lo que vivimos, porque el pasado nos entrega tremendas enseñanzas y lecciones. En la medida que conozcamos bien el pasado, esa memoria nos va a ayudar a construir un futuro más sano.

Rescatar la memoria –esta memoria- también es rescatar la historia. Como diría [Gabriel] Salazar, trabajar esta memoria aporta a la historia de “los de abajo”. Hacer memoria ataca la historia oficial porque rescata lo que ésta no contempla o lo que ha deformado.

Entonces, hay que tener bien claras las dos dimensiones de la memoria. Hay una memoria para el recuerdo, el homenaje o la evocación, que pasa por la cabeza y mora en el corazón. Ésta es fundamentalmente emocional. Pero hay otra dimensión de

la memoria: la memoria para la acción. Y esa memoria pasa por el corazón y se aloja en la cabeza.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Y para el primer tipo de memoria, el testimonio es fundamental...

VÍCTOR MATURANA: Exactamente.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Se le han hecho muchas críticas a este “género” testimonial, ¿verdad? Se le ataca por ser “victimista”, “protagonista”... Pero bueno, la verdad yo creo que no hay de otra. Si uno no pregunta, si uno no logra empatizar con la gente que vivió estas cosas, la historia nunca va a cobrar una dimensión comprensible desde la actualidad, desde este otro mundo que vivimos ahora. El testimonio nos acerca a la emoción de la primera persona, y en ese sentido la historia cobra vida.

VÍCTOR MATURANA: Sí, tiene que pasar por ahí. Exactamente.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Eso es lo que siento que sucede con la generación de ahora: le da mucho miedo sentir. No quiere escuchar porque le aterra la idea de ponerle una cara, un nombre, un corazón a la víctima de la represión que ha escuchado describir tantas veces. Quizá les disgusta porque ese acercamiento lo pone a pensar a uno: “pude haber sido yo”. Ante eso, mejor pensar que no hubo nada antes. Son sujetos ahistóricos por convicción.

En la mañana conversaba con dos chicas que participaron en la creación del memorial afuera del número 38 de la calle Londres, acá a unas cuadras. No sé si lo ha visitado: los adoquines de las calles tienen los nombres y las edades de la gente que desapareció de ese recinto de tortura. Y me contaban que una de las críticas que se les hace repetidamente es que a la gente le parece muy violento el memorial; es casi imposible no ver las plaquitas en el piso y no enterarse de lo que ahí pasó. Por más cabizbajo que vaya uno, la historia de Londres 38 lo interpela.

Ante eso, mucha gente se encolerizó, diciendo que si uno quiere aprender historia uno tiene que ir a buscarla a la biblioteca, al museo, a un libro. Pero cuando a uno lo ataca la historia desde el piso en el que uno se mueve, se siente atacado. Entonces ellas me decían que estaban orgullosas de eso. Que el éxito del memorial es justamente ese: despertar la historia hasta en quienes se niegan a buscarla.

VÍCTOR MATURANA: Exactamente, es que de eso se trata. Lo que hay que hacer es que la memoria, a través de los memoriales, no deje indiferente a la gente. Hay que crear una memoria que te obligue a hacer preguntas, a saber lo que nadie te ha contado. Eso es lo que nuestro organismo promueve en sus memoriales también.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Eso también actualiza el tema de los Derechos Humanos, ¿no? Porque si la gente hace preguntas sobre el pasado, compara también eso con el presente. Se da cuenta de que ésta no es una lucha anclada en la dictadura.

VÍCTOR MATURANA: Justamente; volvemos a lo mismo. Si nosotros nos anclamos en el pasado, también pareciera que somos “los dueños” del tema. “Los que sufrimos en el pasado somos las únicas víctimas de este problema.” Evidentemente que surgen

estas críticas como las que mencionabas antes, de que hay gente que se cree con más derecho a hablar que el otro. “¿Tú que sabes de represión si soy yo el que la viví?”.

Y a propósito del memorial de Londres #38 (al que no he ido últimamente), ¿te explicaron por qué están las plaquitas en el suelo?

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Sí; me contaron que sacaron las baldosas blancas y negras al espacio público para hacer referencia a las baldosas de la casa, que era lo único que los prisioneros veían debajo de la venda.

VÍCTOR MATURANA: Claro, “la mirada debajo de la venda”. Está muy bien, porque eso interpela al conjunto de la sociedad, no al mundo de los Derechos Humanos nomás.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Yo creo que es de los memoriales mejor logrados. Ése y el que está en el Puente Bulnes, que aunque está muy desgastado sigue siendo efectivo. Lo que pasa, creo, es que a mí me duele que los memoriales se queden como un museo al que la gente visita sólo cuando quiere. Eso pasa con el memorial del Cementerio General (que me parece legítimo, por supuesto), por ejemplo, porque veo que sólo va gente que ya tiene un conocimiento previo. Además está bien lejos: uno realmente tiene que ir a buscarlo. Van las familias, los amigos o quizá estudiantes como yo, pero que tienen un conocimiento de causa. Es algo así, ¿no cree? Están demasiado “museificados”.

VÍCTOR MATURANA: Ese es el problema con los memoriales al interior de los cementerios. Lo pensamos mucho nosotros para los memoriales de la Araucanía; tuvimos conversaciones largas sobre eso. Y claro, pensamos lo que dices tú: los memoriales no son para los familiares; los memoriales públicos (en el espacio de todos) son para el conjunto de la sociedad. Deben lograr que la gente comparta la historia oral de generación en generación.

Además, nosotros nos preocupamos mucho por que los memoriales no parecieran un homenaje o un recuerdo de la muerte. Es cierto que son nuestros muertos a los que estamos homenajeando, pero éstos tienen que ser espacios en que seamos capaces de conjugar la muerte con la vida. Al memorial de Temuco, por ejemplo, le incorporamos un espacio grande parecido a un parque y le pusimos juegos infantiles. Da gusto ir los fines de semana y ver a los niños participando de los juegos, en un lugar donde también hay memoria. Eso queríamos: evitar que fuera un espacio de pasada y lograr que la gente se quedara, que habitara el lugar y que hubiera vida. ¿Qué mejor expresión de la vida que los niños, no? O los jóvenes que van a pololear al parque, eso es genial. Las parejas abrazadas ahí junto al memorial... eso es lindo; precioso.

Hubo un ejemplo buenísimo también. Lamentablemente no lo vimos, pero nos lo contaron los vecinos del parque. En una ocasión llegó una pareja de jóvenes a casarse ahí; toda la ceremonia fue en el parque. ¿Entiendes? Eso da para las expresiones más diversas. Seguramente ellos eran familiares de alguno de las personas cuyo nombre está en el muro, pero no lo eran necesariamente todos los asistentes. Y se enteraron de algo, ahí. Bueno, ¿no?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Si uno quisiera hacer un diagnóstico muy puntual, lo más esquemático posible, sobre los Derechos Humanos en Chile hoy, ¿qué diríamos? Porque ayer pasó lo del incendio en la cárcel [de San Miguel] y tiene a todo

mundo vuelto de cabeza. Pero, como casi siempre ocurre, la reflexión llega sólo cuando ya se consumó la desgracia. A esto de los derechos de los presos también llegamos tarde, como llegamos tarde a la violación de los derechos del pueblo Mapuche, a la violación de los derechos de la clase más marginada de Chile y que fue expuesta por el terremoto de febrero. Todo eso arranca el velo del “Chile exitoso”, ¿no? Todo eso nos hace voltear a ver las deudas que tiene Chile con los Derechos Humanos en este territorio. Usted, que sabe mucho más que yo sobre cómo está realmente este escenario, ¿qué me dice?

VÍCTOR MATURANA: Mal, ¿verdad? Sí, bastante mal. Es que es cierto lo que dices, siempre llegamos tarde. Con el caso de los 33 mineros ocurrió lo mismo: hasta ahora se van adoptar medidas.

Es que somos un país que aprendió el tema de los Derechos Humanos de manera dramática y dolorosa. Hasta antes de septiembre de 1973, como sociedad no hablábamos de Derechos Humanos. No existía el tema como existe ahora. Es cierto que el programa de gobierno de Salvador Allende contenía medidas que implicaban el respeto y la promoción de los Derechos Humanos, pero no el tema no se enunciaba así. Cuando hablaba del medio litro de leche diario para los niños, cuando hablaba del respeto al trabajo de todos, de la incorporación de la mujer al mundo laboral, estaba respondiendo a demandas del mundo de Derechos Humanos, pero no estaba explícitamente señalado. Tuvo que ocurrir el golpe de Estado para que, remecidos y adoloridos, nos diéramos cuenta de la importancia de hablar de los Derechos Humanos.

Como sociedad, tenemos una conducta contestataria, que no actúa por iniciativa propia sino que espera a que algo ocurra para reaccionar. Recién los medios de comunicación están empezando a hablar de la huelga de hambre de los compañeros Mapuche, cuando ya llevan mucho tiempo en huelga, varias semanas incluso.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Y porque todo el mundo estaba hablando de eso y acá no se decía nada. Les ganó el resto del mundo.

VÍCTOR MATURANA: ¡Afuera todo mundo sabía! Pero para los medios chilenos y para el gobierno, la huelga de hambre los Mapuche no existía. Así que siempre llegamos tarde. Como decimos nosotros, “siempre nos falta la chaucha para el peso”. Descubrimos los fenómenos sociales después de que estallan.

El tema del hacinamiento en las cárceles de Chile es algo bien sabido por todos. Los informes que hacen las Naciones Unidas sobre los Derechos Humanos lleva varios años haciendo un llamado de atención al gobierno sobre este tema, sobre la falta de respeto a los Derechos Humanos de los presos en Chile, pero nadie ha hecho caso. La Universidad Diego Portales también ha hecho informes detallados, muy buenos, pero han servido de poco.

Entonces, en general, sí, estamos muy mal. En términos de Derechos Humanos, no somos la misma sociedad que éramos hasta septiembre de 1973. Ese tremendo golpe que se nos dio nos despertó a muchos la pasión por este tema, y hoy día por lo menos somos capaces de hablar de él. Estamos recién iniciando el camino; sobre todo cuando nos comparamos con sociedades como las europeas, que ya vienen de vuelta en el largo recorrido de la reivindicación de los Derechos Humanos.

Nos falta mucho y, en términos globales, tenemos aún una gran deuda. Somos aprendices. Todavía se violan y niegan los Derechos Humanos en Chile.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Se tiene que cambiar la Constitución también, ¿no?

VÍCTOR MATURANA: Es una cosa que llevamos mucho tiempo planteando. Un tema central, si queremos hablar de otro tipo de sociedad, es trabajar una nueva Constitución. Con esta Ley madre que tenemos es imposible. Esa es la primera gran tarea que tenemos: crear un movimiento que lleve a la agrupación de una Asamblea Constituyente. Es muy difícil, pero no queda más que seguir peleando. Lo es especialmente en una sociedad como esta, tan conforme y desinteresada.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Y más difícil es, supongo, debido a estas etiquetas que se les dan a personas como usted. “Derechos Humanos = comunismo”; “Derechos Humanos = traumas con el pasado”. La gente tiene miedo de caer en politizaciones y, por lo mismo, está inactiva.

VÍCTOR MATURANA: Hay un desencanto generalizado. Desencanto de los partidos políticos y de cualquier movimiento político. Hay dos factores que han contribuido fuertemente: El primero, el discurso duro del pinochetismo durante los 17 años de dictadura, en contra de cualquier organización o manifiesto político. Eso penetró profundamente en Chile, sobre todo con sectores menos ilustrados. No únicamente con ellos, pero sobre todo con ellos. Y segundo: el patético comportamiento que tuvo la Concertación durante estos veinte años.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: La gente que todavía le hubiera podido tener fe a la política se sintió absolutamente traicionada por la Concertación, ¿verdad?

VÍCTOR MATURANA: Lo que pasa con los jóvenes es reflejo de ello. Hay un desinterés absoluto.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Y además del desinterés, noto hasta una violencia en esta “apatía”. No es completamente racional, es casi en defensa propia esta “apoliticidad”.

VÍCTOR MATURANA: Claro, es así.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: También hablaba con Herman [Carrasco] un poco sobre el exilio. Siguiendo la lógica de lo que hablábamos hace un rato, él y yo pensábamos cómo se fragmentó hasta la propia izquierda. “La jerarquía en la toma de la palabra”, por decirlo así. Eso mismo pasa con el exilio, con los retornados y los que se quedaron... La izquierda que se quedó ataca a los que se fueron o a la gente que – pudiendo haberse quedado- salió de Chile, a la gente que regresó del exilio y ya no supo “cómo encajar” en el país. Es un tema complejo, también porque el regreso de tanta gente implicó un encuentro con un país completamente distinto; muchos se dieron cuenta de que realmente les habían robado la patria. Pero eso es difícil de comprender si uno se quedó.

A mí, por ejemplo, me ha influenciado mucho gente del exilio en México que regresó con el plebiscito y que, después de algunos años de vuelta en Chile, se fue. El exilio les había partido la vida, y regresar era casi como acceder a un nuevo exilio. “No se hallaron” acá. Pero también he hablado con mucha gente que los juzga por eso; que les recrimina a los que están afuera que se hallan quedado afuera, o que

hallan salido de Chile cuando su país los necesitaba tanto. En realidad es una batalla a dos planos: el político-ideológico y el personal, ¿no? Porque el exilio implicó decisiones de estabilidad emocional tanto como de militancia política.

Entonces, no sé si esté de acuerdo, pero me parece que uno de los efectos más duraderos, verdaderamente terribles, de la dictadura, fue la fragmentación de la izquierda en mil pedazos. Y el rencor que genera entre sus militantes el enorme sentimiento de pérdida que vino con el golpe militar.

VÍCTOR MATURANA: Es cierto. En definitiva, las consecuencias de la dictadura no están sólo en lo que fue la violación a los Derechos Humanos, sino que repercuten en todos los planos en los que cambiamos como sociedad. De haber sido una sociedad tan activa, tan participativa, tan constructiva (como para llegar a un gobierno como el de la Unidad Popular), tan solidaria... Cuando les contamos eso a los muchachos de hoy, les parece increíble.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Increíble, es cierto.

VÍCTOR MATURANA: Las juntas de vecinos, de abastecimiento, de todo. Todos estábamos organizados, reunidos, viendo cómo aportar al proceso. Nosotros recordábamos el otro día y decíamos “¡joye, pero si es admirable! ¡En Chile, los jóvenes marchaban desde Valparaíso hasta Santiago por solidaridad con Vietnam!”. Vietnam, que está al otro extremo del mundo, convocaba a una cosa multitudinaria. O cuando hubo el boicot al gobierno de Allende, los jóvenes cargaban camiones, descargaban trenes, hacían cola para ayudar. Esas expresiones que se veían de solidaridad, de sensibilidad y de entrega eran gigantes, ¡y hoy día mira lo que somos!

El efecto de la dictadura fue gravísima no sólo en el plano de las violaciones a los Derechos Humanos, sino en cómo logró darnos vuelta como sociedad. Nos derrotó en todos los planos, ¿te fijas? La escala de valores se nos dio vuelta. Hoy día la solidaridad, el afecto, el cariño, la sensibilidad...

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: El trabajo voluntario...

VÍCTOR MATURANA: ¡Olvídate! Antes si te tendían una mano era para ayudarte; hoy día si te tienden la mano es para pedirte algo. Quiero que me des algo, y si no me lo das te muerdo la mano. Terrible, realmente.

Y a todo esto contribuyó otro elemento, que es el que tú mencionas. Los exiliados empezaron a vivir otras realidades, que para mucha gente eran completamente inimaginables en Chile, y cuando salieron se deslumbraron con lo que vieron. Tener acceso a eso fue un descubrimiento; se acoplaron a horizontes nuevos y la sociedad de acá fue pareciéndoles cada vez más lejana. Chile se volvió ajeno, distinto a lo que ellos recordaban. Y claro, cuando vienen se vuelven a ir. Algunos regresaron para el plebiscito y se fueron.

Había mucho que hacer en Chile, pero demostraron que no estaba en ellos hacerlo. Sus intereses estaban afuera, y aquí venían a poner el hombro por nada. Eso fue haciendo que mucha gente “de adentro” no los tomara en serio. ¿Por qué iba a llegar gente de afuera a darnos cátedra? Acá adentro había gente que nunca se había ido, aún habiendo tenido muchas veces la posibilidad de salir. Y no es que el que se quedó tenga, como decíamos hace un rato, “el patrimonio de la verdad”, pero había que tener un poco más de respeto para esa compañera o ese compañero que se quedó a luchar tanto.

Muchas veces me tocó ver que gente que aún no descendía del avión cuando ya estaba dando clases de lo que teníamos que hacer en Chile. Gente que había estado en el exilio toda su vida, ¿ves? Gente que a lo mejor había dejado Chile sin tener una necesidad real de salir, o que salió a pesar de que tenía lazos políticos y morales que lo obligaban a quedarse en Chile.

Eso fue haciendo que no nos reencontráramos y, tristemente, se estableció una línea entre unos y otros. También hay que decir que muchos regresaron para quedarse y que hicieron una gran labor por este país. Pero bueno, a mí me tocó muchas veces escuchar a gente que, aún estando en el aeropuerto, declaraba cosas en entrevistas sobre lo que teníamos que hacer en este país. Todavía ni siquiera habíamos hecho una autocrítica de por qué fallamos antes [con la Unidad Popular], y ya estaban dando cátedra sobre cómo construir bien el futuro. Lo que correspondía era guardar silencio y ver lo que se estaba haciendo, lo que se había estado haciendo durante la dictadura.

En realidad hubo de todo, pero sí... hubo gente que no ayudó a que “empalizáramos” mucho con el exilio y “los retornados”. Son muchos factores los que contribuyen al resquebrajamiento de la izquierda. Esa derrota que nos hizo la dictadura en todos los planos fue dolorosísima, y logró imponer a esta sociedad que tenemos hoy en día.

En Chile te valoran por lo que tienes, no por lo que eres. Es horrible, ¿eh? Vas por la calle y ves que los grandes *malls*, los centros comerciales, antes que abran ya tienen gente esperando afuera de la puerta. ¡Y ni siquiera compran!

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Pasan el tiempo nomás?

VÍCTOR MATURANA: Piden dinero, porque ahora resulta que los comercios prestan plata. Les dan una tarjeta con plata y ahí mismo en la tienda les compras. Consumes y ahí mismo quedas endeudado.

Hoy día los chicos tienen que andar vestido con camisas y pantalones de marca, porque si no en el colegio los molestan.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Es la idea de Tomás Moulián, el sociólogo, que dice que la tarjeta de crédito es la carta de ciudadanía de los pobres. Como la gente no tiene representación en el plano político (ni tiene aspiraciones políticas, pues), la ciudadanía se ejerce mediante el consumo. “Mientras yo me parezca a ti, mientras pueda reproducir la apariencia de alguien que tiene más dinero (y por lo tanto más poder) que yo, tengo la misma representación ciudadana”.

VÍCTOR MATURANA: La dictadura y la Concertación nos transformaron de ciudadanos a consumidores. No somos más que consumidores en este país.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Y los consumidores no necesitan Derechos Humanos.

VÍCTOR MATURANA: Claro, ¿para qué? Cumplen una función nada más. Lo valórico hoy día no corre; la escala de valores se invirtió. Duele.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Claro que duele. A mí me duele y yo no soy de aquí. Es más: hasta hace poco me preguntaba por qué me interesaba tanto Chile. Digo, a nosotros como latinoamericanistas nos enseñan todas las dictaduras, todos los golpes militares. Y mis compañeros siempre me preguntaban que cuál era mi obsesión

con la dictadura chilena en especial. No lo entendí hasta hace poco. Yo creo que tiene que ver con dos cosas: una, con lo que hubo antes del golpe militar. Ningún otro país tenía un Salvador Allende. Y en segundo lugar, tiene que ver con ese cambio de régimen valórico que usted describe. Yo creo que ninguna dictadura fue tan exitosa y contrarrevolucionaria como la que hubo aquí. Cambiaron un país por otro.

VÍCTOR MATURANA: Exactamente. Éste fue el ensayo de todo lo que después se intentó hacer en otros lados. En Chile el neoliberalismo se impuso de forma más extrema que en cualquiera de los países desarrollados. Aquí la privatización de la salud avanza a galope, cuando en algunos países desarrollados uno todavía encuentra que la salud es pública y gratuita. La privatización de la educación acá es total, mientras que todavía conocemos países desarrollados en que la educación es gratuita. Este fue el tubo de ensayo que hicieron para la imposición del modelo, y lo hicieron en plena dictadura. Como no había contrapeso alguno, pudieron hacer del país lo que quisieron. [Suspira] Es muy frustrante.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Es bueno tener un espacio para decirlo, por lo menos.

VÍCTOR MATURANA: Muy bueno.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: [A Herman Carrasco, que ojea el diario *La Nación*] ¿Qué tal *La Nación*?

HERMAN CARRASCO: ¡Pésima! Es como *La Cuarta*³³⁸ pero sin groserías. El diario entero está echado a perder.

El problema del duopolio no es una herencia de la dictadura; es una herencia de la Concertación. Al término de la dictadura había una gran cantidad de revistas que ahora no hay. Acá te tengo lo que mencionamos la otra vez, Mariana; te lo subrayé.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¡Gracias! Qué buena noticia.

HERMAN CARRASCO: Voy a aprovechar para leerlo en voz alta:

“Tenemos el testimonio del Premio Nacional de Periodismo 2005 y ex director de la Revista Análisis, Juan Pablo Cárdenas, quien ha señalado que el gobierno de Aylwin ‘nos bloqueó una ayuda internacional importante que estuvo a punto de materializarse. Era del gobierno holandés, que destinó una ayuda millonaria para las tres revistas que se mantenían vigentes (*ARCIS*, *Análisis* y *Hoy*), junto con el diario de *La Época*, *Fortín Mapocho*. La ayuda no se concretó porque el gobierno de Aylwin le hizo ver al gobierno holandés que cualquier asistencia a la prensa chilena sería vista como una ingerencia en los asuntos internos de nuestro país’.”

Ahí está la razón por la cual terminó la prensa alternativa: aquí hay un consenso para instalar, a la salida de los militares, un sistema como el norteamericano: demócrata contra republicanos, o derecha contra derecha. Quizá unos son más progresistas que otros, pero desde el punto de vista económico, de sistema, hacen lo mismo que sus “rivales”. Nosotros hoy día lo captamos perfectamente en la Jornada del Instituto Nacional de Derechos Humanos. Espacios como ése se han

³³⁸ *La Cuarta* es “el diario popular” de Chile, según escriben sus propios editores en su página de Internet. Puede verse: www.lacuarta.cl

ganado con mucha dificultad, pero en su interior hay una pugna entre la participación legítima del gobierno de turno (la ultra derecha) y su intención de doblarle el propósito al Instituto mismo.

Hasta hoy ha habido una predominancia de las organizaciones que buscamos la recomposición histórica de la realidad o, mejor dicho, que propugnamos la verdad histórica respecto de lo acontecido y proyectamos –desde ahí- un trabajo de Derechos Humanos que vaya más allá de las violaciones cometidas durante la dictadura. Porque si bien es cierto que todo eso es un tema histórico que hay que enfatizar como la experiencia de un país completo para que no se vuelva a repetir, el problema que nos incumbe hoy es cómo se violan los Derechos Humanos alrededor nuestro, actualmente, en Chile. Atender el conflicto Mapuche; ¡ver la situación de los Rapa Nui! Es terrible, eso. Hay que mostrarle al mundo la violación cotidiana de los Derechos Humanos, convencerlo de que los Derechos Humanos no tienen sólo que ver con el derecho a la vida.

Decíamos entonces, que en el Instituto de Derechos Humanos vemos cómo los espacios en que podemos promover todo esto tienen de todo. Hay personas muy valiosas que se han logrado posicionar dentro del Estado –este Estado neoliberal galopante-, y hay personas que buscan cooptar las reivindicaciones reales de los derechos de la gente. Es posible que algunas personas no entiendan que uno participe en foros así, pero hay que ocupar esos espacios y trabajar desde donde se pueda.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Ahora que mencionó la Revista Análisis me acordé de que, cuando cumplió treinta años, publicaron un último número, ¿no?

HERMAN CARRASCO: ¡Sí! Un muy buen número. ¿Lo tienes?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: No, ojalá. Me ha sido imposible conseguirlo.

HERMAN CARRASCO: Dame unos días, te lo voy a buscar. ¿Quieres que te dé más material?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Se lo agradezco mucho; la verdad que me ganó la lotería con usted.

HERMAN CARRASCO: No no, es que hay que agradecer tu trabajo, de verdad. Oye, pero tú querías conversar algo más conmigo, ¿verdad?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: La vez pasada quedó pendiente lo del juicio a Alfonso Podlech.

HERMAN CARRASCO: ¡Ah, claro! Lo del juicio. Pues Víctor y yo sabemos lo mismo; estamos metidos en el mismo aire. Si quieres lo hacemos ahora. ¿Estás muy cansado tú, Víctor? Yo sé lo que me vas a contestar, pero pregunto por cortesía, no más. [Ambos ríen].

VÍCTOR MATURANA: Yo no doy un paso atrás ni para tomar impulso, compadre. No tengo marcha atrás, tengo marcha pa' adelante nomás.

HERMAN CARRASCO: ¿Ves por qué quería que lo conocieras, Mariana? Por algo estamos en esta pelea juntos. Entonces echémosle para adelante, Víctor. A ver. ¿Qué quieres saber sobre el juicio a Podlech?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Pensé algunas preguntas que buscan insertar este juicio en la gama de los pocos juicios que se han hecho en postdictadura. Es decir, además de que quisiera que me contaran sobre sus experiencias en este caso particular, me gustaría escuchar sus opiniones respecto de hasta dónde se ha podido llegar en materia de justicia punitiva desde el regreso de la democracia. ¿Cómo o qué aportan estos juicios –pocos juicios- a la reparación social de la que hablábamos hace rato?

HERMAN CARRASCO: Mira, partamos por aquí. Podlech era un conspicuo abogado de los terratenientes de la Novena Región, particularmente de los de la zona de Temuco (capital de la Aracucanía). Además, era el abogado de un grupo fascista que se vio mucho durante el gobierno de Allende y que se llamaba Patria y Libertad. Éste fue un grupo que se dedicó a producir el caos dentro del país con atentados de todo tipo, incluso uno al propio Presidente de la República. El mismo día 11 de septiembre Podlech apareció vestido de militar con el grado de Mayor de Ejército, y es nombrado fiscal ad hoc.

En el fondo, él es el que toma en sus manos la parte “constitucional” o “legal” del golpe de Estado y su operación en Temuco, aunque sabemos bien que el golpe en sí mismo es inconstitucional e ilegal. Pero bueno, en esa anormalidad, él se convierte en un verdadero amo de la vida y la muerte en la provincia de Cautín. Debe haber sido uno de los fiscales militares más directamente involucrados con gran cantidad de atrocidades y crímenes en el sur del país (considerando las proporciones de una ciudad como Temuco). Hubo muchos detenidos, desaparecidos y ejecutados que pasaron por sus manos. Se ensañó particularmente con la gente que había tenido relación con los procesos de reforma agraria de la Novena Región.

En la Novena Región se vivió un proceso de reforma agraria muy profundo que tuvo que ver, por un lado, con la aplicación de la reforma agraria por el gobierno del Presidente Allende y, por el otro, con que éste era un sector en donde el MIR había hecho un trabajo muy fuerte con el campesinado –y consecuentemente, se habían dado movimientos muy notorios en materia de ocupación de tierra-.

En esas condiciones, Podlech se transformó en un hombre terriblemente despiadado, con características bastante psicópatas (nunca fue capaz de empalmar con nadie, de sentir el dolor de otro). Una de sus características fue justamente su descarada disposición a participar directamente en sesiones de torturas con los presos y a hacer sufrir a sus víctimas. Pidió por ejemplo para Víctor [Maturana] la pena de muerte: la primera pena de muerte que se pide en un Consejo de Guerra la pidió Alfonso Podlech.

Tú ya te has dado cuenta cómo funciona esta sociedad, ¿no? Al término de la dictadura, Podlech sale como una blanca paloma. Un jurista de alto nivel que llega a ocupar, incluso, el cargo de Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Mayor de Temuco. Se transforma en un intocable. Podlech siempre había tenido una relación bastante anormal con la sociedad de Temuco. Era un nazi y controlaba mucho a la gente. Nosotros no tenemos duda de que él maneja información de personas importantes -autoridades hasta el día de hoy, hasta miembros de la Concertación, posiblemente- y que por eso lo transformó en alguien intocable. Eso ha

hecho que todo lo que se mueva en contra de Podlech choque contra la indiferencia del poder judicial.

Y bueno, se presenta una querrela por la desaparición de Omar Venturelli, un ex sacerdote italiano-chileno, pero esa investigación termina en nada. No pasó nada, a pesar de que todos sabían que Podlech era responsable. Hay testimonios del ejército y de gendarmería que lo señalan a él como el hombre que, en última instancia, decidía si los presos vivían o no.

Este hombre disfruta de todas las bondades del sistema. Junta una enorme cantidad de recursos económicos durante la dictadura (no está claro cómo, pero esa es otra historia). Entonces, por alguna razón él empieza a viajar todos los años a Europa. En una ocasión, el individuo va camino a Praga y pasa por el aeropuerto de Barajas [Madrid, España], sin saber que el año anterior había salido ya una orden internacional de captura en contra suya, por la presentación de una querrela en Italia que lo acusaba de la desaparición de Omar Venturelli.

Para suerte nuestra (porque fuimos sus víctimas directas: a mí personalmente me torturó Podlech) y de la de las familias de las víctimas, estaba de turno el Juez Garzón en Madrid. Por lo tanto, del aeropuerto de Barajas lo llevan a una cárcel y luego lo transfieren a Italia en julio del año 2008. Lleva dos años y cuatro meses detenido ahí. En ese periodo, ha sido sometido a todas las prerrogativas que puede tener un detenido en un Estado de Derecho; está en una cárcel digna, con acceso cotidiano a sus abogados y familiares, sin aislamiento, sin tortura... Tiene todo. Y nosotros también: como víctimas, hemos tenido la posibilidad de carearnos con él allá y luego presentarnos ante el tribunal, ante los abogados de Podlech, ante los abogados de la parte demandante y él mismo. Esa es la situación general.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Él negó los cargos?

VÍCTOR MATURANA: Sí; no ha aceptado nada. Digamos que este juicio tiene dos momentos: el primer momento (que se acaba de cumplir ahora en julio) se refiere al espacio en que el tribunal cita a todos los testigos por la parte acusadora. Fuimos alrededor de 28 a lo largo de varios meses (fuimos Herman, Luís Alberto [Alarcón] y yo, entre ellos). Después vino el receso del tribunal y se retomaron las cosas hasta octubre. Ahora empezó la segunda etapa y están yendo los testigos de Podlech, de la parte defensora. Para esta segunda fase, hasta el momento han concurrido dos personas; un ex funcionario de Gendarmería de la cárcel de Temuco y el que fuera obispo de Temuco en el momento del golpe de Estado, Bernardino Piñera (que ya no es obispo porque está viejito, y que es tío del Presidente de la República). Esos son los dos testigos de Podlech. Correspondía que fueran dos testigos más (Gastón Mecklenburg y Adrián González, quienes trabajaron en la fiscalía con él), pero los dos desistieron de ir. Pretextaron razones de salud para no ir. Ahora en enero deben presentarse dos personas más, pero ya sabemos que tampoco van a ir. Entonces, en eso está el proceso.

¿Y qué nos ha demostrado todo esto hasta ahora? Primero, que a Podlech le está siendo sumamente difícil confeccionar una lista de testigos que hablaran en su favor. Es una causa bastante difícil de defender. La gente tendría que ir a mentir, además de que quienes podrían decir algo en su favor son personas más o menos reconocidas en la región de la Araucanía que no quieren verse involucradas con esto. Ir a defender a Podlech no da mucho rédito, esa es la verdad. Podlech está en una situación sumamente difícil.

En segundo lugar, que a Podlech no le queda más que negar sistemáticamente las acusaciones. Ha dicho cien veces que nosotros estamos coludidos, que hay motivaciones de orden económico y que estamos todos concertados para ir a mentir. No le queda otra, porque si uno se fija en los testimonios, la evidencia de su culpa es abrumadora. Todas las víctimas que estamos hablando estamos demostrando que sus acciones fueron tremendamente abusivas. Además, nadie está hablando a partir de lo que ha escuchado o de lo que alguien le contó; todos ahí somos sus víctimas. Nosotros lo vivimos. Entonces bueno, su único argumento es descalificarnos; decir que estamos mintiendo y no más. Está muy dicho, pero no lo han podido demostrar.

A nosotros nos parece que el panorama procesal para Podlech es bastante negativo. Creemos que definitivamente va a ser condenado, especialmente considerando dos cosas: Una (muy objetiva) es el cúmulo de antecedentes que se han entregado que lo presentan como lo que es, un violador sistemático de Derechos Humanos. Y la otra (un tanto más subjetiva, pero que también afecta) es el hecho de que hablar de Pinochet en Europa es hablar del peor de los dictadores. Y Podlech fue un fiscal de Pinochet. Eso también entra a jugar como elemento para una posible condena.

Creemos que va a ser condenado; no le queda otra salida a la justicia italiana. Sería impresentable ante la comunidad mundial que lo suelten, después de tenerlo más de dos años preso. En definitiva, sus días terminarán allá en Roma. Eso nos satisface tremendamente como víctimas y como trabajadores de Derechos Humanos. No nos satisface por el hecho de verlo preso, nos complace que en ese acto se entreve la más elemental de las justicias.

Justicia que, hay que decirlo, no surgió en Chile. De nuevo, y como en el caso de Pinochet, fueron los tribunales de países europeos los que dieron cuenta y pusieron en su lugar a los violadores de Derechos Humanos de este país. Eso es grave, porque ya en 2003 se había presentado una querrela en Chile, con el respaldo de 25 víctimas, pero con ese proceso no pasó nada. Hace 7 años que venimos intentando juzgarlo, así que nos satisface inmensamente que por fin se haya hecho algo.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Cuánta gente está cumpliendo condena por violaciones a los Derechos Humanos durante la dictadura?

VÍCTOR MATURANA: ¿Aquí en Chile?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Sí.

VÍCTOR MATURANA: No lo tengo claro porque nunca se han dado a conocer esas cifras.

HERMAN CARRASCO: Han de ser alrededor de 300 personas, de 500 que han sido sometidas a proceso.

Ahora, hay que entender que son condenas bastante sui generis. Muchos de ellos están en un penal donde cuentan con todas las comodidades de un *resort*. Tienen ordenanzas, son saludados por su grado, tienen cabañas particulares, tienen canchas de tenis, videos, Internet... Eso es parte de los acomodos de esta transición tan especial. Es real, ¿eh? Está ahí. Eso, comparado con el caso del pobre vendedor de cassettes piratas que murió carbonizado ayer, es aberrante.

Hay un elemento que quiero reiterar, para complementar lo que dijo Víctor. Afortunadamente, en el caso de Podlech podemos decir que la justicia internacional –

representada por el Estado italiano- está haciendo lo que el Estado de Chile no hizo; lo que el Estado acá no quiso hacer. En Temuco, para nadie es un misterio que todos los crímenes cometidos durante el periodo más duro de la dictadura (1973-1981, quizá) los pensó Alfonso Podlech. Él era la cabeza pensante y los militares eran la mano ejecutante. Hay 191 víctimas fatales conocidas en la Araucanía, y todas se relacionan con Podlech. Y hay que considerar que hay casos que recién ahora se están conociendo. Entonces, en lo concreto, la negación de la justicia en este país ha significado su búsqueda desde el ámbito internacional.

Y otra cosa que complementa lo que decía Víctor acerca de la necesidad de justicia la siguiente. Seguramente lo ha dicho mucha gente, pero me interesa planteártela a ti [Mariana]. En el trabajo de Derechos Humanos, debemos propugnar por dejar establecidos precedentes éticos y morales muy claros: tiene que ser claro que ningún ser humano puede ser perseguido por sus ideales, por luchar por un cambio social. Debemos educar a la gente para que sepa que nadie puede ser torturado y asesinado por eso. A mí me mueven muchas cosas a trabajar en el campo de Derechos Humanos, pero la razón más importante siempre va a ser esa. Estamos en una edad en que es difícil que veamos una sociedad distinta, pero hay que seguir con ese proyecto. Mi esfuerzo personal lo hago como una forma de contribuir a sentar este tipo de precedentes.

El “nunca más” tiene que ver con esto. Yo espero que algún día las Fuerzas Armadas terminen democratizándose, porque hoy día están al servicio del capital – nacional y foráneo-. En el caso de la guerra contra la Confederación Peruana-Boliviana, cuando Chile le arrebató 800 kilómetros de territorio a esos países, no existe un triunfo de este ejército sobre el otro: existe solamente un triunfo del capital foráneo -del capital inglés- que se adueña de las salitreras. Como toda guerra, ésa fue una guerra de rapiña económica. Las Fuerzas Armadas en Chile, y en toda América Latina, han aplastado históricamente la posibilidad de desarrollo social o de mejores condiciones de vida para el pueblo. Y el golpe de Estado también fue financiado por el capital foráneo.

Pero bueno, volviendo a lo anterior, creo que el aporte nuestro tiene que encaminarse hacia el respeto y la tolerancia. Que nunca más se reprima a alguien por pensar diferente y propugnar una sociedad más justa, igualitaria, solidaria, digna. Estamos en pañales. El golpe nos retrotrajo a principios del siglo pasado en cuanto a las conquistas sociales, nomás que ahora la dominación se ha vuelto más sofisticada. Como ustedes decían hace rato, la gente no se da cuenta que hemos vuelto a la ficha de la salitrera. ¿Has oído hablar de eso, Mariana?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Me imagino que equivale a la tienda de raya en México...

HERMAN CARRASCO: Las salitreras en Chile, luego de arrebatarse este terreno a los peruanos y bolivianos, pagaban a sus trabajadores con una ficha que sólo se podía usar en el almacén de la propia mina del salitre. Por lo tanto, el mismo dueño de la mina a la cual los trabajadores le vendían hasta su sangre (morían muchos, como siguen muriendo hoy día en el cobre) ganaba el sueldo de los demás. Como sólo podían comprarle a él, él podía vender en cinco o seis pesos lo que costaba uno.

Hoy día, con el sistema económico imperante, la gente usa esta misma moneda de cambio. La ficha salitrera hoy día es la tarjeta de crédito: ¡la gente compra el pan a cuotas! Cualquiera que oiga esto afuera de Chile dirá que es una exageración, pero tú has visto que es real.

De cualquier modo, el juicio a Podlech es muy, muy importante. Es importante que haya en Chile un grupo de represores, de gente que fueron violadores sistemáticos de Derechos Humanos, que tienen el país por cárcel: hay varias personas que no pueden salir de Chile porque tienen orden de captura internacional. Vamos avanzando, aunque sea poco.

Y un último asunto sobre Podlech: a este criminal le ha caído un imprevisto sobre su situación judicial que lo deja mucho peor que antes. Él ahora está entre los 140 requeridos por el juicio contra la Operación Cóndor, porque el caso de uno de los ciudadanos detenidos en Temuco (que fue hecho desaparecer) sigue abierto. Como no apareció el cadáver, el crimen no ha prescrito. La víctima era un ciudadano francés que había participado activamente en el proceso de reforma agraria durante el gobierno del Presidente Allende. Y ayer se inició un juicio en París en el que Podlech también está acusado. Así que si lograra zafar en Italia (cosa que no creo que se produzca), sería extraditado a Francia para responder por la desaparición del compañero francés.

Gracias a ciudadanos internacionales que participaron del proceso generado durante el gobierno de la Unidad Popular y a los gobiernos actuales que aún procuran sus derechos, el fiscal de Cautín Alfonso Podlech está en la condición que está. Si no hubiese hecho ese viaje a Europa, no tendríamos ningún nivel de justicia. De Chile no ha salido nada.

Para que te hagas una idea: Víctor mencionó la querrela que se le hizo a Podlech por haber torturado. Ahí también participé yo. Teóricamente, conmigo hay muchas violaciones de Derechos Humanos comprobadas, porque ya se sabe que yo soy sobreviviente de un montaje. Entonces, gracias a la querrela condenaron a uno de mis torturadores. Le dieron 200 días de presidio, pero se le aplicó la media prescripción. El tipo quedó con la pura obligación de firmar una vez al mes, ganando un sueldo millonario, paseándose por la ciudad de Temuco, yendo a misa y recogiendo la plata de la eucaristía. Es real, ¿eh? Así que nadie en Temuco ha sufrido el rigor de la ley. A unos funcionarios del gobierno que fueron acusados del asesinato de Gastón Lobo (un diputado de la República) también los dejaron en libertad “por falta de méritos”, a pesar de que todo estaba más que comprobado. Esa es la justicia chilena.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Se puede hacer un estimado de la cantidad de gente que participó en sesiones de tortura o en violaciones a Derechos Humanos? Parece bien difícil... En realidad es un engranaje bastante complejo. Es la idea del juicio que empezó ayer en París, ¿no? Tomar en cuenta que los juicios a individuos no siempre reconocen la importancia del sistema de represión al que pertenecía esta gente, o la fuerza ideológica que genera un sistema así.

HERMAN CARRASCO: Exactamente. No, es imposible saberlo. Imagínate que sólo en Santiago la DINA llegó a tener 5,000 miembros, y llegaron a tener 10,000 informantes en el área metropolitana. A eso hay que agregar todos los de provincia.

Hay otro antecedente que es bueno que sepas: Nosotros como organismo de Derechos Humanos hicimos una lectura del informe que entregó la Comisión Valech. Nos encontramos que una gran cantidad de gente que nosotros conocíamos, que estuvieron detenidos con nosotros, todavía tienen miedo de declarar su caso y no están en reconocidos en el informe.

Solamente en la cárcel de Temuco, los propios carceleros han reconocido que habíamos más de 800 personas en un momento. De cualquier modo y sin exagerar, yo

creo que en el periodo que estuvimos ahí no pasaron menos de 4,000 personas. ¿Más o menos, no Víctor?

VÍCTOR MATURANA: Sí, algo así. Y a propósito de lo que preguntabas, es completamente imposible determinar cuántas personas habrán operado en este sistema de encarcelamientos y torturas. Pero nosotros (los ex presos políticos y torturados) entregamos mucha información a lo que fue la primera Comisión Valech. Cuando dimos el testimonio dimos nombres de responsables; ahí está todo. Pero, ¿sabes lo que ocurrió? Cuando se iba a dictar la Ley de Reparación que preparó el gobierno de Ricardo Lagos (una ley que hicieron en menos de 24 horas; ultrasecreta), ellos determinaron que toda la información que nosotros habíamos entregado a la Comisión Valech sería secreta y confidencial. ¡Así será durante 50 años! En 50 años esa información no se va a conocer.

Ese proyecto de ley fue muy turbio... acallaron todo. Nadie va a tener acceso a toda esa información en 50 años. Y la explicación que dio el Ministro de Interior en ese tiempo (que hoy día se fue de General de la OEA), José Miguel Insulza, es que esto se volvía secreto a petición de los propios afectados. Yo no conozco todavía ni un preso político que haya pedido eso. ¡Al contrario! Lo que nosotros queríamos era que se hiciera público, porque así por lo menos quedaba la posibilidad de la sanción social a los torturadores. Por lo menos esperábamos la condena moral de la gente.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Es la idea detrás de las funas, ¿no? La justicia punitiva no actúa, entonces hay que hacerse de otros medios de acusación.

HERMAN CARRASCO: ¡Sí! Víctor tiene dos querellas de Alfonso Podlech, precisamente por haberlo ido a funar. Y hay otro personaje llamado Emilio Sandoval, a quién también funamos y hoy día está siendo procesado en París.

Una de las formas de justicia es justamente esta. Es casi un “derecho a pataleo”, como se dice en Chile. Señalar la condición de torturador de alguien que hasta ahora aparece en la opinión pública como una persona intachable es también un modo de justicia. Podlech y Sandoval fueron bastante representativos de lo que fue la represión; tenían que ser acusados socialmente. Estas personas se hicieron de mucho dinero; abusaron de todos y vivieron la buena vida mucho tiempo. Incluso existe el caso de un detenido-deaparecido en Temuco (José María Ortigoza), que tenía un fundo grande en el momento de su detección. No sé por qué razón, pero ahora resulta que gran parte de ese fundo pertenece a Emilio Sandoval. Víctor se sabe esa historia mejor que yo, seguramente.

VÍCTOR MATURANA: Ortigoza dejó un fundo bien grande, lindo, con muchos animales, que se llamaba Villarrica. Y ese botín de guerra se lo repartieron ellos, y a Emilio Sandoval le dieron un pedazo enorme.

José Ortigoza estaba preso con nosotros en la cárcel a comienzos de octubre de 1973. Un día llegan militares a la cárcel a buscarme a mí para llevarme al regimiento a mi sesión de tortura. Ese era el procedimiento habitual. Fue el 2 de octubre; me acuerdo porque coincidió con el día que estaba la Caravana de la Muerte en Temuco. Entonces me sacaron a mí y a él también, y cuando llegamos a mí me vendaron y me prepararon para la tortura. Nos separaron ahí y después, cuando me pusieron en una celda después del interrogatorio, él ya no estaba. Se hizo tarde y me llevaron de vuelta a la cárcel. No me volvieron a torturar, lo cual me extrañó. Antes de eso yo estaba con el resto de los presos políticos, pero por alguna declaración de

alguien –no sé quién- había aparecido una información que me complicó mucho el caso, y decidieron que me regresarían a la cárcel completamente incomunicado. Ortigoza ya no volvió conmigo. Esa misma noche a él lo habían asesinado en el Regimiento. Su cuerpo llegó unas horas después a la morgue del hospital de Temuco, baleado entero.

Lo mataron fundamentalmente por dos cosas: una, para quedarse con lo que tenía; y dos, porque era amigo de Salvador Allende. Nada más. No tenía ninguna actividad política, nada.

HERMAN CARRASCO: No era político; exactamente. Fue alguien que se conoció con Allende nomás. Creo que Allende tenía un pedacito de tierra por... Algarrobo, por ahí. Y ahí se conocieron; fueron vecinos. Se llevaban bien, conversaban, se tomaban algo, qué sé yo. Pero bueno, es completamente posible que Ortigoza haya sido hasta de derecha. Lo acusaron nada más para quedarse con su campo.

Todas esas tropelías cometió este tipo de gente. Terrible, ¿no?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Claro. Ahora que hablamos de las funas, quisiera preguntarles: ¿cuál es el efecto real que tienen en la sociedad chilena? Es decir: conllevan una lógica de “detonar”, ¿verdad? Buscan que la gente pregunte, se informe, cuestione. “Detonar conciencia”, en ese sentido. Y también tienen un tono preformativo, casi carnavalesco. Buscan llamar la atención a como dé lugar.

Creo que este objetivo se consigue casi en todos los casos; se llama mucho la atención de la gente y casi siempre se atisba una condena social de algún tipo. Pero cuando uno busca la incidencia de las funas en la consumación de la justicia (pasar de la condena social a la condena punitiva), pareciera que afecta muy poco. La funa a “El Príncipe”, asesino de Víctor Jara, es uno de los videos chilenos más vistos en *youtube*. Todos saben quién es, donde trabaja, qué hizo. Pero sigue libre, trabajando y cobrando. O sea: la funa sirve como un mecanismo de denuncia, pero no de justicia.

VÍCTOR MATURANA: Correcto, sí. Cuando la gente organiza funas (incluso nosotros como organismo hemos hecho varias), no pretende romper el circuito de la justicia en Chile. Sabemos que es un circuito bien cerrado, denso y con carriles propios. Entonces la funa nomás es una búsqueda por ejercer una sanción social y moral a los culpables. Desenmascarar a los violadores de Derechos Humanos, que muchas veces están pasando ante la sociedad como vecinos ejemplares. La funa es una manifestación completamente pacífica. Hasta festiva, como dices tú [Mariana], porque llamamos la atención con cánticos, música, imágenes...

A propósito de eso, te cuento un ejemplo. Hicimos una funa a Pedro Soto Godoy, en un barrio de Temuco. Él fue un suboficial de carabineros que estuvo involucrado, entre otras cosas, con la muerte de dos hermanos que vivían cerca de Osorno. Cuando nos enteramos que estaba viviendo en Temuco decidimos ir a funarlo. Imagínate que es Pastor Evangélico. Muchas de estas personas buscan después la absolución mediante la religión. Así que fuimos y lo funamos.

Fue una funa muy buena, con harta participación. Todo el vecindario se impuso y los vecinos quedaron espantados. Al poco tiempo supimos que él y su familia se habían tenido que ir del barrio, porque no fueron capaces de soportar la presión que ejercieron contra él ahí. Y como ese caso hay muchos: la funa le parte la vida a la gente. Quizá no consigue justicia, pero sí el desenmascaramiento y la sanción moral.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Anoche estaba viendo videos de varias funas. La de “El Príncipe” es realmente buena. ¡Su reacción ante la gente es totalmente ridícula! “¡Socorro, socorro!” grita, pateando encima de una mesa. ¿Qué pasa con gente como él? Pierde toda la fuerza con la que alguna vez actuó. En realidad ahí se ve: muchos hicieron este daño sin pensar en las consecuencias, sin saber cómo defenderían sus actos cuando sus hijos les preguntaran. Actuaban casi sin convicción. “La banalidad del mal”³³⁹, ¿no? Porque los confrontas y se vuelven niños. No tienen capacidad de respuesta y emocionalmente están deshechos, también.

HERMAN CARRASCO: Exactamente. Mira, ahora que lo dices quisiera comentar algo desde mi condición de ex preso político y torturado.

A mí me tuvieron desnudo, sin ninguna posibilidad de resistencia, atado de pies y manos. Ahora después de tantos años puedo decirlo sin problema, pero durante mucho tiempo decir estas cosas fue muy complicado. Y en general esa gente que abusó de las personas, ¡de miles de personas!, terminan desarmándose si son confrontados de igual a igual.

En la conversación anterior te conté que el ejército de Chile, “vencedor y jamás vencido”, huyó cobardemente cuando se produjo el intento de tiranicidio en el cajón del Maipo. El Frente [Patriótico Manuel Rodríguez] quería ajusticiar a Pinochet, y por poco lo logra. Los “valientes soldados” de Pinochet que quedaron vivos huyeron, teniendo mayor capacidad de fuego que los atacantes. ¿Te acuerdas que te lo conté?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Claro, sí.

HERMAN CARRASCO: Y tengo otra experiencia personal del mismo tipo. Por allá por el año '85, en una de las Jornadas de Protesta yo estaba en la población *La Victoria*. Entonces, uno de los autos que Pinochet manda para balear gente tiene que arrancar rápidamente y se queda abajo un [agente de la] CNI. Al tipo le empieza a dar un ataque de histeria. Uno de los cabros más chicos que estaba ahí nos dijo “¡No se meta nadie! Déjenme a mí con este conchesumadre.” El tipo estaba ya pidiendo de rodillas, “No me peguen, no me hagan daño, soy padre de familia”, llorando. Pero bien que había estado disparando a mansalva desde dentro del auto. Y bueno, nadie le hizo nada. Ni un golpe le metieron. Lo dejaron en pelotas y lo sacaron por fuerza de la población. Ellos nomás sirven para torturar a gente que está absolutamente indefensa.

Un compañero me contó que cuando nos pudimos carear con Podlech, y que nos vio por primera vez en condiciones de igual a igual, él estaba muy impresionado. No sabía ni dónde meter la cabeza. Porque cuando nosotros estábamos presos y nos llevaban a hablar con él, todos ya habíamos sido torturados. Íbamos muy mal. Y claro, no es lo mismo acusarnos ahora de todo lo que nos acusaba entonces.

³³⁹ La entrevistadora se refiere a la idea expuesta magistralmente por Hannah Arendt en su libro *Eichmann en Jerusalén*. Cuando uno interroga sobre la operatividad del mal, puede notar que en muchos casos el totalitarismo opera como un sistema donde la maldad es “natural”, en que los agentes como “El Príncipe” (asesino de Jara) o el mismo Eichmann (uno de los principales oficiales nazis, que ocupó diversos cargos durante su gestión y participó más o menos directamente en la administración de la llamada “Solución Final”) no tienen necesariamente una convicción por lo que hacen. En alguna medida, las personas que ejecutan las expresiones más violentas del mal se ven como agentes engranados en un sistema que escapa a su comprensión y que justamente, hace “sostenible” y reproducible el mal en todos los campos de la vida cotidiana. Nadie es responsable absoluto; nadie es realmente malo.

Esta gente no puede defenderse. Es más: no tienen ni siquiera ideas para defender. Ellos son instrumentos de terror, útiles para retrotraer la historia y lograr que los dueños de este país sigan como perros guardianes del orden establecido. Los usaron y ahora ellos no saben qué hacer con nosotros. Si te los cruzas en el supermercado se arrancan; basta con que los mires para que salgan corriendo. Claro, es que ¿qué pueden defender?

*Conversación con Gloria Elgueta.
Directora del Colectivo Londres 38.*

*Biblioteca Nacional de Chile.
Santiago de Chile, 10 de diciembre de 2010.*

[La entrevistadora explica el encuentro que sostuvo el día anterior con las arquitectas María Fernanda Rojas y Macarena Silva y agradece la disposición de la Sra. Elgueta para reunirse con ella. Comparte su admiración por el proyecto de memorial en el sitio de Londres 38 –cuyo colectivo coordinador dirige la entrevistada- y cuenta, a grandes rasgos, cómo se inserta el tema de los memoriales chilenos en la línea argumentativa de su investigación de tesis. Gloria Elgueta comenta que le da gusto que se haya establecido un contacto entre la entrevistadora y las arquitectas y ofrece, desde este momento, un apoyo total a la pesquisa que se está llevando a cabo. La conversación comienza a grabarse, más o menos, a partir de este momento.]

GLORIA ELGUETA: A mí me da mucho gusto que te acerques a todo esto. Cuando me llamó la Macarena [Silva] para pedirme que te recibiera hoy, le dije que sí inmediatamente. Nuestra prioridad es siempre la difusión y la profundización en estos temas. Entonces, ¡claro!, conversemos de lo que quieras.

Ahora, lo que sí te pediría es que tú también escribas un artículo para el sitio web. No sé si viste el sitio del colectivo...

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Sí, lo revisé hace unos días.

GLORIA ELGUETA: Tenemos ahí una sección de documentos. Todavía está en desarrollo, pero estamos subiendo nuevas cosas todo el tiempo. Y lo que nos interesa, justamente, es contribuir a esta reflexión, de la cual tú eres parte. Entonces eso: incluyamos un artículo o un ensayo que difunda este trabajo que estás haciendo, ¿te parece?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Claro que sí; perfecto. Así es recíproca nuestra contribución.

GLORIA ELGUETA: ¡Exacto! Muy bien. Además bueno, a nosotros nos interesa ver lo que otros escriben sobre esto; desde Chile y desde afuera, en todas las edades.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Me parece muy bien; muchas gracias.

GLORIA ELGUETA: Bueno. Hablemos del memorial, entonces.

Yo puedo contarte algo en el siguiente sentido: En este ámbito de trabajo, sucede muy frecuentemente que los actores sociales que generan las iniciativas terminan siendo invisibilizados. Muchas veces los invisibiliza el Estado. Diría, casi sin temor a equivocarme, que más del 90% de las iniciativas y los memoriales que se han construido en Chile han sido generados por organizaciones sociales de distinto tipo, envergadura e importancia, y que las iniciativas propiamente estatales u oficiales pueden contarse con los dedos de una mano. Además, las iniciativas del Estado generalmente han buscado cerrar los temas; concluir los procesos, como se lee claramente en los Informes de Verdad y Reconciliación.

En ese sentido, a nosotros nos interesa mucho, justamente, poner el acento en ese tema. Decir que, a pesar de todas las debilidades de las organizaciones sociales en Chile, en este campo sí hay una cierta vitalidad. Es importante reconocerla y visibilizarla. Entonces, respecto al memorial [de Londres 38] hay que decir lo mismo: fue una iniciativa de las organizaciones que han estado vinculadas al Colectivo de Londres. No fue una iniciativa del Estado o de unos arquitectos en particular. Aunque claro, con las arquitectas se dio un trabajo muy colectivo; realmente un muy buen trabajo, muy acompañado.

Hay otras experiencias de memoriales en Chile en que ha habido muchos conflictos. Por ejemplo, se disputan los derechos de autor o de propiedad de la iniciativa. Siempre hay riñas entre los diseñadores o profesionales y las organizaciones. Pero en este caso, como te decía, yo diría que se dio un trabajo muy colectivo.

Un poco también se debió a la búsqueda de algo nuevo, inspirado en esta idea del *contramonumento*. No queríamos hacer un gesto conmemorativo que cayera en los espacios tradicionales. En el comienzo siempre estuvo el objetivo de hacer algún tipo de gesto conmemorativo que interpelara; que fuera más allá de lo convencional. Por eso, aunque en un comienzo parecía más fácil pensar en una placa o un pequeño monumento, decidimos hacer un proceso más largo. Ahí fue cuando contactamos a María Fernanda [Rojas] y a Macarena [Silva], quienes habían hecho una tesis durante sus estudios intermedios sobre este tema. ¿Te hablaron de ese trabajo?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Sí, ayer hablamos sobre él.

GLORIA ELGUETA: Claro. Entonces nosotros conocíamos ese trabajo. Nos gustó y las contactamos. Nos parecía que tenía mucha sintonía con lo que estábamos pensando.

Luego fuimos trabajando una serie de versiones distintas, hasta llegar al proyecto final. Además, en ese proceso también intervinieron otras personas, como Mario Irrazaval (escultor chileno). Decidimos qué materiales emplear, discutimos sobre conceptos, formas, materiales, etc. Y poco a poco sacamos el memorial.

Ahora, sobre la casa puedo decirte otras cosas. No sé exactamente qué te interesa más saber, pero una de las cosas que siempre ha sido importante para nosotros es saber reconocer y decir que la casa no es todo. La casa no es lo que más nos interesa y no tiene por qué haber un fetichismo respecto al lugar. Más bien, la casa es una excusa para hablar de una historia que es relevante para la historia de este país o, incluso, para el continente. Es una historia muy compartida.

En ese sentido, tampoco pensamos que los temas que nos competen o nos interesan están circunscritos al periodo temporal ligado a la historia de Londres 38 como centro de detención. También nos interesa abrir un horizonte temporal más amplio, ver hacia atrás para poder entender la historia de Londres 38. ¿Por qué surge? ¿Por qué se vuelve necesaria la existencia de ese tipo de lugares en Chile? De la historia anterior al golpe se habla muy poco, y tenemos que rescatarla. Y claro, también hay que dar luz sobre la historia posterior, porque ésta está profundamente ligada a Londres 38 y entronca con los procesos de memorialización que estamos llevando a cabo. Está eso como cuestión general, pero ¿te interesa hablar sobre algo en específico?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Hoy en la mañana fui a hacer el recorrido por la casa, aprovechando que es el Día de los Derechos Humanos y había pláticas y paseos por ahí. Las guías lo hicieron súper bien; me alegró mucho ver su entrega a estos

temas y que son chicas más o menos de mi edad. Y bueno, ellas resumían más o menos lo que usted me cuenta ahora: que hay que contextualizar la historia de los centros de detención para saber de dónde salió “tanto mal” y también, claro, que la historia de Londres 38 es un ejemplo de algo contra lo que se sigue luchando hasta el día de hoy: las violaciones atroces a los Derechos Humanos en Chile. Hablar de todo esto no es “quedarse en el pasado”, sino ser congruente con un interés por reivindicar los Derechos Humanos y Civiles en todo escenario y en todo momento. Creo que la casa hace mucho por construir ese diálogo entre épocas, especialmente en días como hoy cuando se abre al público. En la mañana participaron un montón de jóvenes. Bueno, había gente de todo tipo y todos participaron de una u otra forma.

GLORIA ELGUETA: ¿Ah así? ¿Y cuánta gente había, más o menos, en la visita en que tú participaste?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: En la primera visita que vi habían como veinte personas; en la que yo participé había como treinta. A mí me dio mucho gusto ver eso.

Y bueno, entre las cosas que me gustaría conversar con usted está uno de los temas que enfatizaron mucho las guías hoy por la mañana. Ellas hablaron del manejo del espacio; de no modificar el vacío ni jugar con la estética a tal grado que el espacio original desaparezca. Londres 38, comparado con Villa Grimaldi, por ejemplo, está intacto (bueno, la comparación es un poco forzada porque a la Villa Grimaldi la pudieron recuperar sólo cuando los militares ya habían demolido un montón de las estructuras; estaba bien cambiado y además fue el primer memorial de sitio en Santiago. Pero sirve tener un referente ¿no?). Acá hubo una lucha muy fuerte por conservar el espacio. Entonces, pensando esto junto con la idea de que “el espacio es la excusa para contar una historia más grande”, se me ocurre: ¿cuál es la importancia de preservar el espacio físico, digamos, “en el estado más puro posible”? ¿Cómo se significa ese espacio a sí mismo? ¿Cómo se relaciona este espacio en particular con el relato de una historia más general?

GLORIA ELGUETA: Sobre eso tuvimos muchas discusiones; algunas muy largas. Los tres grupos que trabajábamos entorno a Londres pensamos muchas cosas sobre eso. Además entablamos diálogo con varios organismos del Estado, porque la casa estaba ocupada por una instancia institucional. Tú sabes que el Instituto O’Higiniano ocupó la casa hasta hace muy poco, ¿no?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Sí.

GLORIA ELGUETA: Claro, entonces se dio la discusión clásica. Leímos mucha literatura sobre el tema: ¿qué tan literales debíamos ser? Discutimos sobre la memoria literal y la emblemática, sobre qué tanto representar o qué tanto contar con un discurso. En esas discusiones estuvieron presentes todas las discusiones y los matices que hay entre esos dos extremos: abstracción y literalidad.

Al final, nos quedamos con la idea de que había que conservar el espacio, porque el espacio se significa mejor a sí mismo, y nosotros lo comprobamos. Lo vimos en la actitud de la gente; del público menos conectado con estos temas. Cuando hemos abierto la casa los días del Patrimonio Cultural es muy claro, porque llega un público más heterogéneo. La casa, en el fondo, es ya un museo de sitio. En ese

sentido, no requiere mucho más. Bueno, no lo requiere necesariamente. Y nosotros nos fuimos con la opción museográfica de dejarla así, desnuda.

Entonces, con el equipo de arquitectos y museógrafos que han participado en el proyecto de restauración se dio una discusión bien intensa, sobre todo por una disputa de valores. El arquitecto, que si bien es una persona y un profesional maravilloso, tiene puntos de vista diferentes de los míos. Él también vivió la represión; estuvo preso en Isla Dawson. Miguel Lawner, ¿lo conoces?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Por referencias que escuché esta mañana, nomás.

GLORIA ELGUETA: Es un arquitecto muy famoso; destacado y reconocido por su tremenda trayectoria. Pero bueno, con él había una cierta tensión, en el sentido de que él enfatizaba más –por mucho– los valores del lugar, desde el punto de vista de la arquitectura. Pero para nosotros la casa no es memorable en sí misma; el rescate que nosotros queremos hacer no es desde ahí. La nuestra no es una perspectiva patrimonial o arquitectónica; es una perspectiva histórica. Por lo tanto, no nos interesa conservar la nobleza de esa arquitectura o exaltar rasgos estéticos de esa casa en el contexto de la ciudad de Santiago, o qué sé yo. Más bien buscamos lo que pueda decirnos esa casa sobre la historia reciente. En ese sentido, no nos interesa restaurarla como era *antes* ni restituir elementos que pudieron haber estado en el origen de la casa, sino mantener la historia de la casa, con las transformaciones de que fue objeto, también.

Y bueno, hubo una serie de discusiones muy interesantes, que ilustran todas las opiniones que se generan sobre estos temas. Hasta ahora, las decisiones que hemos ido tomando han estado orientadas a tratar de intervenir lo menos posible, y sólo con intervenciones que logren hacer más legibles los discursos que creemos que hay que elaborar. Porque claro, la casa tampoco habla por sí sola. Eso: lograr que las intervenciones sean mínimas en términos de la estructura o estética. Además, siempre hemos pensado que, dentro de nuestras intervenciones, no podemos hacer nada que no sea reversible. Ese eje lo instalamos en la discusión desde muy temprano. No podemos hacer nada que no podamos corregir o mejorar, y las decisiones que ameriten reflexiones o discusiones más largas las posponemos. No hay presión de tiempo.

Tal vez la única modificación sustantiva que se va a hacer es la instalación de un ascensor, porque esa es una exigencia para los espacios públicos. Hay que facilitar el acceso a los discapacitados, y quizá tener un acceso a los baños también. Aparte de eso, nada.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Cuénteme un poco sobre estas discusiones “temáticas” y logísticas. ¿Existe una red de personas que discuten sobre cómo concretar proyectos memoriales? ¿Se contactan ustedes con otras organizaciones o grupos de promoción de la memoria; la AFEP³⁴⁰, la AFDD³⁴¹, etc? Es decir, ¿han pensado ustedes en construir un discurso de la memoria entre varios colectivos?

GLORIA ELGUETA: Hay una red (tal vez no tan “formal”) que tiene más que ver con vínculos previos a las organizaciones civiles que con estos grupos colectivos. Hay muchas relaciones personales, porque finalmente la mayor parte de la gente que se

³⁴⁰ Asociación de Familiares de Ejecutados Políticos.

³⁴¹ Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos.

involucra con estas iniciativas estamos unidas por nuestras biografías. Los vínculos entre nosotros son anteriores a la organización y ahí hay, digamos, como una red previa de conocimientos y relaciones. En algunos casos hay más vínculos entre organizaciones que en otros. Pero bueno, específicamente para el caso de Londres 38, yo te diría que esa red no ha tenido un rol muy decisivo. Más bien, el proyecto y las discusiones que se han dado en Londres han nacido de gente que se han abocado particularmente a este trabajo.

Eso, justamente, permite entender las diferencias que tiene Londres con los demás sitios de memoria. Tampoco es algo tan excepcional, pero sí es notorio. Londres y otros pocos memoriales han instalado muchos temas del presente, cosa que en los primeros años no sucedía. Hay muchas razones por las cuales nosotros hemos podido hacer las cosas como las hemos hecho, pero te digo que sí existe una diferencia en esta búsqueda de nuestro colectivo por ocupar otros espacios e instalar otros temas.

Nosotros buscamos problematizar algunas cuestiones que se dan por sentadas: desde lo que se entiende por el propio concepto de Derechos Humanos hasta el alcance de la “educación en Derechos Humanos” en Chile. Es decir, hay que preguntarse por todo esto que normalmente se sobreentiende; tener una aproximación crítica a la incorporación de estos sitios de memoria en el sistema de enseñanza escolar, porque en el fondo el sistema escolar es una forma de reproducción de un cierto orden, con relaciones verticales y orden. Es decir: las escuelas reproducen patrones que nosotros queremos cuestionar, y hay que pensar cómo enseñar nuestro discurso para evitar alimentar ese patrón, ¿ya? Si queremos llegar a los jóvenes o niños a través de la educación, es un poco contradictorio, ¿o no?

Por eso justamente queremos hacer otra búsqueda. En lugar de convocar a cursos de alumnos con sus profesores en el marco del estudio de una asignatura, nosotros decimos que hay que convocar a los jóvenes a atender estos temas a través de su organización social. Organizando, y no “educando”. No hay que reproducir pupilos, sino actores sociales. Y bueno, eso implica pensar desde otras tradiciones y vertientes de la educación. Hay que instalar otras formas de aproximación a las realidades sociales. Y en ese sentido también hay que tomar un poco más de distancia de experiencias que aquí han sido muy determinantes, como la Europea. No podemos reproducir el patrón europeo de los memoriales vinculados con el Holocausto. Es obvio decirlo: son historias distintas. Son distintas en causas, en procesos, en actores, en todo. Y son distintas en sus efectos. Entonces, la respuesta a “¿cómo hacer memoria?” tiene que ser distinta. Y tiene que haber una búsqueda más elaborada, desde acá.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Usted encuentra esa búsqueda en el caso de otros memoriales, también? ¿O cree que, en general, en Chile se han copiado “modelos”?

GLORIA ELGUETA: No bueno, nosotros no creemos estar inventando todo. Hay muchas organizaciones que han encontrado buenas vías, sobre todo en Argentina. Allá hay muchas referencias de organizaciones sociales, a lo mejor no directamente vinculadas con los temas de memoria, pero que en su propia experiencia y trabajo acaban por *hacer memoria*. Hacen historia; la construyen. Entonces claro, nosotros como colectivo no creemos “estar descubriendo la rueda”. Más bien es un tema de énfasis: nosotros creemos estar poniendo el acento en algunos asuntos y no en otros.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: A mí me llama la atención el trabajo con la memoria y las generaciones. Los proyectos que usted me describe, y que usted trabaja dentro del colectivo de Londres 38, intentan sacar el tema de los Derechos Humanos o la memoria de un encasillamiento generacional. Lo entiendo muy bien, porque he convivido con la juventud acá y comparto la idea de que la mayoría siente que estos temas son del pasado. “Derechos Humanos = hablar de la dictadura”. Además, sólo incumben a los afectados.

GLORIA ELGUETA: Sí, es que existe la creencia de que “los afectados” fueron sólo los muertos y sus familiares.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Claro. Es como si los jóvenes de mi edad fueran ahistóricos. No están relacionados con nada ni son producto de una historia. Son puro presente. Entonces, pensando en la cuestión generacional: ¿usted siente que hay relevo para seguir contando estas historias?

Lo pregunto porque cuando me pongo a ver organizaciones de Derechos Humanos o de promoción de la memoria, es fácil percatarse de un promedio de edad avanzado, de que los que luchan por estos temas son, efectivamente, aquellos que están más directamente vinculados con las víctimas absolutas del horror dictatorial. Hay una generación claramente abocada a transmitir todo ese conocimiento, pero no encuentro otra que esté lista para relevar su misión.

GLORIA ELGUETA: Bueno, yo tampoco sé si haya relevo. Es más: no sé si necesariamente tenga que haberlo. Hay quien dice que es una ingenuidad pensar en conservar, como en un archivo, la memoria para las futuras generaciones. Puede pensarse que las futuras generaciones tomarán sus propias decisiones y tendrán sus propias prioridades respecto del pasado; que harán sus propias lecturas de todo esto. Nada de lo que hacemos garantiza nada respecto de las lecturas futuras.

En un sentido similar, podemos decir que lo que importa es el presente. Si lo que hacemos no se hace ahora, eso sí que será más difícil de hacer en el futuro. Por eso nuestra agrupación es una agrupación por el *hoy*. Tenemos una discusión bien clara con el énfasis que a veces se pone en los niños y en los jóvenes, “porque son el futuro”. Muchos dicen que hay que educar a los niños y a los jóvenes sobre todos los demás proyectos, como si hubieran sido los niños y los jóvenes los responsables de la dictadura. ¡Fue el Estado! Fueron los actores políticos y sociales; no ocurrió porque los jóvenes no tuvieran una formación cívica adecuada en su infancia.

Esa es la lectura más simple del asunto: “nosotros educamos desde la infancia a los niños, entonces tenemos asegurado un futuro de justicia e igualdad”. Bah, si eso no ha sido nunca así. La historia ha demostrado que ese ideal no funciona así. Y bueno, tampoco sé si es un tema que nos deba quitar el sueño. No podemos estar pensando en quién nos va a relevar. Por lo menos en lo que a nosotros respecta, y hablando también desde un plano personal, siento que lo que hago es un desafío que me incumbe y me interesa, que me gusta hacer, y que sí, es parte de una generación. Pero es parte de *mi* generación. Me toca a mí hacerlo respecto a mi historia, pero las generaciones que vengan ya verán. No podemos exigirles nada. Y casi siempre ocurre: los jóvenes se rebelan contra las incongruencias de su propia época. Pero de la suya, no de la nuestra. Bien pueden decir: “no es esta la herencia que quiero recoger; es otra.”

Lo que hay que hacer es, por lo menos, trabajar en la transmisión de la historia. Por lo menos hacer el esfuerzo. Porque también a veces, más en Chile que en

otros países, hay una cierta mudez entre nuestra generación. Las generaciones cercanas a la mía, digamos, callan. En Chile el liberalismo se impuso sin contrapeso y de manera exitosa (a diferencia de Argentina, de donde los militares salieron en medio de una derrota militar), y diría que acá desaparecieron, con ello, las formas de discutir. No hay formas de rebatir. Se ha hecho mucho más complejo trabajar cualquier proceso de transmisión. Y producto de la profundidad de esa derrota, probablemente, nuestra generación enmudeció. Enmudeció y no ha tenido la capacidad suficiente como para dar cuenta de su propia historia.

Si uno revisa los esfuerzos testimoniales que existen, la mayoría cae en la anécdota. Anécdotas, además, que vistas desde el presente parecen casi infantiles. Se produce entonces una infantilización del pasado; una ridiculización del proceso histórico. La historia se saca de su contexto y se vuelve trivial. Es un problema grave, ¿eh? Porque el pasado no fue eso. Y claro, los efectos que está teniendo el pasado sobre el presente no son sólo anécdotas. Son transformaciones reales y profundas. Estamos parados sobre los cimientos que dejó el pasado.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Hablando de su generación, me surge una duda. No sé cuál haya sido su historia personal, pero me imagino que alguna opinión le generará este tema: quisiera preguntarle sobre la división que implicó para su generación –para la izquierda y para la mayoría de los portadores de la memoria histórica de ese periodo- el fenómeno del exilio. En las conversaciones que he podido tener tanto en México como aquí [Chile], he notado mucha rispidez en las acusaciones que se hacen con el tema del asilo, de las salidas de Chile... El exilio también fracturó un ideal de resistencia más colectiva, digamos. Es otro gran logro de la dictadura: haber dividido con acusaciones recíprocas a bandos nacidos entre las víctimas de la represión.

GLORIA ELGUETA: Es que las derrotas siempre dividen. Sólo el triunfo unifica.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Dividen para siempre?

GLORIA ELGUETA: Creo que sí. Pero digamos que, por lo menos hasta hoy, sí; seguimos divididos.

También hay un contexto más amplio; internacional. Es casi un lugar común decirlo, pero el exilio diluye los referentes colectivos. Es real lo que tú describes. Incluso eso se expresa, de manera “micro”, en espacios como los nuestros. Hay mucha tendencia a la discusión, a los conflictos internos; hay un grado de conflictividad casi desmedido respecto de la envergadura de los objetivos y el tipo de iniciativas que llevamos a cabo.

Incluso ahí, en un ámbito de trabajo modesto, se refleja. Porque nosotros no queremos hacer una transformación social, vamos por proyectos pequeños. Pero ahí tienden a surgir los mismos conflictos. Y bueno, tiene que ver también con el encierro. Al final, la gente que es más activa entre nosotros son los mismos. Siempre somos los mismos. Las personas vinculadas a esta historia de manera muy directa: ex militantes, familiares de víctimas, etc. Hay gente joven, pero es menos. Los que tomamos las decisiones fuertes somos los mismos. Pero bueno, como decimos acá: “es lo que hay”. Con eso tenemos que trabajar.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Pero, ¿usted cree que si los jóvenes quisieran involucrarse en la socialización de estas historias, tendrían espacios para hacerlo?

GLORIA ELGUETA: No siempre. No. Y eso es uno de los principales problemas que hay. Se da una especie de “legitimidad”, ¿no? Si tú no eres víctima, o familiar o no fuiste militante, casi no tienes derecho a hablar. Operan ciertas jerarquías, y eso es un problema. No es la intención, pero eso sucede.

Finalmente, cuando los espacios se constituyen es como si algunos tuvieran más derecho a decir y a decidir lo que se hace. Y bueno, un espacio con esas características nunca es deseable como espacio de participación. Estar pensando: “tengo que demostrar mi legitimidad para opinar” es de lo menos democrático que hay.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Y contribuye al discurso tan repetido, tan vacío por un lado pero tan cierto por el otro, de que estos temas los abordan siempre “los mismos viejos rayados”. Eso dice mi generación acá, ¿no? En realidad no se ha logrado una socialización real del problema; se ha vuelto bastante exclusivo y excluyente.

La gente con la que he tenido oportunidad de hablar en México, casi todos exiliados, resaltan ésta como una de las características recurrentes de la memoria en Chile. Las “credenciales para hablar”. Porque también les afecta directamente a ellos: “desde afuera no hables; desde afuera no opines”. En realidad, esta elitización del tema de la memoria ha hecho que los agentes sociales afectados produzcan ideas irreconciliables. El exilio será el exilio y “los que se quedaron” serán los que se quedaron. Es como una premisa identitaria máxima. ¿O usted sabe de algún proyecto que se haya hecho desde Chile que busque recuperar -e incluir- el discurso de la memoria del exilio en proyectos de memorialización?

GLORIA ELGUETA: Como iniciativa social, no. No hay mucho sobre el exilio. Nosotros tenemos la aspiración, pero es un objetivo a largo plazo. Bueno, y tampoco es exactamente sobre el exilio. Nosotros queremos recuperar los archivos que existen fuera de Chile sobre el MIR, que fue una organización bien importante. Toda esa documentación está fuera del país. Todavía no hemos hecho nada concreto porque hemos tenido otras prioridades, pero nos parece que eso sería bien importante. Es parte de la memoria de país.

Nos interesa justamente el MIR porque fue una de las organizaciones más tempranamente aniquiladas (dos veces aniquilada durante la dictadura: primero en el '74 y luego en el '85) y, por tanto, existe menos información sobre ella. Se conoce poco sobre su historia.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Y muchos ataques contra el MIR específicamente, ¿no?

GLORIA ELGUETA: Sí, también.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Desde otras militancias salen dedos acusadores contra el MIR, siempre. Y dentro del mismo partido, se acusa mucho a la gente que se fue. Y quizá más aún a la gente que no regresó.

GLORIA ELGUETA: Claro. Pero son acusaciones sin demasiado fundamento. Yo entiendo perfectamente que alguien no quiera vivir acá. Yo lo viví al revés: en los años noventa pensé en irme. Viví acá casi toda la dictadura y en los años noventa no

quise vivir más aquí. Seguro que me habría ido, si hubiera tenido mejores condiciones. Yo ya tenía hijas y era muy complejo.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿Usted también militó en el MIR?

GLORIA ELGUETA: Sí, ahí estuve varios años.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Es curioso lo que pasa con él, ¿no? O contra él, digamos. Porque casi todos los que he podido entrevistar tienen algo contra el MIR; pasiva o activamente, pero siempre le tiran.

GLORIA ELGUETA: Fíjate qué curioso. No lo había pensado así como lo formulas tú, pero es muy cierto. En el fondo, el MIR era como un catalizador, revelador de otros conflictos y contradicciones dentro de la propia izquierda.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Pues sí. Muchos también le tiran por su composición de clase. Los del PC acusan a los miristas de querer catalizar demasiado los procesos sociales vividos con la Unidad Popular. “Pequeños burgueses enojados con sus papás”, me dijo un ex militante de las Juventudes Comunistas. “No entendían que más valía un paso lento pero firme que un cambio rápido y precario”.

Acusan al MIR de ser la ultra izquierda que desbancó al gobierno de Allende. Pero luego yo también me pongo a pensar: si a mí alguna vez me tocara el privilegio de vivir algo así, de entregarme a un proyecto como el que se vivió con la UP, me tocaría insertarme en un partido político parecido al MIR. Me tocaría intentar comprender los procesos, sus tiempos, las necesidades de la época. Pero, inevitablemente, no quedaría más recurso que el diálogo: el MIR tiene un perfil de militancia y no puede tener otro. Y la responsabilidad de los errores es compartida. La izquierda tiene que pensar con una sola cabeza; comunicarse. Culpar al MIR es un poco... fácil, creo.

GLORIA ELGUETA: Creo que la crítica al MIR tiene parte de razón. Pero bueno, los demás partidos también tenían una dirigencia de clase media. La mayoría tenían a la clase media movilizada. Es cierto que muchos tenían composición obrera o campesina, pero yo diría que la mayoría de la base de la Unidad Popular era clasemediera.

Hay un historiador chileno que trabajó lo que él llamó “la clase política chilena”, y estableció los vínculos que habían entre las dirigencias de todos los partidos. De todos eh, desde la derecha hasta la extrema izquierda. Prácticamente estaban todos entrelazados; había vínculos familiares, sociales o de otro tipo. Entonces, en el fondo no había una “pureza” de las organizaciones o los partidos políticos. Por lo menos no una tan clara y tajante. Ahora, es cierto que se pueden establecer diferencias. Pero al final pasa lo que con las sociedades oligárquicas: las élites son transversales.

A propósito de eso, te voy a comentar una anécdota: Conversando con otro profesor de Historia de la Universidad Católica, me enteré que él había conocido a una tesista griega (imagínate) que hizo su tesis de Historia sobre el MIR, tomando el período desde la fundación del MIR hasta el año '70. Bueno, no llega hasta el golpe; llegará quizá al '71 o '72. Es una enormidad, ¿eh? Pero bien interesante.

Pero bueno, este profesor había sido comunista toda su vida. Había salido también del [Liceo] Manuel de Salas, así que es cierto lo que tú decías: esa escuela es

un círculo bien pequeñito de gente³⁴². En el colegio no habíamos sido muy amigos, pero lo recordaba muy bien. Cómo no recordarlo, si era uno de los representantes más sectarios del Partido Comunista. Y bueno, este año justamente me lo encontré y me contó de esta tesis. Me dijo: “Mira, me llevé una sorpresa enorme cuando leí este trabajo, porque me di cuenta que en verdad el MIR había sido una organización con una presencia y una fuerza social que nunca habría pensado”. Él lo reconoció; imagínate. Es un gesto increíble que viene de un comunista. ¡Esa tesis debe ser fantástica! [Se ríe]. Para él había sido una sorpresa porque él tenía también la imagen caricaturesca del MIR como un grupo de niños ricos o semi-ricos que jugaban a hacer la revolución. Él se había dado cuenta que el MIR había tenido una historia y una organización un poco más complejas que eso. Y más interesante también, claro.

Además, después del golpe era muy fácil decir que todo había sido culpa de una extrema izquierda. Hay un historiador de derecha que se llama Gonzalo Vial, que discute mucho con los comunistas y dice que, en realidad, el MIR no fue decisivo en el proceso que condujo al golpe. Él dice que en realidad los temas de fondo tenían que ver con los conflictos a nivel mundial; con que el mundo era bipolar. Entonces, pensar que el MIR hubiera sido la causa de todo esto era completamente absurdo; era asignarle una importancia que no tuvo –independientemente de la importancia o significación que haya tenido, guardando las proporciones adecuadas-. En ese sentido, las acusaciones parecen completamente desmedidas.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: No se si me equivoco, pero Vial formó parte de la Comisión Rettig, ¿cierto? ¿Y fue Ministro de Educación durante la dictadura?

GLORIA ELGUETA: Sí, él estuvo en el equipo que redactó el Informe de Verdad y Reconciliación, que es el primer informe que se hizo sobre las violaciones a los Derechos Humanos cometidos durante la dictadura. Esa fue una comisión mixta, que trató de concretar el “espíritu” de los primeros gobiernos de la Concertación. Trataron de que la composición de la comisión diera cuenta de la sociedad chilena dominante, en verdad. No incluyeron a nadie de la izquierda histórica, pero sí incluyeron a representantes de la derecha, de la iglesia... Fue una cosa muy variopinta, pero se le hicieron muchas concesiones a la derecha. “La política de los consensos” del gobierno de Aylwin. Y bueno, Vial fue una parte muy importante de la Comisión, porque -independientemente de ser una persona de derecha- él tenía una visión crítica de esa historia. De cualquier manera, si tú ves la interpretación histórica que se hace en el Informe Rettig, hay ahí una visión de derecha.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Yo tenía entendido también que a él le habían pedido una asesoría, o quizá directamente que escribiera una parte, de la historia de la Unidad Popular y del golpe, tal como se habrían de enseñar en los libros de texto de segundo y sexto grado.

GLORIA ELGUETA: Claro, sí. Eso también lo hizo él.

³⁴² En alguna viñeta del preámbulo a esta conversación, la entrevistadora mencionó que su entonces asesora de investigación, la Dra. Rossana Cassigoli, había ido al Liceo Manuel de Salas, en la comuna de Ñuñoa en Santiago. Le llamaba la atención que varias de las personas que accedieron a una conversación con ella tuvieran alguna relación con este Liceo: muchos habían estudiado ahí o tenían una relación estrecha con algún egresado. Dijo, entonces, que “el círculo del Manuel de Salas era muy pequeñito”.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Y que la Concertación había recibido muchas críticas por habérselo pedido justamente a él, habiendo sido Ministro de Pinochet y habiendo también validado el famoso “Plan Z”³⁴³. Mucha gente estaba insatisfecha con la versión de los hechos en la historia oficial, especialmente considerando que era para la educación secundaria. Pareció terrible que tantos años después resurgiera la versión dictatorial de lo que pasó, ¿no? Que el golpe había sido inevitable, que la sociedad era un caos y las Fuerzas Armadas no tuvieron más remedio que intervenir. Incluso la misma redacción de los libros de texto reproducía eso; los nexos, los verbos, los adjetivos que se escogían daban a entender que el golpe era mera consecuencia lógica del caos que imperaba.

GLORIA ELGUETA: De la “polarización de la sociedad”. Claro, es eso. Mira: en pleno gobierno de Bachelet seguíamos con esto. Bachelet en sus discursos -me acuerdo en especial del que dio en el Museo de la Memoria cuando lo inauguraron- expresaba esa idea. En enero de este año, cuando abrieron el Museo, reprodujo eso. Es obsceno, ¿no? Que alguien como ella manifieste estas cosas inaugurando un lugar que se supone que busca la memoria. Dijo algo así como: “los valores de la tolerancia y el respeto a los Derechos Humanos son los que pueden evitar la polarización social y la catástrofe”. Imagínate.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Esa no me la sabía; ¡suena horrible!

GLORIA ELGUETA: Búscalo. Ah pero... bueno, a ver si lo encuentras. Los Ministerios tienden a eliminar todos los archivos históricos de sus antecesores, así que puede ser que los discursos de Bachelet ya no estén en el sitio web de la presidencia.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Ya, bueno. Pero ese discurso seguro que puedo encontrarlo en otros lugares también.

Lo que sí leí es que ese discurso había sido medio desastroso en otros sentidos... Que la habían interrumpido dos familiares de dirigentes mapuche y habían denunciado los atropellos que ella estaba cometiendo contra el pueblo Mapuche en su gobierno. Que le exigieron justicia, no sólo la “museificación” de la Memoria que ella pretendía concretar justamente en ese evento.

GLORIA ELGUETA: Sí, eso fue brutal. Fue la hermana de Matías Catrileo, un chico al que mataron unos policías. Ahora se estableció que lo mataron por la espalda, pero en un principio los policías trataron de simular un ataque en su contra para que el asesinato pareciera “necesario”. El policía se disparó el su propio chaleco antibalas para hacer la simulación, pero después el peritaje estableció que había sido él mismo. A este chico lo mataron cuando corría de ellos. Ni siquiera iba armado.

Entonces claro, estas chicas se subieron arriba de un poste de luz y le reclamaron a la presidenta. Fue penoso el incidente, porque ellas reclamaban justicia

³⁴³ Gonzalo Vial participó en la redacción del *Libro Blanco del cambio de gobierno en Chile*, que denunciaba la existencia del denominado “Plan Z”. Este plan, supuestamente, explicitaba un proyecto de sectores de la izquierda chilena para realizar un autogolpe: declaraba que la izquierda se había suicidado y que, incluso, se había ideado matar al presidente Allende a través de un autoatentado. Posteriormente se cuestionó la existencia de tal plan y se criticó duramente a Vial por haber participado en la redacción de este texto. Años más tarde, el informe de la Comisión Valech resolvió que los contenidos del Libro Blanco eran sólo “propaganda” de los militares para limpiar la imagen del golpe de Estado (véase: Informe de la Comisión Valech, Capítulo III, p. 163).

y a los dos días (¡sólo dos días después!) el asesino de este chico fue condenado a dos años de prisión con pena remitida. No sé si en México se dice igual, pero bueno. Eso significa que la pena no la va a cumplir, porque se considera que ya estuvo preso durante el proceso de investigación y tiene derecho a salir. Es como una pena simbólica: no la cumple efectivamente en prisión. ¡Al tipo no le dieron nada! Y ellas habían reclamado justamente eso: que en este país no había justicia. ¿De qué Derechos Humanos hablaba la presidenta?

Bachelet en ese momento tuvo una actitud bastante distante respecto de ellas. Pudo haber sido más comprensiva. Además, era la responsabilidad política de su gobierno; ella era responsable de esos crímenes. Pero no, se puso a pedir respeto a los familiares de las víctimas del pasado.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Bah. ¿Y las de ahora?

GLORIA ELGUETA: ¡Exacto! ¿Te fijas? Estuvo pésimo. A mí me hizo pensar y comparar la actitud tan diferente que tienen los gobiernos de la Concertación con la que tuvo el gobierno de Allende. Claro, no son comparables; hay corazones bien distintos. Pero durante el gobierno de Allende hubo un incidente en una población; en una “villa”, como le llamamos acá. La policía ahí mató a un poblador. No recuerdo exactamente las circunstancias, pero hubo un muerto. Y Allende, siendo presidente, fue a esa población al día siguiente. Pidió perdón a la gente y les aseguró que se iba a investigar todo eso; quiso que todos supieran que en su gobierno no habría pobladores muertos. Fue hasta allí para asumir la responsabilidad de lo que había pasado. ¿Ves? No hay ninguna relación. Allende y Bachelet son del mismo partido, supuestamente, pero no tienen nada que ver. Creo que esos ejemplos grafican muy bien a diferencia de cómo se entiende la política ahora y como se entendía antes, durante el gobierno popular.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Es el problema con museificar los hechos, ¿no? Circunscribir el debate sobre la memoria, la justicia y los Derechos Humanos a un espacio y tiempo particular. La memoria está allá adentro, pero no está en la política de diario. Y lo mismo pasa con los memoriales. A pesar de que me parece legítimo hacer un memorial en el Cementerio General, por ejemplo, creo que la memoria que eso promueve sólo es efectiva para gente que ya tiene un conocimiento de causa, que ya sabe que va hasta allá para conmemorar algo atroz que pasó en la dictadura. Pero raramente interpelan la vida cotidiana de la gente común; no afectan la capacidad de la gente de socializar estos temas. Bueno, el memorial de Londres 38 o el de Puente Bulnes se escapan a ese patrón: llaman la atención del peatón a la hora que sea. Llevan la memoria a la calle y la sacan del Museo. Eso me gusta, porque lo otro es más fácil. Decir “estamos hablando del pasado y no del presente”.

GLORIA ELGUETA: Claro. Bueno, tú sabes que el Museo hizo explícitamente esa distinción. Su museografía definió el periodo que iban a cubrir y lo hizo de manera muy rígida.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Además de que separan los fenómenos o los marcos de tiempo y los analizan por separado. En un piso se habla del golpe, en otro de la dictadura y en otro del plebiscito o la transición. Pero hay poca continuidad, y para alguien que quiere acercarse a estos temas por primera vez quizá resulte difícil

entender la secuencia, las causas, las consecuencias... Es difícil hilar ideas si te las separan por pisos.

GLORIA ELGUETA: Y tampoco se entienden las causas que llevaron a que todo esto pasara. Sale uno con la misma pregunta con la que entra: ¿por qué pasan estas cosas? Volvemos a lo mismo: nada de esto permite pensar que el mal no volverá a ocurrir. Esa es una idea ingenua, especialmente si hacemos proyectos que buscan cerrar la historia, nomás. No hay ingenuidad alguna en ello, ¿eh? Enfatizan el cierre por algo.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Y, ¿qué había en Chile que cobijó tanto mal? ¿Dónde se guardaba tanto odio? Digo, supongo que la pregunta tiene una respuesta bien compleja, pero digamos: hay quienes ven en la presencia nazi en Chile un antecedente importante de los horrores de la dictadura; hay otros que dicen que los momentos fundacionales de la nación o de la identidad chilena han sido muy violentos. No sé... ¿qué había?

GLORIA ELGUETA: Bueno, no creo que los nazis hayan tenido nada que ver. Un aporte mínimo quizá, pero la culpa no es de ellos.

Tal vez lo más importante sea que en Chile se produjo un agotamiento del sistema de producción y acumulación. Son cosas que se han dicho mucho: la economía mostró signos de agotamiento mucho antes del golpe. Y por otro lado está el hecho de que los sectores que habían venido gobernando este país, que se habían venido alternando en el gobierno, también empezaron a mostrar signos de agotamiento. Los mecanismos de representación empezaron a caducar. Y si a esto tú le sumas un proceso de desarrollo de las organizaciones y movilizaciones populares, es claro que aquí hubo un contexto son precedentes. Había muchos partidos políticos, altos índices de militancia y participación, además de que había una incidencia real. Ahora la participación social es casi insignificante; no hay ninguna incidencia en la toma de decisiones. Entonces, en ese escenario habían condiciones muy propicias para una transformación social que atentaba contra los intereses de los sectores dominantes de este país.

En ese marco, el proceso de la Unidad Popular tenía una fecha de vencimiento. Desde el inicio todo mundo contemplaba el golpe de Estado como una posibilidad. El Partido Comunista tuvo toda una campaña de “No a la Guerra Civil”. La sola consigna demostraba que ya ellos tenían conciencia de lo que podía pasar. Desde antes que Allende asumiera ya habían atentados en contra suya y de sus colaboradores cercanos. Era casi la crónica de una muerte anunciada. Todo indicaba que era un proceso que iba a ser abortado, o de menos negociado. Esos eran los escenarios previstos: el golpe o la negociación con la Democracia Cristiana. Y en vista de que la Unidad Popular había ganado apoyo desde las primeras elecciones, la negociación posiblemente llevaría a la consolidación de muchos cambios. Por eso dan el golpe. Las causas están ahí.

En ese sentido, los factores ideológicos como la influencia de los nazis quedan en un papel relativamente marginal. Creo que en Chile había suficiente cultura política autoritaria para que las cosas pasaran así; no necesitamos mucha inspiración externa, digamos. Siempre hay influencias, claro, pero no son determinantes. En Chile, la derecha fue tradicionalmente golpista. Si uno rastrea la historia chilena a lo largo del siglo XX, queda claro eso. La constitucionalidad de las Fuerzas Armadas chilenas es un mito. La historia está llena de golpes, asonadas, levantamientos, insurrecciones, crímenes, matanzas... ¿Dónde está la llamada “constitucionalidad”?

No está nomás. Es un mito político para hacer imaginable y negociable el proceso de la Unidad Popular.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Cuando yo empecé esta tesis, leí a sociólogos o politólogos que intentaban hacer una suerte de diagnóstico de Chile actual, de la democracia post dictadura. [Tomás] Moulián y [Manuel] Garretón, por ejemplo. Y siguiéndoles el paso, trataba de encontrar reflejos de la dictadura en la democracia. “Enclaves autoritarios”, se llaman en sociología. Y claro, yo siempre tenía el referente de que lo que pasaba ahora era producto, en alguna medida, de la dictadura. Pero hasta ahora me doy cuenta –o me han hecho darme cuenta- de que muchas de las cosas que truncan la lucha por los Derechos Humanos o la libertad de expresión, que matan las esperanzas de una memoria realmente colectiva de lo que pasó, son producto de la Concertación. Nacen de esta “democracia de los acuerdos”. En verdad ya no sé quién ha hecho más daño, si la dictadura o la Concertación.

GLORIA ELGUETA: Sí, sí sí. Por supuesto. Además, tú ves ahora cosas insólitas. ¡Pareciera a veces que este gobierno de derecha es menos de derecha que la Concertación! Si tú tomas un discurso de cualquiera de los presidentes anteriores (dejando de lado por un momento a Bachelet, porque quizá ella sí hizo alguna diferencia); si tomas cualquiera de los discursos pronunciados respecto del cierre de la memoria y la idea de “dar vuelta a la página” y los comparas con lo que ha dicho Piñera, es impresionante. Por lo menos Piñera ha dicho claramente “no al indulto” y ha explicado por qué. Pucha, es que no puede ser. De verdad, ¡no puede ser!

Yo ya me lo esperaba. Lo habíamos conversado mucho con la familia y los colegas. Lo hablé mucho con mi hermano que vive en México. Él es profesor de la [Universidad] Iberoamericana. Y bueno, él siempre me dijo: “da lo mismo si gana Piñera, porque la Concertación no puede ser más de derecha.” Y yo le decía: “sí, en muchos ámbitos no va a cambiar mucho, pero como yo trabajo para el Estado, a mí sí me afecta.” Pero efectivamente, si tú ves las grandes políticas o las cosas más generales, muchos de ellos se quedaron igual. En otros sí hay retrocesos, claro. En los temas más “valóricos” hay mucha disputa con la derecha; temas como la píldora del día después se tratan distinto con los gobiernos conservadores.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: En cuanto a la represión también ha habido cambios, ¿no? Me acuerdo que Piñera fue a hablar con los carabineros para decirles que los apoyaría completamente en lo que fuera necesario con tal de mantener el orden durante una protesta. Era en los primeros días de su presidencia... ¿Cómo fue? ¿El día de la protesta...? ¿Juvenil, es?

GLORIA ELGUETA: ¡Ah! El día del joven combatiente.

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: Claro, ese.

GLORIA ELGUETA: Sí, se conmemora la muerte de dos jóvenes que eran del MIR. Los mataron en el '85; así nomás, a sangre fría.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Claro. Ayer estaba revisando el Informe Anual sobre Derechos Humanos que saca la Universidad Diego Portales, y decía justamente que, a raíz de ese comentario del presidente, los editores del informe consideraban aún ambigua la política que tomaría Piñera respecto de los Derechos Humanos. Como

que impactó mucho que dijera eso: “respaldo total de la presidencia a la policía, pase lo que pase, con tal de mantener el orden”. Y la idea era esa: una unión tan expresa con la posible violencia o represión por parte de los carabineros no promete mucho, ni sugiere que las cosas vayan a mejorar en este periodo.

GLORIA ELGUETA: No, pues. Y menos cuando ha habido tantas advertencias al Estado. Lo mismo que tú comentabas hace rato sobre la muerte de Matías Catrileo o el ocultamiento de pruebas en los juicios... todo eso ha salido a la luz y la gente lo sabe. Y ellos han validado todo eso.

Ahora, curiosamente tengo algo en mente que muestra el otro lado. Yo voy todos los años a la marcha que va desde La Moneda hasta el Cementerio General. Y este año fue el primer año de muchos que no sufrí los efectos de los gases lacrimógenos. No habían carabineros; estaban lejos. Normalmente, durante todos los años de la Concertación, los carabineros estaban encima de nosotros. Ahí mismo en la vereda por donde uno caminaba, estaba. Era una provocación muy fuerte y permanente. Y claro, a cada minuto había una confrontación. Gases lacrimógenos, heridos, de todo. Pero este año llegamos y no veíamos a nadie. Estaban a dos cuadras. Primero, no estaban provocando porque no se veían. Y segundo, no hubo represión como las otras veces... Hubo represión al final, porque unos grupos pequeños se empezaron a enfrentar con los periodistas (muy merecidamente, por cierto). Ahí sí intervinieron los carabineros y hubo una represión fuerte. Pero la represión no fue contra la masa, como se había dado en el pasado. Fue muy organizada. A mí me pasó que me gasearon durante el gobierno de Bachelet; fui gaseada de manera absolutamente gratuita dentro del Cementerio, en un momento en que no había ningún enfrentamiento o algo que provocara la intervención de los carabineros.

Y claro, yo estoy de acuerdo contigo. No quiero decir con esto que Piñera lo esté haciendo mejor, pero hay que darse cuenta de que en algunas cosas ellos han sido muy cuidadosos. Ahí en la manifestación fue sorprendente; todo mundo decía: “chuta, esta es la nueva manera de gobernar.” Era la consigna de Piñera, ¿no? “Habrá una nueva forma de gobernar.”

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Justamente ayer me decía Macarena [Silva] que ella estaba sorprendida, pero a la vez sospechaba mucho de por dónde iba la política de todo esto. Me contó que el proyecto del memorial afuera de Londres 38 se había ido a la Expo Shanghai, que es una exhibición mundial de arquitectura, digamos, “monumental”, enorme, casi siempre de lógica empresarial. Me dijo que obtuvo mucho apoyo del Estado para que el proyecto se fuera a la Expo, y que ella se sentía rarísima de saber que este proyecto iba a ser exhibido en ese marco y, además, con el respaldo del gobierno de derecha. “¿Cómo entender que con Bachelet no nos hayamos ganado la oportunidad de mostrarlo en ninguna parte y que con Piñera sí?”, me preguntó. Y claro, pareciera que todo es una estrategia de “blanqueamiento”; están promoviendo una imagen en el extranjero que dice a todas voces “este gobierno no es lo que esperaban. Respetamos y recordamos”. Digo, es una política bastante hábil, pero no sé si va a acabar haciendo todavía más daño. La gente va a acabar pensando: “bueno, la verdad que la derecha no está tan mal”.

GLORIA ELGUETA: Es lo que decía Atilio Borón, ¿lo conoces?

MARIANA RODRIGUEZ AGUILERA: No, ¿es chileno?

GLORIA ELGUETA: Argentino. Es politólogo, y escribió un artículo que se llama “El original y la copia” que hablaba sobre Chile al momento del triunfo de Piñera. Lo que él decía, en síntesis, era que las elecciones las había ganado “el original”. Que durante veinte años había gobernado la Concertación, que era una mala copia de la derecha. La Concertación había implementado todas las prácticas políticas de la derecha y había administrado la herencia de Pinochet. Que, finalmente, ahora la gente se había dado cuenta que siempre era mejor votar por el original y no por la copia. Es una síntesis eh, pero el tipo supo demostrarlo en términos de las políticas económicas, las políticas culturales, con todo.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Con la vigencia de la Ley de Amnistía...

GLORIA ELGUETA: Exacto. O también los temas más políticos como el sistema de partidos...

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: La Constitución...

GLORIA ELGUETA: ¡Claro! ¡Si el mismo Lagos puso su firma para legitimar la Constitución de Pinochet! Le hizo unas cuantas modificaciones y ya. ¡Es que son unos desvergonzados! Y todavía Lagos sale ahora a defenderse. De verdad yo creo que de todos los presidentes, tal vez Lagos sea el peor: el más descarado, el más neoliberal, el más ambicioso... Mira: es tan miserable este viejo que nunca –*nunca* en su gobierno, *nunca*- recibió a los Familiares de Detenidos Desaparecidos. Nunca. Piñera los recibió a los dos meses. Bueno, salieron de ahí dando portazos, pero eso no importa. El tipo los recibió, ¿te das cuenta? Lagos es un mezquino. Son un montón de sinvergüenzas. Corruptos, además.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Me quedé pensando en la marcha del 11 de septiembre. Hubo gente que trató de hacer que la marcha regresara a La Moneda, ¿no? Decían que el hecho de que la marcha culminara en el Cementerio era volver a circunscribir a la memoria a un espacio de muerte. Depositarla en el cementerio con los muertos, vaya. Y bueno, decían que la memoria tenía que estar en el centro de la política, y que esa simbología se conseguiría si la marcha se hacía al revés: desde el Cementerio General hasta el palacio presidencial.

GLORIA ELGUETA: Hay varias interpretaciones. Yo conozco por lo menos dos experiencias. Una estaba muy ligada a Londres y surgió en julio del año 2005. En ese momento se cumplieron treinta años de la publicación de la lista de los 119³⁴⁴. ¿Conoces esa historia?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Sí.

³⁴⁴ El caso de los 119 o la “Operación Colombo” se refiere a 119 militantes de partidos políticos chilenos (la mayoría del MIR), detenidos y hechos desaparecer entre el 27 de mayo 1974 y el 20 de febrero de 1975. En el mayor montaje periodístico de la historia de Chile y a sólo meses de sus arrestos, sus nombres aparecieron en dos publicaciones foráneas informando de sus muertes en el extranjero, “*ejecutados por sus propios camaradas*” o “*al confrontarse con fuerzas de la contrainsurgencia*”. El elaborado montaje fue realizado por personal de la DINA y contó con el apoyo del Ejército argentino y de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) de ese país, en tanto que las falsas informaciones fueron difundidas por las publicaciones LEA de Argentina y O’Día de Brasil –en los dos casos en sus primeros y únicos números- y prontamente reproducidas por la prensa en Chile.

GLORIA ELGUETA: Entonces hubo una gran iniciativa que se preparó con mucho tiempo de anticipación. Yo participé, pero no fui parte de la organización ni nada. El grupo que estuvo en la organización ahora es parte del colectivo de Londres 38. Y bueno, en esas actividades –que duraron tres días- se dio la primera vez que, de una manera tan potente, se instaló la idea que tú describiste: se construyeron 119 siluetas (reproducciones hechas a partir de fotografías) de cada uno de los 119, todas en tamaño natural. Entonces, las siluetas confluyeron en una marcha para ser instaladas en la Plaza de la Constitución, donde permanecieron tres días. En ese espacio, frente a La Moneda, hubo actividades todo ese tiempo: danza, videos, música, todo tipo de cosas. Fue una conmemoración con el sentido que tú dijiste: recuperar el espacio cívico, usar el espacio público en un lugar que tiene significación política. Eso fue bien interesante.

Ahora, esta experiencia ha sido un poco invisibilizada, justamente a propósito de lo que yo te decía antes. Lo que se ha hecho más conocido es una experiencia que pasó después y que salió de un grupo de académicos. Ellos tomaron esta misma idea de revertir el camino e hicieron lo que se llamó la “Marcha Rearme”. Tuvo poco eco, porque en el fondo la ida al Cementerio tiene otras raíces culturales, no son sólo políticas. Eso creo yo, por lo menos. Hay un culto a los muertos o difuntos, y el cementerio es el espacio de duelo por excelencia. Además, *el once* está muy asociado a eso, al duelo. Revertir eso, añadirle otras significaciones, no es tan fácil. Y bueno, de hecho no ha vuelto a suceder lo de la marcha en reversa. Con todo lo que hicieron, ¿eh? Hicieron mucho, pero no pegó.

Me acuerdo que hicieron una copia de la placa grande que está en el Cementerio. ¿La viste, no?

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Sí, la grande, con todos los nombres.

GLORIA ELGUETA: Esa. Y reprodujeron la placa con una foto a tamaño natural. La montaron en unas varas de madera y la llevaron con ellos desde el Cementerio hasta La Moneda. Pero es lo mismo que ya se había hecho, ¿te fijas? Antes eran las siluetas; ahora eran los nombres. Querían llevar el muro entero hasta La Moneda, pero no llegaron porque los reprimieron y, además, desde un principio no tuvo la pasividad ni la convocatoria que ellos esperaban.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: ¿El día de las siluetas sí hubo mucha gente?

GLORIA ELGUETA: Esa tampoco fue masiva, pero fue bien importante. Nada comparado con la marcha del once, pero sí hubo concurrencia. Además fue importante porque estuvo ahí mucho tiempo. Logró permanecer tres días en el centro de la ciudad.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Y, ¿a la marcha del once quiénes van?

GLORIA ELGUETA: Hay de todo; van muchos jóvenes.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: He oído que mucha gente se queja justamente de eso. Yo nunca la he vivido, así que no puedo estar segura. Pero me han dicho que la mayoría de los jóvenes que van ahí tienen, digamos... poco conocimiento de causa. Van por la marcha, por participar en algo, pero no tienen un vínculo fuerte con la política que busca expresarse con ese movimiento. ¿Usted cómo lo ve?

GLORIA ELGUETA: Pues, hay de todo. Van gente de todas las generaciones, y me parece bien que se mezclen ahí. Me parece que pensar la marcha del *once* como un espacio de duelo la reduce, la simplifica y le quita alcance político. Esa mezcla generacional y cultural que se produce es lo que la hace interesante. Llegan grupos de lo más diversos; hay motivos y objetivos de todo tipo. Pero no me asusta ni me parece mal. La irreverencia es otra manifestación de su fuerza.

Cada uno se vincula con esa historia por una razón diferente y eso es lo que hace del *once* algo tan valioso. De alguna manera, la gente se engancha con el tema. Y eso hay que verlo, respetarlo, valorarlo. Para quienes nos interesa el tema de la memoria y su conexión con la historia reciente, siempre se ha tratado de ver esas conexiones de la gente con todo esto: rescatar esas conexiones, que fueron las que se cortaron. Ver qué parte de esa historia es útil o interesante como herencia y qué parte no.

Y bueno, efectivamente hay grupos muy diversos. Algunos son muy violentos, otros muestran poco interés, otros se entregan totalmente. El problema quizá es que los jóvenes que se manifiestan a través de la violencia causan, a largo plazo, que las manifestaciones se hagan cada vez más reducidas. Hay mucha gente que podría participar pero no quiere. Teme arriesgarse a la agresión y no va. Pero todo eso tiene que ver con la falta de organización. Su hubiera organizaciones más sólidas, podríamos digamos- “controlar la violencia en su seno”.

Así sucede donde hay grupos sociales organizados. Lo veo, por ejemplo, con los empleados públicos del Estado. Son un gremio grande, aunque no tan fuerte porque ha sido muy golpeado. Pero igual, justamente porque existe la organización dentro de las movilizaciones de los empleados públicos es que no hay expresiones violentas sin sentido. Claro, este no es un ejemplo de una organización muy poderosa, pero es curioso, ¿no? Ahí no hay ese tipo de manifestaciones.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Ya, entiendo.

GLORIA ELGUETA: No sé si eso responde más o menos a las inquietudes que querías discutir.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Sí, me ayuda mucho. En realidad lo que yo quería era un poco de contexto. La primera vez que vine, me acuerdo que no tenía muy claro el orden en que aparecieron los memoriales de Santiago. Entonces, cuando fui a la Villa Grimaldi me chocó mucho verlo tan cambiado, tan “estetizado” o “embellecido”. Ahora, por ejemplo, eso ya lo tengo más contextualizado y comprendo muchas cosas.

GLORIA ELGUETA: Ellos tuvieron que luchar mucho. La dictadura les dejó casi todo demolido, y lo único que les quedó fue destapar los restos de una escalera que una vez estuvo. En ese momento la búsqueda de los restos de la construcción no parecía tan importante; probablemente las prioridades eran otras. Ahora lo han ido descubriendo; no sé si lo viste.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Sí. Del año pasado para acá, además, le han metido mucho dinero. La vez pasada que vine la vi súper deteriorada; ahora está mejor mantenida, mejor señalizada, tienen mejores visitas guiadas... Aparentemente tienen una plata que antes no tenían. Y bueno, claro que me parece bien.

Ayer también Macarena [Silva] y María Fernanda [Rojas] me hicieron ver que Villa Grimaldi tuvo muchos problemas porque fue el primero. Tuvieron que entablar negociaciones que otros memoriales más nuevos pudieron ahorrarse. Nadie les iba a dar financiamiento si explicitaban demasiado algún tema que atentara contra “la reconciliación nacional”. No podían ser agresivos ni promover rencores.

GLORIA ELGUETA: Por eso le pusieron ese nombre, también.

MARIANA RODRÍGUEZ AGUILERA: Claro: “Parque por la Paz Villa Grimaldi”. Entonces eso: si uno contextualiza las cosas comprende mucho más por donde llevar los comentarios.

En ese sentido es que me llamaba tanto la atención Londres 38. Siento que se ha tomado su tiempo para hacer las cosas bien. De los memoriales que he visitado, ese fue el único que me interpeló antes de que yo lo encontrara a él. Yo no sabía ni dónde estaba, y las placas me atrajeron directamente. Es como una fuerza del memorial hacia el público. Tiene un sentido propio; un sentido en sí mismo, ¿no?

GLORIA ELGUETA: Qué bueno es escuchar eso, porque ese era el objetivo.

BIBLIOGRAFÍA REFERIDA

ARTÍCULOS

B

Viviana Bravo, “Chile rebelde: Las jornadas de protesta contra la dictadura militar (1983-1987)”, EN: *Nostramo*, Año 2, número 2, Otoño-Invierno 2009, pp. 111-116.

C

Rossana Cassigoli, “Chile: abdicación cívica e historia contra la memoria”, EN: *Perfiles Latinoamericanos*, FLACSO México, no. 27, enero-junio 2006, pp. 69-85.

Rossana Cassigoli, “Lo racista y lo servil: recados de Mistral”, EN: Rossana Cassigoli y Ricardo Melgar Bao (coords.), *Pueblos, diásporas y voces de América Latina*, UNAM, Posgrado de Estudios Latinoamericanos, 2009, en prensa.

Rossana Cassigoli, “Memoria y existencia”, EN: Andrés Ortiz-Osés y Blanca Solares (editores), *Claves de la existencia. El sentido plural de la vida humana*, Anthropos, Universidad de Deusto, España, 2009, en prensa.

G

Juan Carlos Gómez Leyton: “Política y ciudadanía en una sociedad neoliberal avanzada. Chile 1990-2007”, EN: Cuadernos del CENDES, Año 25, no. 67, 2008.

J

Elizabeth Jelin, “La lucha por las memorias”, EN: *Telar*, No. 2-3, Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional de Tucumán, Véase: http://www.filo.unt.edu.ar/centinti/iicla/revista_telar/revistas/telar2-3.pdf

N

Omar Núñez Rodríguez, “Gerenciando una Revolución. Los intelectuales-políticos en el Chile de la Transición”, EN: *Nostramo*, Año 2, número 2, Otoño-Invierno 2009, pp. 79-92.

O

Teresa Oteiza, “Cómo es presentada la historia contemporánea en los libros de texto chilenos para la escuela media” EN: *Discurso y Sociedad*, Vol. 31, 2009, pp. 150-174.

R

Leonora Reyes Jedlicki, “¿Olvidar para construir nación? Elaboración de planes y programas de estudio de Historia y Ciencias Sociales en el periodo post-autoritario”, *Revista Trimestral Latinoamericana y Caribeña para el Desarrollo Sustentable*, No. 18, 2007, Vol. 5. Véase: http://www.revistafuturos.info/futuros18/olvidar_nacion.htm

W

Peter Winn, “El pasado está presente. Historia y memoria en el Chile contemporáneo”, EN: Anne Pérotin-Dumon (dir.). *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Véase: http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php

LIBROS

A

Estela Aguirre y Sonia Chamorro, *Memoria gráfica del exilio chileno. 1973-1989*, Ocho Libros, Chile, 2008.

Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, ediciones DeBolsillo, Barcelona, 2006.

Marc Augé, *Los no lugares, Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona, 2000.

Idelber Avelar, *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*, Cuarto Propio, Chile, 2000.

B

Sebastian Brett et. al., “Memorialización y democracia: políticas de Estado y Acción Civil”, 2007, p. 2. Véase: <http://www.ictj.org/images/content/1/0/1086.pdf>

C

Rossana Cassigoli, *Morada y memoria. Antropología y poética del habitar humano*, Gedisa, Barcelona, 2011.

Ascano Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, *La Historia Oculta del Régimen Militar. Memoria de una época 1973-1988*, Uqbar editores, Chile, 2008.

Roger Chartier, *El Presente del Pasado. Escritura de la Historia, historia de lo escrito*, UIA, México, primera edición, 2005.

Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *A nation of enemies: Chile under Pinochet*, Norton, New York, 1993.

Raquel Correa y Elizabeth Subercaseaux, *Ego Sum Pinochet*, Zigzag, Santiago de Chile, 1989.

D

Jacques Derrida, *On cosmopolitanism and forgiveness*, Routledge, U.S.A., 2001.

G

Manuel Antonio Garretón, *Hacia una nueva era política*, FCE, Chile, 1995.

Jacques Le Goff, *Histoire et Mémoire*, Gallimard, Francia, 2004.

Galo Gómez Oyarzún, *Chile de Hoy: Educación, Cultura y Ciencia*, Casa de Chile en México, México, 1976.

Juan Carlos Gómez Leyton, *Política, Democracia y Ciudadanía en una sociedad neoliberal (Chile: 1990-2010)*, ARCIS/CLACSO, Chile, 2010.

H

Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, Anthropos, España, 2004.

Priscila Hayner, *Verdades Innombrables. El reto de las comisiones de verdad*, FCE, México, 2008.

Alejandro Hoppe (fotógrafo), *Memoriales en Chile*, Ocho Libros/FLACSO Chile, Segunda edición, Chile, 2007.

J

Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, España, 2002.

Elizabeth Jelin y Federico Guillermo Lorenz, (comps.), *Educación y memoria. La escuela elabora el pasado*, Siglo XXI, España, 2004.

L

Dominick LaCapra, *Historia y Memoria después de Auschwitz*, traducción de Marcos Mayer, Prometeo, Buenos Aires, 2009.

Jorge Larraín, *Identidad Chilena*, LOM, Santiago, 2001.

Michael J. Lazzara, *Prismas de la Memoria: narración y trauma en la transición chilena*, Cuarto Propio, Chile, 2007.

Norbert Lechner, *Las sombras del mañana*, LOM, Santiago de Chile, 2002.

Sandra Lorenzano y Ralph Buchenhorst (editores), *Políticas de la Memoria. Tensiones en la palabra y la imagen*, Universidad del Claustro de Sor Juana/GORLA, Argentina, 2007.

Brian Loveman y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política*, LOM, Santiago de Chile, 2002.

Brian Loveman, Elizabeth Lira, et. al., *Historia, política y ética de la verdad en Chile, 1891-2001*, LOM, Chile, 2001.

Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Políticas de Reparación. Chile 1990-2004*, LOM, Santiago, 2005.

M

Manuel Reyes Mate y José María Mardones (Eds.), *La Ética ante las Víctimas*, Anthropos, España, 2003.

Pablo Montesperelli, *Sociología de la Memoria*, Nueva Visión, Argentina, 2003.

Tomás Moulián, *Chile Actual: anatomía de un mito*, LOM ediciones, tercera edición, Chile, 2002.

O

Rafael Otano, *Crónica de la transición*, Planeta, Santiago de Chile, 1995.

R

Nelly Richard, *Fracturas de la Memoria: arte y pensamiento crítico*, Siglo XXI, Argentina, 2007.

Nelly Richard (editora), *Pensar en/la Postdictadura*, Cuarto Propio, Chile, 2001.

Nelly Richard (editora), *Políticas y Estéticas de la Memoria*, Cuarto Propio, Chile, 2000.

Nelly Richard, *Residuos y Metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición)*, Cuarto Propio, Chile, 1998.

Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Arrecife-Universidad Autónoma de Madrid, España, 1999.

Paul Ricoeur, *La Memoria, la Historia, El Olvido*, Trotta, Madrid, 2003.

Ileana Rodríguez y Mónica Szurmuk (editoras), *Memoria y Ciudadanía*, Cuarto Propio, Chile, 2008.

S

Mauro Salazar y Miguel Valderrama, *Dialectos en Transición*, Universidad ARCIS-LOM, 2000.

Peter M. Siavelis, *The President and Congress in Postauthoritarian Chile*, Pennsylvania State University Press, USA, 2000.

Susan Sontag, *Regarding the Pain of Others*, Picador, New York, 2003.

Nora Strejilevich, *El arte de no olvidar: literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y 90*, Catálogos, Argentina, 2006.

Alberto Sucasas y José A. Zamora (eds.), *Memoria-Política-Justicia. En diálogo con Reyes Mate*, Trotta, Madrid, 2010.

T

Cristián Toloza y Eugenio Lahera (editores), *Chile in the Nineties*, Stanford University Press, 2000.

Tzvetan Todorov, *Los abusos de la Memoria*, traducción de Miguel Salazar, Paidós, Barcelona, 2000.

V

Félix Vázquez, *La memoria como acción social: relaciones, significados e imaginario*, Paidós, Barcelona, 2001.

W

Alejandro Witker (comp.), *Salvador Allende (1908-1973). Prócer de la Liberación Nacional*, UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario, México, 1980.

Z

Francisco Zapata (compilador), *Frágiles suturas. Chile a treinta años del gobierno de Salvador Allende*, El Colegio de México, México, 2006.

FILMES

Ignacio Agüero y Fernando Villagrán, *El diario de Agustín*, Chile, © 2008.

Pachi Bustos y Jorge Leiva, *Actores Secundarios*, Chile, © 2004.

Chilevisión/Fundación Futuro, *Colonia Dignidad 1961*, Chile/España/Francia, © Temps Noir 2006.

Patricio Guzmán, *La Batalla de Chile*, coproducción de Patricio Guzmán, ICAIC y Chris Marker, Chile/Cuba/Francia, © 1975, 1976, 1978.

Patricio Guzmán, *Chile: La Memoria Obstinada*, Les Films d'Ici, Éditions Montparnasse & JBA, Chile/Francia/Inglaterra, © 1997.

Patricio Guzmán, *El Caso Pinochet*, Éditions Montparnasse, Chile/España/Francia, © 2001.

Patricio Guzmán, *Salvador Allende*, Éditions Montparnasse & JBA Productions, Chile/Francia/México/España, © 2004.

Sebastián Moreno, *La ciudad de los fotógrafos*, Chile, © 2008.

Bettina Perut e Iván Osnovikoff, *La Muerte de Pinochet*, Chile, © 2011.

PERIÓDICOS

Carlos Schaerer J. y Cristián Pizarro, “Entrevista con el General Pinochet”, *El Mercurio de Valparaíso*, 18 de julio de 1999: A1.

“La gente tiene razón”, Temas de *La Época*, 14 de junio de 1998, tercera sección.

“Retenido Pinochet en Clínica de Londres”, *El Mercurio*, Octubre 17, 1998: C4.

“Reconciliación, tarea pendiente”, *Las Últimas Noticias*, 29 de agosto, 1998, sección 6.

“Muerte del general Pinochet revive tensiones en el país”, *La Tercera*, 11 de diciembre de 2006.

DISCURSOS

Patricio Aylwin, *Discurso para dar a conocer a la ciudadanía el informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Santiago, 4 de marzo de 1991.

Véase:

http://es.wikisource.org/wiki/Discurso_de_Patricio_Aylwin_Azócar_al_dar_a_conocer_a_la_ciudadanía_el_informe_de_la_Comisión_de_Verdad_y_Reconciliación

INFORMES

Comité Técnico Asesor del Diálogo Nacional Sobre la Modernización de la Educación Chilena, “Los desafíos de la educación chilena frente al siglo XXI”, Chile, 1994.

International Center for Transitional Justice y FLACSO Chile, *Memorialización y Democracia. Políticas de Estado y Acción Civil*, Informe basado en la Conferencia Internacional “Memorialización y Democracia”, 20-22 de junio de 2007, Santiago de Chile. Véase: <http://www.ictj.org/images/content/1/0/1086.pdf>.

Jorge Contesse Singh (ed.), *Informe Anual sobre Derechos Humanos en Chile 2010*, Universidad Diego Portales, Chile, 2010.

ENCUESTAS

Encuesta CEP No. 37. Estudio Nacional de Opinión Pública No. 9, Tercera Serie. Véase: http://www.cepchile.cl/bannerscep/bdatos_encuestas_cep/base_datos.php

Encuesta CEP No. 186. Estudio Social y de Opinión Pública, Agosto 1992. Véase: http://www.cepchile.cl/dms/lang_1/doc_2929.html

TESIS

Francisco Leal, *Ficciones sobre la postdictadura chilena*, disertación para obtener la maestría en Filosofía, Universidad de Washington, Graduate School of Arts and Science, agosto de 2007.

Isabel Piper Shafir, *Obstinaciones de la Memoria: la dictadura militar chilena en las tramas del recuerdo*, tesis doctoral en psicología social, Universidad Autónoma de Barcelona, 2005. Véase: <http://www.chip.cl/tours/memory.html>

Juan Antonio Vega Báez, *Políticas de impunidad y Derechos Humanos en América Latina: dos historias de fin de siglo*, Tesis para obtener el grado de Maestro en Estudios Latinoamericanos, UNAM, 2009.

PONENCIAS

Rossana Cassigoli, “Chile: presencia nazi y post-dictadura”, ponencia presentada en la mesa “Ética y Política: el sur y otros contextos culturales”, en el marco del 50 aniversario del Centro de Estudios Latinoamericanos, FCPyS, UNAM, 15 de octubre de 2010.

Elizabeth Jelin, “Historia y Memoria. Memorias de la represión en el Cono Sur”, ponencia presentada en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, el 3 de febrero de 2010.

Norbert Lechner, “Los nuevos perfiles de la política. Un bosquejo”, Conferencia en la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), impartida el 8 de septiembre de 1993.

Mariana Rodríguez Aguilera, “Chile postdictatorial: crítica desde los márgenes identitarios de la ‘Unidad Nacional’”, ponencia presentada en el marco de las *IV Jornadas de Identidades en América Latina*, FFyL, UNAM, 31 de marzo de 2011.

Mariana Rodríguez Aguilera, “Olvido y discontinuidad: historia, ética y política en Chile actual”, ponencia presentada en la mesa “Ética y Política: el sur y otros contextos culturales”, en el marco del *50 aniversario del Centro de Estudios Latinoamericanos*, FCPyS, UNAM, 15 de octubre de 2010.

Viviana Uribe, “Derechos Humanos y Cultura en el Presente”, ponencia presentada en el Seminario *Derechos Humanos y Cultura: pasado + presente = futuro*, 12, 13 y 14 de diciembre de 2000, Arzobispado de Santiago de Chile. Consúltese: *Derechos Humanos y Cultura*, LOM ediciones, Santiago, primera edición, julio de 2001.

EVENTOS

Ivonne Szasz, Rossana Cassigoli y Mariana Rodríguez Aguilera (moderadora), “Análisis y testimonio del golpe militar”, mesa organizada en el marco del evento *Chile 35/5*, Facultad de Filosofía y Letras, Ciudad Universitaria, UNAM, 2 de septiembre de 2008.

“Ciclo de cine chileno contemporáneo”, exhibición de documentales y conversaciones con Sebastián Moreno (documentalista), Elisa Eliash (documentalista) y Carlos Álvarez (director ejecutivo de la Escuela de Cine de Chile), Universidad de California, Davis, 23 de octubre de 2009.

“Reflexiones sobre justicia, memoria y duelo”, tercera mesa del coloquio *Ética y Política: el hemisferio sur y otros contextos culturales*, FFyL/PUEG, Ciudad Universitaria, 1º de diciembre de 2008.

“Diálogos por Chile: el exilio como mirada crítica”, mesa redonda en el marco del seminario permanente *Ética y Política: el hemisferio sur y otros contextos culturales*, FFyL/FCPyS, Ciudad Universitaria, 22 de abril de 2010.

“Ética y Política: el sur y otros contextos culturales”, mesa organizada en el marco del 50 aniversario del Centro de Estudios Latinoamericanos, FCPyS, UNAM, 15 de octubre de 2010.